CONTRA LA
REVOLUCIÓN
SEXUAL
UNA NUEVA GUÍA
PARA EL SEXO
EN EL SIGLO XXI
LOUISE
PERRY

Índice

Dedicatoria
Agradecimientos
Citas
Prólogo de Kathleen Stock
1. El sexo se debe tomar en serio
2. Los hombres y las mujeres son diferentes
3. Algunos deseos son malos
4. El sexo sin amor no empodera
5. El consentimiento no es suficiente
6. La violencia no es amor
7. Las personas no son productos
8. El matrimonio es bueno
Conclusión. Haz caso a tu madre
Notas
Créditos

Para las mujeres que aprendieron por las malas.

Agradecimientos

Les estoy enormemente agradecida a mi agente, Matthew Hamilton, y a mi editor, George Owers, sin los cuales jamás habría escrito este libro. También me siento en deuda con muchas personas que han leído y comentado distintas propuestas y borradores: Julie Bindel, Diana Fleischman, David Goodhart, Camille Guillot, Jessica Masterson, Dina McMillan, Nina Power, Katharina Rietzler, Rajiv Shah, Kathleen Stock y Randy Thornhill. Debo dar las gracias en particular a la genial Mary Harrington por su constante apoyo y sus ideas y a mis otras amigas feministas: Alex Kaschuta, Katherine Dee, Helen Roy y Mason Hartman. Le estoy eternamente agradecida a Fiona MacKenzie, mi amiga y compañera, fundadora de la campaña We can't consent to this (en español, 'No podemos consentir esto'). Y estoy agradecida también a Eve y Max por permanecer a mi lado, a pesar de mis espantosas opiniones. Os lo agradezco de verdad.

Como siempre, dependo del amor y la compañía de mi marido y mi familia, incluido mi querido hijo, que nació durante la escritura de este libro, y mi lectora más fiel, mi madre, que ha leído cada palabra que he publicado.

El poco respeto que el mundo masculino presta a la castidad es, estoy convencida, la gran fuente de muchos de los males físicos y morales que atormentan a la humanidad, así como de los vicios y locuras que degradan y destruyen a las mujeres.

MARY WOLLSTONECRAFT, *Vindicación de los derechos de la mujer*

dijo que habían encontrado un burdel
en la excavación que hizo anoche
Le pregunté cómo lo saben
Suspiró:
una fosa de huesos de bebés
una fosa de huesos de bebés recién nacidos era la forma
de detectar un burdel.

HOLLIE MCNISH, «Conversación con un arqueólogo»

Prólogo

de Kathleen Stock

¿Qué hizo por nosotras la revolución sexual de los años sesenta? En este magnífico libro, Louise Perry argumenta que depende de quiénes sean esas «nosotras» a las que nos referimos. La invención de la píldora anticonceptiva redujo el temor de las mujeres a los embarazos no deseados, permitiéndoles proporcionar el tipo de sexo que muchos hombres prefieren: abundante y sin compromiso. Muchas mujeres aseguran disfrutar también de este tipo de sexo. Pero, tal y como explica Perry, existe una buena razón para desconfiar de algunas de esas afirmaciones, pues ahora vivimos en una cultura en la que, aunque no es tabú que un hombre asfixie a una mujer durante el sexo o la penetre analmente o eyacule en su cara mientras lo está grabando, sí que es tabú que una mujer exprese su incomodidad ante la naturaleza del trato sexual que la sociedad espera que acepte. Según este trato: hay que sacrificar tu propio bienestar por los placeres de los hombres con el fin de poder competir en el mercado de contactos heterosexuales.

Tal y como Perry documenta con anécdotas que, a veces, resultan impactantes, cualesquiera que fuesen los efectos perniciosos que la revolución sexual tuvo para las mujeres en el siglo XX, se han visto superados en la era digital del siglo XXI. Existen pocas dudas de que la cultura sexual contemporánea es destructiva, en particular, para las mujeres más jóvenes. Les vende una estética de robot sexual, las empuja hacia la promiscuidad, las bombardea con fotos de penes y pornografía violenta y les dice que disfruten mientras son humilladas y agredidas en la cama. Les dice que,

siempre y cuando sea decisión de ellas, el hecho de ser explotadas por dinero es «trabajo sexual» y que «el trabajo sexual es trabajo». También les dice a las mujeres que no confundan el sexo con el amor, que no establezcan conexión con sus parejas y que se muestren insensibles. Las anima a cambiar sus cuerpos de tal forma que se correspondan con los ideales pornográficos. Y, lo peor de todo, les dice que acatar todo esto es una forma de empoderamiento, sin tener en cuenta el hecho evidente de que decirles a las mujeres que sometan sus mentes y sus cuerpos a extraños físicamente más fuertes puede resultar letal.

Quizá resulte sorprendente que el tabú que existe alrededor de las argumentaciones del coste de la revolución sexual lo haya posibilitado el feminismo popular. Esto se debe a que el feminismo popular es una versión del feminismo liberal, y el feminismo liberal en su apariencia populista se centra principalmente en «el derecho a elegir» o «el consentimiento» de las mujeres, analizado de una forma increíblemente escasa. Todo o nada sucede siempre que así lo decidas o consientas en ese momento. Por supuesto, lo que esto no tiene en cuenta es que una persona se puede ver presionada (por sus semejantes, sus parejas o fuerzas culturales mayores) a creer que quiere cosas que, más tarde, termina reconociendo como perjudiciales para ella. En una cultura dominada por la sexualidad masculina, existe un evidente interés por convencer a las mujeres de que quieren tener sexo de la misma forma que los hombres, y muchas mujeres aceptan cosas de las que después se terminan arrepintiendo.

En este aspecto, la feminista liberal que hay dentro de muchas lectoras puede estar bramando: ¿pero qué pasa si yo quiero de verdad todo eso? Bueno, pues enhorabuena si es así. Pero, como Perry nos demuestra, incluso si este tipo de sexo les funciona a algunas mujeres, existen muchas otras a las que no. Y no se trata

de mujeres «mojigatas», «frígidas», «asexuales», «con pánico moral» o cualquier otro insulto procedente de la cultura creada para mantener en funcionamiento la maquinaria del placer del hombre. No es necesario que sean religiosas. Hay muchas razones por las que recelar de las costumbres sexuales contemporáneas que son perfectamente seglares.

Tanto el estrecho foco del feminismo liberal sobre la elección como su incapacidad para tratar las profundas diferencias entre los hombres y las mujeres tienen su origen en su ancestro intelectual: el liberalismo, una tradición política que identifica la libertad de elección como principal elemento definitorio de la persona. La fantasía de un sujeto liberal es la de un individuo aparentemente asexuado, definido sobre todo por el libre albedrío, no sujeto a lazos familiares ni a expectativas comunitarias y que sigue sus preferencias íntimas de un modo relativamente libre. Y digo lo de «aparentemente asexuado» porque, en una observación hecha por feministas de la segunda ola y actualizada por Perry, esta figura idealizada de un sujeto liberal parece referirse más a un hombre que va echando polvos por ahí que a una mujer cuya vida está interconectada con los hijos que son el resultado de su propia actividad sexual.

Entonces, ¿cómo podemos empezar a hablar de lo que podría funcionar para las mujeres, específicamente? Perry recurre a la biología y la psicología evolutiva y pregunta: ¿qué es lo que suele desear una mujer, teniendo en cuenta el tipo de animal femenino que es, con la capacidad reproductiva específica que suele tener? (La referencia a animales no es un insulto. Todos somos animales, aunque la soberbia trata de hacer que nos olvidemos de ello). Dado el agitado historial de argumentaciones sobre naturaleza contra educación dentro del feminismo, este acercamiento a lo natural resulta atrevido. Pero el enfoque de Perry merece una atención sin prejuicios, sobre todo, cuando recordamos

que, según la actual narrativa más popular, los cuerpos humanos, así como las mentes, son de plástico. Sí: es tal el temor del feminismo liberal a los límites de la libertad personal que, en conjunción con su amigo el capitalismo, interpreta la información sobre los cuerpos sanos como obstáculo de la libertad. ¿No te gustan tus pechos? ¡Cómprate unos o córtatelos del todo! (Elige una de las dos). Resulta increíble que, en algunas feministas, el grado de negación llega incluso a afirmar que la biología misma es un mito o un constructo. Sin embargo, según establece Perry, una vez que reconocemos «los estrictos límites impuestos por la biología», podemos sacar conclusiones informadas sobre el bienestar femenino en particular, arraigado en lo real y no en las proyecciones o fantasías de los hombres.

La experiencia de Perry como periodista, comentarista y abanderada en contra de las defensas penales del «sexo violento» la coloca en una situación perfecta para abordar estos temas y lo hace con un estilo característico y con valentía. Su libro contiene varios aspectos que no son habituales en un texto feminista moderno. Rechaza las victorias fáciles de la chica feminista y enrollada, nadando en contra de la marea rosa de la vacuidad del pro-sexo para matizar algunas verdades incómodas. Se muestra indiferente al vocabulario feminista liberal en boga como libertad e igualdad y se centra, por el contrario, en las necesidades de las mujeres y su bienestar, independientemente de la consideración de los hombres. Aunque al final estés o no de acuerdo con el análisis de Perry, este libro se toma los intereses de las mujeres tremendamente en serio y forja un espacio para que puedan hablar adecuadamente de los costes de la cultura sexual en la que deben hundirse o nadar. Es fundamental para el bienestar de las mujeres jóvenes que hagamos esto y todas deberíamos estar agradecidas a Perry por plantear este importante debate.

1

EL SEXO SE DEBE TOMAR EN SERIO

Hugh Hefner y Marilyn Monroe, dos iconos de la revolución sexual, nunca llegaron a conocerse de verdad, pero nacieron el mismo año y descansan en el mismo lugar, uno al lado del otro.[1] En 1992, Hefner compró la cripta que está al lado de la de Monroe en el cementerio Westwood Memorial Park de Los Ángeles por setenta y cinco mil dólares[2] y contó en *Los Angeles Times*: «Yo creo en el simbolismo de las cosas… [por lo que] pasar la eternidad junto a Marilyn es algo demasiado dulce como para desaprovecharlo».[3] A los noventa y un años, Hefner hizo realidad su deseo. Monroe, fallecida mucho tiempo atrás, no tuvo voz ni voto en este asunto. Pero, de todos modos, nunca tuvo voz ni voto en lo que le hicieron los hombres a lo largo de su corta vida.

Marilyn Monroe fue la primera estrella de portada de la historia y el primer desplegable de una mujer desnuda en la primera edición de la historia de la revista *Playboy* de Hefner, publicada en diciembre de 1953. «Diversión para HOMBRES», prometía la portada, y evidentemente, la revista cumplió su promesa, pues fue un éxito comercial desde su primera publicación.

Las fotos de Marilyn Monroe desnuda tenían cuatro años cuando se publicaron. En 1949, a la Monroe de veintitrés años le habían pagado cincuenta dólares por aquella sesión de fotos de dos horas de duración a cargo del fotógrafo de chicas de revista Tom Kelley, que había prometido que aparecería irreconocible y casi cumplió su promesa.[4] La mujer acurrucada sobre una colcha de terciopelo rojo no es una evidente Monroe, pues tenía el pelo algo más moreno en aquella época, tenía su rostro afligido medio oculto tras un brazo extendido y su precioso cuerpo pálido era imposible de distinguir de los

cuerpos de la mayoría de las otras modelos de *Playboy* (donde no aparecería un póster central de una negra hasta 1965. La merecedora de este discutible honor fue Jennifer Jackson, de dieciocho años, que luego describió a «Hef» como «un proxeneta de alto nivel»).[5]

La Monroe vestida de la portada de la revista atraía a los lectores con la promesa de una foto desnuda «A TODO COLOR» de la actriz por «primera vez en una revista» y Hefner dijo más tarde que el desplegable central fue la razón principal del éxito inicial de la publicación. Monroe se sintió humillada con aquella sesión de fotos, a la que acudió solo por una desesperada necesidad de dinero, y firmó los documentos de cesión con un nombre falso.[6] Hefner no le pagó por la utilización de sus imágenes ni pidió su consentimiento antes de publicarlas.[7] Al parecer, Monroe le contó a un amigo que «ni siquiera había recibido una nota de agradecimiento de parte de todos los que habían ganado millones de dólares por una fotografía de Marilyn desnuda. Incluso tuve que comprar un ejemplar de la revista para verme en ella».[8]

El curso de estas dos vidas nos muestra a la perfección la naturaleza del impacto de la revolución sexual en los hombres y en las mujeres. Tanto Monroe como Hefner empezaron en la opacidad y terminaron sus vidas siendo ricos y famosos tras haber encontrado el éxito en la misma ciudad y exactamente en el mismo momento histórico. Pero, mientras que Hefner disfrutó de una larga y sórdida vida en su mansión con sus amantes, la vida de Monroe quedó cercenada por la desgracia y la drogadicción. Tal y como más tarde escribiría la feminista radical Andrea Dworkin:

> «Sonreía, posaba, fingía, tenía aventuras con hombres famosos y poderosos. Un amigo de ella aseguró que se sometió a tantos abortos ilegales mal hechos que sus órganos reproductivos quedaron gravemente dañados. Murió sola, posiblemente actuando por primera vez en

su propio nombre… Sus amantes tanto en la realidad como en la fantasía la follaron hasta matarla y su aparente suicidio supuso al mismo tiempo tanto una acusación como una respuesta: no, a Marilyn Monroe, la mujer sexual ideal, no le había gustado».[9]

La vida de Monroe siguió una trayectoria similar a la de su predecesora Bettie Page, la chica de revista que consiguió sobrevivir hasta llegar a la ancianidad, pero que pasó sus últimas décadas en una institución psiquiátrica. Igual que la estrella del pop Britney Spears, que a los dieciséis años daba vueltas con su uniforme de colegio mientras suplicaba a los espectadores: *«hit me baby one more time»* ('golpéame una vez más cariño'). Desde entonces, Spears ha sufrido una prolongada y muy pública crisis nerviosa, igual que infinidad de Marilyns, a algunas de las cuales conoceremos a lo largo de este libro, y que han quedado destruidas de una forma muy parecida a la del icono original.

En particular, es muy probable que las actuales actrices del porno —la más popular de ellas ocupa ahora casi el mismo espacio cultural que Monroe en su época— hayan sufrido en mayor medida que sus coetáneas abusos sexuales de niñas, hayan pasado por algún centro de acogida y hayan sido víctimas de violencia doméstica siendo adultas[10], infortunios todos ellos que Monroe también sufrió.[11] El libidinoso público hace muchas preguntas sobre las mujeres a las que desea. Y cuando todo termina saliendo de la peor manera, como suele ocurrir, este público etiqueta a estas mujeres antes tan deseadas como «locas» y pasa a otra cosa. Nunca se hace una estimación de lo que la liberación sexual provoca a esas mujeres que cumplen obedientemente sus directrices.

Hugh Hefner experimentó la «liberación sexual» de una forma muy distinta a Monroe, como suele ocurrir con los hombres, aunque su ejemplo no es digno de imitar. Cuando era más joven encarnó al verdadero

playboy: atractivo, encantador y envidiado por otros hombres. Vivió la fantasía de un adolescente especialmente inmaduro, celebrando fiestas para sus amigos famosos en una llamativa «gruta» y, después, retirándose a la planta superior con su harén de rubias idénticas de veintitantos años. Se dice que en una ocasión dijo que su mejor frase para conquistar era sencillamente decir: «Hola, me llamo Hugh Hefner».[12]

Al contrario que Monroe, Hefner llegó a la ancianidad y, en el camino, perdió buena parte de su lustre. Al final de su vida, se le representaba con más frecuencia como un personaje lamentable y varias de sus antiguas amantes proporcionaron a la prensa relatos poco favorecedores de la vida en la mansión de Playboy. Jill Ann Spaulding, por ejemplo, describió el poco estimulante comportamiento sexual del anciano Hefner: «Hef se limita a tumbarse ahí con su erección de Viagra. Es una erección falsa y cada una de las chicas se pone encima de él durante dos minutos mientras las demás que están detrás tratan de mantenerle excitado. Le gritan cosas como: «¡Fóllatela, papi! ¡Fóllatela, papi!».[13]

Otras mujeres hablaron de colchones sucios, un extraño uniforme de *playmate* de pijamas de franela a juego y alfombras llenas de heces de perro.[14] Se publicó que Hefner adoptaba una actitud obsesiva y coercitiva con sus muchas amantes, dictándoles cómo debían llevar el pelo y cómo maquillarse, manteniendo un diario detallado de sus encuentros sexuales[15] y enfadándose si alguna se negaba a tener sexo.[16] Sus acólitos perdonaban a «Hef» cuando aún era joven y atractivo, pero con el paso del tiempo, se descubrió que se trataba de poco más que un viejo verde y sucio. El glamur del *playboy,* o del «pichabrava» en un lenguaje más moderno, no dura eternamente.

La reputación de Hefner puede haberse apagado con el tiempo, pero él nunca mostró ningún sentimiento de culpa por el daño que perpetró. Cuando a los ochenta y

tres años le preguntaron en *The New York Times* si se arrepentía de alguna de las «oscuras consecuencias» de la revolución que supuso la revista *Playboy* que él puso en marcha, Hefner se mostró seguro de su inocencia: «Es un pequeño precio que hay que pagar por la libertad personal».[17] Por supuesto, con esto se refería a la libertad personal de hombres como él.

Tras su muerte en 2017, el primer *playboy* fue descrito en montones de ocasiones por la prensa como un «personaje complejo». El *Huffington Post* habló sobre su «contradictorio legado feminista»[18] y en la BBC se preguntaban «¿fue la revolución de *Playboy* buena para las mujeres?».[19] Una periodista británica sostenía que Hefner había «ayudado al avance del feminismo»:

> [Hefner] mantuvo una postura especialmente progresista con respecto a la píldora anticonceptiva y los derechos del aborto, que a menudo promocionaba su revista y que mantenía a los lectores actualizados con respecto a las dificultades a las que se enfrentaban las mujeres; con anterioridad a la legalización del aborto en 1973, *Playboy* publicó al menos treinta crónicas distintas sobre el caso Roe contra Wade y extensos artículos escritos por médicos.[20]

Ninguno de estos panegiristas parecía reconocer que el compromiso de Hefner por separar la reproducción del sexo tuviera nada que ver con un compromiso con el bienestar de las mujeres. Hefner no hizo ni una sola vez campaña por nada que no le reportara un beneficio directo y, cuando el miedo al embarazo se convirtió en una de las pocas razones que les quedaban a las mujeres para decirle que «no», tuvo una razón de peso para desear un cambio que ampliara la flota de mujeres a su disposición.

Marilyn Monroe fue raspada una y otra vez en clínicas abortistas clandestinas porque murió casi una década antes de que la píldora estuviese disponible para mujeres solteras en todo el territorio estadounidense. La

revista *Playboy* existió durante veinte años en un país donde el aborto no era legal. La revolución sexual empezó en una sociedad que acababa de salir de los horrores de la Segunda Guerra Mundial y que estaba disfrutando de una nueva opulencia, pero sus precursoras engendraron a un montón de hijos ilegítimos y sufrieron muchos abortos chapuzas. La película de 1966 *Alfie* tiene como protagonista a un atractivo y joven Michael Caine que recorre Londres de cama en cama y que disfruta del estilo de vida libertino que prometían los promiscuos años sesenta. Pero sus actos tienen consecuencias y, en el colofón emocional de la película, Alfie llora al tener que enfrentarse al espeluznante resultado de un aborto clandestino que ha procurado para una de sus «polluelas».

La crónica de la revolución sexual no es tan solo la de mujeres que se liberan de la carga de la castidad y la maternidad, aunque también lo sea. Es también la historia del triunfo del *playboy,* una figura que con demasiada frecuencia es olvidada y perdonada, a pesar de su papel fundamental en esta historia todavía tan reciente. Las feministas de la segunda ola tenían razón al argumentar que las mujeres necesitaban anticonceptivos y la legalización del aborto para así poder tener el control de sus vidas reproductivas y la llegada de esta tecnología supuso una buena y necesaria innovación, pues ha liberado a muchísimas mujeres de la ardua labor de tener que dar a luz a hijos no deseados. Pero los hombres como Hefner deseaban también esta tecnología, y la necesitaban, si querían lograr el objetivo de dar rienda suelta a sus propias libidos mientras fingían estar liberando a las mujeres.

El liberalismo sexual y sus insatisfacciones

En la *Antígona* de Sófocles, una obra que presta especial atención a las obligaciones y los sufrimientos de las mujeres, el coro canta que «nada grande acontece en la

vida de los mortales sin una maldición». El impacto social de la píldora fue grande y, dos generaciones después, aún no somos del todo conscientes tanto de su bendición como de su maldición. Han existido bastantes periodos de la historia de la humanidad en los que las normas en cuanto al sexo se han suavizado: la época final del Imperio romano, la Gran Bretaña georgiana y los bulliciosos años veinte en los Estados Unidos son los más recordados. Pero estas fases de libertinaje estaban autolimitadas por la falta de buenas medidas anticonceptivas y, así, los hombres heterosexuales que buscaban sexo fuera del matrimonio se veían, sobre todo, obligados a buscarlo en mujeres prostitutas o con un pequeño número de mujeres excéntricas que estaban dispuestas a arriesgarse a ser expulsadas de manera permanente de la sociedad respetable. En el círculo de Bloomsbury, por ejemplo, donde «vivían en cuadrados y amaban en triángulos», era bastante común que hubiera encuentros sexuales ilícitos.[21] También engendraron a muchos hijos ilegítimos y la única razón de que no cayeran en desgracia fue gracias a los privilegios de su clase.

Pero la revolución sexual de los años sesenta se quedó atascada y su ideología es ahora el mar ideológico en el que nos movemos, tan normalizado que apenas vemos lo que en realidad es. Pudo persistir por la llegada, por primera vez en la historia del mundo, de métodos anticonceptivos fiables y, en particular, de métodos de los que podían encargarse las mujeres mismas, tales como la píldora, el diafragma y los posteriores avances de la tecnología, como el dispositivo intrauterino (DIU). Así, a finales de la década de 1960, apareció en el mundo una criatura completamente nueva: la mujer joven aparentemente fértil cuya fertilidad había quedado en suspenso. Esta mujer lo cambió todo.

En este libro vamos a intentar tener en cuenta ese

cambio a la vez que evitamos los relatos que, por lo general, han ofrecido los liberales adictos a una narrativa de progreso o los conservadores adictos a una narrativa de declive. Yo no creo que los últimos sesenta años, más o menos, deban ser entendidos como un periodo exclusivamente de avance o de declive, porque la revolución sexual no nos ha liberado a todas, pero sí a algunas, de forma selectiva y con un coste. Y esto es precisamente lo que deberíamos esperar de cualquier tipo de cambio social que «sea grande», como lo ha sido este, sin duda. Y aunque estoy escribiendo contra un discurso conservador de la época posterior a la década de 1960 y, en particular, contra esos conservadores que son lo suficientemente estúpidos como para creer que volver a los años cincuenta es posible o deseable, también escribo de una forma más deliberada e incisiva contra una narrativa liberal de liberación sexual que creo que no solo está mal, sino que también es perjudicial.

Mi queja se centra más contra los liberales que contra los conservadores por una razón muy personal: yo me creí el discurso liberal. De joven, defendí las mismas opiniones políticas que la mayoría de los licenciados urbanos y milenials de Occidente. Dicho de otro modo: me avine a las creencias de mi clase, incluidas las ideas feministas liberales relativas al porno, las prácticas de dominación y sadomasoquismo, la cultura del sexo sin compromiso, la psicología evolutiva y la industria del sexo, todos ellos asuntos que vamos a tratar en este libro. Me distancié de estas creencias gracias a mis propias experiencias vitales, incluido un periodo inmediatamente posterior a la universidad en el que estuve trabajando en un centro de atención a víctimas de violaciones. Si el viejo chiste nos decía que «un conservador no es más que un liberal que se ha visto asaltado por la realidad», supongo que, al menos en mi caso, una feminista posliberal no es más que una feminista liberal que ha presenciado la realidad de la violencia masculina desde

muy cerca.

Utilizo la expresión «feminismo liberal» para describir una forma de feminismo que normalmente no se describe como tal por parte de sus partidarias, que en la actualidad es más probable que se llamen a sí mismas «feministas interseccionales». Pero no creo que su ideología sea de verdad interseccional, conforme al significado original que le dio Kimberlé Crenshaw, en el sentido de que no incorpora del todo un análisis de otras formas de estratificación social, especialmente de la clase económica. La ventaja de utilizar «feminismo liberal» en su lugar está en que coloca estas ideas del siglo XXI en una historia intelectual más prolongada, dejando claro que esta es una interacción feminista de un proyecto intelectual mucho más ambicioso: el liberalismo.

La definición de «liberalismo» resulta controvertida —de hecho, la primera línea de la entrada de la Enciclopedia de Filosofía de Stanford nos dice que «el liberalismo es más de una cosa»—, lo cual significa que, cualquiera que sea la definición que yo elija, siempre habrá críticos descontentos. Pero no quiero aburrir a los lectores ofreciendo una prolija defensa de mi definición, así que seré breve.

No utilizo la palabra «liberal» como simplificación de «izquierdista». De hecho, se aleja mucho de eso. El teórico político posliberal Patrick Deneen describe el liberalismo económico y el liberalismo social como interconectados, con una élite cultural liberal y una élite empresarial liberal que trabajan de forma conjunta: «La ideología empresarial actual guarda una fuerte afinidad con los estilos de vida de quienes se ven definidos por la movilidad, la flexibilidad ética, el liberalismo (ya sea económico o social), una mentalidad consumista en la que la libertad de elección es primordial, y una actitud «progresista» en la que el cambio rápido y la «destrucción creativa» son las únicas certezas.[22]

Posliberales como Deneen llaman la atención sobre

los costes del liberalismo social, un proyecto político que busca liberar a los individuos de las ataduras externas que nos imponen la ubicación física, la familia, la religión, la tradición e incluso (lo que es más relevante para las feministas) el cuerpo humano. En ese sentido, están de acuerdo con muchos conservadores sociales. Pero los posliberales también se muestran críticos con el otro lado de la moneda liberal: una ideología de mercado libre que pretende liberar a los individuos de todas estas ataduras con el fin de maximizar su capacidad de trabajar y consumir. El trabajador atomizado sin compromiso alguno con ningún lugar ni ninguna persona es el trabajador que mejor podrá responder con rapidez a las exigencias del mercado. Este sujeto liberal ideal puede irse allá donde estén los trabajos porque no tiene conexión alguna con nadie en particular; puede desempeñar cualquier tipo de labor que se le pida sin ninguna objeción moral derivada de la fe o la tradición; y, sin una esposa ni familia de la que ocuparse, nunca necesitará exigir días de descanso ni horarios flexibles. Y luego, con el dinero que ha ganado con este trabajo desarraigado, es capaz de comprar artículos de consumo que aplacarán sentimientos de infelicidad y, así, alimentará la maquinaria económica con máxima eficacia.

El feminismo liberal toma esta ideología orientada al mercado y la aplica a asuntos específicos de las mujeres. Por ejemplo, cuando la actriz y activista Emma Watson fue criticada en 2017 por mostrar sus pechos en la portada de la revista *Vanity Fair,* ella respondió con una frase feminista liberal muy trillada: «El feminismo consiste en dar a las mujeres el poder de elegir… Es libertad».[23] Para las feministas liberales como Watson, eso podría significar la libertad de llevar ropa insinuante (y vender muchas revistas, de paso) o la libertad de vender sexo o hacer o consumir porno o elegir la carrera profesional que una quiera, igual que los chicos.

Con las herramientas adecuadas, la libertad de las ataduras impuestas por el cuerpo femenino es ahora cada vez más posible. ¿No quieres tener hijos hasta después de pasados los veinte o treinta años? Congela tus óvulos. ¿Te convocan para un viaje de trabajo después de haber parido? Envía por mensajero tu leche para tu recién nacido. ¿Quieres continuar trabajando a jornada completa sin interrupción? Contrata a una niñera interna o, mejor aún, a un vientre de alquiler que tenga al niño por ti. Y ahora, con la posibilidad de las tecnologías médicas para la reasignación del sexo, incluso salir del todo de tu cuerpo femenino se ha convertido en una opción. El feminismo liberal promete a las mujeres libertad. Y cuando esa promesa se levanta contra los límites férreos impuestos por la biología, la ideología indica a las mujeres que acaben con esos límites mediante el uso del dinero, la tecnología y los cuerpos de personas más pobres.

Yo no rechazo el deseo de libertad, no soy una antiliberal y, desde luego, las mujeres tienen razones de peso para morder las ataduras que nos imponen nuestras sociedades y nuestros cuerpos, tanto en el pasado como en el mundo moderno. Pero soy crítica con cualquier ideología que no consiga mantener el equilibrio de la libertad contra otros valores y soy también crítica con el fracaso del feminismo liberal a la hora de preguntar de dónde viene nuestro deseo de cierto tipo de libertad, refiriéndose con demasiada frecuencia a un razonamiento circular por el cual las decisiones de una mujer son buenas porque ella las decide, igual que cuando Charlotte York en *Sexo en Nueva York* grita: «¡Yo decido lo que quiero, yo decido lo que quiero!».

En este libro voy a plantear —y procurar responder — algunos de los interrogantes sobre la libertad que el feminismo liberal no puede o no quiere resolver: ¿por qué tantas mujeres desean un tipo de libertad sexual que atiende de forma tan evidente a los intereses de los

hombres? ¿Y si nuestros cuerpos y mentes no son tan maleables como nos gustaría pensar? ¿Qué perdemos cuando priorizamos la libertad por encima de todo lo demás? Y, sobre todo, en vista de todo esto, ¿cómo deberíamos actuar?

Es posible que algunas de mis conclusiones no sean bien recibidas, pues ponen el foco sobre los estrictos límites de nuestra libertad que no pueden ser superados por más que lo intentemos. Y empiezo desde una posición que tradicionalmente y con frecuencia ha sido fuente de incomodidad para feministas de todas las convicciones ideológicas: acepto el hecho de que hombres y mujeres son diferentes y que esas diferencias no van a desaparecer. Cuando reconocemos estos límites y estas diferencias, la política sexual adquiere un carácter distinto. En lugar de preguntar «¿cómo podemos ser todos libres?» debemos plantearnos «¿cuál es la mejor forma de fomentar el bienestar tanto de hombres como mujeres partiendo de la base de que estos dos grupos tienen intereses distintos que, a veces, pueden ser contrarios?

Desencanto sexual

En este libro voy a argumentar que la cultura sexual occidental del siglo XXI no equilibra de manera adecuada estos intereses, sino que, más bien, fomenta los intereses de los Hugh Hefners de este mundo por encima de las Marilyn Monroes. Y la influencia del feminismo liberal implica que hay demasiadas mujeres que no reconocen esta verdad y aceptan alegremente la afirmación de Hefner de que todos los inconvenientes de la nueva cultura sexual no son más que un pequeño precio que hay que pagar a cambio de la libertad personal.

Esto les viene muy bien a los que son como Hefner, pues los *playboys* como él tienen mucho que ganar con la nueva cultura sexual. Les conviene fomentar una idea especialmente radical del sexo que ha aparecido a partir

de la revolución sexual y que ha resultado tener una influencia extraordinaria a pesar de sus desventajas. Se trata de la idea de que el sexo no es más que una actividad de ocio impregnada de significado solo si los participantes deciden dárselo. Los defensores de esta idea afirman que el sexo no tiene ningún carácter especial intrínseco, que no es esencialmente distinto de cualquier otro tipo de interacción social y que, por tanto, puede mercantilizarse sin que suponga ningún problema. El sociólogo Max Weber describió el «desencanto» del mundo natural que resultó de la Ilustración, pues el ascenso de la racionalidad eliminó la sensación de magia que este «jardín encantado» había tenido antes entre las personas de la premodernidad. En un sentido muy similar, el sexo ha quedado desencantado en el Occidente posterior a la década de 1960, dejándonos con una sociedad que (aparentemente) cree que el sexo no significa nada.[24]

El desencanto sexual es una consecuencia natural del acento liberal en la libertad por encima de todos los demás valores porque, si se desea ser completamente libre, habrá que apuntar a todo tipo de restricciones sociales que nos limiten, especialmente a la creencia de que el sexo tiene un valor único e intangible, un carácter especial que resulta difícil de justificar. A partir de esta creencia en el carácter especial del sexo, aparece una gran cantidad de fenómenos potencialmente molestos, entre ellos, sistemas religiosos patriarcales. Pero cuando tratamos de desencantar el sexo y fingir, así, que este acto en particular no es ni excepcionalmente maravilloso ni tan transgresor, aparece otro tipo de coste.

Ese coste recae de manera desproporcionada sobre las mujeres, por motivos biológicos a los que volveré en el siguiente capítulo. Y las feministas liberales parecen reconocer este impacto desproporcionado, como queda demostrado con la popularidad del movimiento Me Too, que comenzó de verdad en 2017. Esta efusión de rabia y

dolor era la evidencia de una cultura sexual que no estaba funcionando para las mujeres. Entre las historias que salieron a partir del Me Too, se incluían muchas de un comportamiento inequívocamente delictivo, pero había también muchas mujeres que describieron encuentros sexuales que, en teoría, fueron consentidos pero que, aun así, les dejaron con una espantosa sensación porque se les pedía que trataran como banal algo que ellas sentían como serio. El jefe que espera favores sexuales como condición para un ascenso, o la cita que espera que una mujer «se abra de piernas» cuando él paga la cena, están más que dispuestos a aceptar el principio del desencanto sexual y, por tanto, ver el sexo como un producto de intercambio carente de importancia en un mercado libre («Tú me la chupas, yo te doy algo de valor equivalente»). Por ejemplo, una estudiante escribió lo siguiente tras salir con un compañero:

> Se metió dentro de mí y yo no dije una palabra. En aquel momento, no supe por qué. Quizá no quería pensar que yo le había dado falsas esperanzas. Quizá no quería decepcionarle. Quizá sencillamente no quería enfrentarme al tira y afloja verbal del «vamos a hacerlo pero no deberíamos» que tan a menudo aparece antes de acostarte con alguien. Resultaba más fácil hacerlo sin más. Además, ya estábamos en la cama y eso es lo que la gente hace en la cama. Sentí una obligación, un deber de seguir adelante. Me sentí culpable por no desear hacerlo. Yo no era virgen. Ya lo había hecho antes. No debía tener tanta importancia —solo es sexo— así que no quise dársela.[25]

Lo de «solo es sexo» resume a la perfección la idea del desencanto sexual. Esta joven no sufrió una paliza, no se quedó embarazada y lo cierto es que le gustaba bastante el joven con el que tuvo la relación sexual, al menos, al principio. Entonces, ¿por qué experimentó este encuentro sexual como algo tan importante? Porque el

desencanto sexual no es real y todos lo sabemos, incluidas las feministas liberales que dedican tanta energía a argumentar, por ejemplo, que «el trabajo sexual es trabajo». Esto se sabe porque cuando quedó claro que Harvey Weinstein había estado ofreciendo a varias mujeres oportunidades profesionales a cambio de favores sexuales, estas mismas feministas liberales le condenaron de inmediato, no solo por la violencia o las amenazas de las que se había servido mientras cometía sus delitos, sino también, y para empezar, por pedir favores sexuales a sus subordinadas.

Hubo un reconocimiento instintivo de que pedir sexo a una empleada no se parece en nada a pedirle que haga horas extras o que prepare café. Yo he preparado muchos cafés a distintos jefes en el pasado, a pesar de que lo de preparar cafés no formaba parte del contenido de mi trabajo, y estoy segura de que la mayoría de las lectoras habrán hecho lo mismo. Pero aunque a veces resulte un fastidio que te hagan esta petición, ninguna trabajadora que le prepare un café a su jefe esperará terminar siendo drogodependiente o alcohólica por ello. Nadie se puede esperar quedarse embarazada y contagiarse de ninguna enfermedad que le provoque infertilidad. Nadie se puede esperar sufrir un trastorno de estrés postraumático ni ninguna otra enfermedad mental. Nadie se puede esperar sentirse incapaz de tener relaciones íntimas sanas durante el resto de su vida. Todos saben que tener sexo no es lo mismo que preparar café, y cuando una ideología de desencanto sexual exige que finjamos lo contrario, el resultado puede ser una angustiosa forma de disonancia cognitiva.

Y las feministas liberales no cuentan con la infraestructura necesaria para solucionar esta angustia. Por ejemplo, Jessica Valenti, de *The Guardian*, describió el fenómeno del sexo profanador que no llega a corresponderse del todo con el umbral legal de la violación en una columna que escribió en el apogeo del

Me Too: «Es cierto que las mujeres están hartas de la violencia sexual y del acoso; pero también es verdad que lo que esta cultura considera como comportamiento sexual "normal" resulta con frecuencia perjudicial para las mujeres y que queremos acabar también con él».[26]

Pero una antología de escritos sobre el Me Too editada por Valenti y publicada en 2020 demuestra la incapacidad de su marca de feminismo liberal para responder de una forma adecuada al problema que identifica.[27] Todos los colaboradores de la antología quieren acabar con la violencia sexual, y con razón. Pero les inquieta hacer uso del poder del Estado para arrestar y encarcelar a los violadores y no quieren que las mujeres tengan que cambiar su comportamiento con el fin de evitar verse expuestas a hombres peligrosos, pues el simple hecho de que se plantee esta posibilidad se considera como «culpabilización de la víctima».

En lugar de proponer alternativas —¿tomarse la justicia por propia mano?—, los autores evitan lidiar con preguntas difíciles. Se limitan a ideas pusilánimes como ayudar a los hombres a superar sus «inseguridades masculinas» (Tahir Duckett) o crear espacios comunitarios a los que esos infractores puedan acudir en busca de «sanación y justicia» (Sarah Deer y Bonnie Clarimont). Algunos de los que han participado en la antología, tales como la activista Andrea L. Pino-Silva, escriben sobre la necesidad de «hablar con seriedad sobre el fin de la violencia sexual», pero no proponen nada más concreto que talleres en los campus universitarios que, entre muchas otras cosas, «celebren y empoderen las identidades sexuales diversas». Pino-Silva cree que esos talleres no funcionarán a menos que aborden también todo tipo de opresión, desde el colonialismo hasta la bifobia. Yo no creo que estos talleres funcionen, por lo que supongo que en eso podemos estar de acuerdo.

Algunos de los autores de la antología no solo

rechazan ideas que podrían aliviar un poco el problema de la violencia sexual, sino que, de hecho, proponen ideas que pueden empeorar el problema. Sassafras Lowrey anima a las supervivientes de una violación a buscar parejas sexuales que tengan cierto gusto por la violencia, lo que dicho de otro modo se conoce como «entrar en la comunidad del sadomasoquismo», y Tina Horn habla de la prostitución como una salida benévola para las jóvenes. Este es el principio fundamental del feminismo liberal llevado a su conclusión lógica: una mujer debería poder hacer lo que quiera, ya sea vender sexo o invitar a la violencia sexual consensuada, pues todos sus deseos y decisiones deben ser necesariamente buenos, sin importar su procedencia ni el lugar al que puedan conducir. Y si al seguir este principio ocurre algo malo, volvemos a la única solución que el feminismo liberal puede ofrecer: «enseñar a los hombres a no violar».

Pero ¿qué otro consejo pueden dar las feministas liberales? Han cometido el error de convencerse de una ideología que siempre ha venido bien a los que son como Hugh Hefner y Harvey Weinstein, su verdadero heredero. Y, a partir de aquí, llegan a la falsa creencia de que las mujeres siguen sufriendo solamente porque el proyecto de la liberación sexual de la década de 1960 aún está sin terminar, en lugar de pensar que siempre ha sido defectuoso desde un principio. Así, prescriben cada vez más libertad y constantemente se sorprenden cuando esa prescripción no cura la enfermedad.

Este hecho queda evidenciado cuando miramos el campus universitario del siglo XXI, donde el evangelio de la liberación sexual se predica con mayor volumen y donde las sociedades donde se practica el sadomasoquismo[28] y las «semanas de sexo»[29] son la nueva realidad.[30] Al principio del semestre, a los recién llegados se les imparte una charla sobre la importancia del consentimiento y se les da insignias y bolsos con la

inscripción de «Yo amo el consentimiento». Y, sin embargo, esta norma se incumple una y otra vez tanto a través de la violación como de formas más sutiles de coerción que tantas mujeres han relatado durante el Me Too. Pocas feministas liberales están dispuestas a trazar el vínculo entre la cultura del hedonismo sexual que promueven y las angustias por las violaciones en las universidades que han emergido exactamente al mismo tiempo.

Si lo hicieran, podrían verse obligadas a reconocer que han hecho algo terrible al aconsejar a jóvenes inexpertas a salir en busca de situaciones en las que están solas y borrachas con hombres excitados que no solo son más grandes y fuertes que ellas sino que también es probable que se hayan educado con el tipo de pornografía que normaliza la agresión, la coacción y el dolor. Pero se supone que en los círculos de feministas liberales no se debe hablar de la influencia del porno de internet ni del sadomasoquismo ni de la cultura del sexo casual ni ningún otro elemento maligno de nuestra nueva cultura sexual porque hacerlo sería cuestionar la doctrina de la libertad sexual. Así pues, las jóvenes se ven obligadas a aprender por sí solas que la libertad tiene un precio, y se ven obligadas a aprenderlo por las malas, en cada ocasión.

Esnobismo cronológico

Este libro empezó siendo un análisis cultural común y corriente, pero cuando empecé a escribirlo me di cuenta de que tenía que ir más allá. No bastaba con limitarme a señalar los problemas de nuestra nueva cultura sexual y dejarlo ahí, tenía que ofrecer a los lectores una nueva orientación real de cómo vivir. Con demasiada frecuencia se trivializan los consejos sobre sexo y se dejan para la parte final de la revista, con argumentos feministas sobre cultura sexual que terminan despachándose como disputas de mujeres. Pero lo que

nos preocupa aquí no son solo las relaciones más importantes en la vida de la mayoría de las personas, sino también la continuación de nuestra especie. Así pues, cuando decidí el título de este capítulo, no estaba pensando solamente en el problema del desencanto sexual, sino también en el rol del columnista consejero al que rara vez se le toma todo lo en serio que se debería. *Tener* sexo debería tomarse en serio, como también *hablar* de ello. Es un asunto serio.

El consejo que estoy ofreciendo se puede aplicar casi de manera exclusiva a los heterosexuales; en particular, a las mujeres heterosexuales, porque el efecto de la revolución sexual en las relaciones entre los sexos es el tema principal de este libro. Y no hay nada de innovador en ello: cualquier mujer que haya pasado suficiente tiempo viviendo en el mundo y aprendiendo de sus errores debería ser capaz de improvisar un conjunto de reglas que se parecerían mucho a las mías. Pero mientras que gran parte de mis consejos pueden parecer fruto del sentido común para la mayor parte de los lectores de más edad, mi experiencia de hablar cara a cara con hombres y mujeres de edad inferior a los treinta es que resulta bastante impactante como para dejar a esas personas con la boca abierta (literalmente, en varios casos).

Probablemente, yo también me habría quedado igual de impactada hace una década, porque no sabía nada de esto cuando era joven. Tenía la estúpida idea de que entendía lo que era la vida mejor que nadie, tal y como les suele pasar a los adolescentes, y me di cuenta de mi error años después, tras aprender por las malas y ver cómo a mis amigas les pasaba lo mismo. No fue porque mis padres ni otros adultos que había en mi vida me fallaran, ni mucho menos, ni tampoco porque yo fuera distinta a las demás. Pero me crie en un entorno liberal que se apoyaba demasiado en una narrativa de «progreso» de la historia muy simplista y el problema de

este discurso es que nos anima a no hacer caso de lo a peor que podrían haber ido las cosas con el tiempo ni tampoco de los consejos que nos ofrecían las generaciones anteriores. C. S. Lewis acuñó la expresión «esnobismo cronológico» para describir «la aceptación acrítica del clima intelectual propio de nuestra época y la asunción de que todo lo que ha quedado anticuado queda, por ese motivo, desacreditado».[31]

Las personas mayores sufren el rechazo de los liberales esnobistas del siglo XXI no solo por considerarlas ingenuas y faltas de interés, sino también (lo que es mucho peor) por «problemáticas». Mientras en la mayoría de las culturas se considera a los ancianos como fuente de sabiduría y, por tanto, se les ofrece un especial respeto, en el Occidente moderno se les suele ignorar y se les trata con condescendencia, encerrándoles en asilos y suponiéndoles inútiles para cualquiera.

Al final de cada año, una avalancha de artículos en publicaciones liberales aconseja a los veinteañeros sobre la mejor forma de soportar las opiniones problemáticas que expresan sus parientes mayores durante la cena de Acción de Gracias o la de Nochebuena («Es responsabilidad vuestra desafiar a los parientes intolerantes durante las fiestas», aconsejaba, por ejemplo, *Teen Vogue* en 2019). La fetichización de la juventud en nuestra cultura nos ha dejado la idea falsa de que son los jóvenes los que mejor pueden proporcionar una orientación moral a sus mayores, a pesar de su evidente falta de experiencia. Y para cualquiera que se esté acercando a los cuarenta, estad seguros de que el soniquete de ser «problemáticos» también va por vosotros. Los artículos que han aparecido con regularidad desde 2018 sobre la «homofobia, el sexismo y la gordofobia» en la serie *Friends* es prueba de la necesidad de una revisión constante de lo que entendemos por progreso.[32] Cuando la cultura popular de hace menos de tres décadas ya es condenada como

inaceptable, ¿qué esperanza tienen las personas que tienen más de 30 años de mantenerse al día? No pueden, esa es la cuestión. El modelo nos exige que las rechacemos.

En los últimos tiempos, hemos presenciado una ruptura muy repentina con las normas del pasado y la necesidad de esta ruptura queda constantemente justificada en los medios liberales con la referencia a los malos tiempos del pasado. Este tipo de centrismo del presente queda perfectamente parodiado en la adaptación televisiva que se hizo en 2020 de *Un mundo feliz,* de Aldous Huxley, en la que las «Reservas Salvajes», más parecidas a una reserva india en la novela, son representadas como un parque temático dedicado al declive americano del siglo XXI. Los visitantes de Nuevo Londres del siglo XXVI suben a un autobús turístico y miran embobados la «casa de corrección» (una cárcel) y la «casa de la monogamia» (una iglesia) y son testigos de una recreación de lo que se presenta como el evento más importante del calendario de los salvajes, «el día negro anual» (el Black Friday), en el que los clientes se despellejan vivos en el frenesí de las rebajas.

Una guía turística informa a los visitantes de que entre los elementos claves de la cultura salvaje estaban «los celos, la competencia, la codicia y los conflictos». Por supuesto, no se equivoca. El parque temático de las Reservas Salvajes está diseñado para mostrar a los habitantes del Nuevo Londres los peligros de la vieja forma de vida y su inclusión en la serie está diseñada para mostrarnos lo tentador que podría parecer el siglo XXVI cuando se presenta en contraposición con el XXI. Estas personas del futuro han conseguido deshacerse de muchos de nuestros defectos: su falta de intimidad garantiza la ausencia de delitos; su falta de familias garantiza la ausencia de preferencias endogrupales; y su falta de monogamia garantiza la ausencia de celos sexuales. El precio que los ciudadanos pagan por toda

esta estabilidad es que deben vivir bajo un régimen autoritario que reprime cualquier descontento con un medicamento relajante y placentero. Este régimen anima a los ciudadanos del Nuevo Londres a visitar el parque temático de las Reservas Salvajes porque demonizar el pasado sirve para justificar su presente. Los conservadores de nuestra época que idealizan el pasado consiguen casi de igual forma el efecto contrario, porque el pasado es un arma política que se puede utilizar fácilmente para teñir nuestra perspectiva del presente.

Yo rechazo la tóxica dicotomía que insiste en que el pasado debe ser completamente bueno o completamente malo. No creo que debamos imitar ninguna cultura sexual del pasado, pero tampoco creo que lo que hemos visto durante los últimos sesenta años haya sido un proceso de mejora incesante. Lo más ingenioso de las Reservas Salvajes de *Un mundo feliz* está en que la representación del parque temático es honesta hasta cierto punto. El siglo XXI es una época de «celos, competencia, codicia y conflictos» que resulta bastante fácil de condenar. Pero también hay una parte deshonesta en esas Reservas Salvajes cuando se resaltan los males del pasado para no ver los males del presente. La actual representación progresista de la vida en la década de 1950 sirve también para el mismo propósito.

En 2016, un extracto de un libro de economía doméstica de los años cincuenta que ofrece «consejos para cuidar de tu marido» se volvió viral en las redes sociales. Al ama de casa se le aconsejaba que, cuando el marido llegara a casa del trabajo, ella debía tener la cena en la mesa, el delantal quitado y un lazo en el pelo, y que siempre debía asegurarse de dejar que el marido «hablara primero».[33] Este consejo no era inusual en los manuales para amas de casa de la época ni de épocas anteriores. En todos ellos se aconseja a las mujeres que hagan que su labor doméstica parezca como si no requiriera ningún esfuerzo, ocultando la mugre y el

esfuerzo ante sus hombres.

«¡Qué reaccionario, qué estúpido y qué retraso!», pensamos ahora. Pero echemos un vistazo a una pequeña muestra de las revistas *Cosmopolitan* publicadas en la última década: «30 formas de agradar a un hombre»,[34] «20 formas de excitar a tu hombre»,[35] o «Cómo excitarlo: 42 cosas que hacer con un hombre desnudo»[36] (esta última guía incluye «hazle un beso negro» y «usa lubricante con sabores»). ¿En qué sentido estas guías no están fomentando precisamente el mismo grado de atención a los deseos masculinos, solo que en este caso se trata de placer sexual en lugar de comodidad doméstica? La única diferencia que veo es que lo de lamerle el culo es ahora literal.

Todavía se espera que las mujeres complazcan a los hombres y que parezca que lo hacen sin esfuerzo. Pero mientras que en la década de 1950 «el ángel de la casa» escondía su delantal, el «ángel del dormitorio» moderno esconde su vello púbico. Este cisne depilado y dispuesto se desplaza por el agua ocultando el hecho de que bajo la superficie está trabajando con todas sus fuerzas para mantener su imagen de perfección. Finge el orgasmo, finge que le gusta el sexo anal y finge que no le importa cuando el acuerdo de «amigos con derecho a roce» le hace sufrir. He hablado con mujeres que han sufrido vaginismo durante años sin contarles a sus parejas lo insoportable que era que las penetraran. He hablado también con mujeres que han tenido abortos después de estar con algún ligue y que nunca se lo han contado a los hombres que las dejaron embarazadas porque, aunque compartir la intimidad de sus cuerpos era lo esperado, revelar el hecho incómodo de su fertilidad resultaba demasiado íntimo. Hemos pasado fácilmente de una forma de sumisión femenina a otra, pero fingimos que esta es liberación.

Esta simulación hace daño a las Marilyn Monroes, especialmente cuando son pobres y no tienen amigos, y

por encima de todo, lo que quiero con este libro es hablarles a las mujeres jóvenes que han sufrido la mentira del feminismo liberal y que se arriesgan a seguir un ejemplo de lo más peligroso.

Pero los potenciales Hugh Hefners sufren también con este fingimiento, solo que de un modo menos obvio. Consumirse en la mansión de Playboy no mata a nadie, pero sí le termina corroyendo. La verdadera felicidad no se encuentra en un colchón sucio mientras sobre ti está montada una mujer a la que ni siquiera le gustas.

La ideología liberal nos lisonjea diciéndonos que nuestros deseos son buenos y que podemos encontrar sentido en el momento de satisfacerlos, cualquiera que sea el precio. Pero la mentira de esta adulación debería ser evidente para cualquiera que se haya percatado alguna vez de que se ha equivocado al desear algo y ha sufrido y ha hecho que otras personas sufran cuando ha tratado de cumplirlo. Así pues, voy a proponer una forma alternativa de cultura sexual que reconoce a los otros seres humanos como personas reales, investidas de unos valores y una dignidad reales. Ha llegado el momento de que haya una contrarrevolución sexual.

<<salto>>

2

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES SON DIFERENTES

A natural history of rape, de Randy Thornhill y Craig T. Palmer, no es un libro que supuestamente vaya a gustar a las feministas.[37] Ni siquiera es un libro que supuestamente vayan a leer las feministas. Tras su publicación en el año 2000, los autores de este libro académico recibieron muchas denuncias en los medios de comunicación y, durante un tiempo, fueron objeto de tantas amenazas de muerte creíbles que la policía les aconsejó que comprobaran con regularidad sus coches en busca de bombas.[38] Los esfuerzos de Thornhill y Palmer por ofrecer una explicación evolutiva a la violación no fueron, por decirlo suavemente, muy bien recibidos en general.

Pero cuando yo me topé con el libro, lo leí de manera compulsiva, de una sentada, y cuando lo acabé me sentí tan desconsolada como curiosamente satisfecha. En aquella época estaba trabajando en un centro de atención a víctimas de violaciones. Mi labor consistía en atender de forma individual a mujeres y chicas que habían sido violadas, pero también desempeñaba un rol pedagógico por el que formaba a voluntarios para nuestro teléfono de ayuda e iba a colegios para impartir talleres sobre consentimiento. La ideología que se esperaba que yo enseñara se apoyaba principalmente en un modelo académico de violación muy particular y, con el tiempo, me surgieron dudas con respecto al mismo. *A natural history of rape* supuso para mí una revelación porque articulaba esas dudas y les daba contenido. Me di cuenta de que no me había equivocado al pensar que había un problema con la idea feminista convencional de la violación: era ahí donde estaba realmente el problema

y no iba a desaparecer solo con desearlo.

El libro de 1975 *Contra nuestra voluntad*, de Susan Brownmiller, sigue siendo el texto feminista fundamental sobre la violación. De hecho, se ha convertido en un clásico, de tal forma que en 1995 fue elegido por la Biblioteca Pública de Nueva York como uno de los cien libros más importantes del siglo XX.[39] Su fama es bien merecida, pues el análisis de Brownmiller supuso una revolución, aunque con defectos, y apareció en un momento histórico crucial durante el apogeo de la segunda ola feminista. En particular, la aseveración de Brownmiller de que la violación ha sido muy a menudo conceptualizada tradicionalmente como un delito contra la propiedad cometido contra el familiar masculino de una mujer más que como un delito cometido contra la mujer misma resultó tan cierto como oportuno. Por esto es por lo que la violación conyugal, el abuso de la «propiedad» de un marido, no se ha criminalizado hasta una época relativamente reciente en Occidente y sigue siendo legal en muchos países no occidentales. La lucha por su criminalización ha sido una de las batallas feministas más importantes del último siglo y aún no se ha conseguido ganar del todo. *Contra nuestra voluntad* sirvió para estimular esa lucha durante la década de 1970 y 1980 y supuso un importante logro. Solo por eso, este libro merece ser elogiado.

El argumento de Brownmiller se puede resumir en una famosa cita sacada de *Contra nuestra voluntad*, en la que describe la violación como «ni más ni menos que un proceso consciente de intimidación por el cual todos los hombres mantienen a todas las mujeres en un estado de miedo».[40] El modelo de Brownmiller entiende la violación como una expresión de dominación política, además de física. Así pues, sugiere que la vasta y excesiva representación de los hombres entre los perpetradores de la violación no es producto de la biología sino, más bien, del patriarcado: un sistema

social que favorece los intereses de los hombres por encima de los de las mujeres. Según este punto de vista, los violadores no nacen, sino que se hacen; son el producto de una cultura que fomenta que los hombres vean a las mujeres como sus juguetes sexuales. Por tanto, para acabar con la violación, debemos antes acabar con el patriarcado.

Durante los últimos cincuenta años, este argumento ha sido de gran influencia entre las feministas de todo tipo de ideología. Por ejemplo, Jill Filipovic, cuando escribía en *The Guardian* en 2013, expresó una popular idea feminista al insistir en que la violación es tanto una forma de poder como de violencia. Los violadores utilizan los órganos sexuales como el centro de su violencia, pero la violación «no tiene que ver con el sexo, al menos, en el sentido de estar motivada por la atracción sexual o por un deseo sexual incontrolable».[41] Esta opinión se expresa con frecuencia con una sola y breve frase: «la violación tiene que ver con el poder, no con el sexo».

Yo he repetido con frecuencia esta opinión en mi trabajo en el centro de atención a víctimas de violación. De hecho, es probable que usara esa misma frase. Sentía que decir lo contrario, sugerir que los violadores tienen su motivación en el deseo sexual, no solo en un deseo de tener el control, sería una forma de justificarlos, cosa que, por supuesto, no quería hacer, pues era testigo a diario del espantoso y perdurable daño que provoca la violación. Además, hay algo de verdad en ello: por ejemplo, el acoso sexual en el lugar de trabajo casi nunca lo perpetran hombres de rango inferior contra mujeres con un cargo superior. Por el contrario, sigue un predecible movimiento descendente: lo perpetran aquellos que tienen más poder contra las que tienen menos.

Pero ahora soy consciente de que quería creer que, en gran medida, se trataba de una cuestión de poder

porque la otra hipótesis me parecía demasiado deprimente. En un nuevo prefacio de *Contra nuestra voluntad* escrito en 2013, Brownmiller (de forma poco generosa) representó esa alternativa:

> Algunos biólogos evolutivos están bastante convencidos de la nefasta inevitabilidad de que «los hombres siempre serán hombres». Un puñado de voces neodarwinianas propone que la violación supone una estrategia rentable para los hombres (que sienten un fuerte deseo de agresión, promiscuidad y reproducción) para propagar sus genes con una mínima cantidad de inversión parental. ¡Qué buen argumento para la violación y para no pagar la pensión alimenticia como comportamiento natural![42]

Si pensamos que la violación es un «comportamiento natural» debemos pensar también, según este punto de vista descrito por Brownmiller, que es, en primer lugar, permisible y, en segundo, inevitable. Lo primero es un ejemplo de manual de la falacia naturalista: la falsa creencia de que porque algo sea natural debe ser necesariamente bueno. Pero lo segundo es más difícil. Si la violación es realmente un producto de la evolución, ¿lo convierte eso en inevitable? Pues no necesariamente, pero sí que hace que sea más difícil de erradicar, lo cual es, en mi opinión, la razón principal de la renuencia histórica de las feministas a aceptar el argumento científico por el que Brownmiller muestra tanto desdén. Por el contrario, la mayoría de las feministas siguen defendiendo la teoría de la socialización como la forma preferida de explicar el comportamiento masculino y femenino, tanto bueno como malo. Esta teoría es popular entre las feministas liberales de las que he hablado largo y tendido en el último capítulo, pero también es popular entre el otro grupo fundamental de feministas que sigue activo en el siglo XXI: las feministas radicales, que generalmente se definen como las feministas que defienden una reestructuración radical de una sociedad

entendida como defensora de la supremacía masculina.

La teoría de la socialización insiste en que no hay diferencias psicológicas innatas entre los hombres y las mujeres y que cualquier diferencia que podamos observar debe ser producto de la educación, no de la naturaleza. Existen ciertas evidencias que apoyan esta teoría. En su éxito de ventas *Cuestión de sexos,* la académica y autora australiana Cordelia Fine resume la larga historia de los intentos de los investigadores por buscar la prueba definitiva de las diferencias innatas, concluyendo que el argumento de la teoría de la socialización es, al final, mucho más certero. Deja claro que existen muchas pruebas de que los hombres y las mujeres experimentan un tratamiento muy distinto a lo largo de sus vidas. Por ejemplo, en un estudio representativo descrito por Fine:

> A unas madres se les muestra una cinta transportadora con pendiente ajustable y se les pide que estimen el grado de inclinación que su hijo de once meses podría gatear. Los niños y las niñas no diferían ni en su capacidad de gatear ni en el peligro que corrían cuando les ponían a probar la cinta. Pero las madres subestimaban a las niñas y sobreestimaban a los niños, tanto en su capacidad para gatear como en sus intentos, lo que en el mundo real puede significar que, a menudo, pueden tener la convicción equivocada de que sus hijas son incapaces de realizar o intentar algunas hazañas motoras y también tener la idea igual de equivocada de que sus hijos son capaces de realizar otras.[43]

Estas diferencias en la socialización comienzan desde el momento en que nace el niño y no sabemos exactamente qué efecto tienen a largo plazo. Sin embargo, parece probable que sí tengan cierto efecto y que las diferencias psicológicas observadas entre los sexos sean, por tanto, atribuibles, al menos en parte, a la socialización en la infancia. Así, el feminismo posterior a la segunda ola ha prestado con frecuencia mucha

atención a la crianza, oponiéndose, por ejemplo, a juguetes o anuncios que fomentan los estereotipos de género.

En el fondo de este proyecto de resocialización está una idea esencialmente utópica: si las diferencias que vemos entre los sexos son completamente socializadas, se deberán curar del todo mediante una reforma cultural, lo cual quiere decir que si todos nosotros, ahora mismo, aceptáramos el argumento feminista y empezáramos a criar a nuestros hijos de una forma distinta, en una generación podríamos tener una nueva versión del mundo.

Se trata de una bonita idea y yo creía en ella por completo. Pero las pruebas que ofrecieron los autores de *A natural history of rape*, así como muchos otros científicos, nos obligan a enfrentarnos a una posibilidad que resulta mucho menos atractiva: ¿y si no es tan fácil? ¿Y si la jerarquía, la maldad y la violencia son parte integrante? ¿Y si la labor feminista es muchísimo más difícil de lo que en principio habíamos imaginado?

Animales humanos

Brownmiller escribe en *Contra nuestra voluntad* que «ningún zoólogo, por lo que yo sé, ha observado nunca que los animales cometan violaciones en su hábitat natural, la vida salvaje».[44] Esta afirmación es errónea, enormemente errónea, de hecho, pues muchos otros animales cometen violaciones y también muestran otros comportamientos terribles que, a veces, también tienen los seres humanos. Este hecho tan desalentador ha quedado revelado en muchos estudios publicados durante los últimos cuarenta y siete años, pero ya era muy conocido en 1975. Unos años antes, por ejemplo, el primatólogo británico John MacKinnon había publicado su vanguardista relato de los quince meses y medio que había dedicado a la observación de orangutanes salvajes y describió muchos ejemplos de «hembras reticentes que

eran violadas por machos agresivos».[45] Otros investigadores han observado desde entonces el mismo comportamiento entre los orangutanes,[46] así como entre otros animales.[47] No somos la única especie que viola.

La teoría de la socialización está supeditada a una forma furtiva de excepcionalidad humana por la cual sabemos que estamos alejados de manera exclusiva de los procesos normales de la selección natural y que somos corrompibles, de forma también exclusiva, por la influencia cultural. Hacemos cosas malas, según este análisis, no porque seamos tan falibles como cualquier otro animal, sino porque hemos decidido inventar culturas que corrompen a bebés inocentes y los convierte en malvados. Esta perspectiva de la «hoja en blanco» confiere a la sociedad una autoridad total para moldear el carácter humano, para bien o para mal.

Existe un modo más creíble de entender el mundo, pero ofrece un alcance mucho menor de la perfectibilidad humana y, por tanto, resulta mucho menos atractivo para los utópicos. En lugar de imitar inconscientemente a los fundamentalistas religiosos del siglo XIX que se oponían a Darwin, podríamos mirar a los seres humanos como animales, más específicamente como miembros de los homínidos, los grandes simios, una familia taxonómica de primates en la que se incluyen otras siete especies existentes. Tal y como establece la feminista y bióloga evolutiva Sarah Blaffer Hrdy:

> No estamos hechas a partir de la costilla de nadie. Somos la amalgama de muchos legados diferentes, unida a partir de las sobras de un proceso evolutivo que lleva sucediendo desde hace miles de millones de años. Incluso las endorfinas que hicieron que mis dolores de parto me resultaran tolerables procedían de moléculas que los humanos siguen compartiendo con las lombrices de tierra.[48]
>
> Como consecuencia de todos estos legados

diferentes, sumados a las presiones de la selección evolutiva que favorece estos rasgos, mostramos a veces bondad, ternura y simpatía. En otras ocasiones, matamos, torturamos y violamos. Y, al igual que otros homínidos, los miembros masculinos y femeninos de nuestra especie son diferentes en ciertos aspectos importantes, tanto psicológicamente como en el comportamiento.

Empecemos con algunas de las diferencias psicológicas. Las mujeres adultas son aproximadamente la mitad de fuertes que los hombres adultos en la parte superior del cuerpo y dos tercios menos fuertes en la parte inferior.[49] De media, los hombres pueden levantar en banca más masa que las mujeres casi en dos veces y media[50] y pueden dar puñetazos con una diferencia de fuerza igual.[51] A la hora de apretar la mano, el noventa por ciento de las mujeres tienen menos fuerza que el noventa y cinco por ciento de los hombres.[52] Dicho de otro modo, casi todas las mujeres son más débiles que casi todos los hombres y cualquier análisis feminista de la dinámica de poder entre hombres y mujeres debe empezar con el reconocimiento de esta realidad.

Y los hombres pueden correr más rápido que las mujeres y también dar puñetazos más fuertes que ellas. Las diferencias de sexo están menos acusadas en deportes que favorecen la resistencia más que la fuerza sola, pero, aun así, son considerables. En la natación y en el atletismo olímpicos, el rendimiento de las mujeres está como al noventa por ciento del de los hombres, una cifra que en ocasiones recibe el nombre de «proporción áurea» del atletismo.[53] Esto puede parecer una cuestión menor, pero se traduce en sorprendentes diferencias en el extremo superior de la distribución, donde se encuentran los atletas de élite. En las Olimpiadas del verano de 2016, Elaine Thompson, de Jamaica, ganó el oro con una marca de 10:71 segundos. En los mismos juegos, Usain Bolt, también de Jamaica, ganó con una marca de 9:81

segundos. Aunque había menos de un segundo de diferencia entre estos dos atletas, si los hombres y las mujeres hubiesen corrido en la misma categoría, Thompson no habría llegado siquiera a la carrera final. De hecho, habría sido fácilmente superada por los chicos jamaicanos que competían en la categoría subdiecisiete,[54] y el equipo de fútbol femenino nacional estadounidense de 2017 habría sido vencido por el equipo de chicos de Dallas subquince,[55] compuesto por chicos que acababan de pasar por la pubertad y que, por tanto, habían empezado a desarrollar la fuerza y la potencia de los hombres adultos. La categoría femenina ha estado tradicionalmente protegida en los deportes de élite porque, de no haber sido así, no habría mujeres en los deportes de élite, pues los hombres habrían quedado por encima en todo momento.

Para la mayoría de las personas, esta observación es de sentido común, especialmente para aquellas que tienen experiencia en los deportes de competición o que incluso juegan a luchar con sus hermanos del sexo opuesto. En el siglo XXI, el único grupo que se opone al dato de las diferencias físicas entre los sexos es el de las feministas liberales, algunas de las cuales proponen que la categoría femenina en los deportes debería abrirse a atletas transexuales que hayan transicionado de hombre a mujer y se hayan sometido a cierto grado de intervención médica para revertir los efectos de la pubertad masculina. Algunas feministas liberales van aún más lejos y argumentan que la categoría femenina debería desaparecer. La feminista británica Laurie Penny, escribió en 2016 sobre la polémica por la inclusión de atletas trans en las Olimpiadas de ese verano: «La estricta segregación de géneros pocas veces se cuestiona, lo que permite que los campeonatos femeninos queden de lado mientras se aseguran de que ningún deportista masculino sea vencido jamás por una mujer. Pero dividir los deportes por género no es natural ni inevitable».[56]

Algunas atletas femeninas como Paula Radcliffe, Sharron Davies y Kelly Holmes, para quienes las diferencias de sexo son más que un problema meramente filosófico, se han opuesto firmemente a esta idea.[57] Davis, por ejemplo, insistió en que «[con el fin de] proteger el deporte femenino, los que tienen una ventaja de sexo masculino no deberían poder competir en deportes femeninos».[58] Al contrario de lo que asegura Penny, ningún deportista masculino quiere mantener la segregación por sexos en el deporte porque tema ser vencido por una mujer, pues cualquiera que tenga cierta experiencia práctica en el deporte sabe que tal temor sería imaginario.

Pero reconocer este tipo de limitación física no se adecúa al proyecto feminista liberal que tiene como objetivo desafiar cualquier restricción a la libertad humana. Si reconocemos que existen diferencias inamovibles entre los sexos en cuestión de fuerza y velocidad, también nos vemos obligados a reconocer no solo que los nacidos hombres no pueden competir en condiciones justas en deportes de mujeres, sino que las nacidas mujeres sufren una desventaja física permanente. Y las consecuencias de esta desventaja van más allá del deporte, especialmente cuando la fuerza de la parte superior del cuerpo del hombre se coloca junto a la fragilidad del cuello y el cráneo de la mujer. En el Occidente moderno, cada vez es más posible alejarse del cuerpo sexualmente dismórfico cuando no se realiza un trabajo manual, se compite en algún deporte o se engendran niños. Pero siempre quedará la incómoda verdad, queramos verla o no: casi todos los hombres pueden matar a casi todas las mujeres con sus propias manos, pero no viceversa. Y eso es importante.

Diferencias por encima del cuello

Al contrario que sus colegas liberales, las feministas radicales están del todo dispuestas a aceptar la existencia

de diferencias físicas innatas entre los sexos. Sin embargo, tradicionalmente ni las liberales ni las radicales están dispuestas a dar un paso adelante y aceptar un hecho aún más difícil: que existen también diferencias innatas «por encima del cuello». Las feministas radicales comprometidas con la teoría de la socialización pueden reconocer la existencia de la fuerza de la parte superior del cuerpo del hombre, pero se niegan a reconocer su causa.

El desarrollo de unos hombros anchos y musculosos en los chicos le cuesta al cuerpo una energía que podría dedicarse a otros procesos naturales. Gracias a esto sabemos que, durante la historia de la evolución, los chicos que han desarrollado una parte superior del cuerpo fuerte han experimentado una ventaja en la selección. En la actualidad, sabemos que los hombres con una parte superior del cuerpo muy musculada son considerados más atractivos para las mujeres heterosexuales de muy distintos ámbitos culturales,[59] y sabemos también que los hombres que tienen este tipo de cuerpo cuentan con ventaja a la hora de luchar, tanto contra otros animales como contra otros hombres. Resulta imposible explicar este hecho a menos que reconozcamos que la lucha ha debido tener un importante papel en la historia evolutiva de los hombres, lo cual nos obliga también a reconocer que el comportamiento específico del sexo debe también estar sujeto a la selección natural.

Pero, a menudo, nos encontramos con dificultades cuando tratamos de aplicar esta idea al mundo real, porque los lectores que se muestran escépticos con el relato evolutivo del comportamiento según el género probablemente estén pensando ahora mismo en hombres que conocen que no tienen espaldas especialmente anchas y que nunca han mostrado interés alguno en luchas de ninguna clase. Es muy fácil oír que «los hombres y las mujeres son *de media* de un determinado

modo» y entender eso como que «los hombres y mujeres son siempre así», cosa que cualquiera que tenga cierta experiencia en el mundo sabrá que no es cierta. Hay montones de hombres y mujeres que son físicamente distintos a otros miembros de su sexo y muchos más que no se corresponden con los estereotipos masculino o femenino en cuanto a sus intereses o su comportamiento. De hecho, yo iría más lejos y sugeriría que casi nadie es un estereotipo de género andante. Yo tengo algunos rasgos estereotípicamente femeninos y otros masculinos, y estoy segura de que tú también.

Pero este tipo de evidencia anecdótica no rebate la idea de que existen importantes diferencias medias entre los sexos y que estas diferencias tienen un efecto en la población. Podemos insistir al mismo tiempo en que existen bastantes excepciones a esta norma y, además, que no tiene nada de malo ser una excepción a la norma, mientras se reconoce a la vez la existencia de la norma.

Somos una especie sexualmente dismórfica, pero no tan sexualmente dismórfica como otras. Por ejemplo, el elefante marino macho del norte, encontrado en el océano Pacífico oriental, es tres veces más pesado que la hembra, y estos machos y hembras tienen también pautas de comportamiento increíblemente distintas en cuanto a dieta y migración. No es casualidad que esta especie sea también poligínica, con un único macho que insemina hasta a cincuenta hembras en solo una época de apareamiento. Por el contrario, la foca común macho que se encuentra en las costas europeas y del Ártico es casi del mismo peso que la hembra y es, principalmente, monógama, con machos y hembras que muestran comportamientos similares. Nosotros estamos más cercanos a la foca común que a los elefantes marinos, pues nuestras hembras pesan de media solo un veinticinco por cierto menos que nuestros machos y en la mayoría de nuestras sociedades la poliginia solo se da de forma moderada. Pero hay cierto grado de dimorfismo

sexual que, aunque puede estar temperado por circunstancias culturales, sigue siendo evidente en cada sociedad humana.

La complicación está en que somos distintos de la foca común y del elefante marino en un aspecto en particular: como especie, somos excepcionalmente inteligentes. Esto quiere decir que, al contrario que otros animales, podemos decidir desafiar a nuestros instintos, al menos hasta cierto punto y, al contrario también que otros animales, hemos podido expandirnos por todo el planeta y ajustarnos a una amplia variedad de entornos. Este tipo de variación en las condiciones materiales puede, a veces, provocar que haya sociedades humanas que se desarrollen en direcciones muy distintas. Por ejemplo, en unas cuantas culturas, los hábitos de apareamiento nos pueden parecer extraños. Los Na de China son famosos por no tener la institución del matrimonio y evitar de forma deliberada las uniones de pareja a largo plazo, y varios grupos de la Amazonia creen que un niño puede tener dos o más padres biológicos. Los anómalos hábitos de apareamiento en el Occidente del siglo XXI, el tema central de este libro, son producto no del clima ni del terreno sino, más bien, de las nuevas tecnologías que no estaban a disposición de las personas del pasado, tal y como he argumentado en el capítulo uno.

Pero toda esta variación se construye en el sustrato biológico. Las feministas liberales y activistas trans pueden empeñarse todo lo que quieran en negar esto, pero sigue siendo cierto que solo la mitad de la raza humana es capaz de quedarse embarazada y, al fracasar la invención de vientres artificiales, eso va a seguir pasando de forma indefinida. Es más, aun eliminando al cuerpo humano por completo de la reproducción, todavía nos quedarían nuestros cerebros humanos, que siguen siendo producto de nuestra evolución. La selección natural no ha seguido el ritmo del rápido

cambio social. Los cerebros que tenemos ahora se diferencian poco de los cerebros de nuestros antepasados del siglo XIX e incluso de los de nuestros ancestros cazadores recolectores, pues la caza y la recolección fueron la primera y más exitosa adaptación, llegando a ocupar, al menos, un noventa por ciento de la historia de la humanidad.

El efecto de la selección natural sobre las diferencias psicológicas entre los hombres y las mujeres resulta políticamente espinoso por un muy buen motivo: es fácil hacer un mal uso de ello. A veces, los psicólogos evolutivos son acusados por sus críticos de contar cuentos que parecen instintivamente convincentes pero que no están respaldados por ninguna evidencia real. Y hay algo de cierto en esta acusación. Algunos teóricos aficionados, e incluso otros profesionales, han dejado que su imaginación se descontrole y, tristemente, son los antifeministas los que han demostrado ser los más provocadoramente imaginativos.

Un efecto desafortunado del rechazo feminista de la psicología evolutiva es que la mayoría de las feministas se han alejado de forma deliberada de la disciplina y solo han representado un rol secundario a la hora de darle forma. De hecho, la idea misma de que existan diferencias psicológicas desarrolladas entre los sexos se ha convertido en ciertos círculos en un asunto tan tabú que el simple hecho de expresar la posibilidad puede ser entendido como un indicativo de sentir antifeminista. En 2017, el ingeniero de Google James Damore distribuyó un documento interno en el que sugería que la baja representación de mujeres en Google podría ser en parte consecuencia (según sus propias palabras) de «diferencias en la distribución de rasgos entre hombres y mujeres».[60] La investigación científica que Damore citaba era perfectamente lógica pero, aun así, fue despedido por incumplir el código de conducta de Google y provocar una tormenta mediática.

El resultado del tabú es que las personas que están dispuestas a defender públicamente el relato evolutivo se dividen con frecuencia en dos categorías: o no son sensibles a la existencia del tabú (Damore, que era autista, probablemente entraba en esta categoría)[61] o son claramente antifeministas. Resulta revelador que tantos entusiastas profanos de la psicología evolutiva tiendan a centrarse en un asunto en particular, a veces, de forma obsesiva: la acción afirmativa diseñada para aumentar la representación de las mujeres en el sector de la ciencia y la ingeniería. Una parte de la reacción violenta contra Damore se debió al hecho de que las mujeres que trabajan en organismos dominados por hombres como Google suelen sufrir cada día insultos sexistas que van desde la leve condescendencia al descarado abuso sexual y, por tanto, muchas se han vuelto legítimamente sensibles al discurso torpe de «cerebros masculinos» y «cerebros femeninos» que puede estar encubriendo una declaración de inferioridad de las mujeres.

Da la casualidad de que yo coincido con Damore en que la baja representación de mujeres en los sectores de la ciencia y la ingeniería se puede atribuir, en parte, a diferencias biológicas innatas, pero que, tal y como Damore expresó en su documento original, «muchas de estas diferencias son pequeñas y existe una superposición significativa entre hombres y mujeres, por lo que no se puede decir nada sobre un individuo dadas estas distribuciones a nivel de población».[62] De lo que estamos hablando en lo que se refiere al interés en el mundo altamente especializado de la tecnología es de dos curvas de campana que se solapan y, al igual que en los deportes de resistencia, es solo en las colas donde se evidencia una diferencia media.

Pero aunque no cabe duda de que las diferencias de sexo en los sectores de la ciencia e ingeniería son importantes para las personas que trabajan en esos campos, desde un punto de vista más general son una

cuestión secundaria. Existen diferencias psicológicas más grandes e importantes entre los sexos que requieren nuestra atención urgente, pero lo que encuentro cuando hablo con cierto tipo de hombres entusiastas de la psicología evolutiva es que no les interesa hablar de estos asuntos. Yo les digo que creo que Damore fue tratado injustamente y ellos asienten sin problema. Pero cuando saco el tema de la violencia masculina, de repente, desaparecen, pues este asunto hace que a los hombres se les vea desde un prisma bastante menos favorecedor.

O lo que es peor: caen presas de la falacia naturalista. En 2020, Will Knowland, profesor de Lengua Inglesa en Eton College, el colegio más antiguo y elitista del Reino Unido, atrajo gran atención mediática cuando le despidieron por publicar un vídeo titulado «La paradoja del patriarcado» como parte de un curso de pensamiento crítico destinado a los alumnos mayores.[63] Knowland alegó posteriormente que fue castigado porque «el director consideró que algunas de las ideas expuestas en mi clase, tales como la opinión de que hombres y mujeres difieren psicológicamente y que no todas esas diferencias son construidas socialmente, eran demasiado peligrosas como para que los chicos se vieran expuestas a ellas».[64] Yo no dudo de que esta fuera la razón por la que Knowland cayó en desgracia ante las autoridades de Eton o, al menos, en parte, pero aunque siento simpatía por James Damore, dado el trato que recibió en Google, no siento la misma simpatía por Knowland. Algunas de sus declaraciones son directamente falsas y muestran un pobre entendimiento del feminismo al usar, por ejemplo, el término «feminismo radical» para referirse al «feminismo extremo» (lo cual siempre resulta revelador). Y aunque su vídeo trata parte del mismo campo que yo he abordado en este capítulo como, por ejemplo, las diferencias de fuerza y agresividad entre hombres y

mujeres, Knowland hace uso de la biología evolutiva para argumentar tanto que las mujeres son intrínsecamente inferiores a los hombres (no solo más pequeñas y débiles, sino también menos creativas e innovadoras) como que los hombres han sido sobre todo víctimas a lo largo de la historia de la humanidad, mientras que las mujeres han recibido trato de favor.

Entiendo perfectamente por qué tantas feministas sienten repulsa por cualquier asociación con la ideología de los antifeministas como Knowland. Pero no deberíamos responder al mal uso de una disciplina científica rechazando esa disciplina en su conjunto. La evidencia misma es moralmente neutra y puede dedicarse a todo tipo de propósitos políticos, incluso a los feministas. *A natural history of rape* supuso para mí un fortísimo impacto porque me alertó del potencial feminista de la psicología evolutiva, una disciplina que con anterioridad yo rechazaba por considerarla intrínsecamente sospechosa.

La violación como adaptación

En el capítulo uno he escrito que la pregunta feminista fundamental no debería ser «¿cómo podemos ser todos libres?» sino, más bien, «¿cómo podemos fomentar mejor el bienestar tanto de hombres como de mujeres dado que los dos grupos tienen intereses distintos que, a veces, están enfrentados?». La psicología evolutiva pone el foco en esta tensión entre los intereses de los hombres y las mujeres, lo que hace que la disciplina resulte difícil de reconciliar con un énfasis feminista liberal en la libertad o con un énfasis feminista radical en el utopismo. Pero si dejamos de apuntar a la libertad absoluta o a la utopía y empezamos a pensar de manera más pragmática en cómo proteger mejor los intereses de las mujeres aquí y ahora, podremos empezar a reconceptualizar la psicología evolutiva como una herramienta útil.

Recurrí a *A natural history of rape* porque me

preocupaban ciertas preguntas que la teoría de la socialización no sabía responder: entre otras, por qué tan alta proporción de víctimas de violación son adolescentes. Mi propia experiencia trabajando con víctimas me ha proporcionado una cierta visión de las estadísticas demográficas y hay investigaciones sistemáticas que confirman mis sospechas: existe un evidente pico en el acoso a las mujeres con un aumento de peligro muy rápido después de los doce años, más o menos, y con un nuevo decrecimiento, casi igual de rápido, después de los treinta. A veces, los objetivos son las muy jóvenes y las muy mayores, pero no es normal: la víctima más común es de quince años,[65] y el porcentaje de víctimas femeninas que son mayores de treinta años cuando son violadas es menor del diez.[66] Me pregunté si sería una coincidencia que la edad de mayores violaciones sea también la edad en la que yo misma atraje la mayor parte de acoso sexual en la calle. Resultó no ser una coincidencia, tal y como señalan Richard Felson y Richard Moran:

> La ciencia social ha demostrado que existe una fuerte relación entre la edad y el atractivo sexual. Los hombres heterosexuales se sienten sexualmente atraídos por mujeres jóvenes, mientras que los hombres homosexuales se sienten atraídos por hombres jóvenes. La preferencia de edad explica por qué las estrellas de cine para adultos, las trabajadoras del sexo y las bailarinas exóticas, así como las modelos glamurosas, suelen ser jóvenes y por qué sus ingresos disminuyen a medida que se hacen mayores.[67]

Las mujeres víctimas de las violaciones y el atractivo sexual de las mujeres tienen su pico exactamente a la misma edad: las dos gráficas se funden casi a la perfección. La teoría de la socialización no da explicación a esto porque, si «la violación tiene que ver con el poder y no con el sexo», ¿por qué los violadores tienen como objetivo el grupo de edad que también

resulta ser el más deseable sexualmente para los hombres?

Y aparte, está la edad de los mismos violadores. Este sesgo no es tan extremo como lo es entre las víctimas femeninas, pero, aun así, existe un pico muy claro entre los hombres jóvenes: un estudio representativo demostró que el cuarenta y seis por ciento de los violadores eran de edad inferior a los veinticinco años, un diecisiete por ciento inferior a los dieciocho y un quince inferior a los quince años.[68] Esto se corresponde no solo con el perfil de edad de los delincuentes violentos en general, que son hombres jóvenes en abrumadora mayoría, sino también con el pico del deseo sexual masculino.[69] Una vez más, si «la violación tiene que ver con el poder y no con el sexo», ¿por qué ocurre esto?

Había otro tema que me planteaba dudas cuando empecé a leer *A natural history of rape*. En estudios sobre víctimas, la proporción de víctimas de violación que son hombres se encuentra normalmente entre un dos y un cinco por ciento y casi todas esas violaciones son cometidas por otros hombres. Se me ocurrió, mientras revisaba los datos, que esta es casi la misma proporción de población masculina que se identifica como homosexual o bisexual; una coincidencia, según el modelo de Brownmiller, pero de lo más sugerente si miramos más allá, dado que los hombres homosexuales y bisexuales cometen violaciones casi con la misma frecuencia que los heterosexuales, pero las víctimas de estos violadores, claro está, son otros hombres y chicos. En vista de esto, ¿deberíamos seguir entendiendo la violación como una expresión de dominación política arraigada en el patriarcado o deberíamos, por el contrario, considerar una posibilidad mucho más evidente: que la violación es una expresión agresiva del deseo sexual?

La resistencia a esta evidencia procede de dos grupos muy diferentes y ambos tienden a no hacer caso

de esos datos o a ponerles objeciones y, a menudo, terminan haciéndose eco unos de otros de una forma perversa. El primero es el de los antifeministas y activistas de los derechos de los hombres y el segundo, el de las feministas que, con el objetivo de ser lo más inclusivas posible, evitan de forma deliberada hacer generalizaciones sobre violadores o sus víctimas. En sus talleres, una compañera del centro de atención a víctimas de violación usaba la frase «personas de todos los géneros asaltan sexualmente a personas de todos los géneros», una declaración que, en teoría, es cierta, en el sentido de que se pueden encontrar ejemplos de cada configuración posible de víctima y perpetrador, pero que resulta engañosa en su forma de expresarlo.

En todas las partes del mundo, entre el noventa y ocho y el noventa y nueve por ciento de delincuentes sexuales convictos son hombres, y las mujeres que conforman el restante uno o dos por ciento suelen actuar de una forma distinta. Por ejemplo, es mucho más probable que las mujeres cometan la violación junto a otro violador masculino (normalmente, un marido o novio) y las mujeres casi nunca actúan contra desconocidos. No hay que entender con esto que no haya ejemplos de mujeres que violan a desconocidos ni que cometan otros delitos típicos de hombres, pues en un mundo de más de siete mil millones de personas, cada día ocurre todo tipo de cosas, pero sería una estupidez y hasta deshonesto fingir que no existe un patrón muy evidente aquí.

No, me temo que la violación es un delito masculino, y no solo en nuestra especie, sino también en muchas otras. Y ha evolucionado por una razón sorprendentemente obvia: tal y como señalaron Wrangham y Peterson, «la violación ha entrado en el repertorio del comportamiento de algunas especies porque puede aumentar el éxito de un macho a la hora de pasar sus genes a la siguiente generación (como en

última instancia deben hacer todos los comportamientos evolucionados).[70] Dicho de otro modo, es un método por el que los machos se pueden reproducir. En ciertas situaciones, confiere una ventaja para la selección.

Esta es la tesis fundamental de *A natural history of rape,* un libro que aplica la teoría evolutiva a la labor de entender las causas de la violación y los mejores métodos para evitarla. Empezamos a partir del reconocimiento de que la reproducción implica más exigencias físicas para las mujeres que para los hombres (escribo esto estando embarazada de seis meses, por lo que puedo dar fe de ello). El embarazo dura más de nueve meses y va seguido de un parto peligroso y, después, muchos años más de lactancia y cuidados del niño. Sin embargo, los hombres solo necesitan, en realidad, dedicar la cantidad de esfuerzo que requiere el orgasmo para reproducirse. También puede ser ventajoso que los padres sigan presentes tras la concepción para aumentar las posibilidades de supervivencia de la madre y el bebé, pero no siempre es necesario: un hombre que puede burlar el sistema abandonando a una mujer tras dejarla embarazada y, después, alejarse hacia el atardecer en busca de muchas otras mujeres a las que dejar embarazadas, está también consiguiendo propagar su material genético. Corre el riesgo de ser castigado y sufrir la violencia por parte de los parientes masculinos de la mujer, pero en ciertos aspectos, los beneficios pueden superar a esos peligros. Dicho de otro modo, existen distintos modos de sexualidad masculina: el que fomenta el compromiso y el que fomenta la promiscuidad (veremos esto con más detalle en el capítulo cuatro).

En el momento de su publicación, *A natural history of rape* atrajo gran cantidad de críticas por parte de feministas, algunas de las cuales daban una versión tergiversada del contenido del libro.[71] Muchas críticas malinterpretaron el argumento que se estaba dando o se

negaban a aceptar que Thornhill y Palmer eran sinceros en su condena de la violación, a pesar de que ambos autores se esforzaron en todo el libro por subrayar el dolor provocado por la violación y decidieron dedicar la obra a «las mujeres y niñas de nuestras vidas».

Muy pocas de estas críticas feministas reconocieron lo útil que podía resultar el libro a la hora de diseñar políticas que de verdad sirvieran para evitar las violaciones y para pensar de forma más generalizada en el modo en que una cultura sexual podía impactar a hombres y mujeres de forma diferente. Yo creo firmemente que esta hostilidad hacia la biología evolutiva es un error y, por este motivo, en el resto del libro voy a servirme de la obra de biólogos evolutivos para establecer argumentos feministas: una vez que aceptemos que hombres y mujeres son diferentes, seguirán muchas otras cosas.

Cómo soportarlo

¿Qué proporción de hombres tienen el deseo de violar? Me alegra decir que no todos, aunque la proporción sigue siendo preocupantemente alta, tal y como señala el biólogo evolutivo David Buss:

> Los hombres difieren de forma individual en su propensión a la violación. En un estudio, se pidió a unos hombres que imaginaran que tenían la posibilidad de obligar a una mujer a tener sexo en contra de su voluntad sin que corriesen el peligro de ser descubiertos, que nadie lo supiera, que no hubiese riesgo de enfermedad ni posibilidad de que su reputación saliera perjudicada. El treinta y cinco por ciento declaró que había cierta posibilidad de que obligaran a una mujer a tener sexo en estas circunstancias, aunque en la mayoría de los casos, esa probabilidad era escasa. En otro estudio donde se utilizó un método similar, el veintisiete por ciento de los hombres indicó que había cierta probabilidad de que obligaran a una mujer a tener sexo

si no existía la posibilidad de ser descubiertos. Aunque estos porcentajes son alarmantemente altos, si se toman al pie de la letra, son también indicativo de que la mayoría de los hombres no son violadores en potencia.[72]

Una proporción menor de hombres admite haber cometido una violación, normalmente expresada en sondeos como algo parecido a «obligar a una pareja reticente a tener sexo». En los EE.UU. y en el Reino Unido, esta cifra ronda el diez por ciento. En su obra, la psicóloga social y experta en violencia doméstica Dina McMillan también utiliza la cifra del diez por ciento[73] como proporción aproximada de la población masculina que puede resultar peligrosa. Existe una minoría principal que será sexualmente agresiva en la mayoría de las circunstancias y una minoría aún mayor que será sexualmente agresiva en algunas circunstancias. Por suerte, esto significa todavía que la mayoría de los hombres no son violadores en potencia. El *hashtag* tristemente célebre de *#NotAllMen,* '#Notodosloshombres', es real.

Por desgracia, no es fácil que las víctimas potenciales puedan identificar a los violadores potenciales. Thornhill y Palmer hacen hincapié en que, como habíamos esperado, «los violadores encarcelados muestran una excitación sexual considerablemente mayor como respuesta a descripciones de coerción sexual en la que hay fuerza física que los hombres que no han sido condenados por delitos sexuales».[74] Y Buss añade que, en cuanto a personalidad, los violadores tienden a ser más impulsivos, hostiles, desagradables, promiscuos, hipermasculinos y poco empáticos en comparación con otros hombres.[75] Es decir, a veces, es posible identificar a los violadores o, al menos, hacer generalizaciones con respecto a ellos. Pero no siempre.

Pero ¿cómo evitarlos? A la mayoría de las feministas, tanto liberales como radicales, no les gusta esta pregunta, y entiendo el motivo. De vez en cuando,

un cuerpo de policía lanza alguna especie de campaña sobre prevención de violaciones (en 2015, por ejemplo, la policía de Sussex publicó carteles que aconsejaban a las mujeres salir juntas por la noche y mantener a salvo a sus amigas)[76] e invariablemente, este tipo de acciones provoca alguna reacción feminista negativa. Los carteles de la policía de Sussex se encontraron con una petición de su retirada y las autoras feministas de la petición alegaron que «las personas que tienen el mayor poder para evitar que ocurran las violaciones y el acoso sexual no son las amigas ni los transeúntes, sino más bien los que perpetran el delito: los violadores.[77]

Lo cual es cierto. ¡Por supuesto! Pero la cuestión es la siguiente: a los violadores no les importa lo que digan las feministas. Yo simpatizo con el instinto feminista de hacer objeciones incluso a la más leve sugerencia de culpar a la víctima, especialmente por parte de la policía, pues los cuerpos policiales de todo el mundo sin excepción han mancillado historiales y sigue habiendo todo tipo de problemas con el sistema judicial criminal, razón por la que he pasado la mayor parte de mi vida adulta defendiendo la mejora tanto de la ley sobre violencia sexual como su implementación. Pero los carteles donde se dice «no violes» evitarán exactamente cero violaciones, porque la violación ya es ilegal y los posibles violadores lo saben. Podemos gritar «no violes» hasta que nos quedemos sin voz y no cambiará nada.

Tiene que ser posible decir a la vez que la violación es un acto reprobable, y que está bien (y de hecho, es fundamental) ofrecer asesoramiento que ayude a reducir su incidencia. Yo no puedo sentir mayor desprecio por los violadores (bromeo con mis amigos diciendo que quiero poner a la venta una serie de diminutas guillotinas que se encarguen de los violadores de una forma muy directa) y, sin embargo, estoy harta de un discurso feminista que no puede ir más allá de decir una y otra vez que la violación es mala. Sí, la violación es

mala. Eso ya lo sabemos. Así que ahora vamos a hacer algo al respecto.

Hay dos modos de reducir las violaciones. El primero es constreñir a los posibles violadores, por ejemplo, encarcelándoles, y el segundo es limitar las oportunidades para que puedan actuar conforme a sus deseos. Los índices de juicios por delitos sexuales son increíblemente bajos en todo el mundo. En el Reino Unido, menos de un uno por ciento de las violaciones se condenan, lo cual se debe, en parte, al bajo índice de denuncias y, en parte, al hecho de que es intrínsecamente difícil enjuiciar una violación cometida por alguien que no sea un desconocido y contra alguien que no sea un niño. Siempre va a suponer un desafío demostrar más allá de la duda razonable la presencia o la ausencia de consentimiento, aun en un sistema perfecto, del cual carecemos.

A mí me gustaría que los violadores condenados pasaran mucho más tiempo en prisión (toda la vida, si es necesario) porque tengo muy poca fe en la efectividad de los programas de rehabilitación de los agresores sexuales. En uno de esos programas, que se lleva realizando en prisiones de Inglaterra y Gales desde hace más de una década, se descubrió que, en realidad, hubo un ligero aumento de reincidencia.[78] Mi opinión sobre esto se suele tachar de «feminismo carcelario» por aquellos que defienden la abolición de las prisiones y las fuerzas policiales, normalmente basándose en la justicia racial. Mi respuesta a esta acusación es que existe una desproporcionada posibilidad de que las mujeres y niños que constituyen la amplia mayoría de víctimas de violación sean pobres y no blancos. Si el deseo de proteger a estas víctimas potenciales de violencia me convierte en una «feminista carcelaria», luciré esa etiqueta con orgullo.

Las feministas que me describen como «carcelaria» solo son capaces de presentar una alternativa al

encarcelamiento: la reinserción social, que, por lo general, se intenta conseguir a través de talleres sobre consentimiento para niños y jóvenes. Yo he diseñado e impartido estos talleres y no creo que sean del todo inútiles, porque pueden lograr dos cosas: pueden enseñar a los participantes (incluidas víctimas potenciales) qué es y qué no es ilegal y pueden ofrecer a las escuelas o a otras instituciones la oportunidad de declarar una actitud de tolerancia cero. Si, por ejemplo, se descubre a un estudiante compartiendo pornografía vengativa tras haber asistido a un taller oficial sobre consentimiento, no podrá alegar que no sabía que era ilegal ni que podía ser castigado con la expulsión.

Sin embargo, es muy poco probable que los talleres sobre consentimiento eviten las violaciones, pues estas no tienen su causa en la falta de educación. Cientos de miles de años de violencia sexual, no solo en nuestra especie sino en muchas otras, no son la consecuencia de algún tipo de malentendido que pueda ser aclarado rápidamente en un taller de cuarenta y cinco minutos en el que se dice a los chicos que no se violen unos a otros. La educación tiene un papel importante: como veremos en el capítulo cinco existe una buena razón para creer que el porno violento puede intensificar un patrón de excitación existente. Pero poner toda la fe en la reinserción social no solamente resulta estúpido, sino peligroso.

Si aceptamos la evidencia de la biología evolutiva y vamos más allá del modelo de Brownmiller, podremos entender que los violadores, en realidad, son simplemente hombres a los que les excita la violencia, que tienen poco control de sus impulsos y que se encuentran ante una víctima apropiada en unas circunstancias apropiadas. Entre esas circunstancias puede estar que la víctima esté borracha, drogada o que sea vulnerable por algún otro motivo, la ausencia de testigos y la ausencia de miedo a repercusiones legales o

sociales. Tanto hombres como mujeres de la industria del sexo son tremendamente vulnerables (veremos esto en más detalle en los siguientes capítulos). Y las mujeres jóvenes entre, más o menos, los trece y los veinticinco años, son el principal grupo objetivo.

Si quieres crear el entorno perfecto para un posible violador, nada mejor que una fiesta o una discoteca llena de mujeres jóvenes con tacones altos (que limitan la movilidad) y que están bebiendo o tomando drogas (que limitan la capacidad de atención). ¿Resulta espantoso que una persona llegue a contemplar siquiera la posibilidad de agredir a estas mujeres? Sí. ¿Proporciona esa declaración moral algún tipo de protección para estas mujeres? No. Yo cometí este error en muchísimas ocasiones de joven y entiendo la presión cultural. Pero, mientras que las jóvenes deberían sentirse libres de emborracharse con sus amigas o con hombres de confianza, hacerlo entre hombres extraños siempre supondrá un riesgo.

Creo que todos lo sabemos, igual que sabemos también que resulta peligroso para las mujeres jóvenes hacer autostop, viajar solas o irse a la casa de un desconocido. La lamentable verdad es que alrededor de un diez por ciento de los hombres supone un riesgo, y no siempre se les identifica de primeras o ni siquiera después de llevar tiempo conociéndolos. Así que mi consejo para las mujeres jóvenes tiene que ser este: evita ponerte en una situación en la que estés a solas con un hombre al que no conoces o con un hombre que te dé una mala sensación. Casi con toda seguridad será más fuerte y más rápido que tú, lo que significa que lo único que se interpone entre tú y la violación es el autocontrol de ese hombre. Sé muy bien que este consejo no protege ante todo tipo de violaciones, incluidas (entre otras) la violación incestuosa, la que sucede en prisión, la infantil y la que sucede en el matrimonio. Ojalá pudiera ofrecer algún tipo de consejo para protegernos ante estas

atrocidades, pero no puedo.

Otras feministas podrán rechinar los dientes todo lo que quieran, acusarme de culpar a la víctima e insistir en que la carga debería colocarse sobre los violadores, no sus víctimas, para evitar la violación. Pero no tienen otras soluciones que ofrecer, pues las débiles medidas de reinserción no funcionan, en realidad. Lo que sí funciona, a veces, es una solución que no es fiable ni justa y que es tremendamente costosa: reducir las oportunidades de las que puedan disponer los posibles violadores y encarcelar a los que no puedan o no quieran controlar sus impulsos sexuales agresivos. Porque la violación no tiene que ver solamente con el poder, sino también con el sexo.

<<salto>>

3

ALGUNOS DESEOS SON MALOS

Al psicólogo social estadounidense Jonathan Haidt le gusta inventar escenarios que ponen a prueba nuestras instituciones morales. Pide a los participantes de una investigación que escuchen una historia, que den su opinión sobre ella y, después, expliquen su razonamiento. Este es uno de esos escenarios: imagina a un hombre que va a un supermercado y se compra un pollo entero. Se lo lleva a casa, tiene sexo con él y, después, se lo come. Nadie más lo sabe. ¿Ha hecho algo malo?

Haidt plantea varios escenarios más relacionados con la ética sexual. ¿No pasa nada si un hermano y una hermana tienen sexo si usan distintas formas de anticonceptivos y nadie más sabe nada? O, por usar un caso real, ¿está bien que un hombre consienta ser comido por otro hombre con el fin de conseguir algún tipo de recompensa sexual?[79] Ha descubierto que las respuestas de los participantes suelen estar influidas por sus simpatías políticas. Los conservadores sociales, por lo general, dan respuestas rápidas y seguras porque pueden apelar a valores como la santidad y la autoridad. Para ellos, tener sexo con un pollo muerto o con un hermano supone una clara violación de principios morales, religiosos o tradicionales y, por tanto, es inaceptable. Fin de la historia.

Los liberales muestran una mayor dificultad: quieren decir que esos actos están mal porque, de manera instintiva, les repugnan, pero estos escenarios están diseñados para evitar recurrir al principio de J. S. Mill: «El único propósito por el que se puede ejercer legítimamente el poder sobre cualquier miembro de una comunidad civilizada, en contra de su voluntad, es para evitar perjudicar a otros». En el ejemplo del pollo, por

ejemplo, resulta difícil identificar a nadie que haya sufrido ningún daño por el comportamiento del hombre, pues el pollo, al estar muerto, no puede sufrir, y el resto de las personas, al desconocer el acto, tampoco pueden sufrir perjuicio. El hombre está ejerciendo sencillamente su autonomía sexual, lo cual significa que, tal y como establece Haidt, «si tu moral se limita a la ética de la autonomía, corres grave peligro de quedarte atónito ante este caso».

Pero no todos se quedan tan atónitos. Imagino que a la antropóloga estadounidense Gayle Rubin, por ejemplo —una figura clave en la disciplina académica de la teoría *queer*, que surgió en las décadas de 1970 y 1980—, no le afectaría el escenario del pollo, como tampoco le afecta, en general, ningún comportamiento sexual inusual. Tal y como señala:

> En la cultura occidental, el sexo se toma demasiado en serio. Ninguna persona es considerada inmoral ni se le envía a prisión ni se la expulsa de su familia porque le guste la comida picante. Pero un individuo puede sufrir todo esto y más por disfrutar del calzado de cuero. Al final, ¿qué importancia social tiene que a una persona le guste masturbarse con un zapato?[80]

Rubin es radical en su liberalismo. Es conocida por rechazar la idea de los comportamientos sexuales «buenos» o «malos», interpretando tal moralismo como intrínsecamente opresivo. En su opinión, el sexo no tiene por qué implicar amor ni compromiso y, desde luego, tampoco necesita de ninguna conexión con el matrimonio o la reproducción. Lo único que les importa a las feministas liberales como Rubin es si todas las partes pueden o no consentir un acto sexual en particular o si están dispuestas o no a hacerlo. Toda la demás moralidad sexual debe ser rechazada. De hecho, un grupo que tuvo influencia cuando se empezó a discutir sobre la desestigmatización del sexo comercial hizo toda una declaración de intenciones con la elección de su

nombre: COYOTE, las siglas en inglés de *Call Off Your Old Tired Ethics* ('Acaba con toda tu vieja y desgastada ética').

La teoría *queer* de Rubin tiene una gran deuda con la *Historia de la sexualidad* de Michel Foucault, cuyo primer volumen fue publicado en 1978. Y Foucault, a su vez, está en deuda con los escritos de Sigmund Freud sobre la represión sexual. Esta tradición intelectual es interpretada por sus defensores como un debilitamiento progresista de las normas sexuales burguesas, que han servido históricamente para mantener a las personas con intereses sexuales inusuales alejados de la sociedad respetable o sumidos en un permanente descontento al verse obligados a ocultar su verdadera sexualidad. El famoso eslogan de las protestas estudiantiles de mayo de 1968 en París, «*Il est interdit d'interdire!*» ('prohibido prohibir'), lo expresa brevemente y se ha vuelto tremendamente popular durante las décadas siguientes, mezclado con el intento feminista de liberar a las mujeres de normas sexuales tradicionales que limitaban la voluntad y el placer femenino. Así pues, la causa de Foucault, Rubin, Freud y las mujeres en su conjunto es asumida por el feminismo liberal para convertirse en una sola: «nosotras» (las revolucionarias) contra «ellos» (los tradicionalistas). *Liberté, égalité, sexualité!*

Pero yo quiero proponer un marco distinto: una lucha de clases, pero no entre revolucionarias y tradicionalistas, sino entre dos clases de personas muy diferentes, con dos tipos de intereses muy distintos.

El mercado sexual libre

Los críticos con el capitalismo del mercado libre han observado con razón que, en una sociedad desgarrada por las grandes desigualdades de riqueza y poder, los placeres de la libertad no están disponibles para todos por igual. Tal y como el historiador económico y socialista R. H. Tawney escribió en 1931:

> La igualdad implica la aceptación deliberada de limitaciones sociales a la expansión individual. Implica la prevención de extremos espectaculares de riqueza y poder por la acción pública para el bien común. Por tanto, si libertad significa que cada individuo debe ser libre, conforme a sus oportunidades, de satisfacer sin límite su apetito, esto es claramente incompatible no solo con la igualdad económica y social, sino con la civil y política, que también evitan la fuerte explotación absoluta de las ventajas de su fuerza… la libertad para el lucio es la muerte para los pececillos.[81]

Por supuesto, el propietario de la fábrica apoya la mercantilización libre y, por supuesto, su esclavo a sueldo no está de acuerdo: el lucio y el pececillo tienen intereses económicos distintos. Esto ocurre también en el mercado sexual, que antes estaba estrictamente regulado pero que ahora ha quedado, en su mayor parte, libre.

Sin embargo, en este caso, las clases no son los trabajadores y la burguesía sino, más bien, los hombres y las mujeres —o, para ser más exactos, el grupo de personas a las que les ha ido especialmente bien con la libre mercantilización del sexo son hombres con un alto rasgo de personalidad que los psicólogos llaman «sociosexualidad»: el deseo de variedad sexual—.

El psicólogo David Schmitt describe la importancia de la sociosexualidad:

> Se dice que aquellos que tienen una puntuación relativamente baja en esta dimensión poseen una orientación sociosexual limitada: tienden a la monogamia, al noviazgo prolongado y a una pesada inversión emocional en relaciones a largo plazo. Los que están en el extremo más alto de la sociosexualidad tienden a la promiscuidad, son rápidos a la hora de tener sexo y experimentan bajos niveles de intimidad en las relaciones románticas.[82]

En un estudio de sociosexualidad de hombres y mujeres en cuarenta y ocho países, Schmitt y su equipo encontraron que las grandes diferencias de sexo son «un

universal cultural», independientemente del nivel de igualdad económica y social entre los sexos de una nación. Aunque por supuesto que existe variación dentro de los sexos, con algunas mujeres individuales situadas en lo más alto de la sociosexualidad y algunos hombres individuales en lo más bajo, las dos curvas de campana son considerablemente distintas. Esta diferencia queda explicada con lo que los biólogos evolutivos llaman «teoría de la inversión parental» que, explicada de una forma sencilla, significa que las mujeres pueden tener hijos a un ritmo máximo aproximado de un embarazo por año mientras que los hombres promiscuos pueden, en teoría, tener hijos cada vez que tienen un orgasmo. Aunque existen algunas circunstancias limitadas en las que múltiples apareamientos a corto plazo pueden resultar ventajosas para las mujeres —en condiciones de peligro y escasez, por ejemplo, cuando el sexo puede intercambiarse por recursos y protección—, en general, la selección natural ha favorecido a las mujeres que son exigentes a la hora de elegir a sus parejas.

Vemos cómo se desarrolla esto en el comportamiento sexual masculino y femenino. El estudio es claro: sabemos que los hombres, por lo general, prefieren tener más sexo con un mayor número de parejas, que los compradores de sexo son casi exclusivamente hombres, que los hombres ven mucho más porno que las mujeres y que la amplia mayoría de mujeres, si se les da a elegir, prefieren una relación de compromiso al sexo casual. Los fetiches sexuales (también conocidos como «parafilias») son mucho más comunes en los hombres que en las mujeres y, aunque la causa de esta diferencia no está muy bien explicada, parece que la mayor sociosexualidad media de los hombres es una de las razones.[83] En definitiva, las pruebas demuestran que los actos que han pasado a ser más aceptados socialmente a lo largo de los últimos sesenta años son actos que con mucha más probabilidad

van a disfrutar los hombres. Es un buen momento para ser fetichista, comprador de sexo, usuario de porno y *playboy*. Es al sociosexual alto al que mejor le ha ido con el liberalismo sexual y estas personas son principalmente hombres.

Ha habido también otros beneficiarios de la liberación sexual: sobre todo, lesbianas, gays y bisexuales cuyas relaciones ahora mismo no solo se han despenalizado sino que también han adquirido un reconocimiento oficial en muchos países. El declive de la homofobia en Occidente durante el último siglo es realmente notable. En 1983, la mitad de los encuestados del Sondeo de Actitudes Sociales Británicas dijeron que «las relaciones sexuales entre adultos del mismo sexo eran siempre malas».[84] En 2012, esta proporción disminuyó a más de la mitad y, un año después, la legislación que introducía el matrimonio entre personas del mismo sexo en Inglaterra y Gales fue aprobada durante el gobierno conservador. Desde 2001, docenas de otros países han legalizado el matrimonio entre personas del mismo sexo, incluido Estados Unidos en 2015,[85] una perspectiva que era casi inimaginable en el apogeo de la crisis del sida en 1989, cuando Andrew Sullivan fue el primero en abogar por esta reforma en una importante publicación estadounidense.[86]

Cualquier acontecimiento histórico tan radical como la revolución sexual va a tener una amplia variedad de efectos, tanto positivos como negativos, pero el punto fundamental en el que quiero hacer hincapié en este libro es que es erróneo interpretar este periodo histórico como ejemplo de «progreso» en cualquier sentido directo. Yo soy apóstata del «progreso»: no creo que exista nada parecido al famoso avance gradual e inevitable hacia el bien que Martin Luther King describió como el «arco del universo moral» que se inclina hacia la justicia. Todo cambio social tiene su compensación, que queda oculta con una narrativa simplista que no deja

espacio para la complejidad.

El sexo es relacional. Por supuesto, esto quiere decir que la pareja que ama necesita a otra pareja que ama. Pero también significa que el fetichista al que le gusta el sadomasoquismo, el voyerismo o la ropa interior sucia necesita a otras personas que participen de su fetiche, igual que el comprador de sexo necesita vendedores de sexo y el usuario de pornografía necesita productores de pornografía. Esto no es problema para una teórica como Gayle Rubin, que señaló que muchas personas (la mayoría, por necesidad, mujeres) están dispuestas a satisfacer estos deseos: a veces, sin reparos, y, otras, a cambio de un intercambio económico. Pero esto subestima hasta qué punto el que los participantes del mercado libre sexual pueden estar sujetos a una coerción más o menos sutil, igual que los trabajadores de un sistema económico actúan en respuesta a incentivos y restricciones.

Rubin y sus aliadas no dudan en quedarse boquiabiertas ante cualquier relación entre ellas y la primera ministra británica Margaret Thatcher, pero su visión de la ética sexual queda bien resumida con la declaración de Thatcher durante una entrevista de 1987 de que «no existe esa cosa llamada sociedad». Esta frase se ha vuelto desde entonces tristemente célebre en la política británica, a menudo interpretada por los críticos con Thatcher como la expresión de un individualismo codicioso y, con frecuencia, cruel que ella supo representar. A pesar de la lealtad de su partido, Thatcher no era una conservadora en el sentido literal de la palabra, porque su objetivo no era conservar. Buscaba deliberadamente un proceso de destrucción creativa, eliminando lo viejo para dejar paso a lo nuevo. Sus adeptos insisten en que era algo necesario, que la minería del carbón, por ejemplo, ya no podía seguir viva, pero sus críticos señalan que esa alteración provocada por sus intervenciones agresivas ha llevado a una miseria

prolongada, especialmente en zonas de Gran Bretaña que ahora son posindustriales, y que esta miseria ha terminado conduciendo a una mayor trastorno proclamado por el referéndum del Brexit de 2016.

Thatcher no obedeció la directriz de G. K. Chesterton formulada en este famoso párrafo:

> En lo que se refiere a la reforma de las cosas, a diferencia de deformarlas, hay un principio claro y sencillo; un principio que probablemente se considere una paradoja. Existe en tal caso una determinada institución o ley; por decirlo de una forma simple, digamos que se levanta una valla o puerta atravesada en un camino. El reformista del tipo más moderno se acerca alegremente a ella y dice: «No le veo la utilidad a esto, vamos a quitarlo». Ante lo cual, el reformista más inteligente hará bien en responder: «Si no le ves la utilidad, no pienso permitir que lo quites. Vete y piensa. Y luego, cuando puedas volver y me digas que sí le ves la utilidad, quizá te permita destruirla.[87]

Chesterton señala que la persona que no entiende el propósito de una institución social es «la última persona» a la que se debería permitir que la reformara. El mundo es grande y dinámico, tanto que literalmente nadie es capaz de entenderlo del todo ni de predecir cómo pueden reaccionar sus sistemas al cambio. La parábola de «la valla de Chesterton» debería incentivar la cautela en los aspirantes a reformistas, porque sí que existe eso que se llama sociedad, y es más compleja de lo que ninguno de nosotros nos podemos imaginar.

Pero los thatcheristas sexuales no reconocen la naturaleza delicada y relacional de una cultura sexual y, por tanto, no pueden entender que la sociedad está compuesta tanto por lucios como por pececillos, así como también por personas que pueden representar ambos roles en distintos momentos («mitad víctima, mitad cómplice», como dijo Simone de Beauvoir). Su análisis solo puede entender a las personas como

individuos independientes y atomizados, que se dejan la piel cuidando solo de sí mismos y dispuestos a pasarlo bien. Así, cuando ven un tabú (por ejemplo, en contra de tener sexo con cadáveres de pollos) asumen que, si no aparece en su mente ningún propósito evidente de ese tabú, deberá ser, por tanto, innecesario. Asumen erróneamente que, una vez que hayan desaparecido todos esos tabúes, todos quedaremos liberados y podremos tomar nuestras decisiones con total libertad en cuanto a nuestra vida sexual, eligiendo entre un menú de placenteras opciones que ahora quedarían a nuestra disposición gracias a la revolución sexual (¿Qué desea hoy el señor? ¿El pollo?).

Pero, en realidad, nuestras decisiones están fuertemente restringidas, no solo porque seamos criaturas influenciables que absorben los valores y las ideas de la cultura que nos rodea, sino también porque el sexo es un acto social: requiere la implicación de otras personas. Por ejemplo, si yo soy una joven estudiante que busca un novio en mi universidad del siglo XXI y no quiero acostarme con él antes del matrimonio, veré limitadas mis opciones de un modo que no lo habrían estado hace setenta años. Cuando se espera el sexo antes del matrimonio y cuando casi todas las demás mujeres que forman parte de mi propio mercado sexual están dispuestas a irse a la cama en una primera o una segunda cita, el no estar dispuesta a hacer lo mismo se convierte en una desventaja. La joven abstinente tendrá que ser tremendamente atractiva para así poder competir con sus compañeras más permisivas, o deberá contentarse con restringir sus citas a esos hombres que sean tan poco normales como ella.

El discurso del «progreso» oculta el desafío de la interconexión presentando la historia como una sencilla trayectoria ascendente, en la que todos nosotros nos vamos volviendo más libres a medida que superamos restricciones anticuadas. Pero existe otro modo de

entender la historia, de tal forma que quizá resulte menos reconfortante pero que puede incorporar la inevitable realidad del conflicto y los intercambios.

El lado equivocado de la historia

Deberíamos rechazar la narrativa del progreso para, en su lugar, atender a la de otros como el crítico marxista Raymond Williams, que nos recuerda que las sociedades se encuentran siempre en un estado de flujo constante. Según Williams, en cualquier época habrá elementos dominantes, residuales y emergentes que existan de manera simultánea y en contraposición entre sí.[88] Tendemos a celebrar a esas figuras históricas que formaron parte de presiones emergentes que más tarde se convirtieron en dominantes: las personas a las que se les atribuye el haber sido unos adelantados de su tiempo y que después se han reivindicado, solo en ocasiones (y de una forma muy romántica) tras su muerte. Pero normalmente prestamos menos atención a las personas que han formado parte de elementos residuales que quizá hayan sido en algún momento dominantes pero que han terminado desapareciendo. Veneramos a las personas cuyas ideologías se impusieron, quizá imaginándonos a nosotros mismos como una más de ellas. Pensamos mucho menos en las personas que perdieron.

La tristemente célebre activista Mary Whitehouse es una de esas perdedoras de la historia. Nacida en 1910, nunca abandonó sus sentimientos eduardianos, ni siquiera cuando la sociedad que conocía se desmoronó a su alrededor. Dedicó treinta y siete años a organizar campañas de envío de correos postales con el fin de detener la llegada de lo que ella llamaba la «sociedad permisiva», pues le espantaban las muestras de sexo y violencia que, de repente, aparecían en las pantallas de televisión británicas a partir de la década de 1960. Un contemporáneo de Whitehouse la describió en el

Financial Times como una «pequeña reina Canuto que exhortaba a las olas de comportamiento inmoral para que se retiraran».[89]

Algunas de las preocupaciones de Whitehouse pueden parecer ahora bastante estúpidas. Ella y sus compañeras activistas dedicaron una enorme cantidad de energía a un tipo de descaro que en la actualidad nos resulta pintoresco. Los dobles sentidos en canciones como la de *«My Ding-a-Ling»* de Chuck Berry o en series como *It ain't half hot mum* de la BBC dieron lugar al envío de cartas, como también un micrófono colocado de forma provocadora durante una aparición de Mick Jagger en *Top of the Pops*.

Una de las primeras incursiones de Whitehouse en la vida pública fue un artículo anónimo de 1953 en *The Sunday Times* que aconsejaba a las madres sobre la mejor forma de inhibir la homosexualidad en sus hijos. Esta clara homofobia estaba mezclada con una cruzada contra la blasfemia que, a menudo, recurría a una legislación arcaica. En 1977, inició una acusación privada contra *Gay News* por publicar un poema que describía a un centurión romano fantaseando con tener sexo con el cuerpo de Cristo crucificado. El editor fue condenado por blasfemia y el consejero que después le representó escribió que Whitehouse sentía un «miedo visceral a los homosexuales», y puede que tuviera razón.[90]

Su reputación de anticuada e intolerante implica que, si se recuerda ahora a Whitehouse, normalmente es en tono de chiste. De hecho, mientras estaba viva fue objeto de mofa constante. Uno de sus libros fue quemado en forma de ritual en una serie de la BBC, su nombre se usó en tono de guasa en el título del programa cómico *The Mary Whitehouse Experience,* y una estrella del porno se cambió oficialmente su nombre por el de Mary Whitehouse para burlarse de ella (esta segunda Mary Whitehouse terminó suicidándose más tarde). Sir Hugh Greene, director general de la BBC entre 1960 y 1969,

mostró públicamente su desprecio por Whitehouse, de tal forma que compró un grotesco retrato de ella desnuda para colgarlo en su despacho. Se cuenta que Greene aliviaba su frustración lanzando dardos sobre el retrato, lanzando gritos de placer si conseguía acertar sobre uno de los seis pechos de Whitehouse.[91]

El archiprogresista Owen Jones, columnista de *The Guardian,* es uno de los que ahora utilizan el nombre de Whitehouse para referirse al hecho de estar en el «lado equivocado de la historia» (expresión que Jones emplea a menudo).[92] Este marco presenta a Whitehouse como la encarnación del mal, en contraposición con los héroes románticos de la corriente emergente, en este caso, sir Hugh Greene y sus permisivos aliados. Pero esta narrativa histórica solo funciona si se es deliberadamente selectivo. Whitehouse se ha visto condenada por la «historia» en asuntos de homosexualidad, blasfemia y el uso fálico de los micrófonos en *Top of the Pops*. Pero hubo un tema en el que fue especialmente profética: Whitehouse fue uno de los pocos personajes públicos de su época que mostró interés por los abusos sexuales en la infancia.

Al mismo tiempo que sir Hugh Greene lanzaba dardos contra el retrato desnudo de Whitehouse, su organización permitía abusos perpetrados contra mujeres y niños por parte de muchos hombres famosos, entre los que se encontraba el famosísimo presentador de televisión Jimmy Savile. Hasta después de la muerte en 2011 de Savile, impune, no salió a la luz la magnitud de sus delitos. Ahora se cree que a lo largo de, al menos, cuarenta años en la BBC se hizo la vista gorda ante la violación y los abusos sexuales de hasta mil chicas y chicos por parte de Savile en los camerinos y estudios de la corporación.[93] Abusó de muchas víctimas más, jóvenes y mayores, hombres y mujeres, en hospitales, escuelas y cualquier otro lugar donde pudiera encontrarlas. El estatus de celebridad de Savile le permitió ejercer su

agresión sexual, dándole acceso a víctimas vulnerables, especialmente niños, y desalentando que fuese investigado.

Savile se esforzaba poco por ocultar lo que hacía y, de hecho, solía hacer bromas al respecto. Cuando respondía a llamadas de periodistas, parece ser que les saludaba, de forma impulsiva, con la frase «ella me dijo que tenía más de dieciséis años», palabras que eran seguidas siempre por una risa nerviosa.[94] En su autobiografía, publicada en 1974, Savile admitió abiertamente algunos de sus delitos, por ejemplo, al contar que en una ocasión, antes de convertirse en presentador de televisión, cuando dirigía algunas discotecas del norte de Inglaterra y un agente de policía le pidió que estuviese atento por si veía a una chica que se había escapado de un centro de delincuentes juveniles, Savile le dijo al policía que, si la chica aparecía en alguno de sus locales, se aseguraría de entregarla a las autoridades, «pero antes, pasaré la noche con ella a modo de recompensa». La chica terminó apareciendo en una de sus discotecas y él terminó pasando la noche con ella, pero nunca se inició contra él ninguna acción criminal.[95] Savile contó esta anécdota abiertamente, como si fuese divertida y, al parecer, sin ningún miedo a las consecuencias.

Cuando el escándalo de Savile salió a la luz en la década de 2010, todos los comentaristas repetían lo mismo una y otra vez: «Eran otros tiempos».[96] Y desde luego que lo eran, aunque, a veces, olvidamos lo distinta que era en realidad la actitud ante el abuso sexual infantil durante las décadas de 1970 y 1980. En Gran Bretaña, varios miembros del Intercambio de Información sobre Pedofilia defendían abiertamente la abolición de la edad del consentimiento y tuvieron una cálida acogida en algunos círculos de poder, mientras el gobierno de Margaret Thatcher rechazaba las peticiones de prohibir ese grupo.[97] En los Estados Unidos, se fundó

la NAMBLA (siglas en inglés de la Asociación Norteamericana por el Amor entre Hombres y Niños) a finales de la década de 1970 y consiguió el apoyo de personajes como el poeta Allen Ginsberg y la feminista Camille Paglia.[98]

En algunos países europeos, en aquella época la pornografía infantil era de acceso libre, tras haberse legalizado a la vez que otras formas de pornografía desde finales de los años sesenta.[99] En Suecia salió a la luz en 2009 que la Biblioteca Real de Estocolmo estaba en posesión de una colección de pornografía infantil adquirida (legalmente) entre 1971 y 1980 y que todavía se prestaba (ilegalmente) a miembros del público ya entrado el siglo XXI, un incómodo recuerdo del pasado hiperliberal de Suecia.[100]

En 1977, se presentó una petición en el parlamento francés pidiendo la descriminalización del sexo entre adultos y niños firmada por una larga lista de intelectuales famosos, entre los que se incluían Jean-Paul Sartre, Jacques Derrida, Louis Althusser, Roland Barthes, Simone de Beauvoir, Gilles Deleuze, Félix Guattari y el estimado radical y padre de la teoría *queer*, Michel Foucault.[101] En 2021, el escritor Guy Sorman alegó en una entrevista en *The Times* que Foucault también había actuado según este principio político, abusando sexualmente de niños de entre ocho y diez años durante el tiempo que vivió en Túnez a finales de la década de 1960. Sorman aseguró que sus compañeros periodistas eran sabedores de este hecho, «pero nadie escribía artículos sobre eso durante aquella época. Foucault era el rey de los filósofos. Como nuestro dios en Francia».[102]

Todos estos personajes se encuentran ahora (como diría Owen Jones) en «el lado equivocado de la historia», pues en la década de 1990 aparecieron de nuevo duras condenas contra los intentos de normalizar la pedofilia. Durante los años setenta fueron principalmente conservadores «reaccionarios» los que se opusieron a

grupos como el de Intercambio de Información sobre Pedofilia, con Mary Whitehouse, por poner un ejemplo, defendiendo férreamente el proyecto de ley a título personal que terminó convirtiéndose en la Ley de Protección Infantil de 1978. Al final, a Whitehouse se le unió el progresismo en su condena al abuso sexual infantil, pero su contribución quedó borrada y la bochornosa historia de la tolerancia liberal de la pedofilia durante las décadas que siguieron a la revolución sexual cayó casi en el olvido absoluto para ser redescubierta gradualmente en el trascurso de investigaciones como la que se hizo sobre Jimmy Savile.

La pedofilia es ahora condenada por liberales y conservadores por igual, junto a otras parafilias entre las que se incluyen la necrofilia y la zoofilia. Para los liberales, el muro que separa el comportamiento sexual lícito del ilícito se levanta ahora haciendo énfasis en el consentimiento, asunto que exploraré en mayor profundidad en los siguientes capítulos. El problema de la pedofilia, según este argumento, es que los niños no pueden consentir y, por tanto, cualquier acto sexual donde estén implicados será siempre inaceptable. Así pues, si se recuerda en algo la apología pedófila de revolucionarios sexuales como Foucault y Rubin, es como un desvío breve y vergonzoso del camino progresista, un vicio (por así decir) en el arco del universo moral hacia la justicia.

Pero, con una observación más atenta, el argumento del consentimiento se desmorona. Es posible que los liberales puedan aceptar la prohibición del porno infantil sin ningún recelo, pues para su producción se necesita el abuso de niños de verdad, pero ¿qué pasa con las imágenes que la policía califica de «pseudofotografías» y que parecen representar a niños reales? ¿Y las ilustraciones? ¿Y los adultos que se visten como niños y fingen actuar como tales durante el sexo? ¿Y los actores de cine porno que aparentan ser muy jóvenes? ¿Y los

actores de cine porno que deliberadamente adoptan un aspecto aún más joven? ¿Y qué pasa con Belle Delphine, la estrella de las redes sociales de 21 años que vende imágenes pornográficas de sí misma llevando aparato dental y ropa de niña y que en 2021 fue criticada por compartir imágenes suyas aparentemente vestida de niña y fingiendo que la violaba un hombre vestido de secuestrador? Al defenderse ante estas críticas, Delphine insistió en que: «No me disculpo por nada, lo que hice no estuvo mal y es mucho más normal de lo que la gente cree. Solo hay que ver uno de los disfraces y fantasías sexuales más comunes, el de colegiala. ¿Ahora resulta que si te vistes así estás fomentando la pedofilia?».[103]

Dentro del marco liberal, ¿cómo podemos responder a la pregunta de Delphine con lo que, para la mayoría de nosotros, resulta instintivo: «Sí, las fantasías de la colegiala fomentan la pedofilia»? Un sistema ético basado exclusivamente en el consentimiento no deja espacio para este tipo de instinto moral que coloca a los liberales en una posición incómoda, tal y como ha demostrado el estudio de Jonathan Haidt. Resulta difícil recurrir al principio del daño de J. S. Mill cuando nos enfrentamos a una amplia variedad de alarmantes escenarios sexuales: incesto consentido, canibalismo, sexo con pollos muertos y actos sexuales que son, como poco, muy cercanos a la pedofilia, si no directamente pedófilos.

Rompiendo tabúes

Cuando estás dispuesto a romper tabúes sexuales, no te debería sorprender que todos los tabúes sean considerados objeto de esa ruptura, incluidos los que preferirías conservar. La reivindicación de Foucault y sus aliados nunca fue que se pudiera permitir la coacción violenta a niños para tener sexo. Por el contrario, afirmaban que el deseo sexual se desarrolla antes en algunos niños que en otros y que, por tanto, es posible

que en ciertos casos haya niños que puedan tener relaciones sexuales con adultos sin que supongan una experiencia traumática, sino placentera para ambos. Por tanto, la reivindicación no era que el consentimiento no tuviera importancia sino, más bien, que los niños son, a veces, capaces de prestar consentimiento. Y señalaban, con razón, que los pedófilos son una minoría sexual difamada que sufren muchísimo como consecuencia del tabú que se mantiene contra ellos. Su proyecto, por lo tanto, no era un desvío del sendero progresista sino, en realidad, mantenerse en él. Siento decir que los principios del liberalismo sexual sí que avanzan de manera inexorable hacia este extremo, lo queramos o no.

Y, de hecho, tras la fuerte reacción contra la defensa de la pedofilia en la década de 1990 y en la primera década del 2000, ahora empezamos a ver cierto deslizamiento hacia el pensamiento de los años setenta. En 2020, Netflix estrenó una película llamada *Guapis* (su título original en francés era *Mignonnes*), escrita y dirigida por la directora francosenegalesa Maïmouna Doucouré. Amy, la protagonista, de once años, vive con su familia senegalesa en un barrio pobre de París. Cuando el padre de Amy anuncia su intención de tener una segunda esposa, Amy y su madre se quedan desconsoladas y esa fractura aleja a May de su comunidad religiosa y conservadora para adentrarse en la órbita de un grupo de chicas que se hacen llamar las Guapis.

Las Guapis no son unas niñas buenas. Acosan a Amy y también se maltratan entre sí, atacan físicamente a otros niños, roban, mienten y perrean. A los once años, han formado un grupo de baile amateur y llevan ropa muy corta y han adoptado un estilo que está a años luz de todo lo que Amy ha experimentado antes. Estas niñas no sufren directamente abusos sexuales por parte de nadie y, de hecho, nunca vemos ningún acto evidente de agresión sexual. Aprenden a bailar y hacer mohínes por

internet, especialmente en un mercado de las redes sociales en el que la sexualización de las preadolescentes tiene una abundante recompensa de *likes* y seguidores. En una escena, Amy está sentada entre varias mujeres mayores que están rezando mientras bajo su velo está viendo a escondidas en su teléfono robado un vídeo en el que unas mujeres adultas están dándose palmadas en sus nalgas desnudas. Entusiasmada con esa estética, Amy enseña a las demás niñas a añadir movimientos más explícitos a sus bailes y, en una escena especialmente difícil de ver, las niñas se animan entre sí a menear sus diminutos traseros y tirarse al suelo imitando un orgasmo pornográfico.

Esta escena dura una eternidad, igual que otra media docena de escenas similares, una de las cuales fue muy compartida en internet cuando la película pasó a ser un tema polémico crucial en una guerra cultural internacional, hasta el punto de que la etiqueta de #CancelNetflix fue tendencia en Twitter durante varias semanas y algunos republicanos estadounidenses exigieron someter a los ejecutivos de Netflix a una investigación criminal por, tal y como dijo el diputado Jim Banks, «distribución de pornografía infantil».[104] Tanto Netflix como Doucouré defendieron la película declarando que su intención era la de ser una crónica sobre los perjuicios de la sexualización infantil. El problema fue que también mostraba mucha sexualidad infantil real y la primera publicidad de la película se aprovechaba de ello, con las cuatro jovencísimas actrices vestidas con biquinis pretenciosos y en poses sugerentes. La representación cruda de la sexualización infantil no es del todo nueva. *Taxi Driver* (1976), *La pequeña* (1978) y *Thirteen* (2003) retrataban a niñas preadolescentes en escenarios sexualmente inapropiados. Pero *Guapis* fue más lejos que ninguna de estas películas no solo sugiriendo la sexualización sino mostrándola de verdad y con todo lujo de detalles.

Aun así, *Guapis* recibió buenas críticas en los medios, entre ellos, *The Washington Post, Rolling Stone, The New Yorker* y *The Telegraph,*[105] cuya crítica elogiaba este acto de provocación en «una época en la que asusta la sexualidad infantil» y más tarde publicaron en Twitter su deleite al ver que la película había «cabreado a toda la gente de bien». La palabra «histérica» era recurrente en estas críticas, junto a la sugerencia de que la indignación por *Guapis* era absolutamente desproporcionada, derivada exclusivamente de un pánico moral conservador hacia la pedofilia.

Hay algo sobre la angustia pedófila que en la actualidad se considera de bajo estatus entre las élites liberales. Especialmente en Estados Unidos, se relaciona con grupos siniestros como QAnon y, en Gran Bretaña, con la prensa amarilla. En el año 2000, Yvette Cloete, una sudafricana de treinta años que trabajaba como aprendiz de pediatría en el condado galés de Gwent, se encontró al llegar a su casa la palabra «Pedófila» pintada en su puerta. La policía creyó que había sido obra de adolescentes de la ciudad. Cloete concedió un par de entrevistas a la prensa en la que sugirió que los vándalos podrían haber confundido la palabra «pediatra» con «pederasta» y la noticia se extendió hasta convertirse finalmente en una leyenda urbana. Entre mis compañeros he oído varias veces una versión en la que una muchedumbre, enardecida por una campaña antipedófila en *News of the World*, ataca físicamente a la pediatra e incluso le quema la casa. Tal y como escribió el periodista Brendan O'Neill en 2010, este incidente «ha sido transformado por los creadores de opinión para convertirlo en una prueba de que algunas comunidades son tan estúpidas, desprovistas de moral y fácilmente influenciadas por los tabloides antipedófilos como *News of the World* que terminan confundiendo a una buena mujer que ayuda a los niños con hombres malvados que los violan.[106]

Esta anécdota se volvió popular y se distorsionó porque ponía el dedo en la llaga para ciertos progresistas esnobs, presentando la preocupación antipedófila como una obsesión de las ignorantes y crédulas clases trabajadoras, un grupo que en muchas ocasiones se ha considerado que está en «el lado equivocado de la historia». Pero aunque es cierto que las teorías de la conspiración generadas por grupos como QAnon son falsas, también es verdad que ha habido impactantes ejemplos de abuso sexual infantil a gran escala y que no han sido detectados. Lo de que Jimmy Savile abusara de hasta mil niños en las instalaciones de la BBC podría parecer una teoría de la conspiración si no supiéramos que fue verdad, igual que el hecho de que Jeffrey Epstein proporcionara chicas menores de edad a hombres famosos y poderosos suena a ficción especialmente estrambótica. Y, sin embargo, estas cosas sucedieron de verdad.

La virtud de la represión

En un episodio de *Los Simpson* que se llamaba «Estoy verde de rabia» y que se estrenó en 2002, Homer Simpson decide volverse una persona menos furiosa. Cada vez que Homer se siente enfadado, reprime la emoción y le sale un bulto en el cuello. Enseguida, el cuello de Homer está lleno de bultos y su apariencia calmada se va volviendo cada vez más frágil. Al final del episodio, Bart y Millhouse le gastan una broma a Homer y toda su rabia contenida sale disparada de repente con una embestida incontrolada. Más tarde, en el hospital, el médico informa a la familia Simpson de que los intentos de Homer por reprimir sus emociones podrían haber resultado letales pues, al no poder soltarlos, «la rabia le habría oprimido el sistema nervioso». Según parece, la represión no solo es complicada, sino también peligrosa.

Se trata de una representación cómica de una particular creencia de Freud que es popular en el

Occidente actual y que tiene que ver con la represión sexual y la emocional. Este modelo entiende el deseo sexual como una cantidad fija que debe ser liberada periódicamente, ya sea a través de una relación sexual real o de alguna otra forma de «válvula de escape» como el porno.

El problema de este modelo es que no reconoce la necesidad de la represión sexual. Incluso en un mercado sexual libre posterior a la década de 1960, la ley suele exigirnos que reprimamos nuestros impulsos sexuales. Si quieres tener sexo con alguien pero no quiere o no puede dar su consentimiento, la ley te obliga a reprimir tu deseo. También se te prohíbe tener sexo con un animal o con un cadáver y, en Inglaterra y Gales, así como en la mayor parte de las demás jurisdicciones, no puedes ver porno donde se vea zoofilia ni necrofilia. Es más, puedes terminar en la cárcel si te masturbas o tienes sexo en un lugar público, cosa que indigna al teórico *queer* Pat Califia, que pregunta:

> ¿Por qué se supone que el sexo debe ser invisible? Otros actos placenteros o de comunicación se realizan de forma rutinaria en público —comer, beber, charlar, ver películas, escribir cartas, estudiar o dar clases, contar chistes y reír, ver obras de arte—. ¿Es el sexo tan letal, odioso y espantoso que no podemos permitir que se vea? ¿Los cuerpos desnudos son tan feos y bochornosos que no podemos soportar ver traseros desnudos o genitales sin caernos redondos?[107]

Por desgracia para Califia, la opinión pública no se ha sumado a este particular acto de ruptura de tabúes. Cada sociedad exige que se repriman algunos tipos de impulso sexual. Lo que varía es el punto exacto donde poner el límite.

La palabra «victoriana» suele utilizarse en relación con la represión sexual, muy probablemente debido a que, en el movimiento del péndulo histórico a un lado y a otro con respecto al asunto del libertinaje, la Gran

Bretaña de la época victoriana es nuestro ejemplo más reciente de ese movimiento hacia el remilgo intenso. Aunque, tal y como han señalado revisionistas de la historia como Matthew Sweet, la popular caracterización de los victorianos como personas que se escandalizaban solo por ver las patas de una mesa sin cubrir no es tan cierta,[108] y en realidad fue una sociedad llena de contradicciones donde, a veces, una actitud tremendamente sensiblera hacia los niños se mezclaba con una prostitución infantil extendida y, hasta 1875, una edad de consentimiento sexual fijada en apenas los doce años.

Pero no cabe duda de que los victorianos sí que establecían el límite de la represión en un punto más alto del que tenemos ahora y que esto dio lugar a espantosos maltratos, principalmente contra hombres homosexuales y madres solteras. La represión sexual es un instrumento certero, pero no podemos deshacernos del todo de él, tal y como demuestran los errores cometidos en la década de 1970. Los deseos radicales de los liberales sexuales no funcionan en un mundo en el que la sexualidad humana no siempre es hermosa sino, a menudo, retorcida y repulsiva. El deseo de dar libertad a los pececillos es bueno, pero la acción temeraria puede tener como resultado también la libertad de los lucios. En una sociedad interconectada, una impacta con la otra.

Pero la narrativa progresista oculta esta verdad y, al hacerlo, provoca un daño terrible sobre los pececillos: es decir, las personas que han sido ofrecidas como sacrificio a la causa de la libertad sexual. Una sociedad que prioriza los deseos de los altamente sociosexuales necesariamente da prioridad a los deseos de los hombres, dada la distribución natural de este rasgo, y esos hombres necesitan después recurrir a otras personas (en su mayoría, mujeres jóvenes) para satisfacer sus deseos.

Los thatcheristas sexuales despacharán este problema insistiendo en que los pececillos son

perfectamente capaces de ejercer su propia libertad diciendo «no». Pueden incluso sugerir que, para empezar, yo estoy siendo condescendiente al describir a los demás como «pececillos». Pero imagino que muchas lectoras podrán recordar ejemplos en que este intento de ejercer la voluntad ante una coerción sexual no les ha funcionado a ellas o a alguien que conozcan, del mismo modo que la mayoría podemos recordar ejemplos en los que alguna persona conocida ha sufrido algún tipo de abuso por parte de su jefe. El campo de juegos sexual no es igualitario sino que se adapta a los intereses del poderoso fingiendo que sí lo es.

Cuando eliminamos del todo la moralidad sexual hasta dejar solamente el principio del consentimiento, dejamos el camino libre para ciertos lucios especialmente depredadores. Al igual que muestra la defensa de la pedofilia, el armazón del consentimiento no es para nada lo suficientemente fuerte como para proteger a los vulnerables. En vista de la enorme importancia y complejidad de las relaciones sexuales, se necesita un sistema moral mucho más sofisticado y los Foucaults y Rubins de este mundo no son los más indicados para describirlo.

La vuelta al tradicionalismo no soluciona el problema. Aunque rechazo el esnobismo cronológico del progresismo que despacha a los muertos como estúpidos y malévolos, el mundo en el que vivimos ahora está muy lejos de ese otro en que se formularon los antiguos códigos religiosos. Nuestros antepasados se enfrentaban a condiciones materiales que son tremendamente distintas a las nuestras: no contaban con métodos anticonceptivos fiables, vivían en sociedades más pequeñas y menos complejas, tenían índices de natalidad y mortalidad muy altos y, por necesidad, asignaban roles sociales y económicos completamente distintos a hombres y mujeres. Imitar el pasado no nos enseña a vivir en el siglo XXI.

Recurrir al instinto moral nos ayuda un poco. El liberalismo sexual nos exige que nos despojemos de la repugnancia instintiva que, a menudo, tiene una función protectora. Empecé este capítulo con algunos ejemplos extremos de comportamiento sexual que pueden resultar perturbadores pero que son difíciles de condenar dentro del marco liberal. Existen muchos ejemplos de la vida real que son algo menos extremos. Es el caso del actor estadounidense Armie Hammer. En 2021 fue objeto de muchos titulares cuando aparecieron varias de sus exparejas acusándole de conducta coercitiva. Una antigua novia, Courtney Vucekovich, describió a Hammer como «obseso» y denunció que «hacía cosas conmigo con las que no me sentía cómoda».[109] Otra, Paige Lorenze, habló de la conducta «controladora» de Hammer, provocándole una «especie de repugnancia».[110]

Lo curioso de este caso de #MeToo en particular es que, en realidad, no debería sorprender a nadie. Hammer tenía un largo historial de confesiones sobre que tenía gustos sexuales violentos y degradantes. No solo contó en *Playboy* ya en 2013 que le gustaba asfixiar a las mujeres,[111] sino que también confesó a sus novias que sentía cierta atracción por el canibalismo. Varias de estas mujeres han contado desde entonces que Hammer disfrutaba infligiendo dolor sobre ellas durante el sexo y que también hablaba de su deseo de romperles los huesos, comerse su piel y pasar su carne por la barbacoa.

Cualquiera podría pensar que esto haría saltar alguna alarma. Y, sin embargo, las mujeres que tuvieron relaciones sexuales con Hammer parecieron absorber la creencia liberal sexual de que existe una clara línea entre cómo se comporta una persona en la cama y cómo lo hace fuera de ella. Así que, aunque no les gustaba precisamente el interés de Hammer por el canibalismo, no se vieron capaces tampoco de poner ninguna objeción. Reprimieron su instinto moral y, al hacerlo, se vieron atraídas hacia el interior de la órbita de un

hombre peligroso y maltratador. Como veremos en el capítulo seis, esto es una consecuencia previsible de la actitud liberal hacia las prácticas sexuales de dominación y sadomasoquismo que resultan especialmente desastrosas para los pececillos ingenuos y simpáticos.

El liberalismo sexual se equivoca no solo a la hora de no respetar el instinto moral, sino también de resistirse de forma activa. No obstante al mismo tiempo, al igual que el principio del consentimiento, el instinto es demasiado simplista como para ser de utilidad por sí solo. Es posible que podamos estar en gran parte de acuerdo con los ejemplos más escandalosos (como, por ejemplo, el canibalismo) pero el instinto de una persona no siempre será igual que el de otra. El incesto entre hermanos o entre padres e hijos, supuestamente un tabú universal, según muchos antropólogos, se ha convertido en una categoría popular en las principales plataformas de pornografía, lo cual indica que no es una minoría insignificante de usuarios la que muestra cierto interés por ella. El instinto moral puede ser un punto de partida, pero también insuficiente.

No voy a fingir que este asunto tenga una solución fácil, porque «¿cómo deberíamos comportarnos sexualmente?» es, en realidad, otra forma de preguntar «¿cómo deberíamos comportarnos?» y, tras milenios intentándolo, no hemos conseguido llegar a un acuerdo para responder a esa pregunta. Aun así, este es mi intento de contribuir: deberíamos tratar a nuestras parejas sexuales con dignidad. No deberíamos considerar a las demás personas simplemente como cuerpos de los que disfrutar. Deberíamos aspirar al amor y a la reciprocidad en todas nuestras relaciones sexuales, ya seas homosexual o heterosexual. Deberíamos priorizar la virtud por encima del deseo. No deberíamos asumir que tendríamos que actuar conforme a cualquier deseo que descubramos en nuestros corazones (o en nuestras entrañas).

Armie Hammer debería haber reprimido su deseo de hacer daño a sus parejas sexuales y Jimmy Savile debería haber reprimido su deseo de abusar sexualmente de niños. Hacer esto no les habría provocado ningún daño, porque cierto grado de represión sexual resulta bueno y necesario. El mundo sería un lugar mejor si esos hombres se avergonzaran más de sus deseos y aprovecharan esa vergüenza para controlarse. Pero no son solo la mayoría de los deplorables agresores sexuales los que podrían colocar la virtud antes que el deseo. Es posible que todos nosotros nos veamos tentados por nuestros peores instintos en alguna que otra ocasión y es mucho más probable que estemos dispuestos a satisfacerlos en una cultura que fomenta el hedonismo.

Aziz Ansari, al igual que Armie Hammer, es un famoso que se vio envuelto en un escándalo del Me Too. Pero, al contrario que Hammer, su mal comportamiento fue más ambiguo. La noche del 25 de septiembre de 2017, Ansari acudió a una cita con una mujer que en público solo se ha conocido como «Grace». Volvieron a la casa de él y, después, tuvieron cierto contacto sexual que provocó en Grace un sentimiento de profunda incomodidad. Aunque ella se apartó suavemente murmurando su renuencia, Ansari insistió una y otra vez para tener una relación sexual. Al final, por petición de él, ella le hizo una mamada. Ansari no usó la fuerza en ningún momento y ella nunca dijo, en realidad, «no», pero Grace terminó sintiéndose utilizada. Al día siguiente, envió un mensaje a Ansari contándoselo y él se disculpó por haber «malinterpretado la situación». Varios meses después, ella publicó su relato en la página web *babe*.[112]

El comportamiento de Ansari no cruzó el umbral legal de la violación porque, en teoría, Grace consintió la relación sexual. Claramente, Ansari suponía que Grace quería tener sexo con él, tanto por su estatus de celebridad como porque tener sexo después de una

primera cita es ahora normativo entre los occidentales jóvenes y «sexualmente liberados». Y, por tanto, Grace se vio en una situación en la que tenía que presentar argumentos para no tener sexo y vio que le resultaba casi imposible. Al igual que la estudiante que cité en el capítulo uno, ella sintió el instinto de defender sus límites sexuales, pero se lo impidió una cultura en la que «solo es sexo» es la perspectiva dominante. Eran dos adultos que habían consentido tener una cita y se esperaba que el sexo fuera la forma de acabar la noche, así que, ¿cómo iba a decir que «no»?

Tras la publicación de la versión de Grace, muchas comentaristas feministas liberales trataron de condenar a Ansari dentro del marco del consentimiento, indicando que, al no haber pruebas, la relación sexual no había sido verdaderamente consensuada. En vista de que la necesidad de un consentimiento es el único principio moral que queda en el reino del desencanto sexual, era este el principio que había que aplicar. El problema es que la presencia del consentimiento supone un impedimento muy bajo, un requisito absolutamente mínimo, no un ideal. Ansari se las ingenió para saltarse ese impedimento, pero tampoco se comportó bien. En otra época, su comportamiento podría haberse descrito como inmoral o poco caballeroso, pero las feministas liberales no se sienten cómodas utilizando ese vocabulario, dada su relación con el repelente conservadurismo religioso. El único vocabulario del que disponen es el relativo al consentimiento, porque la ideología armada por el feminismo liberal solo contiene un instrumento romo que, como era de esperar, no da la talla.

Un sistema sofisticado de ética sexual tiene que exigir más a las personas y, al igual que el sexo más fuerte y excitante, los hombres deben demostrar una mayor contención que las mujeres cuando se enfrentan a la tentación. La palabra «caballerosidad» resulta ahora

muy anticuada, pero describe algo de lo que estoy reivindicando. Tal y como señala la teórica feminista Mary Harrington:

> Los códigos sociales «caballerosos» que incentivan la protección de los hombres hacia las mujeres suelen ser interpretados desde una perspectiva igualitaria como condescendientes y sexistas. Pero… la mayor fuerza física e inclinación a la violencia de los hombres, bien documentada interculturalmente, hace que esos códigos de caballerosidad resulten tremendamente ventajosos para las mujeres y su abolición en nombre del feminismo profundamente desatinado.[113]

En los siguientes capítulos, voy a explorar algunas de las razones egoístas por las que los hombres podrían elegir, tal y como R. H. Tawney dijo hace casi un siglo, «la deliberada aceptación de restricciones sociales por encima de la expansión individual». Pero la motivación para mostrar una virtud sexual debería ir más allá del egoísmo. No es ilegal engañar a una pareja o aceptar favores sexuales de una persona a la que no respetas ni coaccionar muy sutilmente a alguien para tener sexo, como hizo Aziz Ansari con Grace, pero tampoco es decente. Hay muchos comportamientos sexuales que no son delictivos ni buenos y en los que el marco del consentimiento tiene muy poco que decir. En algún punto del incómodo espacio entre el liberalismo sexual y el tradicionalismo debe ser posible encontrar un camino virtuoso.

4

EL SEXO SIN AMOR NO EMPODERA

En el primer capítulo de *Sexo en Nueva York*, emitido en 1998, la conocida columnista de Manhattan y mujer común y corriente, Carrie Bradshaw, decide dejar de buscar a «Don Perfecto» y empezar a divertirse. Con ese objetivo, queda con un exnovio, «un bicho raro egocéntrico y reservado» con el que ya no tiene ningún vínculo emocional. Carrie va a su casa a media tarde, disfruta su oferta de sexo oral y, después, se marcha antes de que él tenga oportunidad de llegar al orgasmo. Sin hacer caso de su insatisfecho ex, Carrie nos habla de su propio placer: «Cuando empecé a vestirme me di cuenta de lo que había hecho. Acababa de tener sexo igual que un hombre. Me marché sintiéndome poderosa, fuerte e increíblemente viva. Me sentía como si fuera la dueña de esta ciudad. Nada ni nadie podía ponerse en mi camino».

En la famosa serie *La caza*, emitida en la década de 2010, la atractiva comisaria de policía Stella Gibson también disfruta de la oportunidad de tener sexo «como un hombre». Recién llegada a una ciudad en la que le han encargado la investigación de una serie de asesinatos, se fija en un fornido sargento, inferior a ella tanto en rango como en edad, y le invita a su hotel para acostarse con él. Al descubrir más tarde que ese hombre está casado, Gibson hace ostentación de su despreocupación y justifica su aventura sexual con una cita de la feminista Catherine MacKinnon: «Hombre folla a mujer; sujeto, verbo, objeto». La conclusión es clara: esta mujer le devuelve el polvo.

En estos ejemplos vemos algo importante sobre cómo se conceptualiza la liberación sexual para las mujeres. *Sexo en Nueva York* como pionera y referencia

del siglo XXI y *La Caza* como exponente de la nueva normalidad, con una Stella Gibson que se describe en toda la prensa como una «mujer protagonista y fuerte» («Está muy cómoda consigo misma», añadió la actriz Gillian Anderson al hablar de su personaje en una entrevista en *The Sun*).[114]

Estas dos protagonistas demuestran su voluntad sexual teniendo encuentros sexuales desabridos y sin amor con hombres que no les gustan. No muestran interés por la vida privada de sus parejas y se deshacen de ellos inmediatamente después. El objetivo de la relación sexual es tanto la satisfacción física como (explícitamente en el caso de Bradshaw e implícitamente en el de Gibson) la satisfacción psicológica. Tratan a sus parejas como medios, no como fines, a partir de un deseo de placer a corto plazo. Así pues, parece que la expresión de tener sexo «como un hombre» significa en realidad, al menos en estas representaciones tan populares, tener sexo *como un gilipollas*.

Aun así, el feminismo liberal entiende el hecho de tener sexo «como un hombre» como una vía evidente por la que las mujeres pueden liberarse de expectativas patriarcales anticuadas de castidad y obediencia. Si crees que no pasa nada malo, *per se,* si instrumentalizas a otras personas al buscar tu propia satisfacción sexual, esto adquiere sentido. Y si crees que tanto hombres como mujeres son física y psicológicamente iguales, salvo por algunos problemas absorbidos a partir de una cultura negativa, ¿por qué no ibas a querer que las mujeres tengan acceso a la diversión sexual de la que los hombres siempre han disfrutado (al menos, los de estatus más alto)? La postura es puramente reactiva: como las mujeres han sido castigadas a lo largo de la historia por este tipo de conducta sexual, la liberación debe suponer no solo un final de ese castigo, sino también un apoyo a lo que antes se le prohibía: devolver el polvo.

La escritora sobre sexo y productora de televisión

Karley Sciortino es una defensora entusiasta de este punto de vista. En su opinión, el doble rasero sexual, por el que la promiscuidad masculina se considera neutral o positiva mientras la femenina es vista con malos ojos, es el producto de la socialización dentro de una cultura que Sciortino considera opresora y contraria al sexo. La solución, tal y como ella lo ve, está en alejarnos de las reacciones negativas a lo que ella llamaría «golferío»:

> Hoy hemos creado un entorno en el que la sexualidad masculina (supuestamente depredadora) necesita estar controlada y la sexualidad femenina (supuestamente pasiva) necesita estar protegida… Eso es algo anticuado y resulta ofensivo y psicológicamente destructivo para las mujeres, porque tiene la capacidad de confundir a las mujeres haciéndoles pensar que tener una experiencia sexual no ideal significa que han perdido una parte de sí mismas. Atención: lo de compadecer y victimizar a las mujeres no nos ayuda: no hace más que desestimar la importancia de la voluntad sexual femenina.[115]

La expresión ambigua de «no ideal» tiene aquí una función importante, porque Sciortino sí reconoce que el campo de juego no es igualitario del todo, con o sin la existencia continuada de la humillación de las golfas. Por un lado, está la diferencia de la fuerza física que implica que cualquier relación heterosexual será inevitablemente más peligrosa para la mujer. Por otro, existe el riesgo del embarazo.

Pero el argumento feminista liberal nos lleva a la conclusión de que, si vas a destruir el doble rasero sexual, deberás servirte de tu propio cuerpo y de los cuerpos de otras mujeres como ariete contra el edificio del patriarcado. El consejo para las mujeres jóvenes es que deben «devolver el polvo» si quieren ser buenas feministas y, por lo general, todo saldrá bien. Pero ¿y si no es así? ¿Y si un encuentro sexual termina siendo «no ideal» o algo peor? En ese caso, debemos recurrir al viejo repuesto del feminismo liberal: «enseñar a los hombres a

no violar».

El problema de esta postura es que la de «fíngelo hasta que lo consigas» no es una estrategia política fiable. No podemos fingir sin más que el mundo es un lugar seguro y que la existencia de la «sexualidad masculina depredadora» no es más que un estereotipo pasado de moda. Como vimos en el capítulo dos, el panorama global de la violencia sexual se adecúa, en realidad, al estereotipo: consiste en hombres que de verdad lo perpetran y mujeres que de verdad corren peligro. No es esta una realidad que podamos hacer que desaparezca sin más.

La brecha de la sociosexualidad

Los hombres y las mujeres no son iguales, ni física ni psicológicamente. El sexo heterosexual sin compromiso conlleva riesgos mucho mayores para las mujeres y, a cambio, recompensas mucho más perversas. Y sin embargo, la insistencia (completamente razonable) de que a las mujeres se les debería permitir «devolver el polvo» sin sufrir ninguna criminalización ni ostracismo social puede caer con demasiada facilidad en la insistencia de que, por tanto, deberían hacerlo de verdad. Carrie Bradshaw y Stella Gibson son principalmente personajes ambiciosos: atractivas, glamurosas y con éxito profesional. Son un modelo que se supone que debemos seguir y Sciortino anima a sus lectoras a hacerlo. Yo no dudo que haya mujeres que de verdad disfruten del sexo sin compromiso y que decidan, una vez sopesados los riesgos y las ventajas, que lo que les conviene es buscarlo. Lo que cuestiono es la afirmación de que una cultura de sexo sin compromiso supone, en cierto modo, un beneficio para las mujeres como grupo.

En este mismo libro, he mencionado lo que los psicólogos llaman «sociosexualidad»: el rasgo que determina el interés de una persona por la variedad y la

aventura sexual. El cuestionario habitual que los estudiosos han utilizado para evaluar la sociosexualidad plantea a los encuestados las siguientes preguntas:[116]

- ¿Con cuántas parejas distintas has tenido sexo en los últimos doce meses?
- ¿Con cuántas parejas distintas has tenido una relación sexual solamente en una ocasión?
- ¿Con cuántas parejas distintas has tenido una relación sexual sin tener ningún interés en una relación de compromiso a largo plazo con esa persona?
- ¿Opinas que el sexo sin amor está bien?
- ¿Te imaginas sintiéndote cómodo/a y disfrutando de sexo «sin compromiso» con distintas parejas?
- ¿Solo quieres tener sexo con una persona cuando estás seguro/a de que va a ser una relación seria y a largo plazo?
- ¿Con qué frecuencia tienes fantasías con tener sexo con alguien con quien no tienes una relación de amor estable?
- ¿Con qué frecuencia experimentas excitación sexual cuando estás en contacto con alguien con quien no tienes una relación de amor estable?
- En la vida diaria, ¿con qué frecuencia tienes fantasías espontáneas con tener sexo con alguien a quien acabas de conocer?

En todo el mundo, existe una importante diferencia de sociosexualidad media entre los sexos, donde los hombres son, por lo general, más propensos a pasarlo bien que las mujeres. Y existe una explicación evolutiva convincente para esta diferencia.[117] Tal y como señala la bióloga Anne Campbell:

> En términos de biología, la participación del hombre termina en el momento de la concepción y son libres de

> pasar a nuevas tierras de pastoreo. Pero las mujeres, al contrario que los hombres, son especialistas en calidad, no en cantidad. Su participación no se limita a unos momentos de placer: están comprometidas con las consecuencias reproductivas y solo producen un número limitado de hijos… Es tan enorme el compromiso que exige cada niño que los cuerpos y las mentes de las mujeres están diseñados de manera exquisita para invertir solamente en el hijo de mayor calidad que sean capaces de producir.[118]

Aunque, por lo general, los hombres invierten una gran cantidad de tiempo y energía en producir hijos dentro de una relación socialmente reconocida (es decir, un matrimonio), también tienen un modo alternativo de sexualidad en el que prefieren la cantidad de hijos por encima de la calidad: es decir, inseminar al mayor número de mujeres posibles y no quedarse para enfrentarse a las consecuencias. Este modo alternativo gusta más a unos hombres que a otros, dependiendo de su grado de sociosexualidad (más «canallas» que «papás»), pero la diferencia no es absoluta. Algunos hombres pueden verse más atraídos hacia una estrategia sexual que hacia la otra en ciertos momentos de sus vidas o en determinadas situaciones o con determinadas parejas. Existe una notable flexibilidad dentro de la sexualidad masculina de la que no siempre son conscientes las mujeres, especialmente en un entorno político que niega la existencia de diferencias psicológicas desarrolladas entre los sexos.

Es fundamental recordar que la diferencia de sociosexualidad entre los sexos es un promedio: existen mujeres que tienen una sociosexualidad excepcionalmente alta y hombres con un nivel más bajo. Esto quiere decir que, tomados de manera individual, si conoces el sexo de una persona, no puedes saber con seguridad si tendrá un alto nivel de sociosexualidad o no, aunque sí puedes hacer una estimación fundamentada.

Al mismo tiempo, es importante recordar que las excepciones individuales a esta norma no niegan la misma. Por ejemplo, las diferencias medias entre la sexualidad masculina y la femenina son más claras y notorias cuando nos fijamos en las comunidades de gays y lesbianas. Aunque puede resultar controvertido señalar lo mucho que se diferencian estas dos culturas sexuales, existen muchos datos objetivos que sería deshonesto no tener en cuenta. Las mujeres lesbianas son extraordinariamente propensas a la monogamia y el compromiso: la mujer lesbiana media del Reino Unido declara haber tenido solo una pareja sexual durante el último año,[119] y la mayoría declara haber conocido a sus parejas sexuales meses o años antes de haber tenido sexo por primera vez.[120] También es muchísimo más probable que las mujeres lesbianas se casen o entablen una relación civil que los hombres homosexuales.[121] En sus memorias sobre la vida gay en los Estados Unidos en los siglos XX y XXI, Andrew Sullivan dice sobre la comunidad lesbiana que «hay aquí una cultura de extraordinaria estabilidad y variedad, un sueño para los monógamos», aunque señala con bastante acierto que, aun así, esta es una comunidad «que de algún modo no ha encontrado a sus paladines entre los derechos religiosos que defienden la familia.[122]

En contraposición, Sullivan describe el «paisaje de la vida gay» como «casi un cuadro de testosterona»,[123] y varias encuestas sobre el comportamiento sexual de los hombres homosexuales confirman este dato, mostrando un sexo sin compromiso mucho más común en la comunidad gay que en la lesbiana. Aunque, dicho esto, la flexibilidad de la sexualidad masculina es aún más notable entre los hombres homosexuales que entre los heterosexuales. En un estudio representativo realizado en 2010, casi una cuarta parte de los hombres homosexuales declaran ser tan monógamos y estables como el promedio de lesbianas, mientras que otra cuarta

parte declara haber tenido más de trece parejas masculinas en el último año,[124] y un sector más pequeño (pero no menos importante) declara haber tenido cientos de parejas sexuales a lo largo de sus vidas, lo cual es casi inaudito entre las mujeres lesbianas. Al fin y al cabo, no existe un equivalente de cultura de saunas entre las mujeres lesbianas. Tal y como señalan los autores del Estudio Sexual de Hombres Homosexuales: «Existe una muy amplia variedad de cambio de parejas sexuales entre hombres que tienen sexo con hombres; muchos hombres tienen solamente una pareja, muchos otros tienen una pareja distinta cada semana (o con más frecuencia)».[125]

La minoría de hombres homosexuales que tienen un alto nivel de sociosexualidad provoca un importante efecto en los datos: un extenso estudio de 2016, demostró que el número medio de parejas sexuales a lo largo de una vida es seis y ocho veces mayor entre hombres homosexuales y bisexuales, respectivamente, en comparación con los hombres heterosexuales.[126] Así pues, el comportamiento sexual entre hombres homosexuales es un indicativo extraordinariamente bueno de lo que ocurre cuando el factor limitador de la preferencia sexual femenina desaparece por completo.

Las preferencias sexuales de los hombres heterosexuales quedan limitadas por el hecho de que, cuando se les da la oportunidad a las mujeres, son por lo general más exigentes que los hombres y rechazan a una proporción mucho mayor de pretendientes. Por ejemplo, en un estudio de 1978 (repetido después con los mismos resultados exactos), participaron personas de atractivo medio que se acercaban a desconocidos de edades similares y les proponían tener sexo.[127] Tal y como señalaban los autores: «La gran mayoría de hombres estaban dispuestos a tener una relación sexual con las mujeres que se les acercaban. Ni una sola mujer aceptó tener una relación sexual».

Algunas feministas atribuirían esto a una cultura de sexo negativo en la que las mujeres sufren un perjuicio reputacional mayor cuando se las ve demasiado promiscuas, y es posible que también ocurra que las mujeres que han participado en estos estudios hayan querido aceptar la propuesta pero se hayan negado por miedo a poner en peligro su seguridad física. Sin embargo, estas explicaciones no tienen en cuenta el hecho de que las mujeres son también mucho más exigentes en las aplicaciones y *webs* de contactos que los hombres, y que las mujeres y los hombres difieren enormemente en sus niveles básicos de repulsión sexual.[128] Esa repulsa provoca una reacción psicológica que puede medirse a través del ritmo cardiaco y la respiración, la presión sanguínea y la salivación, aunque es posible que el individuo no sea consciente de estos indicadores,[129] y hay estudios que demuestran que, de media, el umbral de repulsa sexual es mucho más bajo en las mujeres que en los hombres.

Curiosamente, yo no conozco ninguna palabra en inglés para describir una emoción particular que cualquier mujer con la que he hablado haya experimentado al menos una vez, pero que los hombres con los que he hablado no parecen reconocer en absoluto. Se trata de una mezcla entre repulsa sexual y miedo, la sensación intensa y nauseabunda de estar atrapada al lado de un hombre excitado que te repugna. Ser toqueteada en medio de la gente o ser objeto de miradas lascivas cuando viajas sola, o de proposiciones algo violentas cuando estás en un bar, son todas situaciones que pueden provocar esta desagradable emoción. Se trata de una emoción que las mujeres de la industria del sexo se ven obligadas a reprimir. De hecho, tal y como ha escrito la superviviente de la prostitución Rachel Moran, la capacidad de no llorar o vomitar ante el miedo o la repulsión sexual es una de las «destrezas» fundamentales que te exige la industria.[130]

La prostitución muestra, más que ningún otro sector de la vida, las, a veces, enormes diferencias entre el comportamiento masculino y el femenino. Las mujeres constituyen la abrumadora mayoría de comerciantes del sexo, por la sencilla razón de que casi todos los compradores son hombres (al menos, el noventa y nueve por ciento de cada parte del mundo), la mayoría de los hombres son heterosexuales y la industria se rige por la demanda. La ausencia de compradoras de sexo femeninas puede ser, en parte, consecuencia de los peligros físicos que existen en un encuentro sexual con un desconocido, pero esta inclinación sexual está también relacionada con la naturaleza del deseo masculino y el femenino.

Por definición, los compradores de sexo son personas que buscan el sexo fuera de una relación de compromiso, normalmente con una persona que no conocen de nada, y este tipo de relación sexual es muy poco probable que atraiga a personas con un alto nivel de sociosexualidad. Las personas con un bajo nivel de este rasgo no solo no están interesadas en tener sexo con un desconocido y, desde luego, no están dispuestas a pagar dinero por ello o arriesgarse a ser castigados en países donde la prostitución es completa o parcialmente ilegal. La sociosexualidad masculina y femenina se puede representar (*grosso modo*) como dos curvas de campana con un solapamiento importante. Pero, al igual que en cualquier otro rasgo repartido de una forma regular, cualquier diferencia media por grupos será más notoria en los extremos. Las personas con una sociosexualidad excepcionalmente alta son en una mayoría aplastante hombres y las que la tienen excepcionalmente baja son en su gran mayoría mujeres. Esto quiere decir que, por regla general, cualquier cultura sexual que incentive a las mujeres a que «devuelvan el polvo», a lo que casi siempre les estará animando es a que se jodan.

Agarrarse de la mano en público

El mercado de citas heterosexuales tiene un problema que no puede resolverse de una forma fácil. La sexualidad masculina y la femenina, en la población en general, no se corresponden. De media, los hombres quieren sexo sin compromiso con más frecuencia que las mujeres y estas desean una monogamia estable con más frecuencia que los hombres. La cultura del sexo casual exige a las mujeres que repriman sus instintos naturales para corresponderse con la sexualidad masculina y, de ese modo, satisfacer la demanda masculina del sexo sin ataduras. Algunas mujeres se muestran encantadas de hacerlo, pero para la mayoría resulta desagradable e incluso angustiante. Así, la cultura del sexo sin compromiso es una solución para la discordancia sexual que beneficia a algunos hombres en perjuicio de la mayoría de las mujeres.

Yo propongo una solución distinta que se basa en una reivindicación feminista fundamental: el sexo no deseado es peor que la frustración sexual. No estoy dispuesta a aceptar una cultura sexual que ejerce presión sobre personas con baja sociosexualidad (en su gran mayoría, mujeres) para satisfacer las exigencias sexuales de los que tienen una alta sociosexualidad (en su gran mayoría, hombres), especialmente cuando el sexo acarrea tantos riesgos para las mujeres en lo que respecta a la violencia y los embarazos. La cultura del sexo sin compromiso es una solución terrible para las mujeres y, aun así, se ha presentado por el feminismo liberal como una forma de liberación. Un proyecto feminista de verdad exige que, en el mundo de las citas heterosexuales, deberían ser los hombres, y no las mujeres, los que adaptaran sus apetitos sexuales.

Este argumento está muy alejado de la corriente feminista dominante del siglo XXI. Los medios progresistas publican en masa artículos con titulares como «Tu guía feminista interseccional de siete puntos para ligar» y «Cinco formas fantásticas para participar en

la cultura feminista del ligoteo» y en todos se argumenta que, con consentimiento, todo vale.[131] Pero esta perspectiva no reconoce la naturaleza relacional del sexo y el carácter competitivo del mercado sexual, sobreestimando hasta qué punto cualquiera de nosotras puede tomar decisiones completamente libres en un sistema en el que todos estamos drásticamente limitados. Y no deja espacio para la brecha de la sociosexualidad. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a hacerlo? El feminismo liberal apenas puede reconocer la existencia de las diferencias físicas entre los sexos, y mucho menos las psicológicas.

En un artículo de humor negro publicado en 2020, la revista *Elle* se enfrenta a algunos de los problemas que arroja la cultura del sexo sin compromiso,[132] pero lo hace dentro de un marco ideológico donde no cabe la realidad del conflicto sexual. En lugar de reconocer la diferencia entre hombres y mujeres en este aspecto tan fundamental, las autoras tratan de forjar una nueva minoría sexual de «demisexuales» de género neutro, unos «pocos miembros elegidos de la sociedad» a los que no entusiasma el sexo sin compromiso:

> En su lucha por identificarse con su sexualidad durante años, la escritora del *Washington Post* Meryl Williams contó que en 2016 se encontró el término «demisexualidad» en Twitter y que empezó a investigar a qué se refería, lo cual terminó sirviéndole para aceptar su propia orientación sexual. «Me alegra que exista una palabra que describa mi sexualidad, aunque probablemente tendré que explicársela a mis futuras parejas», escribió.

Lo que en realidad describe aquí Williams es la típica sexualidad femenina. No es especial: es una mujer normal que simplemente tiene suficiente criterio emocional como para reconocer que la cultura del sexo sin compromiso no es buena para ella, pero carece de la perspectiva política como para reconocer la existencia de

un problema mayor.

Un género pop-feminista más deprimente aparece en el espacio de la sociosexualidad desde un ángulo distinto, aconsejando a las mujeres que se esfuercen por superar sus preferencias perfectamente normales y sanas en cuanto a la intimidad y el compromiso en las relaciones sexuales. Guías con títulos como «Esto es lo que debes hacer si empiezas a "sentir algo"», «Cómo piratear tu cerebro para tener sexo sin sentir un vínculo emocional» y «Cómo tener sexo sin compromiso sin involucrarte emocionalmente» aconsejan a las lectoras, por ejemplo, a evitar el contacto visual con sus parejas durante el sexo para así no «establecer una conexión íntima».[133] A las lectoras se les aconseja también que tomen cocaína o metanfetaminas antes del sexo para atenuar la respuesta de la dopamina, pero evitar el alcohol, pues en las mujeres (y, desde luego, no en los hombres) hace que aumente «la probabilidad de que establezcan un vínculo de forma prematura». Se aconsejan todo tipo de métodos innovadores de disociación, como por ejemplo: «Otra forma de evitar la relación íntima entre tu ligue y la actividad aumentada del centro de recompensa de tu cerebro es concentrar de manera consciente tus pensamientos en otra persona durante el sexo». Todas estas guías están cuidadosamente redactadas para presentar el problema como de género neutro, pero varios estudios sobre las actitudes masculina y femenina ante el sexo sin compromiso, mezclado con lo que conocemos de la brecha de la sociosexualidad, dejan claro que lo que de verdad ocurre aquí es que son una mayoría aplastante las mujeres a las que se aconseja mutilarse emocionalmente para satisfacer a los hombres.

En Occidente, la cultura del sexo sin compromiso es normativa entre adolescentes y adultos jóvenes. Tanto la cultura popular como los sondeos indican que el comportamiento sexual fuera de las relaciones románticas tradicionales y estables se ha vuelto cada vez

más generalizado y socialmente aceptado.[134] Y aunque las mujeres tienen la posibilidad de no participar, hay estudios que indican que solo una minoría lo hace.[135] Con la ausencia de algún tipo de compromiso religioso, esta es ahora la ruta «normal» que se presenta a las chicas cuando se vuelven sexualmente activas. Y los jóvenes tienden a ponerse «muy nerviosos» con lo de ser «normal».

Leah Fessler ha reflexionado sobre su época de estudiante en Middlebury College, una institución en la que reinaba la cultura del sexo sin compromiso y donde la abstinencia parecía ser la única forma en la que una alumna podía evitar su participación.[136] Al no estar dispuesta a comprometerse con el celibato, Fessler se convenció de que el sexo sin emoción era la forma de actuar feminista e hizo todo lo posible por no hacer caso a su descontento:

> Después de empezar a acostarme con esos chicos, la balanza de poder siempre se inclinaba. Tras unos cuantos encuentros sexuales, empezaba a obsesionarme, principalmente con la ambigüedad de todo aquello. Mis amigas y yo no parábamos de analizar: ¿Le gusto? ¿Te gusta él? Lleva un día sin enviarme mensajes. Lee este mensaje. Estoy muy confundida. Me dijo que no quería nada, pero no para de pedirme que salgamos… Con el tiempo, inevitablemente, aparecía el apego. Y con el apego, la vergüenza, la angustia y el vacío.

Lo peor para las mujeres de Middlebury eran las «pseudorrelaciones»:

> Los niños mutantes del sexo sin sentido y relaciones amorosas. Dos estudiantes tienen sexo entre ellos de manera sistemática (y generalmente, solo entre ellos) durante semanas, meses e incluso años. Pero debido a un código social tácito, ninguna de las partes se permite la implicación emocional, el compromiso ni la vulnerabilidad. Llamarlos exclusivos sería «agobiante» e incluso «una locura».
>
> Fessler y sus amigas se confesaron en voz baja que

lo que de verdad querían era una auténtica intimidad: el reconocimiento público de una relación, un brazo alrededor de la cintura, «agarrarse de la mano en público». Escribió su tesis de último año sobre la cultura del sexo sin compromiso en Middlebury y, de las mujeres heterosexuales que participaron en su estudio, el cien por cien de las entrevistadas y tres cuartas partes de las encuestadas declararon una clara preferencia por las relaciones de compromiso. Solo un ocho por ciento de las mujeres que dijeron estar en ese momento en una pseudorrelación admitió estar «feliz» con la situación. Hay otros estudios que demuestran lo mismo de forma sistemática: tras varios encuentros sexuales, es más probable que las mujeres sufran arrepentimiento, baja autoestima y angustia que los hombres.[137] Y la mayor parte de las veces, ni siquiera llegan al orgasmo.

El placer femenino no es habitual durante el sexo casual. A los hombres que están en relaciones sin compromiso no se les da tan bien llevar a las mujeres al orgasmo en comparación con los que están en una relación estable: en las primeras relaciones sexuales sin compromiso, solo un diez por ciento de las mujeres llegan al orgasmo en comparación con un sesenta y ocho por ciento en el caso de mujeres que tienen relaciones duraderas.[138] Esto se debe, en parte, al hecho de que los hombres que están familiarizados con los cuerpos y preferencias sexuales de sus parejas tienen mayores posibilidades de saber lo que quieren, pero otro factor es el conocido como guion sexual para encuentros sexuales, que es más probable que priorice el deseo del hombre.

Sabemos que, desde el cambio de siglo, los índices de sexo anal y felaciones han ido en aumento entre adultos jóvenes, mientras que los de *cunnilingus* han descendido, probablemente como consecuencia de la influencia del porno de internet.[139] Hay mucha menor probabilidad de que en estos actos sexuales se llegue al orgasmo de la mujer, en particular con el sexo anal, que

normalmente produce dolor sin placer para cualquiera que no tenga próstata. Un estudio generalizado ha demostrado que el treinta por ciento de las mujeres sufren dolor durante el sexo vaginal, que un setenta y dos por ciento sufren dolor durante el sexo anal y que «una gran proporción» no expresa este malestar a sus parejas.[140] Estas cifras no son indicativo de una generación de mujeres que esté disfrutando de la liberación sexual. Por el contrario, parece que muchas mujeres están teniendo sexo desagradable y cutre por una sensación de obligación.

Los campus universitarios constituyen un escenario especialmente bueno para examinar la cultura del sexo sin compromiso, con miles de jóvenes juntos, viviendo y trabajando en el mismo entorno relativamente cerrado. Podemos aprender mucho mirando cómo afecta la proporción de estudiantes masculinos y femeninos en las culturas sexuales de estos entornos y, de este modo, se ve que el aumento en la proporción de mujeres en los estudios superiores desde la segunda oleada ha tenido un efecto perverso contra la mujer en la cultura sexual. Como los estudiantes masculinos se han convertido en un recurso más escaso, la balanza de poder parece haberse inclinado hacia ellos y, como señala un investigador: «Mientras es posible que muchas mujeres dirijan los clubes, tengan un papel predominante en las clases y, por lo general, definan el carácter de la universidad, la ley de la oferta y la demanda rige la vida social. Por eso, las mujeres son tan competitivas a la hora de buscar hombres como sumisas para bajar sus expectativas».[141]

La cultura del sexo sin compromiso es más común en entornos en los que los hombres son dominantes y, en un mercado sexual en el que prevalece esa cultura, una mujer que se niegue a participar se coloca en una posición de desventaja. Tal y como señalaba otro grupo de investigadores, «algunas mujeres pueden estar rindiéndose a las preferencias de los hombres por el sexo

sin compromiso porque, si no, otras lo harán».[142]

Y sin embargo, por lo general, no es así como la mayoría de las mujeres que participan en la cultura del sexo sin compromiso entienden su comportamiento. Al menos, no en ese momento. Si lo pensamos con frialdad, es posible que podamos reconocer la existencia de un mercado sexual con sus propias reglas internas y su estructura de incentivos y que podamos identificar fácilmente distintos grupos de interés en él. Pero normalmente no es así como de verdad se siente la gente con su vida sexual, que no solo es íntima y complicada, sino que también está estrechamente vinculada a difíciles problemas de autoestima.

El discurso feminista liberal del empoderamiento sexual es popular por un motivo: resulta mucho más agradable considerarse una misma como una descarada Carrie Bradshaw, tomando todas las decisiones y desafiando al patriarcado. Adoptar esa imagen de sí misma puede ser una forma de protegerse, de hacer que resulte más fácil de soportar lo que, en realidad, suele ser una experiencia bastante lamentable. Si eres una mujer joven que ha entrado de lleno en una cultura sexual que, en esencia, no está diseñada para proteger tu seguridad ni tu bienestar, en la que se te considera valiosa solo en un sentido muy limitado y físico, y si tus únicas opciones parecen ser la de tener sexo sin compromiso o guardar un celibato estricto, puede resultar atractivo un reconfortante mito de autonomía.

Este mito depende de la ingenuidad con respecto a la verdadera naturaleza de la sexualidad masculina. Las jóvenes de la actualidad no suelen ser conscientes de que los hombres, en general, se adaptan mucho mejor al sexo sin emoción y les resulta mucho más fácil considerar a sus parejas sexuales como desechables. Ajenas a este hecho, es muy fácil que las mujeres no sepan ver que ser deseadas no es lo mismo que ser valoradas. No es agradable considerarse a una misma como un ser

desechable ni reconocer que otras personas te ven así. A menudo, resulta más fácil dar la espalda a lo que de verdad está pasando, al menos, de manera temporal. Yo he hablado con muchas mujeres que participaban de la cultura del sexo sin compromiso cuando eran jóvenes y que, pocos años después, se dieron cuenta de lo infelices que eso les hacía sentir. Pero todavía no he conocido a ninguna que haya recorrido el mismo trayecto emocional en dirección opuesta.

Si eres una mujer que ha tenido relaciones sexuales esporádicas con hombres en el pasado, quizá puedas tratar de responder a las siguientes preguntas con toda la sinceridad posible:

1. ¿Considerabas tu virginidad como una carga bochornosa de la que te querías deshacer?
2. ¿Alguna vez te indignas al pensar en experiencias sexuales consentidas que tuviste en el pasado?
3. ¿Alguna vez te has sentido vinculada emocionalmente a una pareja sexual y le has ocultado ese sentimiento?
4. ¿Alguna vez has hecho algo en el sexo que te resultara doloroso o desagradable y ocultaste esa sensación a tu pareja, ya fuera durante el acto sexual o con posterioridad?

Si has respondido negativamente a todas las preguntas, enhorabuena. Tu alto grado de sociosexualidad y tu buena suerte te han permitido abrirte camino por un mercado sexual inestable. Pero si has respondido «sí» a alguna de ellas (como sospecho que probablemente ha sido), tienes derecho a sentirte enfadada con una cultura sexual que te ha condenado al fracaso.

Canallas y papás

Mientras que la mayoría de las mujeres evalúan tanto a

sus parejas temporales como a las de larga duración con los mismos criterios, la mayoría de los hombres no.[143] Por lo general, la mujer buscará cualidades idénticas tanto en una relación sexual esporádica como en un marido: tal y como asegura el biólogo evolutivo David Buss, «en ambos casos, las mujeres quieren a alguien que sea amable, romántico, comprensivo, excitante, estable, sano, con sentido del humor y generoso con sus recursos. En los dos contextos, las mujeres desean a hombres altos, atléticos y atractivos».[144] Por el contrario, los hombres tienden a ser muy específicos con respecto a los criterios que buscan en una posible esposa, pero mucho menos cuando buscan sexo sin compromiso.

Sherry Argov, autora del libro superventas sobre consejos para salir con alguien *Why men love bitches*, lo dice sin rodeos: «Lo que los hombres no quieren que las mujeres sepan es que, casi de inmediato, sitúan a las mujeres en una de estas dos categorías: "solo para un buen rato" o "merece la pena". Y en el momento en que te incluyen en la de "solo para un buen rato", casi nunca dan marcha atrás.[145] Existe una razón científica y clara para la existencia de estas dos categorías: no es fácil sacar a los hombres de su instinto de preocuparse por lo que los biólogos evolutivos llaman «certeza de paternidad». A los hombres que se encuentran en modo «canalla» no les preocupa el bienestar de su desconocida prole, pues prefieren la cantidad sobre la calidad, pero los hombres que están en modo «papá» sí muestran mucha preocupación y, a menudo, dedicarán sus vidas a cuidar de sus familias.

Pero esa actitud «papá» acarrea un precio importante en forma de celos. En nuestra historia evolutiva, los hombres que inconscientemente se han dedicado a criar hijos que no están relacionados genéticamente con ellos, se encontraban en una situación de desventaja en cuanto a la selección, mientras que los que practicaban lo que los biólogos llaman «vigilancia de

la pareja» (es decir, un comportamiento de celos) podían estar seguros de que sus hijos eran suyos. El doble rasero sexual es el resultado de este instinto de vigilancia de la pareja.

Al igual que ocurre con otros aspectos de la herencia evolutiva, aquí hay espacio para la flexibilidad. Muchos hombres (y mujeres) están dedicados por entero a sus hijos adoptivos o a sus hijastros, aunque no haya vínculo genético. Y una proporción sorprendentemente grande de hombres expresan en privado un interés sexual por engañar a sus parejas, lo cual puede resultar confuso dentro de un marco evolutivo estricto. Sin embargo, en general, el doble rasero sexual es tan predominante y defendido que algunos antropólogos lo consideran como intrínseco al ser humano.[146]

Esto llegó a ser mucho más fuerte en Occidente. Lawrence Stone escribe en su historia del divorcio en Inglaterra que, hasta hace poco, el doble rasero estaba recogido oficialmente en la legislación, donde el adulterio femenino se consideraba como «un incumplimiento imperdonable de la ley de propiedad y de la idea del linaje hereditario», mientras que el adulterio masculino «se consideraba como una debilidad lamentable pero comprensible».[147] Y el sociólogo británico Anthony Giddens (nacido en 1938) describe la cultura sexual que prevalecía a mediados del siglo XX:

> La virginidad por parte de las chicas antes del matrimonio era valorada por ambos sexos. Pocas muchachas revelaban el hecho si permitían a un novio tener una relación sexual completa. Y posiblemente, muchas de ellas solo permitían que ese acto ocurriera después de que estuviesen comprometidas formalmente con el muchacho en cuestión. Las chicas más activas sexualmente eran denigradas por las otras, así como también por los hombres mismos que pretendían «aprovecharse» de ellas. De igual modo que la reputación de las muchachas se apoyaba en su capacidad de

resistirse a los avances sexuales o contenerlos, la de los chicos se apoyaba en las conquistas sexuales que pudiesen lograr.[148]

Aunque quizá no esté formalizado en la legislación y ni tan siquiera se mencione explícitamente en la era de la posrevolución sexual, el doble rasero sexual aún existe. Para los adolescentes, la relación entre el número de parejas sexuales a lo largo de la vida y el respeto por sus compañeros varía de manera significativa dependiendo del sexo, de manera que un mayor número de parejas sexuales se relaciona positivamente con el estatus social de los chicos, pero negativamente con el de las chicas.[149] Entre los adultos, la promiscuidad de los hombres se suele ver de una forma neutral mientras que la reputación de una mujer entre sus iguales se puede ver perjudicada a medida que aumenta el número de sus parejas sexuales.[150] Es posible que la gente se muestre reacia a decirlo abiertamente, pero, en privado, existe un castigo social que sufren las mujeres al ser consideradas promiscuas.

Hay sondeos anónimos que indican que, cuando se busca una pareja duradera, la amplia mayoría de hombres heterosexuales prefieren elegir a una esposa con un historial sexual limitado y poco interés en el sexo sin compromiso, pasado o presente. Las mujeres prefieren también un marido que no sea especialmente promiscuo, pero esa preferencia no es tan fuerte y la mayoría están dispuestas a aceptar a un hombre que con anterioridad haya disfrutado del sexo sin compromiso pero que, a partir de ahí, siente la cabeza.[151]

No obstante, y lo que es más importante, a los hombres no les importa un amplio historial sexual cuando buscan sexo sin compromiso o lo que Sherry Argov llamaría una pareja «solo para un buen rato». En realidad, puede que en ese caso, la promiscuidad aumente el atractivo. Con una alta tolerancia hacia la repugnancia sexual, un interés natural en la variedad

sexual, sin peligro personal de un embarazo y sin miedo a sufrir que se les llame zorras, el sexo sin compromiso ofrece a los hombres una abundancia de placeres a los que resulta difícil resistirse. Y la narrativa feminista liberal de «devolver el polvo» proporciona consuelo a cualquier hombre cuya conciencia pueda inquietarle. Con el establecimiento de una cultura de sexo sin compromiso como normativa, tanto hombres como mujeres son canalizados en pautas de comportamiento que son tristemente complementarias. A los hombres se les anima a adoptar una conducta «canalla» cuando buscan relaciones temporales que ofrecen todos los placeres del sexo barato y ninguna de las obligaciones del compromiso. Mientras tanto, las mujeres compiten entre sí por atraer la atención sexual masculina de poca duración y pueden lograrla, pero en un modo susceptible de provocar (en palabras de Leah Fessler) «vergüenza, angustia y vacío».

Incomprensión mutua

Igual que sus compañeras femeninas, es posible que los hombres no sean conscientes de que están participando en esto. Y, en cierto sentido, ¿quién les puede culpar? Los chicos adolescentes crecen en una cultura de masas que les dice que tener sexo «como un hombre» es la forma definitiva de empoderamiento sexual femenino y, en el porno al que se suelen ver expuestos desde la infancia, se muestra a las mujeres *suplicando* a los hombres actos sexuales dolorosos o degradantes. Cuando los hombres jóvenes empiezan a tener sexo fuera de internet, es probable que se encuentren con mujeres (también educadas en el porno y en esa cultura de masas) que ocultan su angustia, fingen sus orgasmos, se esfuerzan por evitar «sentir algo» y, en todos los demás aspectos, esforzarse por ser lo que Gillian Flynn ha descrito estupendamente como la «chica enrollada», la mujer que «por encima de todo, está buena»: «Está buena

y es comprensiva. Las chicas enrolladas nunca se enfadan; solo sonríen de un modo disgustado y cariñoso y dejan que sus hombres hagan lo que quieran. Adelante, cágate encima de mí, no me importa, soy la chica enrollada».[152]

No debería sorprendernos que, después de todo esto, muchos hombres den por sentado que a las mujeres no les importe ser relegadas a la categoría de «solo para un buen rato». La disfunción resultante puede entreverse en foros como Reddit, donde se tratan asuntos sobre relaciones:

> Había salido con mi amiga con derecho a roce el martes después del trabajo. Llevamos seis meses acostándonos. Estaba calentando algo para comer y ella empezó a preguntarme qué buscaba en una novia de larga duración.
>
> Le dije que quería a alguien exitosa, alguien que me pareciera que podría ser una buena madre. Entonces, ella empieza a decir que tiene esas cualidades, y yo veo por donde va la conversación así que cambio de tema.
>
> Ella vuelve al asunto y empieza a preguntarme qué debería hacer para ser el tipo de chica con la que los tíos quieren casarse algún día. Le dije que estaba bien tal cual era, que solo tiene que encontrar al tipo adecuado. Me preguntó por qué no quiero seguir saliendo con ella si estoy buscado algo.
>
> Le dije que es estupenda, pero que no la veía como novia. Después de eso, empezó a llorar como una loca. No sé qué pasa. Nunca hemos ido en serio, nunca me ha dicho que sintiera algo ni nada parecido.[153]

O esta otra publicación en el mismo foro:

> He estado viéndome con Kara, mi amiga con derecho a roce desde hace casi ocho meses. Trabajábamos juntos y antes de que me lo preguntéis no está encaprichada conmigo ni le gusto emocionalmente.
>
> Lleva tiempo soltera y quiere un tío como yo si es que eso tiene sentido, con un trabajo decente, etc., en buena forma.

> Sinceramente creo que está apostando alto en cuanto a lo de tener una relación… le dije que debería concentrarse menos en los aspectos físicos como la apariencia y mirar más allá cuando sale con chicos. Me preguntó si le estaba diciendo que bajara sus expectativas y un poco era eso. Se superofendió.[154]

Estos hombres parecen estar realmente desconcertados ante el hecho de que las mujeres con las que se llevan acostando desde hace muchos meses se sientan descontentas en esas pseudorrelaciones. Y las mujeres parecen haberse dejado llevar a esa situación sin darse cuenta de la consideración que sus parejas tienen por ellas. Esta es una tragedia de incomprensión mutua.

Sin embargo, no puedo evitar albergar una leve sospecha de que muchos hombres (quizá todos) son conscientes de que actuar en modo «canalla» no es del todo inofensivo. Los lectores masculinos que hayan tenido alguna vez sexo sin compromiso quizá estén dispuestos a hacerse estas preguntas, equivalentes a las que en este mismo capítulo se les ha hecho a las lectoras:

1. ¿Alguna vez has tenido sexo con una mujer que te daría vergüenza presentar a tus amigos?
2. ¿Alguna vez has dejado de ponerte en contacto con una mujer después de acostarte con ella?
3. ¿Alguna vez has sospechado que tu pareja de sexo sin compromiso estaba sintiendo un vínculo emocional contigo y no te has comprometido o has puesto fin a la relación?
4. ¿Alguna vez has animado a una mujer a hacer algo sexual a pesar de que ella se mostrara reacia?

La respuesta a todas estas preguntas debería ser «no», pero una cultura de sexo sin compromiso fomenta que los hombres hagan estas cosas y, por lo general, sin ningún castigo social. Como mucho, los hombres que se acuestan con mujeres de «solo para un buen rato» y

luego las desechan pueden esperar con frecuencia una mejora en su estatus social entre los demás hombres, al menos, a corto plazo.

En una cultura de sexo sin compromiso, el centro de gravedad cambia hacia el extremo más alto del espectro sociosexual, y esto beneficia de manera desproporcionada a los hombres. Pero eso no quiere decir que no exista un precio posterior que tengan que pagar los hombres que se sumergen en una cultura así. El periodo de atractivo juvenil de un hombre no es tan limitado como el de una mujer (que dura solamente veinte años, desde la adolescencia hasta los treinta y muchos) pero, aun así, el periodo de *playboy* sigue siendo limitado, quizá una tercera parte de la vida de un occidental moderno. Un hombre de veintitantos años con una pareja distinta cada semana puede tener cierto glamur, pero ningún hombre de sesenta o setenta y tantos años puede mantener ese estilo de vida. Aunque siga siendo capaz de atraer parejas esporádicas (que es mucho suponer), será considerado por los demás hombres como un viejo verde, sin ningún tipo de glamur. El sexo sin compromiso perjudica también a los hombres, aunque no de una forma tan inmediata ni tan evidente.

Pero el sexo sin compromiso perjudica, sobre todo, a las mujeres. Sé que, a menudo, evitarlo resultará difícil, dadas las presiones del mercado de las citas del siglo XXI pero, a menos que te encuentres entre la pequeña minoría de mujeres que ocupan un puesto excepcionalmente alto en la sociosexualidad (en cuyo caso no habrás respondido «sí» en mi anterior lista de preguntas), los riesgos del sexo sin compromiso van a superar a las ventajas.

Estar a solas con un hombre desconocido y excitado siempre supondrá algún tipo de peligro para cualquier mujer, dadas las diferencias de tamaño y fuerza. Y aunque, por supuesto, es cierto que los maridos y los novios duraderos cometen también violencia doméstica,

esa no es razón para descartar una evaluación cuidadosa. Es mejor salir con hombres que ya formen parte de tu red social porque, si tienen fama de tratar mal a sus parejas, es probable que ya estés enterada a través de amistades comunes. Cuando sales con un desconocido de internet, la única persona que puede darte información sobre su historial sexual es el hombre mismo, y su relato no es de fiar. Es más, no hay nada que le impida tratar mal a su cita y, después, desaparecer sin sufrir ningún tipo de consecuencia social. Los amigos o conocidos mutuos pueden castigar un mal comportamiento. Las aplicaciones de contactos, no.

El hecho de que un hombre quiera tener sexo con una mujer no es indicativo de que quiera tener una relación con ella. Por tanto, demorar la relación sexual durante, al menos, los primeros meses resulta una buena estrategia de evaluación por distintos motivos. En primer lugar, sirve de filtro para hombres que solo estén buscando una relación sexual esporádica. En segundo, da a la mujer tiempo para conocer a un hombre antes de colocarse en una posición de vulnerabilidad. En tercer lugar, evitar el vínculo emocional que trae emparejado una relación sexual hace que resulte más fácil encontrar señales de alerta. Al estar libre de los desconcertantes efectos de las hormonas, es posible valorar el comportamiento de un nuevo novio con más claridad.

Uno de los factores que actúa en contra de las mujeres en los contactos heterosexuales es el de la brecha de sexos en el rasgo de la personalidad que los psicólogos conocen como «simpatía», también conocido como «amabilidad». Los investigadores saben desde hace tiempo que, de media, las mujeres muestran más simpatía que los hombres. Esta diferencia de los sexos puede ser resultado de la naturaleza, la educación o una mezcla de los dos. La verdad es que no tiene especial importancia o, al menos, no en lo que aquí nos concierne. La cuestión es que existe una brecha, que es

importante, entre hombres y mujeres en este rasgo tan fundamental.[155]

Es más probable que las personas simpáticas coloquen sus propios intereses en último lugar y también que piensen bien de los demás, a menos que tengan pruebas de lo contrario. Yo soy una persona muy simpática, lo cual quiere decir, por ejemplo, que tiendo a evitar el conflicto interpersonal y que se me da fatal negociar los pagos. Si quieres saber lo simpática que eres puedes buscar en internet el «test de los cinco grandes rasgos de la personalidad». Constituye una herramienta útil para conocerte, porque puede servirte de guía para tu comportamiento. Ahora sé que ser excesivamente simpática me conduce a una menor resistencia, así que hago un esfuerzo consciente por ser más asertiva.

Las personas simpáticas son especialmente vulnerables a que se aprovechen de ellas las personas no simpáticas y, como las mujeres son, de media, considerablemente más simpáticas que los hombres, esto tiene evidente relevancia en la política sexual. Así pues, mi consejo para las mujeres simpáticas que están evaluando a potenciales parejas no es que se pregunten a sí mismas: «¿Este hombre podría ser un buen novio para mí?», pues con esa pregunta corres el riesgo de dejar que tu amabilidad se imponga a tu sensatez. Mejor pregúntate: «¿Este hombre podría ser un buen padre para mis hijos?». No necesariamente porque tengas la intención de tener hijos con ese hombre o con cualquier otro, sino porque a las personas simpáticas les resulta más fácil priorizar el interés de las personas a las que quieren antes que los intereses propios. Y si consideras que no sería un buen padre, no te acuestes con él. Pues significa que no merece tu confianza.

El feminismo liberal ha valorado que tener sexo «como un hombre» es el camino para la liberación de las mujeres. Pero jamás podremos tener sexo como los hombres porque jamás vamos a ser hombres. Existe una

asimetría inherente en la heterosexualidad que no se puede superar, a pesar de que existan los modernos métodos anticonceptivos y otras formas de tecnología que ofrecen una frágil ilusión de igualdad. Podemos asumir este hecho y actuar en consecuencia o podemos seguir enviando a las mujeres jóvenes como carne de cañón para la batalla contra el doble rasero sexista y, después, cuando regresen heridas, condenar el sexismo con todas nuestras fuerzas. A mí también me gustaría vivir en un mundo en el que las mujeres puedan hacer lo que quieran, sin miedo a lo que los hombres les puedan hacer. Pero no vivimos en ese mundo. Nuestra realidad presente exige que tanto hombres como mujeres acepten la existencia de la asimetría sexual, aunque eso implique una restricción de nuestras libertades. Y, por muy desagradable que pueda ser, estamos obligados a describirla con fidelidad.

<<salto>>

5

EL CONSENTIMIENTO NO ES SUFICIENTE

En 2015, Andrew Norfolk, reportero jefe de investigación de *The Times*, impartió una charla sobre los cuatro años que él y sus compañeros habían dedicado a denunciar los abusos sexuales a niños cometidos por bandas de distintas ciudades británicas entre las que estaban Rotherham, Rochdale, Telford y Oxford. Describió las experiencias de una víctima cuyo caso había quedado grabado en su mente:

> Una de las víctimas era una chica de Essex, pero que había ingresado en un hogar infantil de Rotherham, donde era la única residente… En dos meses en ese centro ya había desaparecido quince veces, durante periodos que podían ir de un día a dos semanas, y una de esas noches que desapareció, la llevaron a una casa, la metieron borracha en una habitación y empezaron a llegar coches de todo Manchester. Había hombres haciendo cola en las escaleras y en el rellano junto a la puerta del dormitorio y se contó ante el jurado que cincuenta hombres tuvieron sexo con esa niña en una sola noche. Era una niña.[156]

Exactamente en la misma época, al otro lado del Atlántico, ya había empezado la carrera pornográfica de Kacey Jordan. Con dieciocho años, Jordan había protagonizado películas pornográficas entre las que se incluían *All teens 3, Barely 18 38, Barely Legal 80, Just Legal babes 2* y *Don't let daddy know 4* (en español, respectivamente, 'Todas adolescentes 3', 'Apenas 18 38', 'Casi ilegal 80', 'Solo chicas legales 2' y 'Que no se entere papá 4'). A pesar de tratarse legalmente de una adulta, Jordan tenía un aspecto inusualmente joven (de pequeña estatura, cadera delgada y pechos pequeños), lo cual significó que todavía pudo aparecer de manera

convincente en porno «de adolescentes» a los veintitantos años. En su escena más famosa, cincuenta y ocho aficionados (es decir, hombres normales) se turnaban para eyacular sobre su cuerpo desnudo y de apariencia infantil.

A los veintidós años, Jordan transmitió en directo un intento de suicidio por YouTube. Ahora está tratando de rehacer su vida. En una entrevista de 2018 habló de sus muchas cirugías estéticas: «Quería reinventarme… una de las razones de la operación de pecho era que los fetichistas tenían la idea de que yo era menor de edad, porque no es normal que una adulta como yo tenga el cuerpo de una chica de catorce años. Por eso vendía tanto porno».[157] Años después, Jordan es capaz de hablar sin tapujos de cómo la ingenuidad y la miseria absoluta la llevaron a la industria del sexo. Pero de joven tenía un punto de vista muy distinto, insistiendo de forma categórica en que era una mayor de edad con libertad de hacer lo que quisiera. Tras haber cumplido los dieciocho años tenía el derecho legal de dar esta respuesta. La víctima de la banda de Rotherham, todavía una niña, no.

Por motivos prácticos, la edad del consentimiento tiene que servir de criterio legal inequívoco, separando la violación de una menor del sexo consentido. No existe otra forma en que pueda funcionar la ley. Aunque no cabe duda de que la gente joven madura a diferente ritmo y que la transición de la infancia a la edad adulta es, como pasar de la noche al día, un proceso gradual, tenemos que establecer un marcador general. A las once de la noche, es una niña; a medianoche, se convierte en adulta. Así tiene que ser.

Pero todos sabemos que en el mundo real eso no termina de funcionar. Si nos repugna lo sucedido en Norfolk con cincuenta hombres haciendo cola para violar a una adolescente que había sido abandonada por los servicios del Estado encargados de su protección, ¿cómo podemos ver un vídeo de una joven apenas unos años

mayor, con apariencia de niña, siendo violada por aún más hombres sin una reacción similar? Los orificios doloridos y desgarrados son los mismos. El agotamiento y la confusión son los mismos. Los hombres, excitados por usar y desechar a una joven que se les presenta como una «adolescente», son también muy parecidos.

Este capítulo trata del carácter depredador de la industria del porno y de sus efectos destructivos sobre las personas que participan en ella. Trata también sobre la idea del consentimiento sexual, porque la única defensa que tiene la industria del porno, cuando se habla de sus espantosos delitos, es su propia versión del discurso de la liberación sexual: todos dan su consentimiento, todos son adultos, a las mujeres les gusta y ¿quién eres tú para afirmar lo contrario?

Ahora podríamos responder afirmando que, en realidad, no todos son adultos de verdad y que no todos están dando su consentimiento, en el estricto sentido legal de la palabra, en vista de las muchas imágenes de niños y adultos que no dan su consentimiento que se pueden encontrar incluso en las principales plataformas pornográficas. Pero la industria y sus defensores se apresuran a desestimar esos ejemplos por considerarlos casos aislados, recurriendo de nuevo a las «felices prostitutas» que respaldan su reputación. Y mientras esas mujeres sean lo suficientemente (y moderadamente) mayores y cuerdas, y no digan «no» en el momento crucial, atraviesan el umbral del consentimiento legal y la industria puede hacer con ellas lo que quiera.

Pero el consentimiento se compone de más aspectos. Está la definición más básica de la palabra en la que tenemos que apoyarnos ante un juzgado (¿Dijo o pudo decir «no»?) pero existe también un significado más denso. Y me temo que aquí vamos a tener que dejarnos de ideas persuasivamente sencillas del consentimiento salidas del individualismo liberal. Mi argumentación es que, aunque lo de «pero ella dio su consentimiento»

puede servir como defensa legal, no sirve como defensa moral convincente.

La «Reina del porno»

Hay personas, especialmente mujeres jóvenes, que podrán reivindicar, a veces, la capacidad de dar su consentimiento a algunos de los peores perjuicios que podamos imaginar. Las víctimas de bandas de acosadores no son una excepción. Aunque algunas buscan ayuda con desesperación para después ver cómo se les da la espalda, es mucho más común que las chicas rechacen a cualquiera que trate de intervenir para evitar el abuso. A veces, lo hacen porque se sienten intimidadas para que guarden silencio, pero, con más frecuencia, se trata de una consecuencia de algo mucho más inquietante: creen que los hombres adultos que están abusando de ellas son sus cariñosos novios.

Esto es lo que se consigue con el abuso sexual de menores. Es el mismo estado que se describe con expresiones más anticuadas como «lavado de cerebro» y «síndrome de Estocolmo»: una pérdida absoluta de la independencia psicológica. Pensemos en la esposa que recibe crueles palizas de su marido y que, después, se lanza sobre él cuando la policía trata de arrestarlo, cosa que las víctimas de violencia doméstica hacen con mucha frecuencia. Pensemos en las impasibles seguidoras de Charles Manson, que cometieron asesinatos siguiendo sus órdenes y, después, entraron sonrientes en el juzgado, desfilando al unísono con una letra «X» esculpida en sus frentes para distinguirse como «las chicas de Manson». La identificación, haciéndose una marca a propósito, es un detalle que se suele repetir en los relatos de este tipo de abusos tan absorbentes. Una de las víctimas de la banda de abusos infantiles de Oxford tenía marcada una «M», la inicial de su proxeneta. De igual modo, en 1994, un hombre llamado Alan Wilson utilizó un cuchillo caliente para marcar con una «A» y

una «W» las nalgas de su mujer, un acto por el que fue juzgado y, más tarde, absuelto, dando lugar al caso R contra Wilson, muy conocido en la jurisprudencia inglesa. Wilson aseguraba que su mujer se excitaba cuando la marcaba como si fuera una vaca. La mujer se negó a testificar. El tribunal creyó al marido.

Algunos investigadores creen que la respuesta al abuso es flexible: una reacción perfectamente racional ante la amenaza de violencia. La antropóloga Michelle Scalise Sugiyama, por ejemplo, indica que la captura de mujeres durante una guerra era tan común en la historia de la evolución humana que ha tenido importantes efectos en nuestra psicología.[158] Las mujeres que pudieron integrarse en sus nuevas comunidades fueron las que más posibilidades tuvieron de sobrevivir, es decir, las que pudieron establecer un vínculo emocional con sus captores tuvieron una ventaja de selección por encima de las que mostraron resistencia.

Por supuesto, los hombres también pueden ser víctimas de abuso sexual. El suceso por el que recibió su nombre el síndrome de Estocolmo (la toma de rehenes en un banco suizo) implicó la captura de varios hombres que también terminaron con el establecimiento de un intenso vínculo con su captor. Pero se trata de un fenómeno que vemos con mucha más frecuencia en mujeres. Quizá, como apunta Scalise Sugiyama, debido a la historia de nuestra evolución. Quizá, en cambio (o además), porque es más probable que las mujeres se encuentren en el tipo de situaciones que provocan esta respuesta: la proximidad íntima con un hombre violento.

Desde determinado punto de vista, el abuso no es más que una forma de amor especialmente intensa y cegadora, un vínculo emocional que es esencialmente irracional, pero no por ello menos importante y significativo. Muchas mujeres que han tenido una relación de maltrato hablarán de la sensación de estar irremediablemente atrapadas en el campo de fuerza

emocional de su maltratador: aterradas, tremendamente infelices, pero también desesperadas por seguir con él.

Para algunas mujeres, no existe diferencia entre la experiencia del maltrato doméstico y la de actuar en porno. Linda Lovelace (cuyo verdadero nombre era Linda Boreman), protagonista de la película de porno duro *Garganta profunda*, es quizá el ejemplo más conocido de una mujer que entró en el porno, literalmente, a punta de pistola, tal y como contó en su autobiografía *Garganta profunda: Memorias de una actriz porno*. Su primer marido, Chuck Traynor, la maltrató física y emocionalmente y la obligó a prostituirse y, después, a entrar en la industria del porno. Aunque en el sector era bien sabido que Traynor daba palizas a Boreman cuando cerraban la puerta, a nadie parecía importarle («Parecía tener una relación sadomasoquista con Chuck», declaró el director de *Garganta profunda* encogiéndose de hombros en una entrevista posterior).

Cuando *Garganta profunda* se convirtió en un éxito internacional, con ingresos superiores a los seiscientos millones de dólares,[159] Boreman hizo una gira por el Reino Unido y asistió a Ascot vestida con minifalda, y durante una visita a Stonehenge anunció:

> Si te soy sincera me enfada que las películas de sexo sean consideradas obscenas cuando otras películas están llenas de violencia y están clasificadas para que los niños las puedan ver. Lo que los niños deberían aprender es que el sexo es bueno y así no habría tantos neuróticos en el mundo. Es decir, solo se vive una vez, así que, ¡disfruta de la vida![160]

«Linda Lovelace» parecía ser una agradecida beneficiaria de la liberación sexual. Hasta más tarde no contó la verdad de lo que le habían hecho y se convirtió en una activista en contra de la industria del porno. En su autobiografía escribió sobre sus experiencias cuando rodaba porno:

> Me trataban como una muñeca hinchable, me agarraban

> y me movían de un lado a otro. Me abrían las piernas de esta forma y de tal otra, me frotaban con su cosa y me la metían, hacían el juego de la silla con partes de mi cuerpo. Nunca me he sentido más asustada, desgraciada y humillada en mi vida. Me sentía como una basura. Participé en actos sexuales en películas pornográficas en contra de mi voluntad para evitar que me mataran.[161]

Se trata de un patrón constante: mujeres que han trabajado en el porno que se avienen al discurso de la liberación mientras siguen formando parte de la industria y que comparten el lado oscuro de sus experiencias una vez que lo han dejado. Y para entonces, sus imágenes están por todos sitios y no hay modo de recuperarlas. Boreman escribió en 1980 que «todo el que ve *Garganta profunda* lo que está viendo es cómo me violan». Medio siglo después, la gente lo sigue viendo.

Y hay mujeres más jóvenes que siguen sufriendo la (enormemente extendida) industria del porno casi de la misma forma que Boreman. Vanessa Belmond, por ejemplo, pasó siete años como actriz porno, entre los dieciocho y los veinticinco años. Es muy clara con respecto a la crueldad de la industria: el racismo que sufrió como mujer negra,[162] la explotación económica, la prevalencia de enfermedades de transmisión sexual y la falta absoluta de respeto por los límites y el bienestar de las actrices del porno, muchas de las cuales salían de las escenas con heridas y convertidas en drogodependientes o alcohólicas para poder amortiguar el dolor físico y emocional. Belmond habla también abiertamente sobre sus experiencias de joven con trastornos alimenticios,[163] además de adicción a las drogas[164] y al porno.[165] Todo ello contribuyó a su acceso a la industria con la esperanza de convertirse en una mujer tan glamurosa, guapa y deseada como se imaginaba que eran las estrellas del porno. Describe el carácter explotador de una industria que se come y escupe a chicas jóvenes cuando llegan soñando con el dinero y la fama:

> Esta es la pauta que he visto una y otra vez en mis siete años en esta industria: la chica se mete en el porno, rueda con regularidad durante 6 meses o un año haciendo escenas de sexo relativamente anodinas. El trabajo empieza a escasear, así que la chica decide hacer escenas más duras (cosas como sexo anal, varios hombres, etc.). El trabajo vuelve a escasear. La chica empieza entonces a trabajar de chica de compañía y se muestra «abierta» a hacer lo que sea ante la cámara con tal de tener trabajo. Al final, ninguna compañía está dispuesta a grabar con ella y el trabajo del porno desaparece. Normalmente, la chica no tiene historial laboral y, a menudo, tampoco formación, así que ahora se queda prácticamente atrapada en el trabajo de chica de compañía, *striptease*, sexo por webcam y cualquier trabajo pornográfico que consiga sacarse.[166]

Pero, casi igual que Linda Boreman, cuando Belmond seguía aún implicada en la industria, era la primera en insistir en que simplemente estaba expresando su disposición sexual:

> Uno a uno, fui atravesando todos mis límites. ¿Alguna vez se lo conté a mis seguidores? ¡Por supuesto que no! Por lo que ellos sabían, yo había empezado a hacer sexo anal porque «quería probar algo nuevo». Si hubieses preguntado a esos admiradores, la mayoría de las escenas de sexo duro las hice porque «entré en el porno para poder cumplir todas mis fantasías ante la cámara!».
>
> ¡Yo no era más que una joven «sexual» que estaba probando todas esas cosas con las que fantaseaba! ¿Vale? Desde luego, no era una joven destrozada que estaba haciendo lo que tenía que hacer por ganar dinero en la industria del sexo. No era una joven cuya autoestima había quedado completamente destruida hasta el punto en que se sentía ni más ni menos como un objeto, una mercancía. Nooooo. ¡Yo estaba «liberada», «abierta sexualmente», era una «chica divertida»![167]

Esta transición de entrada y salida del rol de mujer «liberada» también ocurre en esas pocas mujeres que sí

consiguen triunfar en el porno. Jenna Jameson, por ejemplo, sigue siendo una de las actrices porno más famosas del mundo y, durante un tiempo, una de sus activistas más visibles, bautizada en los medios de comunicación como la «Reina del porno». En 2001, la Oxford Union invitó a Jameson a ir a Oxford para presentar argumentos contra la propuesta de «La cámara cree que el porno es perjudicial». Su postura ganó el debate, 204 a 27.[168] Pero Jameson es ahora una crítica vehemente con la industria del sexo. En su autobiografía *Cómo hacer el amor igual que una estrella del porno: versión sin censurar* habla de rodajes con actrices que sufren dolor físico y agotamiento por culpa de unos horarios extenuantes, y todo esto en una industria llena de hombres maltratadores que aprovechan cualquier oportunidad para degradar a las mujeres con las que trabajan. Jameson dejó la industria del sexo en 2008 y, desde entonces, se ha convertido en una abierta activista conservadora y antiporno.[169]

Los delitos de MindGeek

La furia activista de Jameson va dirigida en especial a Pornhub, la décima página web más visitada del mundo, y ha prestado su apoyo al grupo activista estadounidense TraffickingHub, que ha estado recopilando un conjunto de pruebas cada vez mayor de que Pornhub alberga conscientemente vídeos de violaciones, así como de lo que se conoce como porno vengativo y que se comparte sin el consentimiento de la víctima.

La Internet Watch Foundation ha confirmado hasta ahora 118 casos de niños que han sido violados en Pornhub.[170] Una chica de quince años que había estado desaparecida desde hacía un año fue encontrada después de que su madre recibiera el soplo de que su hija aparecía en vídeos de Pornhub: encontraron cincuenta y ocho vídeos de ella en los que la violaban y abusaban de ella. Otra chica de catorce años, Rose Kalemba, fue

violada en grupo a punta de navaja. Las imágenes del asalto se publicaron en Pornhub y tuvo más de cuatrocientas mil reproducciones. Kalemba se puso en contacto con la web en repetidas ocasiones durante seis meses para pedir que quitaran el vídeo, pero sin éxito. Mientras tanto, Pornhub continuó recibiendo beneficios de las imágenes de su violación. No es necesario acudir a la «web oscura» para acceder a este material. Está disponible en la página porno más grande y famosa del mundo.

En todo el mundo, la industria del porno vale muchos miles de millones de dólares. Algunos elevan la cifra hasta los noventa y siete mil millones. MindGeek, el gigante del mundo del porno, gestiona casi cien páginas web, incluida la de Pornhub, que en total consume más ancho de banda que Twitter, Amazon o Facebook.[171] La estructura organizativa de MindGeek es compleja, con un elaborado sistema de empresas esparcidas por todo el mundo, incluidos paraísos fiscales como Chipre y Luxemburgo. En 2009, el entonces propietario Fabian Thylmann fue arrestado, acusado de evasión fiscal y, como consecuencia, vendió MindGeek a Feras Antoon y David Marmorstein Tassillo. Durante la última década, estos dos hombres han conseguido mantener un perfil sorprendentemente bajo: Antoon tiene tan solo una breve mención en Wikipedia y Marmorstein Tassillo ninguna. Al contrario que otros personajes como Jack Dorsey, Jeff Bezos y Mark Zuckerberg, los ejecutivos mayoritarios de MindGeek no son conocidos y, hasta ahora, han conseguido mantenerse alejados del foco de los medios mientras acumulan un vasto patrimonio sin la carga de tener que rendir cuentas en público.

En diciembre de 2020, un artículo en *The New York Times* supuso un duro golpe para MindGeek. El periodista galardonado con el premio Pulitzer Nicholas Kristof dirigió una investigación sobre la negativa de Pornhub a retirar de su plataforma imágenes sexuales de niños y de

adultos que no han prestado su consentimiento. El *New York Times* no es solo uno de los medios de información más prestigiosos del mundo, sino también una publicación liberal que rara vez publica artículos críticos con la industria del sexo. Así pues, el artículo sobre Kristof no podía ser despachado fácilmente por los defensores de Pornhub como otro ejemplo más de la pacatería conservadora, y su sentencia condenatoria fue de lo más convincente: «La página [de Pornhub] está infestada de vídeos de violaciones. Rentabiliza violaciones a niños, pornografía vengativa, vídeos de cámaras ocultas con mujeres duchándose, contenido racista y misógino e imágenes de mujeres que están siendo asfixiadas con bolsas de plástico. Una búsqueda de «girls under18», ('chicas menores de 18'), o «14yo», ('14años') lleva en cada caso a más de cien mil vídeos.[172]

La reacción fue inmediata. Tanto Mastercard como Visa anunciaron que pondrían fin a la utilización de sus tarjetas en Pornhub y, cuatro días después de la publicación del artículo de Kristof, MindGeek anunció que iba a crear un nuevo equipo de moderadores para la revisión y retirada de «material potencialmente ilegal», prohibir descargas y cambiar su política de carga de material, de tal modo que solo se permitiera a usuarios verificados publicar vídeos.[173] Más tarde, Pornhub hizo una purga de todos los vídeos de usuarios sin verificar, reduciendo el número de vídeos de su plataforma de trece a cuatro millones.[174] Esta fue, de lejos, la medida más dura de la historia de la web.

Pero no fue suficiente. Que haya un proceso legal en marcha da una idea del tipo de prácticas sombrías en las que ha estado y en las que podía seguir estando implicada MindGeek, a pesar de la introducción de nuevas medidas de protección. GirlsDoPorn era una productora pornográfica fundada en 2009 cuyo canal llegó a ser uno de los veinte más populares de Pornhub. No se trataba de vídeos de aficionados publicados por

usuarios sin verificar. GirlsDoPorn era una productora profesional que dependía de una elaborada estafa. Colocaba anuncios falsos de modelos en la página de clasificados Craiglist pidiendo a chicas jóvenes de entre dieciocho y veintidós años que se pusiesen en contacto con ellos. Las que respondían eran pasadas a otras mujeres a las que se pagaba para que fingieran que habían tenido una experiencia positiva trabajando para la productora como modelos. A algunas se les contaba parte de la verdad: que se les obligaría a tener sexo ante la cámara. Pero a ninguna se le dijo toda la verdad: que los vídeos serían distribuidos en internet.

Los productores de GirlsDoPorn mintieron a estas mujeres, diciéndoles que los vídeos se venderían en DVD a clientes privados del otro lado del mundo. También les mintieron respecto al proceso de rodaje, diciéndoles que se esperaba que tuvieran sexo solamente durante treinta minutos. Pero el rodaje duraba hasta siete horas. A esas mujeres se les obligaba a producir material pornográfico que después se distribuía sin su conocimiento. A la mitad de ellas ni siquiera les pagaron la cantidad total de dinero que les habían prometido los productores.

Monica Evans fue una de las mujeres que respondió a un anuncio falso de modelo publicado por los productores de GirlsDoPorn en 2013, solo dos meses después de su dieciocho cumpleaños. Voló hasta California, donde la obligaron a rodar varias horas de relaciones sexuales duras. Como más tarde contó en *Vice*: «Sentí mucho dolor. No quería seguir haciéndolo pero me dijeron: "No, has firmado un contrato, solo son diez minutos más"… Estuve allí cuatro o cinco horas. Fue una tortura. Después, me llevaron al aeropuerto. Estuve llorando durante todo el vuelo de vuelta».[175] Un mes después, el vídeo estaba por todas partes. Tenía un enlace a las cuentas de redes sociales de Monica, enviaron pantallazos a su familia y su hermana pequeña sufrió acoso. Monica escribió un correo electrónico a

Pornhub para pedirles que quitaran su vídeo, pero nunca le respondieron. La ingresaron en un hospital psiquiátrico.

Monica fue una de las jóvenes que más tarde prestaron declaración en un proceso civil que presentaron veintidós víctimas de GirlsDoPorn. En enero de 2020, las demandantes recibieron 12.775 millones de dólares en concepto de daños y perjuicios y, durante el proceso, se presentaron acusaciones de delito, incluidos el de tráfico sexual y la producción de imágenes de sexo de menores. Algunas de las personas relacionadas con GirlsDoPorn han sido acusadas por las autoridades federales estadounidenses. Dos de los acusados (el actor porno Ruben Andre García y el cámara Theodore Wilfred Gyi) han sido declarados culpables y están a la espera de la sentencia, mientras que el cofundador de GirlsDoPorn, Michael James Pratt, sigue desaparecido.[176]

Aunque esta demanda civil se presentó en junio de 2016, Pornhub no retiró el canal de GirlsDoPorn hasta octubre de 2019,[177] cuando se entabló el proceso penal. En diciembre de 2020, cuarenta mujeres que participaron en GirlsDoPorn presentaron otra demanda alegando que MindGeek sabía lo del tráfico sexual desde 2009 y, con toda seguridad, en 2016, pero que, aun así, continuó asociado a GirlsDoPorn.[178] En la demanda se alega también que, todavía en diciembre de 2020, MindGeek seguía sin retirar vídeos de GirlsDoPorn a pesar de la petición de su retirada por parte de las víctimas. Cuando escribo esto, la demanda sigue sin resolver.[179]

A pesar de este tipo de negligencias apenas ocultas, MindGeek sigue obteniendo beneficios por una sencilla razón: la gente sigue viendo los vídeos. Algunos de los abusos de la industria del porno son deliberadamente ocultados a los consumidores, con actrices a las que pagan por gemir de placer mientras se retuercen de dolor. Pero, a veces, los abusos son evidentes. De hecho,

hay veces en las que el abuso es el gancho.

El formato de los vídeos de GirlsDoPorn hacía hincapié en la coerción, más que esconderla. Grabadas casi siempre en habitaciones de hoteles con un mínimo equipo de personas, a las mujeres se les daba dinero delante de la cámara y se les pedía que leyeran en voz alta algunas partes de sus (engañosos) contratos. No se fingía que estas mujeres fueran participantes entusiastas: se pretendía que su renuencia resultara excitante. Y, según el éxito de GirlsDoPorn a lo largo de sus once años de existencia, está claro que a los consumidores de porno sí les resultaba excitante este género: estos vídeos tuvieron más de mil millones de reproducciones en páginas propiedad de MindGeek.

La industria del porno no produciría contenido donde se representan abusos si los consumidores no lo demandasen. Hay en la sexualidad humana cierta oscuridad (principalmente, aunque no de manera exclusiva, en los hombres) que quizá antes ha estado oculta dentro de la cabeza de algún fantasioso, pero que ahora el porno hace visible para que todo el mundo pueda verla. La industria toma esta semilla cruel y silenciosa y la hace crecer.

Capitalismo límbico

En un estudio de 2020 con hombres de diferentes países de Europa occidental, los encuestados declararon ver una media de setenta minutos de porno a la semana en internet, con un dos por ciento de ellos viendo más de siete horas.[180] Al parecer, el hombre medio dedica más tiempo a ver porno que a ducharse.[181]

Y sin embargo, no todos los hombres ven porno, incluso en grupos base más jóvenes: un sondeo de 2019 encargado por la BBC demostró que el veintitrés por ciento de los hombres del Reino Unido con edades entre los dieciocho y los veinticinco años afirmaban no haber visto porno durante el último mes.[182] El consumo de

porno no está repartido de forma regular entre la población sino que, por el contrario, se ajusta a la distribución del principio de Pareto, con una minoría de personas que responden por la amplia mayoría del consumo. Son estos consumidores los principales responsables de permitir que la industria del porno crezca y, sin embargo, también son explotados por ella.

Muchos de los consumidores de porno tienen sentimientos encontrados con respecto a su uso. La doctora Fiona Vera Grey, investigadora de la Universidad de Durham, ha dirigido un estudio tanto con hombres como con mujeres sobre sus experiencias con el uso del porno. Una respuesta emocional común entre los usuarios a los que ha estudiado es la sensación de una excitación abrumadora, seguida de forma abrupta por sensaciones de vergüenza inmediatamente después del orgasmo. Muchos usuarios, según afirma Vera Grey, «tienen un conflicto ético por el hecho de ver material que sienten que es una mierda para las mujeres, pero que personalmente les excita… Así que, se masturban con ese material y, después, piensan "Dios mío", y apartan su ordenador».[183]

La excitación sexual reprime nuestra reacción de desagrado por una razón biológica clara:[184] las demás personas son una fuente potencial de enfermedades, pero tenemos que acercarnos a otras personas para reproducirnos. La aversión natural hacia la intimidad con desconocidos queda, por tanto, desactivada cuando encontramos a esos desconocidos sexualmente atractivos. Y la respuesta de desagrado guarda una estrecha relación con la percepción moral.[185] Sencillamente, no se nos da tan bien establecer juicios morales ajustados cuando estamos cachondos.

Y las páginas porno están diseñadas para excitar a los usuarios lo más rápido posible. No es solo que las imágenes de presentación muestran los momentos más explícitos de un vídeo (siempre el acto de la penetración,

nunca los actores sentándose en una cama), sino que los enlaces a vídeos muestran también imágenes animadas que se reproducen automáticamente cuando el usuario pasa el ratón por encima de ellas, o también cuando se abre la página. En cuanto llega un usuario, sus ojos (y, a veces, sus oídos) son bombardeados automáticamente por gran cantidad de estímulos sexuales. Este impulso básico, tan esencial como el hambre o la sed, no puede ser reprimido con el razonamiento moral. Constituye una reacción involuntaria que la industria del porno ha sabido provocar con mucha sabiduría.

Este tipo de diseño de páginas web es un ejemplo especialmente inquietante de lo que el profesor David Courtwright ha llamado «capitalismo límbico», es decir, «un sistema empresarial tecnológicamente avanzado, pero socialmente regresivo en el que hay industrias globales que, a menudo con la ayuda cómplice de gobiernos y organizaciones criminales, fomentan el consumo excesivo y la adicción. Y lo hacen dirigiéndose al sistema límbico, la parte del cerebro encargada de las emociones».[186] El capitalismo límbico es la razón por la que las aplicaciones de más éxito tienen colores llamativos como la fruta fresca y relucen como el agua limpia. Nuestros cerebros primitivos y vulnerables buscan los estímulos que hemos desarrollado y por los que nos sentimos atraídos, porque al responder a esos estímulos, nuestros antepasados lograron una ventaja para sobrevivir. Los proveedores de capitalismo límbico han aprendido de estos instintos y, con el tiempo, han sabido ver cuál es la mejor forma de controlarlos.

El porno es al sexo lo que McDonald's a la comida. Estas dos industrias capitalistas toman nuestros apetitos naturales, aprovechan los elementos más compulsivos y adictivos, los desnudan de todo lo que de verdad resulte saludable y, después, nos anima a consumir cada vez más. Ambos productos son ejemplos de superestímulos: versiones exageradas de estímulos que aparecen de

forma natural y que se aprovechan de un deseo evolucionado de alimento, excitación y placer, pero de una forma inadecuada, engañando al consumidor para que se atiborre de un producto que, en un principio, parece bueno pero que, a largo plazo, les hace daño.

Cuando nos enfrentamos a esas tentaciones, los humanos no somos mucho más sofisticados que el escarabajo joya australiano (*Julodimorpha bakewelli*), un escarabajo brillante y de color dorado de unos cuatro centímetros de largo. En 1981, una pareja de especialistas en insectos observó a un escarabajo joya macho tratando de aparearse con una botella de cerveza vacía (conocida en el argot australiano como *stubbie*, o 'rastrojo', en español). Tras posteriores investigaciones, vieron que los escarabajos joya machos no solo estaban confundiendo a esas *stubbies* con hembras de su especie sino que, de hecho, las preferían, sin hacer caso a compañeras potenciales con el fin de aparearse con las botellas de cristal porque esos desechos eran más brillantes y más dorados que los escarabajos joya hembras y, por tanto, más excitantes sexualmente para los machos.[187]

El porno proporciona una atracción muy parecida, ofreciendo pechos y penes más grandes que los que se encuentran «en su hábitat natural» y, por tanto, ofrecen también más excitación. Es probable que la inminente llegada de robots sexuales realistas al mercado intensifique aún más este efecto de superestímulos. La bióloga evolutiva Diana Fleischman analiza el impacto perjudicial de esta nueva tecnología en sus compradores:

> Las señales que un robot sexual puede proporcionar a la psicología desarrollada de un adolescente previamente insatisfecho serían: «estás logrando un éxito y estatus de apareamiento increíble quedándote en casa con tus videojuegos, ¡sigue así!». …Los videojuegos y las redes sociales ya están minando los mecanismos psicológicos inherentes que nos hacen esforzarnos por conseguir el

> estatus: proporcionan unas recompensas más inmediatas y requieren un esfuerzo mucho menor que cualquier cosa que busquemos en el mundo real. Los robots sexuales van a empeorarlo aún más, especialmente entre los hombres jóvenes.[188]

¿Para qué molestarse en buscar un trabajo, ir al gimnasio o cuidar la higiene personal si a tu robot sexual no le va a importar? Si un trozo de plástico estéril puede saciar sexualmente a un hombre joven, no va a necesitar salir a buscar mujeres de verdad. Por supuesto, nunca conseguirá tener una esposa ni hijos y, al final, se quedará solamente con la compañía de su robot sexual. Pero llegará a ese estado de soledad sintiendo la amortiguación emocional del fiable chute de dopamina que se adquiere jugando una y otra vez con el equivalente sexual de una máquina tragaperras.

Aun sin acceso a robots sexuales, algunos hombres ya están priorizando ver porno a buscar relaciones con parejas reales. Como veremos en el capítulo siete, un aspecto perverso del mercado de las relaciones del siglo XXI es que el joven medio tiene ahora sexo con menos frecuencia que el que tuvieron sus padres y abuelos, y hay cada vez más población frustrada de hombres que siguen siendo vírgenes con veintitantos años y más. Este subgrupo de hombres es especialmente vulnerable a los proveedores de capitalismo límbico.

El dos por ciento de hombres de Europa occidental que admiten ver más de siete horas de porno a la semana no son un grupo de personas sanas y felices, ni tampoco los hombres que dedican menos tiempo al consumo del porno pero que, aun así, les resulta personalmente destructivo. La continuada influencia del movimiento NoFap es prueba de la insatisfacción sexual que, a menudo, provoca el uso del porno. Fundada en 2011 por el desarrollador web estadounidense Alexander Rhodes, NoFap anima a sus seguidores a alejarse tanto del porno como de la masturbación («fap» es un término derivado

del sonido de un hombre que se da placer a sí mismo). A sus seguidores, principalmente hombres, se les ofrece la liberación del poder adictivo del porno y de la consiguiente discapacidad sexual que se ha disparado en los últimos veinte años, con una disfunción eréctil que ahora afecta a entre un catorce y un treinta y cinco por ciento de los hombres jóvenes, en contraposición con, quizá, un dos o tres por ciento a comienzos de este siglo.[189]

Los miembros del foro de NoFap escriben, a veces, sobre que se masturban con tanta frecuencia que se provocan dolorosas abrasiones y muchos aseguran sufrir un «síndrome del abrazo de la muerte», un término cuasimédico que se usa para describir la pérdida de sensación que, a veces, viene provocado por masturbarse con demasiada agresividad. Los que lo sufren aseguran que les resulta difícil o imposible llegar al orgasmo durante el sexo con otra persona, en parte, por la insensibilización física y, en parte, por el efecto psicológico del porno. Aunque se vean motivados para buscar sexo con una persona real, el abrazo de la muerte psicológico puede implicar que no puedan excitarse con alguien cuyo cuerpo no sea exactamente como el de las estrellas del porno. Los usuarios de porno compulsivos se exponen a tanto estímulo sexual que literalmente se vuelven impotentes.

El actor y atleta estadounidense Terry Crews es ahora defensor del movimiento NoFap, tras haber hablado públicamente de su lucha personal contra la adicción al porno: «Algunos dicen: “oye, tío… no puedes ser adicto de verdad a la pornografía”. Pero te voy a decir una cosa… Hace que cambies tu forma de pensar sobre la gente. Se convierten en objetos. La gente se convierte en partes de cuerpo; en cosas que se pueden usar en lugar de en personas que se pueden amar».[190] Crews es un hombre atractivo, rico y con éxito. También está casado y es padre de cinco hijos. Aun así, terminó

rechazando a su mujer y viendo porno en su lugar, como un escarabajo joya australiano que elige a un objeto inerte antes que a una pareja real y viva. Ese es el poder del porno sobre algunos de sus usuarios.

Las feministas que criticaban el porno durante las décadas de 1970 y 1980 tenían mucha razón cuando predijeron adónde se dirigía esta industria. La tristemente famosa portada de la revista *Hustler* de junio de 1978 en la que aparecía el cuerpo de una mujer siendo destrozado en una trituradora de carne parece ahora poca cosa en comparación con las imágenes de grotesca violencia sexual que está disponible no solo en las principales páginas de pornografía, sino también en plataformas de redes sociales que están a disposición de los niños.

Pero una cosa que esta generación de feministas no predijo fue el paradójico efecto que la pornografía tendría sobre el comportamiento sexual de la población en general. Por un lado, tenemos un guion sexual que cada vez se ha vuelto más agresivo y carente de amor. Pero, por otro, tenemos un grupo de hombres que está tan atontado por el porno que (a veces, de manera permanente) se ven discapacitados para tener relaciones sexuales con personas reales. Sencillamente, la generación del porno está teniendo menos sexo y el sexo que tienen es, además, peor: menos íntimo, menos satisfactorio y menos importante.

Desconectarse

Estamos entrando a toda velocidad en un mundo en el que la tecnología domina las partes más íntimas de nuestras vidas y esta tecnología está diseñada por corporaciones cuyo único interés es ganar dinero. El escritor Venkatesh Rao lo describe como un mundo en el que «o les dices a los robots qué hacer o son los robots los que te lo dicen a ti». O vives sobre el algoritmo o por debajo de él.[191]

Hay pocas personas en la industria del porno que sean inequívocamente malvados (los ejecutivos de MindGeek, que decididamente se encuentran por encima del algoritmo, no me despiertan ninguna simpatía), pero hay muchas más personas por debajo del algoritmo cuyo estatus moral es más difícil de determinar. En particular, los usuarios del porno, que son los impulsores de la industria y también sus víctimas: no tanto como las actrices, claro, pero víctimas de todos modos. Se ven atrapados en una especie de capitalismo límbico que se hace con nuestros instintos más básicos y los corrompe para sacar beneficios. No se puede criticar el capitalismo sin criticar también su fruto más corrupto, la industria del porno, que destruye a sus trabajadores y a sus consumidores por igual.

Y sin embargo, la mayoría de los anticapitalistas prefieren mirar para otro lado. De hecho, las defensas más comprometidas del porno vienen hoy en día de los autoproclamados como izquierdistas del «sexo positivo» que aseguran que cualquier crítica de la industria implica necesariamente una crítica a sus trabajadores (es curioso que no hagan la misma defensa de industrias que dependen de mano de obra de talleres clandestinos). Estos defensores cuentan, en parte, con la ayuda del esfuerzo de la industria por sanear sus prácticas. Pornhub, por ejemplo, levanta una cortina de humo llamada «Pornhub Cares» (‘Pornhub se preocupa’), con campañas contra la contaminación del plástico y la destrucción de los hábitats de las abejas y los pandas gigantes («Pornhub hace un llamamiento a nuestra comunidad para que ayude a animar a los pandas. ¡Estamos haciendo porno al estilo de los pandas!»).

Pero una respuesta mucho más efectiva contra cualquier crítica a la industria es el discurso de la liberación sexual, siempre disponible para consolar a cualquier usuario de pornografía que sienta cierta incomodidad ante lo que está financiando. Kacey Jordan,

Jenna Jameson, Vanessa Belmond y Linda Lovelace dieron cada una su versión de este discurso en el cénit de su fama, respondiendo a cualquiera que les preguntara con un despreciativo «claro que doy mi consentimiento». Todas estas mujeres cambiaron luego de opinión, después de que la industria del porno se hartara de ellas y después de que el daño contra sus cuerpos y sus mentes ya estuviese hecho.

Confiar en la palabra de una mujer cuando dice «claro que doy mi consentimiento» resulta atractivo porque es fácil. No requiere que miremos con demasiada atención a la realidad de la industria del porno ni que pensemos demasiado hasta qué punto (ya sea como consecuencia de la juventud, de un trauma, de la credulidad o de alguna oscura mezcla de las tres) todos somos capaces de hacernos daño e incluso de destruirnos. Podemos provocar un daño terrible y duradero a un «adulto que da su consentimiento» y nos suplica que le demos más.

Algunas feministas ponen su fe en lo que se conoce como pornografía ética, pero este hipotético producto no sirve más que para no ver la realidad de cómo funciona de verdad la industria del porno. Por un lado, el porno que se vende como «ético» supone una proporción tan diminuta y poco popular del mercado que centrarse en él es como, tal y como ha afirmado la escritora feminista Sarah Ditum, «poner un pollo en tu jardín trasero y asegurar que has arreglado la ganadería intensiva».[192] Por otro lado, por mucho que un vídeo se etiquete como «ético», no se puede ver y estar seguros de que las personas que aparecen están de verdad contentas por estar ahí. Y, lo que es igual de importante, no se puede ver un vídeo y saber si las personas que aparecen en él siguen estando contentas de que sus imágenes se puedan ver en todo el mundo. Linda Lovelace fue una entusiasta defensora de la industria pornográfica durante la promoción de *Garganta profunda*. Fue varios años

después cuando dijo que lo que el público veía era «cómo me violaban».

E incluso aparte de las condiciones de su producción, el producto en sí siempre tendrá un efecto perjudicial en la sexualidad del consumidor. La crítica feminista Laura Mulvey ha usado la expresión «el invitado invisible» para describir el papel del espectador que mira impasible lo que sucede en una película, olvidado en el rincón de la habitación.[193] El papel del espectador del porno debería entenderse como el del mirón invisible. El porno entrena a la mente para considerar el sexo como un espectáculo deportivo, para ser disfrutado a solas y delante de una pantalla. Retira del sexo el amor y la reciprocidad y convierte a los seres humanos, como lo ha descrito Terry Crews, en «partes del cuerpo».

Este es uno de esos raros problemas que tienen una solución deslumbrantemente sencilla: excluirse. Independientemente de que el Estado regule la industria pornográfica, como creo que debería hacer, el individuo mantiene un control absoluto sobre si está contribuyendo a ella de manera directa o no. No existe una buena razón para utilizar el porno. Abandonarlo no le cuesta nada al consumidor. Resulta mucho más fácil que alejarse de la carne de ganaderías intensivas o de productos fabricados en talleres clandestinos porque, aunque todos necesitamos comer y vestirnos, ni uno solo de nosotros necesita ver porno nunca más. El discurso de la liberación sexual nos dice que sigamos así; yo te digo que tienes la obligación de parar.

<<salto>>

6

LA VIOLENCIA NO ES AMOR

Una de las cosas más placenteras que tiene la práctica de la dominación y el sadomasoquismo, desde un punto de vista empresarial, es que con mucha frecuencia exige tener una equipación. La minorista británica Ann Summers ofrece en la actualidad un «equipo para *bondage*» de seis piezas por sesenta libras, un paquete para principiantes que incluye un flagelador, una venda para los ojos, una bola de mordaza, grilletes para los tobillos, esposas y una cuerda. A esto se pueden añadir docenas de artículos de la gama de Ann Summer para sadomasoquismo y *bondag*e, desde pinzas para pezones (quince libras) a cuerdas para piernas (diez libras).

Muchos de estos productos muestran la marca de *Cincuenta sombras de Grey*, la franquicia de la novela y la película que ha supuesto una oportunidad de oro para que Ann Summers pueda ampliar su gama. En 2017, la tienda principal de Marble Arch en Londres invitó a sus clientes a que bajaran al sótano («El cuarto rojo») dedicado a todas las cosas de *Cincuenta sombras*. Podían encontrar una jaula de *bondage*, dilatadores anales con colas de peluche, una jaula para pene y un vibrador de diez mil libras que adjuntaba unos gemelos a juego.[194] ¿Quién iba a decir que la liberación sexual podría resultar tan rentable?

Esta idea de marketing se correspondía enteramente con el espíritu del franquiciado de *Cincuenta sombras*, que erotiza la riqueza tanto como erotiza la dominación sexual. Christian Grey, el afligido héroe romántico, es encantador, guapo, y sabe cómo usar un dilatador anal de peluche. También es un multimillonario y la víctima de sus tribulaciones, Anastasia, se siente tan atraída por su helicóptero Airbus EC130 como por su mazmorra sexual que él llama su «Cuarto rojo». Por supuesto, si

quitamos todas estas distracciones, lo que Christian Grey está acometiendo es simple y llanamente maltrato doméstico. Se obsesiona con una mujer mucho más joven y virginal. Se la gana bombardeándola con atenciones. Controla cada uno de sus movimientos, desde la ropa que lleva hasta con quién se ve. Incluso le dicta lo que puede comer.

Y esto es lo que más inquieta: a muchas mujeres les encantó. No a todas (personalmente, a mí no me conmovieron los encantos de Christian Grey, como tampoco a la mayoría de las amigas con las que he hablado) pero para una minoría considerable, la mezcla de maltrato doméstico y riqueza ostentosa resultó ser de lo más excitante y, por tanto, enormemente lucrativa para la autora E. L. James, para las editoriales, para los que hicieron la película y para las tiendas de productos de dominación y sadomasoquismo, incluidas las de Ann Summers.

Tradicionalmente, las feministas radicales han explicado esta inquietante forma de excitación como consecuencia únicamente de la socialización, empapada de una cultura que celebra la sumisión de la mujer y la dominación del hombre. Aunque hay algo de verdad en esta idea, el análisis radical feminista no explica del todo la popularidad de las prácticas de dominación y sadomasoquismo entre las mujeres que compraron *Cincuenta sombras*. La triste verdad es que una minoría de mujeres sí ven muy excitantes las prácticas de dominación y sadomasoquismo y no hay que ir muy lejos para ver a esas mujeres defendiendo públicamente dicha práctica como una expresión de su voluntad sexual. En mi opinión, una explicación más plausible (y preocupante) de este comportamiento debe incluir el reconocimiento de que es posible que a algunas mujeres se las haya preparado para encontrar excitante el comportamiento maltratador de Christian Grey y que esa preparación sea consecuencia no solo de la cultura sino

también de la biología.

La idea de posesión

En el capítulo dos, nos enfrentamos al hecho de que existen importantes diferencias de promedio entre los hombres y las mujeres en lo que se refiere a la sexualidad. Un factor sorprendente de la sexualidad femenina típica es una preocupación por las muestras de lealtad emocional por parte de la pareja. Esta es una consecuencia lógica del hecho de que una mujer embarazada y lactante es increíblemente vulnerable, y ella y su bebé tendrán más probabilidades de sobrevivir si cuenta con una pareja comprometida y con recursos. El hombre puede demostrar su idoneidad para ese papel de distintas formas, como, por ejemplo, haciendo regalos, colmando a su pareja de atenciones y mostrando bondad hacia los hijos.

También puede demostrar su compromiso de formas más desagradables. Christian Grey es una bestia violenta y controladora, pero su comportamiento obsesivo hacia Anastasia es muestra, al menos, de su firme compromiso con ella. *Cincuenta sombras* añade, además, una estética de látigos y cadenas, pero muchas novelas románticas anteriores se centran en una dinámica muy parecida: el hombre fuerte y atractivo que se enamora perdidamente de la heroína y hará lo que sea por conseguirla, incluso comportarse de forma violenta.

La próxima vez que vayas a tu biblioteca, echa un vistazo a las cubiertas y solapas de algunas novelas de Mills & Boon escritas para un público mayor y más tradicional que el de *Cincuenta sombras*. Los héroes se representan en todas como hombres grandes y musculosos y, o bien son profesionales de estatus elevado (por ejemplo, cirujanos), o vagabundos aventureros (piratas y bandoleros). Existe una variante en el género romántico donde los héroes pueden ser más o menos agresivos dependiendo del libro en particular, pero hay

un factor que no cambia: las consumidoras de ficción erótica femenina nunca se han excitado con un hombre que se hace el difícil, que flaquea en su interés o que se distrae por las atenciones de otras mujeres. Mucho antes de que apareciera *Cincuenta sombras*, lo que excitaba a estas lectoras es la fantasía de un hombre que está de verdad enamorado de ellas, a menudo, de una forma obsesiva.

A veces, el deseo de una atención total favorece al gigante amable que se muestra cariñoso y tierno con las mujeres, los niños y los gatitos. Pero el deseo perfectamente racional de una mujer por un hombre leal puede, a veces, verse también interceptado por los gustos de Christian Grey, que está indudablemente comprometido con Anastasia pero que también es controlador y peligroso.

La tragedia está en que, mientras el ficticio Christian Grey puede ser fiel a Anastasia, su equivalente en la vida real no lo suele ser. Es bastante fácil que una mujer inexperta y excesivamente confiada confunda los celos con fidelidad y, de ese modo, se sienta atraída por héroes agresivos de la ficción erótica. Pero, en realidad, los rasgos de los dos personajes no tienen por qué ir necesariamente de la mano.

El escritor y psiquiatra conservador Theodore Dalrymple no ha sido nunca muy defensor de repetir las devociones feministas, y en este caso hace su análisis de la dinámica de los celos de una forma más franca. Cuando trabajaba en un hospital de una zona deprimida de Birmingham, en Inglaterra, Dalrymple solía encontrarse tanto con las víctimas como con los perpetradores de violencia doméstica y escribe sobre las experiencias de sus pacientes sin esforzarse en medir sus palabras:

> La gran mayoría de los hombres celosos que veo son flagrantemente infieles con el objeto de sus supuestos afectos y algunos mantienen a otras mujeres igual de

> sometidas a un estado de celos en otro lugar de la ciudad o incluso a ciento cincuenta kilómetros de distancia. No tienen remordimientos en ponerle los cuernos a otros hombres y, de hecho, les encanta hacerlo como una forma de alentar sus propios y frágiles egos. En consecuencia, imaginan que todos los demás hombres son sus rivales: pues la rivalidad es una relación recíproca. Así, una simple mirada en un bar dirigida a la novia de un hombre es suficiente para iniciar una pelea no solo entre la chica y su amante, sino, antes incluso, entre los dos hombres.[195]

Respecto a las mujeres que terminan teniendo una relación con hombres así, Dalrymple habla de un instinto de autolesionarse que no suele ser reconocido entre las feministas, pero que puede resultar familiar a cualquiera que alguna vez haya trabajado con víctimas de violencia doméstica:

> Pero ¿por qué la mujer no deja al hombre nada más poner de manifiesto su violencia? Esto se debe a que, aunque no tenga lógica, la violencia es la única muestra que ella tiene del compromiso del hombre. Igual que él desea la posesión sexual exclusiva de la mujer, ella quiere una relación permanente con él. Se imagina, erróneamente, que un puñetazo en la cara o una mano alrededor del cuello es, al menos, una señal de su continuado interés por ella, la única muestra aparte de las relaciones sexuales que probablemente va a obtener a ese respecto. Ante la ausencia de una ceremonia marital, un ojo morado es el pagaré que él entrega como muestra de que la va a amar, honrar, mantener y proteger.[196]

En este capítulo, voy a defender que las prácticas de dominación y sadomasoquismo no son más que una versión en forma de ritual y recientemente legitimada de una dinámica tóxica que está siendo demasiado común entre hombres y mujeres. Aunque la dominación sexual de los «sumisos» y «dominantes» pueda haber recibido un lustre contracultural en las últimas décadas, es un hecho que ha existido toda la vida. Como veremos más

adelante, los entusiastas de las prácticas de dominación y sadomasoquismo se han esforzado mucho por presentar su interés sexual como una forma de subvertir la norma pero, en realidad, no es nada parecido. El hecho de que estas prácticas se hayan popularizado ha servido, en primer lugar, para proteger los intereses de los hombres que quieren dar palizas a las mujeres y evitar ser castigados por ello y, en segundo, ha hecho que la industria pornográfica y los fabricantes de ropa de cuero vulgar ganen mucho dinero. Dicho de otro modo, las prácticas de dominación y sadomasoquismo resultan buenas para los hombres maltratadores y para el capital. No han subvertido nada.

La representación popular de las prácticas de sadomasoquismo se suele centrar en una relación muy particular e inusual en la que un empresario acaudalado paga a una mujer dominatrix para que le dé latigazos. Estas relaciones existen en la realidad, y su ilógica dinámica las hace atractivas para guionistas y periodistas. Pero no son comunes.

La mayoría de los sumisos son mujeres y la mayoría de los dominantes son hombres. Un estudio de 2013 de participantes en un foro de internet sobre prácticas de dominación y sadomasoquismo llegó a la conclusión de que solamente el treinta y cuatro por ciento de los hombres preferían de forma sistemática el puesto del sumiso, mientras que una proporción aún menor de mujeres, un ocho por ciento, se identificaba como dominantes.[197] En el mismo estudio se demostró que los dominantes solían tener un rasgo de personalidad simpática menos acentuado, lo que implicaba que fueran asertivos y exigentes. Por el contrario, las sumisas solían ser más simpáticas que la media, lo que implicaba que se mostrasen deseosas por agradar. Estos hallazgos ponen en cuestión la idea de que las personas se sientan atraídas por roles en esas prácticas que sean contrarios a sus inclinaciones habituales. De hecho, parece que lo que

sucede es lo contrario. La mayor parte de las veces, los dominantes siguen siéndolo fuera de la cama (o de la mazmorra sexual) y las sumisas siguen siendo sumisas. En el mundo real, las prácticas de dominación y sadomasoquismo no suponen un desafío para la dominación de los hombres sobre las mujeres. Más bien, la refuerzan.

La mujer sutcliffeana

Pero siento decir que esta no es la perspectiva dominante feminista del siglo XXI. Ni siquiera era la perspectiva unánime de la década de 1970, cuando el feminismo radical estaba en alza. En el influyente libro *La mujer sadiana*, por ejemplo, publicado en 1978, Angela Carter trató de hacer una deconstrucción literaria de los escritos del padre de la dominación y el sadomasoquismo: el marqués de Sade, el aristócrata francés de donde procede la palabra «sadismo». Inmersa en el estilo psicoanalítico tan de moda en la época, Carter identificaba en la obra de Sade una especie de protofeminismo, refiriéndose al «pornógrafo», del que Sade es un preminente ejemplo, como un «aliado inconsciente» de las mujeres «porque empieza a acercarse a una especie de verdad emblemática».[198] *La mujer sadiana* forma parte de un largo y lamentable historial de feministas que priorizan su propia masturbación intelectual sobre su obligación de defender los intereses de las mujeres y las niñas.

Carter no es la única que venera a Sade, y en los años siguientes a la publicación de *La mujer sadiana* se han unido a ella muchas otras feministas prosexo dispuestas a recuperar la dominación y el sadomasoquismo para las mujeres. Hay también muchos hombres que tradicionalmente han disfrutado de la obra de Sade. Flaubert y Baudelaire, por ejemplo, redescubrieron sus escritos en el siglo XIX y, en la década de 1920, surrealistas como Man Ray, André Breton y Dalí se sintieron atraídos por la reivindicación de Sade de una

libertad sexual absoluta.[199]

Estos renegados quedaron fuera de la cultura dominante de su época y, de hecho, les costó hacerse con ejemplares de los libros de Sade, pues habían estado prohibidos en Francia hasta 1957.[200] Pero en la década de 1960, la obra de Sade tuvo mucha mayor disponibilidad y adquirió un nuevo glamur. Gonzague Saint Bris, autor de una reciente biografía de Sade, ve su influencia en la revolución sexual de la década de 1960.[201] Siendo un estudiante de veinte años en las revueltas del mes de mayo de 1968 de París, Saint Bris recuerda que «miré todas las pancartas y leía "Prohibido prohibir" y "Haz lo que desees". De repente, entendí que nuestros eslóganes revolucionarios eran, en realidad, de Sade. ¡Empecé a ver a un espectro con su peluca empolvada subido a las barricadas a mi lado!».[202]

En la actualidad, Sade conserva una reputación sofisticada entre algunos círculos, tanto que uno de los descendientes vivos del marqués, el conde de Sade, ha sido capaz de capitalizar el apellido de su familia para fabricar la línea de productos de lujo *Maison de Sade*, entre los que se incluyen vino, velas perfumadas y, en honor al bicentenario de su muerte, un busto del marqués que se vendía por 5.700 dólares.[203] En ese año, varios museos parisinos de prestigio inauguraron exposiciones para conmemorar la vida y obra de Sade.[204] Por lo que yo sé, todos estos eminentes defensores de Sade saben muy bien lo que él llegó a hacer en la vida real: el hecho de que encerrara, violara y torturara a muchas mujeres y sirvientas prostituidas, incluidas niñas, y que esas víctimas con toda seguridad no dieran su consentimiento a lo que les hacían y lo denunciaran a las autoridades cuando pudieron escapar.

A partir de los treinta y siete años, Sade pasó buena parte de su vida en prisión y fue entonces cuando pudo perpetrar sus violentas fantasías solamente por escrito. En su obra magna *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*,

Sade fantasea con todo tipo de horrores misóginos. Si hubiese estado en libertad, parece probable que sus aventuras sexuales violentas y sus fantasías asesinas habrían llegado finalmente al asesinato real y, con toda probabilidad, a sus víctimas las habrían encontrado entre las pobres mujeres y niños que acosó durante los años anteriores a su encarcelamiento. La ubicación de Sade en el siglo XVIII puede haberle dado un aire de otredad, pero, en realidad, no era distinto a ningún violador sexual moderno al que guste la tortura y la mutilación. Angela Carter podría haber escrito un himno al destripador de Yorkshire y llamarlo *La mujer sutcliffeana*.[205]

Puede que las feministas como Carter se hayan visto engañadas por la mística oscura de Sade, pero Andrea Dworkin, no. En sus escritos de 1979, Dworkin veía a Sade como lo que realmente era: un aristócrata psicópata que usaba su sexo, su riqueza y su poder para acceder a los cuerpos de los pobres:

> Esos izquierdistas que defienden a Sade deberían recordar que la Francia anterior a la revolución estaba llena de gente hambrienta. El sistema feudal era tan cruel como primitivo. Los derechos de la aristocracia sobre el trabajo y los cuerpos de los pobres no eran cuestionados ni podían serlo. La tiranía de su clase era absoluta. Los pobres vendían lo que podían, incluso a sí mismos, con tal de sobrevivir. Sade supo ver y defender la ética de su clase.[206]

El domingo de Pascua de 1768, Sade se encontró con una de sus víctimas, una viuda llamada Rose Keller, cuando ella se encontraba mendigando por las calles de París después de ser desahuciada tras la muerte de su marido. Le ofreció trabajo de criada y ella se fue con Sade a su casa, donde él la fustigó y la dejó gravemente herida. Más tarde, Keller contó que creía que Sade la iba a matar y, cuando consiguió escapar de su casa, corrió medio desnuda y aterrada hasta encontrar refugio con

unas mujeres que alertaron a la policía.[207]

No es ninguna casualidad que Keller fuera pobre. No es ninguna casualidad que Sade pudiera librarse de la cárcel pagándole un soborno. No es ninguna casualidad que él la abdujera el domingo de Pascua, pues a Sade le excitaba la blasfemia casi tanto como la misoginia, y este instinto anticlerical ha contribuido mucho para aumentar su reputación entre intelectuales ateos de la edad moderna. Para esos intelectuales, las víctimas de Sade se vuelven invisibles (despachándolas como simples sirvientas y putas, muertas desde hace mucho tiempo) y dan valor a la rebelión del marqués contra las costumbres conservadoras de su época. Dworkin acertó cuando escribió sobre la «libertad» que Sade representaba para sus admiradores: «Sade sufrió porque hizo lo que tú quieres hacer; fue a la cárcel igual que podrías ir tú. Ese «tú» es masculino. La libertad que se dice que Sade reivindicaba es la libertad tal y como la conciben los hombres».[208]

Asfixia

Ojalá se hubiese impuesto el análisis de Dworkin. Por desgracia, entre la mayoría de las feministas del siglo XXI, Carter es la triunfadora. La libertad masculina representada por Sade, la libertad de hacer daño, degradar y humillar, sirve de muestra tanto para hombres como mujeres de nuestra reciente cultura sexual liberada, pero con un solo cambio: al contrario que Sade, los sádicos de hoy están obligados a pedir el consentimiento. Y eso, según nos dicen, es lo que lo cambia todo.

Roxane Gay, por ejemplo, en su exitoso libro *Mala feminista*, ofrece una directriz que parece bastante sencilla:

> Para las personas que gustan de las prácticas de dominación y sadomasoquismo, existe una cosa que se llama consentimiento, que siempre debería existir en las

> interacciones humanas, pero que es mucho más importante cuando confías tu cuerpo y mente de ese modo a otra persona. Puedes decir: «quiero que me hagas daño» o «quiero que me humilles» o «quiero que me domines» y la otra persona lo hará. Pero, y esto es importante, cuando dices de alguna forma «para», el dolor, humillación o dominación cesa, sin que haya más preguntas.[209]

Gay es personalmente fan de las prácticas de dominación y sadomasoquismo y, en una reciente antología de relatos sobre ese tema, escribe sobre un hombre que siente placer abofeteando a su mujer, estrangulándola con un cinturón y arañándole la espalda con una cuchilla.[210] Al final de la historia descubrimos que el hombre es, en realidad, transgénero, lo cual supuestamente transforma la naturaleza del sexo violento de la pareja.

De todos los actos sexuales con prácticas de sadomasoquismo, la estrangulación es en la actualidad la que está más de moda y también la más sexista. En el porno, hay hombres que estrangulan a hombres, hombres que estrangulan a mujeres, pero en muy raras ocasiones son las mujeres las que estrangulan. La estrangulación fuera del sexo es también sexista; la amplia mayoría de las víctimas son mujeres y la amplia mayoría de los que la perpetran son hombres. En un estudio realizado en San Diego se demostró que de trescientos informes forenses que informaban de estrangulación, doscientos noventa y ocho eran de un hombre que estrangulaba a una mujer. Y es un delito que con mucha frecuencia sufren las víctimas de la violencia doméstica, la mayoría de las cuales son mujeres.

En el Reino Unido, la institución benéfica de violencia doméstica Refuge ha informado de que un cuarenta y ocho por ciento de las mujeres que utilizan sus servicios denuncian haber sido estranguladas, asfixiadas o ahogadas, y las mujeres que previamente

han sido estranguladas por sus parejas tienen una probabilidad ocho veces mayor de morir a manos de ellos, a menudo por estrangulamiento, pues este es el segundo método más común de asesinato utilizado por los hombres contra las mujeres en el Reino Unido.[211] A cualquiera que esté revisando pornografía de «asfixia» y vea una imagen tras otra de hombres con sus manos en los cuellos de mujeres, y que no esté formado en la ideología del feminismo liberal, se le perdonaría por ver lo que no es más que violencia normal y corriente de hombres contra mujeres, el tipo de violencia contra la que se supone que las feministas luchan en conjunto.

La moda de estrangulamiento sexual no se limita al porno. Un estudio realizado por ComRes en 2019 descubrió que más de la mitad de las mujeres de entre dieciocho y veinticuatro años en el Reino Unido afirmaba haber sido estranguladas por sus parejas durante el sexo, en comparación con un veintitrés por ciento de mujeres del grupo estudiado de mayor edad, con edades entre los treinta y cinco y los treinta y nueve años.[212] Muchas de estas encuestadas afirmaban que esta experiencia no había sido deseada por ellas y que les había asustado, pero otras declararon haber dado su consentimiento o incluso haberlo propuesto.

Y aquí está la complicación, pues no hay que buscar mucho para encontrar a mujeres que dicen que les encanta que las estrangulen. Y estas mujeres dispuestas (en realidad, muchas de ellas son chicas jóvenes) son consideradas como mascotas por aquellos que defienden la moda del estrangulamiento sexual. El argumento de feministas liberales como Roxane Gay es que, como hay algunas mujeres a las que les gusta ser estranguladas, está mal condenar el estrangulamiento como tal: es solamente el estrangulamiento no consentido el que merece nuestra condena. Es exactamente el mismo argumento que nos hemos encontrado con anterioridad en este libro: con consentimiento, todo vale.

En julio de 2020, por ejemplo, la revista *Men's Health* sacó un artículo titulado «El juego de la asfixia es una forma popular de sadomasoquismo. Aquí explicamos la forma de hacerlo sin peligro»;[213] y cuando la parlamentaria Laura Farris criticó el artículo por antifeminista, se encontró con una fuerte reacción en Twitter, en gran parte por mujeres que insistían en que el estrangulamiento consentido puede ser una forma inofensiva de conducta fetichista. Gigi Engle, que escribe sobre sexo en *Men's Health*, se unió a las críticas contra Farris en Twitter: «No, Laura, cariño, la asfixia puede ser un acto sexual muy divertido cuando se hace con cuidado y de forma *consenuada* [sic]».[214]

Pero Engle se equivoca en esto. Un alarmante estudio de 2020 revela la variedad de daños que puede provocar el estrangulamiento no letal, incluido paro cardiaco, derrame cerebral, aborto, incontinencia, trastornos del habla, convulsiones, parálisis y otros tipos de daños cerebrales a largo plazo.[215] Aunque se necesitan varios minutos para matar de verdad a alguien por estrangulamiento, puede quedar inconsciente o «asfixiado» en pocos segundos y siempre es indicativo de, como poco, un leve daño cerebral. La doctora Helen Bichard, la autora que ha dirigido el estudio, declara que los daños causados por el estrangulamiento pueden no ser visibles a simple vista o que no se evidencien hasta pasados varias horas o días tras el ataque, lo que quiere decir que son mucho menos evidentes que otros daños como pueden ser las heridas o la rotura de huesos y, por tanto, pueden ser pasados por alto durante una investigación policial.

Bichard rechaza con fundamentos médicos la idea de que el estrangulamiento pueda hacerse de una forma segura, cosa que describe como un mito urbano: «No veo la forma de apretar de forma segura un cuello de tal manera que no presiones alguna estructura frágil».[216] Y, en vista de las posibles consecuencias del

estrangulamiento, que hasta hace poco solo se conocían en parte, Bichard argumenta que la gran mayoría de profanos no pueden prestar ante ello un consentimiento realmente informado.

El artículo de *Men's Health* también se equivocaba al indicar que el estrangulamiento es excitante principalmente porque «el bloqueo del suministro de oxígeno al cerebro puede provocar sensaciones de mareo». Este intento biomédico de explicar la moda del estrangulamiento sexual resulta bastante común y atractivo por su simplicidad, pero no tiene en cuenta un factor fundamental. Sin duda, es cierto que un fetiche de asfixia autoerótica puede ser atractivo para algunos hombres y, de tanto en tanto, aparecen hombres con un interés sexual por el estrangulamiento sexual que aparecen muertos, tras haberse matado por accidente durante una sesión de masturbación mal calculada.[217]

Pero el fetichismo de estrangularse uno mismo es cada vez menos común entre las mujeres, tanto que no he podido encontrar un solo caso en el Reino Unido de una mujer que se haya matado a sí misma de forma accidental durante un intento de asfixia autoerótica, con la notable excepción de Hope Barden, de veintiún años, que murió en 2019 después de que Jerome Danger, un sádico sexual obsesionado con el porno extremo, le pagara por colgarse delante de su cámara web.[218]

Si es cierto que las mujeres se sienten atraídas por el estrangulamiento debido a la sensación que produce la falta de oxígeno, ¿por qué no se estrangulan solas en lugar de pedir a sus parejas masculinas que se lo hagan? La respuesta es bastante clara: porque estas mujeres no encuentran placer en la falta de oxígeno, sino en el juego de poder.

Por desgracia, muchas imágenes de estrangulamiento que comparten muchas mujeres o que les gustan en las redes sociales, debates entre mujeres en plataformas como Reddit y Twitter y los testimonios que

he escuchado directamente de muchas mujeres son indicativos de que muchas de las que buscan el estrangulamiento tienen una idea muy particular (y equivocada) de lo que implica el estrangulamiento cuando se lo hacen los hombres durante el sexo.

Por expresarlo abiertamente, muchas de estas mujeres están tan perdidas como la víctima de violencia doméstica que describía Theodore Dalrymple en este mismo capítulo, la cual «se imagina (erróneamente) que un puñetazo en la cara o una mano alrededor del cuello es, al menos, una señal de su continuado interés por ella». Creen que el estrangulamiento es indicativo del amor, la pasión y el deseo de un hombre por ellas. Con bastante frecuencia, no es señal de ninguna de estas cosas, pero, en una cultura en la que las diferencias entre sexualidad masculina y femenina se niegan de manera habitual, especialmente por parte de feministas liberales, no debería sorprendernos que muchas de estas mujeres sigan la estela de ficciones eróticas como *Cincuenta sombras* y malinterpreten la agresión de sus parejas masculinas como muestra de pasión, sin ser conscientes de que, normalmente, los Christian Greys de la vida real no tienen interés alguno en el bienestar de las mujeres a las que (por decirlo con una expresión propia del porno) «se follan salvajemente».

El doctor Scott Hampton es psicólogo clínico y director de Ending the Violence (‘Acabar con la violencia’), una organización estadounidense contra la violencia de género. Hampton ha pasado más de treinta años dirigiendo programas de tratamiento a delincuentes en prisiones estadounidenses y ha recopilado una serie de desalentadores relatos de perpetradores de violencia doméstica, algunos de los cuales hablan de sus razones para estrangular a sus parejas durante el sexo.[219] Estos relatos proporcionan una visión de las motivaciones de los hombres que estrangulan a mujeres de una forma mucho más clara que cualquier ficción erótica.

Los pacientes de Hampton no estrangulan por amor ni por ningún deseo de aumentar el placer de su pareja. Lo hacen para demostrar lo poderosos que son: «No hay mejor forma de lograr toda su atención, sobre todo, cuando ella se da cuenta de que podría acabar con su vida con un simple chasquido, literalmente», dice uno de los hombres. «La mirada de terror en la cara de ella es un subidón. No puede hacer otra cosa que mirarte. Estás ahí mismo», dice otro. Para un hombre con un ego frágil, el estrangulamiento puede resultar una forma atractiva de mostrar una fuerza y un dominio absolutos sobre una mujer que, en ese momento, se ve obligada a mirarle a los ojos.

No podemos consentir esto

Aunque aceptes la reivindicación feminista liberal de que es posible que alguien consienta de una forma sincera y consciente ser estrangulada por su pareja sexual, sigues enfrentándote al problema de cómo se supone que la ley va a diferenciar entre casos de violencia sexual consentida y no consentida. Emmett, un caso que sentó jurisprudencia en Inglaterra en 1999, hace hincapié en esta dificultad. El caso implicaba a un hombre que echó líquido inflamable sobre los pechos de su pareja, prendiéndole fuego y provocándole quemaduras de tercer grado. La mujer fue a su médico para tratarse las heridas y este, al sospechar que era un caso de violencia doméstica, dio el inusual paso de incumplir la confidencialidad entre paciente y doctor y lo denunció a la policía. La mujer se negó a prestar declaración cuando el caso llegó a los tribunales y su pareja insistió en que ella había dado su consentimiento a todo lo que él le hizo.

¿Qué debe hacer el tribunal en un caso así? Tal y como explica Jonathan Herring, profesor de Derecho en la Universidad de Oxford:

> En casos en los que al maltratador doméstico se le acusa

> de atacar a su pareja cuando hay daños probados, la explicación de que esos daños son el resultado de un sadomasoquismo consentido es una de las pocas defensas de las que disponen y, si la víctima está demasiado asustada como para prestar declaración, a la defensa le costará impugnar el proceso.[220]

Aunque la víctima de Emmett hubiese estado dispuesta a prestar declaración y hubiese apoyado la declaración de su pareja, el tribunal podría haber seguido sin saber con seguridad si había dado su consentimiento con verdadera libertad pues, tal y como señala Herring: «hay vínculos desagradables entre los casos en los que un maltratador ha tratado de controlar a su víctima y cada aspecto de su vida y casos en los que un dominante en una relación de masoquismo ha tratado de controlar a su esclavo».[221] Desde fuera, una relación de sadomasoquismo consentida y una relación de maltrato parecen exactamente iguales y, por tanto, si un sumiso sale herido o muerto durante un encuentro sexual y su dominante asegura que ha sido un accidente, ¿cómo podrían los tribunales establecer dónde está la diferencia?

No se trata de un problema teórico. La campaña de We can't consent to this ('No podemos consentir esto'), en la que yo he estado trabajando, ha documentado sesenta y siete casos en el Reino Unido en los que han muerto personas y sus homicidas han asegurado que sus muertes han sido el resultado de un juego sexual «que ha salido mal». Todos los sospechosos de estas muertes han sido hasta ahora hombres, y sesenta de las muertes eran de mujeres. La mayoría de las víctimas han muerto por estrangulamiento, aunque una importante minoría sufrió daños genitales graves. La mayoría de las víctimas eran esposas o novias de los perpetradores y, a menudo, existen pruebas de maltrato doméstico. Otras mujeres acababan de conocer al perpetrador ese mismo día y un número elevado de víctimas estaban implicadas en la

industria del sexo.

Hay dos llamativas tendencias en los datos que hemos recopilado. En primer lugar, el número de casos de sexo violento ha aumentado considerablemente desde el cambio de siglo; en segundo lugar, los acusados que se basan en esta defensa consiguen cada vez más un resultado favorable, y casi la mitad de estos casos de homicidio terminan sin una condena de asesinato. Dicho de otro modo, en las dos últimas décadas, los tribunales se han mostrado mucho más dispuestos a creer a los acusados cuando han declarado que sus víctimas han muerto porque literalmente «así lo pidieron».

Algunas de las sentencias que se han dictado en estos casos son sorprendentemente leves. Por ejemplo, tres casos de 2018 terminaron con una condena de homicidio involuntario después de que los acusados basaran su defensa en «sexo extremo» cuando se les acusó de asesinato. John Broadhust fue condenado a tres años y ocho meses cuando su novia Natalie Connolly murió en la casa de él tras una mezcla de intoxicación y hemorragia vaginal después de que Broadhust la penetrara violentamente con un bote de limpiador de alfombras.[222] Jason Gaskell fue condenado a seis años cuando le cortó el cuello a Laura Huteson durante una relación sexual usando un cuchillo que él guardaba bajo la almohada.[223] Y Mark Bruce también fue condenado a seis años después de que recogiera a Chloe Miazek, seriamente borracha, en una parada de autobús, se la llevara a su casa y la estrangulara hasta matarla (el abogado de Bruce dijo ante el tribunal que «parecía una absoluta casualidad que el señor Bruce conociera a otra persona que compartiera su interés por esa actividad en particular»).[224]

Feministas de otras partes del mundo han documentado también un aumento del uso de la defensa del sexo extremo, con casos similares en Canadá,[225] Italia,[226] Rusia,[227] México,[228] Alemania[229] y Estados

Unidos.[230] La creciente popularidad y el éxito de la «defensa del sexo extremo» en todo el mundo puede ser resultado del hecho de que los tribunales están cada vez más dispuestos a creer que las mujeres no solo consienten, sino que, en realidad, buscan ese tipo de violencia que puede resultar letal. Así pues, este fenómeno proporciona pruebas convincentes de las consecuencias a gran escala que puede acarrear la normalización de las prácticas de dominación y sadomasoquismo.

Esta normalización es claramente evidente en internet, donde el contenido de esas prácticas, en particular el que muestra estrangulamientos, ha pasado de páginas pornográficas especializadas a otras más populares y, ahora, a las redes sociales, incluidas plataformas que se anuncian como apropiadas para niños de trece años o más. En Instagram existen decenas de miles de imágenes de asfixia sexual disponibles con etiquetas como #chokeme, #chokeher, #neckfetish, #breathplay y #chokeherout, respectivamente, #asfixiame, #asfixiala, #fetichismodelcuello, #juegodeasfixia y #ahogala). En Pinterest hay imágenes de niños a los que se les agarra del cuello. Una fotografía de Tumblr mostraba una cama con pétalos de rosa que formaban las palabras «*bruise my oesophagus*» (‘magúllame el esófago’).[231] En estas plataformas, el estrangulamiento de mujeres se presenta como algo cariñoso, sensual, elegante, deseable y, a veces, divertido, y las imágenes están tomadas casi siempre desde la perspectiva de la persona que hace el estrangulamiento.

No hay que buscar mucho estas imágenes. Si estás expuesto al porno masivo o, simplemente, a las redes sociales principales, es muy probable que te las encuentres sin querer. Un artículo del *Sunday Times* de enero de 2020, ilustrado con una imagen de *Cincuenta sombras*, claro, cita a una joven estudiante que denuncia

haber empezado a ver imágenes de estrangulamiento en Tumblr desde los catorce años:

> Veía sin querer un montón de material pornográfico porque hay cuentas que usan etiquetas de otros programas de televisión o medios de comunicación populares para atraer seguidores a sus páginas pornográficas… Después de mi experiencia con Tumblr, pensé que la asfixia era un comportamiento sexual normalizado. Se muestra como una expresión de pasión y que es algo que las chicas pueden estar dispuestas a hacer, pero hasta hace poco no vi que fuese criticado como algo delictivo.[232]

Las plataformas pornográficas se aprovechan de un proceso de escalada, introduciendo a los usuarios a un contendido más suave y luego, para los que sean más susceptibles, sugiere contenido cada vez más extremo y adictivo a medida que el espectador se va insensibilizando. Para muchos usuarios, esa insensibilidad lleva inexorablemente a las prácticas de dominación y sadomasoquismo y, una vez que se desarrolla una atracción por formas creativas de violencia y degradación, puede que no se limite al mundo de la fantasía en solitario.

Un maltratador doméstico condenado que fue entrevistado por el doctor Scott Hampton tira de la manta cuando confiesa que «nunca se me había ocurrido [el estrangulamiento] hasta que lo vi en una película porno» y la enorme descompensación de edad en los datos de investigaciones sobre estrangulamiento sexual apoya esta declaración. ¿Es de verdad plausible que todos estos jóvenes decidieran de manera espontánea que el estrangulamiento era, como lo describe Gigi Engle, «un acto sexual muy divertido»? ¿O podría ser que el hecho de que esta generación sea la primera que se ha criado con pornografía en internet tenga también algo que ver?

Esto resulta complicado de demostrar con seguridad.

No existen pruebas doble ciego aleatorias que demuestren la relación entre el consumo de pornografía y el comportamiento sexual, y nunca las habrá, según declara Clare McGlynn, profesora de Derecho de la Universidad de Durham. Pero McGlynn establece una comparación con la publicidad: «No es que yo vea un anuncio y, a continuación, salga a comprar un detergente en particular. Pero hasta cierto punto, está ejerciendo una influencia sobre mí y las empresas dedican muchísimo dinero a la publicidad».[233] Esta comparación es buena, pero también nos devuelve al inquietante problema que planteé en el capítulo anterior, porque las empresas que venden detergente están respondiendo a una demanda y siento decir que las productoras de pornografía también. El estrangulamiento es una moda que se ha extendido con el porno, pero es una elaboración sobre una temática que la industria pornográfica no ha creado. Esa temática se centra en hombres que se excitan con la dominación y con mujeres inseguras que la buscan. Es la misma temática que vemos en *Cincuenta sombras* y, a veces, en las novelas románticas de la editorial Mills & Boon. No es nada nuevo pero se ha exagerado espantosamente en el mundo moderno.

Y la apelación del feminismo liberal al consentimiento no resulta suficientemente buena. No representa los modos en los que la sexualidad de jóvenes impresionables puede verse deformada por el porno o por otras formas de influencia cultural. No puede explicar de forma convincente por qué una mujer que se hace daño a sí misma debería considerarse mentalmente enferma, pero una mujer que pide a su pareja que le haga daño está aparentemente ejerciendo su voluntad sexual. Por encima de todo, la fe del feminismo liberal en el consentimiento se basa en una premisa esencialmente falsa: que lo que somos en la cama es distinto a lo que somos fuera de ella.

En un artículo reciente, la columnista del *Sunday Times* Dolly Alderton repetía esta estúpida idea en su respuesta a una carta enviada por una mujer de veintinueve años preocupada porque se veía continuamente «atraída hacia» hombres misóginos:

> Yo creo que todo el mundo debería tener la libertad de separar su sexualidad de su política, siempre que cada una de las partes haya dado su consentimiento y se lo esté pasando bien. Lo importante es que no confundas tu anhelo de cosificación o dominación sexual con la necesidad de tener un novio misógino o dominante… Dicho en pocas palabras: necesitas un novio bueno, tranquilo y respetuoso en la calle y un sucio pervertido entre las sábanas. Existen. Espero que encuentres a alguno y te diviertas.[234]

La recomendación de Alderton era que la persona a la que contestaba buscara sexo sin compromiso en las aplicaciones de citas con hombres que estuviesen dispuestos a actuar como misóginos dominantes en la cama pero que también fuesen «simpáticos». Es difícil imaginar un consejo peor. Las feministas liberales como Alderton no solo están diciendo a las jóvenes que se vean con desconocidos de internet para tener sexo, sino que también les dicen que los preseleccionen basándose en el deseo de violencia que muestren.

Cualquier hombre que pueda mantener una erección mientras da una paliza a su pareja es un hombre del que hay que huir, pero los interesados en el masoquismo no quieren oír ese tipo de penosas verdades y los interesados en el sadismo no quieren verse obligados a reprimir sus deseos. Así pues, la opción más aceptable para el feminismo liberal es establecer una línea clara entre la sexualidad de una persona y su política y, después, apelar con desesperación al «consentimiento» en un intento de controlar la sexualidad masculina. El problema es que aunque hay mujeres masoquistas que quieran jugar a que las violan, no quieren ser violadas de

verdad. Y, sin embargo, buscar a un hombre que se excita con la violencia puede tener como resultado exactamente eso.

Cuando el músico Andy Anokye (también conocido como Solo 45) fue acusado de atacar a varias mujeres (estrangulándolas, ahogándolas con agua y sosteniendo una pistola sobre la cabeza de una mujer y un trapo empapado en lejía ante la cara de otra) ofreció una explicación sencilla de su comportamiento: le excitaba. Este marqués de Sade del siglo XXI dijo ante la Audiencia Provincial de Bristol en 2020 que se excitaba con la dacrifilia, un fetichismo por los llantos aterrados, que motivaba su búsqueda de víctimas a las que aterrorizar sexualmente. Una víctima contó ante el tribunal que el maltrato de Anokye había sido tan grave que hubo un momento en que había «deseado morir».[235]

El equipo de la defensa de Anokye aseguró que las cinco mujeres que habían prestado declaración en contra de él habían dado su consentimiento a los actos de violencia que les infligió, pero, por suerte, el jurado no quedó convencido con ese relato. En marzo de 2020, fue condenado de forma unánime de veintiuna violaciones, cinco delitos de falsa reclusión, dos delitos de abuso con penetración y dos de malos tratos que provocaron daños físicos reales. Pasará, al menos, veinticuatro años en prisión.[236]

Durante su investigación, la policía usó videos del teléfono de Anokye para localizar a otras mujeres que habían sido sometidas a su violencia. Varias de estas mujeres aportaron pruebas al juicio, pero una de ellas, no. La policía describió los vídeos en los que aparecía esta mujer como «violentos» y «crueles», pero ella negó esa apreciación y declaró en el juicio, como testigo de la defensa, que «no fue una violación. Yo consentí ese comportamiento y ese acto».[237]

Finjamos por un momento que cada una de las víctimas de Anokye ha reaccionado a su violencia igual

que lo hizo esta mujer. Sufrió exactamente el mismo tipo de maltrato que las demás mujeres pero, por alguna razón, ella no puso ninguna objeción. Las feministas liberales querrían que creyéramos que si, por un casual, todas sus víctimas se hubiesen sentido así, Anokye no habría hecho nada malo. Sus actos dejarían de resultar ofensivos, misóginos o delictivos. Incluso podrían considerarse revolucionarios, como los de Sade. «Haz lo que desees», decía la pancarta en la protesta estudiantil de 1968 que el biógrafo de Sade, Gonzague Saint Bris, tanto admiró. Un consejo que Anoyke siguió al pie de la letra.

Esto no puede sostenerse. Anokye es un malvado o no lo es. Su maldad no puede depender de si tuvo suerte en la elección de su víctima y si por casualidad eligió a una mujer que no se quejaría cuando la estrangulara, la ahogara con agua o con lejía. El análisis liberal feminista de la violencia sexual no solo es erróneo, sino peligroso. Le dice a la gente, en su mayoría hombres, que si descubren en sí mismos un deseo de hacer daño a otras personas, no deberían reprimirlo sino, por el contrario, fomentarlo, metiéndose en un ciclo de refuerzo positivo en el que la excitación como reacción a la violencia se ve recompensada con el orgasmo.

Y le dice a la gente, con impulsos masoquistas (en su mayoría mujeres) que esos deseos también se deben fomentar. Que en lugar de salir huyendo aterrorizadas de hombres atraídos por la violencia, igual que Rose Keller huyó de Sade por las calles de París, las mujeres deberían quedarse y alimentar esa atracción, darle al sádico exactamente lo que quiere, hasta que un día sus deseos ya no queden limitados a la cama y deje de detenerse al oír un «no».

7

LAS PERSONAS NO SON PRODUCTOS

Donde quiera que haya un ejército habrá un prostíbulo y, a menudo, con autorización explícita, mayor o menor, por parte de las autoridades militares. Para los oficiales del ejército británico de la década de 1880, por ejemplo, el vínculo necesario entre prostitución y proyecto colonial era sencillamente el sentido común. La enorme cantidad de hombres británicos destinados en la India necesitaba un suministro de prostitutas y las autoridades no querían verse con un problema de enfermedades venéreas. Así que crearon un sistema de aprovisionamiento. Una circular emitida por el intendente general fechada en 1886 decretaba que «es necesario contar con un número suficiente de mujeres [y] cuidando que sean lo suficientemente atractivas».[238]

Para conseguir a estas mujeres, descritas en esta misma circular como «útiles disposiciones», los oficiales británicos se presentaban en los pueblos indios y blandían una orden gubernamental para que les dieran prostitutas. «Esa pobre gente tiene miedo a negarse o resistirse; les entregan a sus hijas»,[239] denunciaba un médico del ejército. Estas jóvenes, muchas de ellas sin llegar a la edad de libre consentimiento en la Gran Bretaña de la época, eran compradas por tres rupias cada una y, después, recluidas en los burdeles del ejército.

Las encargadas del prostíbulo les quitaban la ropa y les dejaban tan solo una bata traslúcida que resultaba notablemente escasa si alguna vez se aventuraban a salir a la calle, complicándoles la huida. A las jóvenes se las controlaba, además, mediante la coerción económica, pues se les obligaba a pagar una cuota diaria por su alojamiento y esta cuota era deliberadamente más alta que los diminutos honorarios que les pagaban sus

clientes, lo que implicaba que cada prostituta iba acumulando deuda cuanto más tiempo «trabajaba», atándola al prostíbulo para siempre.[240]

Conocemos estos datos sobre la vida desgraciada de estas mujeres de tanto tiempo atrás gracias a los esfuerzos de Josephine Butler, una activista inglesa a la que ahora podríamos calificar como «feminista», aunque esa palabra no existía en aquella época. Butler no aceptaba la necesidad masculina de «útiles disposiciones». En su opinión, estas prostitutas indias eran «las mujeres de una raza conquistada oprimidas por sus conquistadores»[241] y se dedicó con otras activistas a acabar con la práctica de la esclavitud sexual institucionalizada del ejército británico.

Butler no es recordada con cariño por las feministas liberales del siglo XXI. Alison Phipps, profesora de estudios de género de la Universidad de Sussex, describe el movimiento de Butler en un párrafo lleno de comillas desdeñosas:

> Las feministas reaccionarias de la actualidad son descendientes de las «brigadas antivicio», de las moralistas cristianas y de las opositoras del mestizaje del siglo XIX, de las mujeres burguesas que se alistaron en el fordismo para «mejorar» a la clase trabajadora y de las que dirigían los reformatorios para chicas negras «extraviadas» y que las maltrataban «por su propio bien». Y este linaje no es solamente ideológico. Las Lavanderías de la Magdalena de Irlanda, construidas en el siglo XVIII para alojar a «mujeres deshonradas», se han convertido más recientemente en Ruhama, una organización solidaria para mujeres prostitutas. Las campañas en contra de la trata de personas fueron anticipadas por el pánico al «esclavismo blanco» relacionado con la abstinencia del siglo XIX.[242]

A lo de «extraviadas», «mejorar», «brigadas antivicio», «mujeres deshonradas» y «esclavismo blanco» se podrían añadir también términos como «rescatar»,

«virtuosas» y «vida de pecado», vocabulario usado por las activistas del siglo XIX y ahora rechazado por una generación de feministas que ven la prostitución de una forma muy distinta y que no solo se sienten horrorizadas por los abusos cometidos por algunos victorianos sino también por su forma de ver el mundo.

En particular, el tinte religioso de la moralización victoriana es anatema de un movimiento feminista contemporáneo decididamente seglar. Josephine Butler era cristiana y su fe era la principal fuerza impulsora de su obra. Y aunque fue tanto una abolicionista de la esclavitud como una de las primeras defensoras del sufragio femenino, dos temas que la colocan en «el lado correcto de la historia» desde la perspectiva actual, también se la condena por otros aspectos. Por ejemplo, una historiadora describe la campaña de Butler contra los burdeles del ejército como dependiente de una «imagen de mujer india indefensa» y describe a Butler como una colaboracionista «de la obra ideológica del imperio».[243] Nadie pensaría al leer la crítica moderna que se le ha hecho, que el objetivo de Butler era acabar con las violaciones de las jóvenes indias por parte de los hombres británicos.

Yo me niego a condenar a Butler o usar comillas desdeñosas sobre la terminología que ella y sus compañeras utilizaron para describir su labor. Sí, se sirvió de la Biblia en sus intentos por ayudar a las mujeres a salir de la prostitución, con citas de los evangelios mientras ella estaba sentada en el suelo y recogía estopa con personas confinadas en asilos ingleses. Y no, no consiguió derribar al Imperio británico ni tan siquiera alejarse del paradigma imperialista. Pero sí acogió en su casa a mujeres y jóvenes desamparadas y las cuidó hasta su muerte por enfermedades venéreas contraídas por la prostitución. ¿Cuántas feministas del siglo XXI pueden presumir de actos similares?

Si queremos entender el funcionamiento del gremio

del sexo en su contexto histórico, deberíamos acudir a Josephine Butler antes de atender a sus críticas actuales, pues sucumbir al esnobismo cronológico en este caso es cometer un grave error. La prostitución nunca ha sido una cuestión de decisión personal ni de empoderamiento femenino. Por el contrario, el rol de «comprador» contra el de «vendedor» siempre ha estado determinado no solo por el sexo sino también por la raza, la nacionalidad y, sobre todo, por la clase.

Una vieja solución

Anteriormente, he expuesto las diferencias entre la sexualidad de la mujer y el hombre medios y he argumentado que esta diferencia es consecuencia de la evolución más que simplemente de la cultura. Una de las diferencias más importantes entre los sexos es que los hombres tienen un grado más alto de lo que los psicólogos llaman «sociosexualidad», el deseo de variedad sexual. Esto quiere decir que, de media, los hombres son mucho más propensos que la mujeres a desear sexo sin compromiso.

Esta brecha de la sexualidad da lugar a una discrepancia entre el deseo masculino y el femenino a nivel poblacional. Existen muchos más hombres heterosexuales que mujeres heterosexuales que buscan sexo sin compromiso, lo que quiere decir que muchos de estos hombres se sienten frustrados ante la falta de parejas dispuestas a tener relaciones sin compromiso. Como ya hemos visto, en la era de la posrevolución sexual, la solución para esta discrepancia ha sido con frecuencia animar a las mujeres (preferiblemente jóvenes y atractivas) a superar su reticencia y tener sexo «como un hombre», imitando masivamente la sexualidad masculina. La tesis de este libro es que esta solución se ha presentado erróneamente como una forma de liberación sexual para las mujeres cuando, en realidad, no es así, pues se pone al servicio de los intereses de los

hombres, no de las mujeres. Pero uno de los puntos en los que he hecho hincapié es que, aunque nuestra actual cultura sexual tiene importantes problemas, eso no significa que las culturas sexuales del pasado fueran idílicas. Todas las sociedades deben buscar alguna especie de solución a la brecha de la sexualidad y esas soluciones pueden ser contrarias a la mujer en muchos aspectos.

Nuestra solución moderna es animar a todas las mujeres, de todas las clases, a satisfacer la demanda masculina de sexo sin compromiso. Por el contrario, la solución adoptada por la mayoría de las sociedades durante el periodo anterior a la invención de métodos anticonceptivos fiables era que la mayoría de las mujeres tuvieran sexo solamente en el seno del matrimonio (ya fuera monógamo o polígamo) mientras a una minoría de mujeres pobres se les encargaba la tarea de absorber todo aquel excedente de deseo sexual masculino. Aparte de un puñado de cortesanas de clase alta y prostitutas de lujo que logren conquistar cierto estatus social, viniendo normalmente de un pasado pobre, la clase prostituida ha estado tradicionalmente compuesta de mujeres que no tenían otras opciones: las desahuciadas, las abandonadas por sus parejas, las adictas a las drogas o el alcohol y las que habían sido capturadas durante la guerra o engañadas por los tratantes de blancas. La prostitución constituye una vieja solución a la brecha de la sexualidad y no es agradable.

Resulta muy difícil explicar el infortunio de la clase prostituida si nos creemos las opiniones feministas liberales modernas sobre la industria del sexo. ¿Por qué se iban a mostrar tan profundamente reacias las mujeres a vender sexo si no fuera realmente distinto de cualquier otro producto o servicio? ¿Y por qué iban a querer las familias indias «negarse o resistirse» cuando los oficiales del ejército británico iban a por sus hijas?

Las feministas liberales tratan de explicar este

fenómeno como resultado del estigma. Aseguran que la prostitución está estigmatizada, cosa que es verdad, y señalan que esa estigmatización hace que la vida de las prostitutas sea difícil y peligrosa, lo cual también es cierto, pero no explican por qué aparece el estigma. Lo único que sugieren, como hace la historiadora prosexo Kate Lister, es que «las culturas que reprimían la sexualidad» son las culpables porque «a medida que las actitudes patriarcales y puritanas hacia el sexo se desarrollaban en Occidente, la sexualidad de las mujeres era objeto de una especial censura».[244]

Algunas feministas liberales van aún más lejos. En un artículo académico de 2014 titulado «¡El trabajo sexual desnuda el patriarcado de todas sus trampas!» asegura que: «Precisamente porque el trabajo sexual desafía constantemente al patriarcado, a los estereotipos y a la visión normativa de la sexualidad femenina, evoca una sensación de incomodidad e inquietud entre los que pretenden sostener la antorcha del patriarcado».[245] Pero el «patriarcado» (si con esto nos referimos al sistema social que da prioridad a los intereses de los hombres por encima de los de las mujeres) no exige necesariamente la censura de la sexualidad femenina o, al menos, no de manera sistemática. Es posible que los hombres no quieran que sus mujeres o hijas tengan sexo ilícito pero, a menudo, se muestran muy conformes con que las mujeres o hijas de otros hombres sí lo hagan. Lo cual quiere decir que reservar una clase prostituida para satisfacer el placer de los hombres viene muy bien a los intereses masculinos. Entonces, ¿por qué la ideología «patriarcal y puritana» iba a explicar la intensa reticencia intercultural que casi siempre muestran las mujeres cuando se enfrentan a la perspectiva de pasar a forma parte de esta clase?

Existe una explicación mucho más convincente para la aversión tan profundamente visceral que, por lo general, sienten las mujeres con relación a la

prostitución. Como he explicado en el capítulo dos, nuestra historia evolutiva ha llevado a hombres y mujeres a buscar estrategias reproductivas diferentes como consecuencia de sus diferentes roles reproductivos. Tal y como señala el biólogo evolutivo David Buss:

> Desde el momento de la concepción, cuando el esperma diminuto llega al óvulo rico en nutrientes, las mujeres ya están contribuyendo mucho más que el hombre. La asimetría en esa inversión no termina ahí. Es la mujer la que incuba el óvulo fertilizado dentro de su cuerpo. Es la mujer la que transfiere calorías de su cuerpo a través de la placenta al embrión que se está desarrollando… Es la mujer la que soporta la carga de nueve meses de embarazo, una inversión tremendamente larga en comparación con la de la mayoría de los mamíferos.[246]

En vista de todo esto, ¿sorprende que las mujeres sean exigentes a la hora de elegir con quién tienen sexo? En un mundo sin métodos anticonceptivos fiables, la decisión de tener sexo tiene muchas más consecuencias para una mujer que para un hombre, pues la posibilidad de un embarazo no deseado le plantea opciones muy duras: criar a un niño sin la ayuda de una pareja, intentar abortar o cometer infanticidio. En la historia de nuestra especie, las mujeres no han tenido nunca la opción de salir corriendo.

La píldora existe desde hace setenta años, mientras que el *Homo sapiens* tiene aproximadamente doscientos mil años de existencia. Nos hemos desarrollado en un entorno en el que el sexo llevaba al embarazo y estas adaptaciones psicológicas siguen presentes en nosotros. Por supuesto, la naturaleza puede vencerse hasta cierto punto (todos tenemos una vida moderna que es muy distinta de la de nuestros antepasados) pero resulta muy difícil borrar de la mente humana adaptaciones profundamente enraizadas.

Emocionalmente, si no en el aspecto legal, es difícil distinguir la prostitución de la violación. La activista

feminista Rachel Moran, que estuvo en el mundo de la prostitución desde los quince hasta los veintidós años, describe su propia reacción emocional de una forma idéntica a la experimentada durante un abuso sexual:

> Sentí las mismas náuseas desagradables y el pánico cada vez mayor que es propio del abuso sexual convencional en cada experiencia que tuve como prostituta, y lo sentí con independencia de si un hombre respetaba o no los límites sexuales acordados… Cuando entendemos que el sexo retribuido en la prostitución comparte muchas de sus características con el sexo obligado en la violación, cobra sentido que muchas mujeres prostituidas establezcan claros paralelismos entre ambas experiencias.[247]

La cuestión principal del sexo pagado es que se debe pagar. No es deseado por ambas partes: una parte está ahí contra su voluntad, a cambio de dinero o, a veces, de otras cosas como drogas, comida o alojamiento. La persona a la que se paga debe hacer caso omiso de su falta de deseo sexual o incluso de su profunda repulsión. Debe reprimir sus instintos de autoprotección y ponerse al servicio del placer sexual de otra persona. Esta es la razón por la que, en general, la industria del sexo atrae solamente a las mujeres más pobres y a las más desesperadas. Son las personas que no cuentan con medios para evitarlo.

La prostitución niega a las mujeres aquello para lo que han evolucionado: la oportunidad de elegir a sus parejas. Pero las prostitutas se ven obligadas a tener sexo no deseado con hombres que no les parecen atractivos en absoluto. Y, en la época anterior a los métodos anticonceptivos fiables, el resultado era con frecuencia un embarazo no deseado, como puede verse en evidencias arqueológicas como la encontrada en un yacimiento de Buckinghamshire, Inglaterra, donde se excavaron noventa y siete esqueletos de niños enterrados bajo un burdel romano.[248] Incluso en el mundo moderno,

en países de rentas bajas y medias donde el acceso a los métodos anticonceptivos es difícil y pueden no ser de fiar, las prostitutas tienen una posibilidad entre cuatro de quedarse embarazadas de un cliente en un año.[249] El sexo puede ser una diversión sin importancia para los clientes, pero ni es divertido ni carece de importancia para las mujeres, ni tampoco para los hijos que tienen.

20 dólares y 200 dólares

Existe una cosa extraña que aparece en el discurso político sobre la industria del sexo. Por lo general, las personas que se identifican con la izquierda liberal se preocupan por defender los intereses de las personas más marginadas económicamente, los pobres por encima de los ricos, el trabajador antes que el jefe, y así, sucesivamente. Pero en lo que respecta a la prostitución, esa postura se invierte disimuladamente. En lugar de hablar de las mujeres que están en lo más bajo del sector, las muy pobres, drogadictas o víctimas de la trata de blancas, es más común ver a las feministas liberales fijar la atención en las que ocupan la élite de la industria. Son las que más ganan, en lugar de las que menos, quienes encuentran más aliadas en la izquierda.

No discuto que existen algunas que se autodenominan trabajadoras del sexo que no se encuentran en situación de pobreza y que, además, no solo apoyan la descriminalización de la prostitución basándose en fundamentos empíricos sino que también insisten en que el trabajo del sexo es como cualquier otro tipo de trabajo. Estas mujeres tienen especial preminencia en los medios de comunicación y en plataformas como Twitter. En comparación con otras mujeres de la prostitución, hay una desproporcionada probabilidad de que se trate de mujeres blancas, occidentales y con formación universitaria. Además, por definición, las que hablan libre y públicamente sobre sus experiencias en la industria no están siendo presionadas

por proxenetas, dominan el idioma con fluidez y tienen acceso a internet. Representan solamente al extremo más afortunado del espectro del trabajo del sexo.

Por el contrario, las mujeres que defienden el conocido como modelo nórdico, que criminaliza a los clientes y proxenetas pero descriminaliza a las vendedoras, suelen tener biografías distintas. Es mucho más probable que hayan salido de la industria del sexo antes de empezar su labor activista y haber ejercido la prostitución en prostíbulos o en la calle en lugar de haber sido chicas de compañía o haberse dedicado al sexo por internet. También es mucho más probable que hayan nacido en entornos pobres.

Esta observación resulta molesta para muchas de las que abogan por la descriminalización. Juno Mac y Molly Smith, autoras de *Revolting prostitutes: The fight for sex workers' rights,* describen cómo sus opiniones sobre las trabajadoras del sexo son desacreditadas instantáneamente debido a la clase de la que proceden: «Muchas trabajadoras del sexo activistas ven que sus testimonios son menospreciados en espacios feministas debido a que, por el hecho de ser activistas, no son representativas; que hablan desde una perspectiva excepcional, privilegiada y anómala».[250]

Tanto Mac como Smith tienen doctorados pero, aun sin conocer este dato de sus biografías, sus acentos de clase media las delatan. Como el mío, claro. Como columnista y escritora, hablo desde una plataforma a la que la gran mayoría de las personas simplemente no tiene acceso. Por definición, este es un debate público al que solo pueden contribuir las que gozan de una situación relativamente privilegiada.

Pero es importante prestar atención a la clase de la que proceden las trabajadoras del sexo activistas, no como un elemento que les impida entrar en el debate, sino porque los intereses económicos de cada una tienen un importante efecto en las preferencias personales.

Cuando empiezas a prestar atención, te das cuenta de cuántas de estas activistas han tenido una experiencia inusual en la industria del sexo. Julie Bindel, la periodista de investigación y activista contra la violencia sexual, escribe sobre algunas de las voces más preminentes en los debates sobre la industria del sexo en los medios de comunicación:

> Muchas de esas lobistas importantes que abogan por la prostitución y hablan como «trabajadoras del sexo» son lo que yo llamo «turistas». Melissa Gira-Grant, por ejemplo, que tiene estudios superiores y se gana la vida como periodista; Brooke Magnanti, que tiene un doctorado, ha escrito varios libros y trabaja como científica; y Douglas Fox, cuya pareja es propietaria de la mayor agencia de servicios de compañía de Gran Bretaña, no son representantes de la industria del sexo.[251]

Este engaño se consigue en parte gracias a que el término «trabajadora del sexo» tiene un significado muy amplio. A veces, puede referirse, como en el caso de Magnanti, a lo que en ocasiones se conoce como trabajo sexual de «contacto pleno». Otras, como Gira-Grant, puede que solo hayan practicado sexo a través de cámaras de vídeo. Más flagrante es el caso de un hombre como Douglas Fox, que también es capaz de describirse como «trabajador del sexo independiente» y puede incluso ocupar un puesto de importancia en el Sindicato Internacional de Trabajadoras del Sexo, a pesar del hecho de que, en realidad, es un proxeneta.[252]

Dentro del mundo académico, es especialmente común ver a investigadoras que se describen como «trabajadoras del sexo» a la vez que se muestran deliberadamente vagas en cuanto a la naturaleza exacta de su implicación en la industria. Cuando las expresiones «escuchad a las trabajadoras del sexo» y «hablando como trabajadora del sexo» conllevan un carácter de tanta importancia, no sorprende ver que esas declaraciones las

lanzan personas que serían más bien consideradas (por utilizar el término de Bindel) como «turistas».

Este es un problema que viene de lejos en el movimiento de los derechos de las trabajadoras del sexo. Una de las primeras y más influyentes organizaciones que defendían la completa descriminalización de la prostitución fue COYOTE (siglas de Call Off Your Old Tired Ethics, y que en español significa 'Acaba con toda tu vieja y desgastada ética'), fundada en San Francisco en 1973 y que a menudo se describía en los medios de comunicación como el «primer sindicato de las prostitutas».[253] Pero cuando la socióloga Elizabeth Bernstein realizó un trabajo de campo durante dieciocho meses entre prostitutas de San Francisco, vio que las integrantes de COYOTE eran muy poco representativas:

> La gran mayoría de las integrantes de COYOTE son mujeres blancas, de clase media y con formación, tal y como aseguran sus oponentes políticos. Son predominantemente prostitutas de lujo, chicas de compañía, *strippers* y masajistas; algunas son especialistas en fetichismo como dominatrices o «cambiantes» (que alternan entre la dominación y la sumisión). Muchas trabajan desde casas con muebles caros o «espacios de trabajo» alquilados poniendo anuncios en periódicos y ganando dinero suficiente no solo para cubrir gastos, sino también para ayudar a financiar unas carreras artísticas e intelectuales alternativas… Los honorarios medios por hora son de doscientos dólares, «trabajen para ellas o no».

Bernstein describió las reuniones mensuales de COYOTE en las que:

> Las nuevas integrantes suelen presentarse contando sus historias («Me gradué en Smith College con una licenciatura en Filosofía y, después, me mudé aquí y me convertí en trabajadora del sexo») y son recibidas con un cordial aplauso. Ser una trabajadora del sexo consiste en encontrar placer en el sexo, dar rienda suelta a energías reprimidas o explorar los límites del erotismo

considerados peligrosos por la sociedad.

Esto supone un contraste con las prostitutas que Berstein describía como «el otro extremo del espectro»: mujeres sin hogar, adictas al *crack* o la heroína, que venderían sexo por veinte dólares para gastárselos inmediatamente después en drogas. La mayoría de estas mujeres sufrían un férreo control de sus proxenetas y estaban visiblemente enfermas o angustiadas.[254]

Elizabeth Berstein está muy lejos de ser una abolicionista de la industria del sexo y me imagino que se mostraría en rotundo desacuerdo con mucho de lo que yo tengo que decir en este libro.[255] Aun así, llama la atención sobre un problema en el discurso de la industria del sexo que generalmente pasa desapercibido. La directriz de «escucha a las trabajadoras del sexo» se suele utilizar por el *lobby* de la descriminalización, pero ¿a cuáles?

Creencias de lujo

El psicólogo Rob Henderson ha acuñado el término «creencias de lujo» para describir el tipo de ideas y opiniones que confiere estatus a los ricos con un coste muy pequeño mientras pasa factura a los pobres.[256] Según él, son una forma de producto Veblen, llamado así por el sociólogo Thorstein Veblen, es decir, productos que no obedecen a las normas habituales de oferta y demanda, pero que son deseados por los consumidores porque son caros y no a pesar de serlo. Como los bienes de consumo de lujo se han vuelto más fáciles de fabricar y, por tanto, más asequibles, los ricos han tenido que ir en busca de nuevos productos Veblen. Por tanto, según Henderson:

> El pudiente ha separado el estatus social de los productos de consumo para ajustarlo a las creencias… La lógica es parecida al consumo ostentoso: si eres un estudiante que cuenta con un buen subsidio de parte de tus padres y yo no, puedes permitirte gastar novecientos

dólares y yo no, por lo que llevar una chaqueta Canada Goose es una buena forma de evidenciar tu situación económica y tu estatus superior. Proponer políticas que te van a costar como miembro de la clase superior menos de lo que me costarían a mí tiene la misma utilidad.

En los círculos elitistas de los medios de comunicación, que las ONG y las mejores universidades repitan una frase como la de «el trabajo del sexo es trabajo» confiere un estatus al que lo dice. Indica una admirable apertura de mente, una actitud rebelde hacia las normas sexuales burguesas y una relación empática con la figura imaginada de «la trabajadora sexual»: es decir, una empresaria independiente a la que no le importa el sexo en sí, pero sí la intrusión del Estado en un negocio. Los defensores de esta creencia de lujo pueden compartir etiquetas en Twitter como #apoyoatrabajadorasdelsexo y #descriminalizacionya, y le dirán a cualquiera que no esté de acuerdo con ellos que «escuchen a las trabajadoras del sexo», pero, por lo general, jamás han conocido a ninguna ni hablado con nadie que haya pasado por la prostitución de los veinte dólares o puede que ni siquiera por la de doscientos. Pero como el término «trabajadora del sexo» aúna a las dos categorías, las distinciones de clase pueden quedar fácilmente ocultas.

Pero eso no quiere decir que desaparezcan las distinciones de clase. Es posible que el apoyo a la descriminalización y normalización de la prostitución no parezca una creencia de lujo evidente, pues sus defensores usan normalmente el vocabulario de la opresión y la marginalización. Pero, en realidad, sí que es una creencia de lujo, pues los costes no recaen sobre las clases más altas que elevan su estatus expresando el apoyo por tal política, sino sobre las personas de clase más baja, mayoritariamente mujeres, que con toda probabilidad terminarán entrando en la industria del sexo.

La descriminalización o legalización de la industria del sexo aumenta la demanda de sexo comercial. En países que han adoptado estos modelos legales, la proporción de la población masculina que ha comprado sexo alguna vez es mayor y la industria del turismo sexual es más grande. Dado que el número de mujeres que están dispuestas a entrar en el comercio sexual es muy pequeño, cuando crece la demanda, se deben buscar mujeres que no quieran hacerlo para así poder satisfacerla.

En la industria del sexo global, son los países pobres los que proporcionan el «producto» y los ricos los que presentan la demanda. Los prostíbulos del Reino Unido, Países Bajos y Alemania están llenos de mujeres procedentes de las zonas pobres de la Unión Europea, en particular, de Rumanía, así como de África Occidental y el Sudeste Asiático,[257] algunas de las cuales han sido víctimas obligadas de la trata de blancas, mientras que el resto están ahí como consecuencia de distintos grados de pobreza. Mientras tanto, los prostíbulos de Bangkok que abastecen a los turistas están llenos de compradores de sexo procedentes de Europa, Australia y Norteamérica. Estos compradores tienden a tener la piel más clara que la de las vendedoras, porque el sexo se vende solo en una dirección, basada en la desigualdad económica.

Si paseas por Patpong, uno de los barrios rojos más populares de Bangkok, verás muchos hombres blancos. Lo mismo ocurría durante la guerra de Vietnam, cuando Bangkok era uno de los destinos preferidos por los soldados americanos en su semana de R&R: oficialmente, «Rest & Recuperation» (‘Descanso y recuperación’), extraoficialmente, «Rape & Run» (‘Viola y huye’).[258] La historiadora Meredith Lair describe la aprobación estadounidense implícita de la prostitución durante la guerra:

> En los eufemísticos centros de masaje y de baños de vapor de todo el sur de Vietnam, los soldados podían

> disfrutar de felaciones y encuentros sexuales por apenas dos dólares. Las autoridades militares despachaban los burdeles de las bases americanas con un gesto de asentimiento y un guiño, proporcionando atención médica a las prostitutas y a los clientes por igual, lo cual era un fuerte indicativo para los soldados estadounidenses de que su explotación de las mujeres vietnamitas no solo estaba excusada, sino apoyada como un incentivo por un año de servicio.[259]

Los destinos de turismo sexual siguen agrupándose alrededor de bases militares estadounidenses. En Corea, miles de mujeres, entre las que se incluyen cinco mil filipinas y aún más rusas, están ubicadas alrededor de las bases y existen presiones para «importar» mujeres cada vez más jóvenes de procedencias más «exóticas» para satisfacer la demanda de variedad.[260] Los oficiales del ejército británico en la década de 1880 que proporcionaban jóvenes indias a sus soldados se avenían a una norma histórica.

Muchos compradores de sexo son profundamente racistas y no se esfuerzan por ocultarlo, hablando abiertamente y con crudeza de su desprecio por las mujeres a las que compran sexo. Tanto en reseñas como en entrevistas en internet con investigadores, la raza ocupa un lugar preminente en las valoraciones del «producto» por parte de los compradores, y no es raro encontrarse con vocabulario racista: LBFM, siglas de «*Little brown fucking machines*» ('Maquinitas de sexo de piel oscura'), se usa para referirse a mujeres del Sudeste Asiático. «Me hice una lista de memoria», declara un comprador de sexo londinense. «Me dije que iba a estar con distintas razas, como japonesas, indias, chinas… Una vez que he estado con ellas las voy tachando de la lista. Es como una lista de la compra».[261]

Algunos defensores de la descriminalización o legalización se muestran optimistas con esta dinámica racializada y señalan que existen muchas otras industrias

en las que predominan trabajadores migrantes. Y aunque reconocen que la venta de sexo es arriesgada, con un índice de homicidios muchas veces mayor en las mujeres prostituidas que en las no prostituidas,[262] así como un índice increíblemente alto de mortalidad debido a las drogas y el alcohol relacionados con las muertes,[263] aseguran que no es la única profesión arriesgada. Brook Magnanti, una antigua chica de compañía que escribe con el seudónimo de Belle de Jour, compara una carrera de venta de sexo con la de un pescador de alta mar, opciones peligrosas las dos, sí, pero ambas formas de trabajo legítimas.[264]

Cuando se lleva esta idea a su conclusión lógica, terminamos ante un estéril lenguaje de negocios introducido en el prostíbulo o en el callejón. En los escritos académicos que tratan de imponer este marco, los proxenetas y las regentes de prostíbulos se dedican a la «gestión del trabajo sexual»,[265] la violación se convierte en un «incumplimiento del contrato»[266] y la violencia, los embarazos y las enfermedades se convierten en «riesgos sanitarios laborales».[267] El horror de lo que en realidad está ocurriendo se oculta de manera deliberada porque se supone que no debemos sentir ese horror. La actitud cerebral y liberal es la de resistir esos impulsos emocionales y considerar la prostitución igual que la pesca en alta mar, solo que con una capa añadida de estigma inútil, una reliquia de épocas menos tolerantes.

La redistribución del sexo

A lo largo de este libro, he utilizado la expresión «desencanto sexual» para describir tanto un proceso histórico como una reivindicación política. He tomado prestada esa expresión de Aaron Sibarium, que señala:

> Mientras los regímenes sexuales del pasado limitaban quién podía tener sexo con quién y con qué objetivos, el actual ataca esos límites considerándolos incultos y

autoritarios, prometiendo, como el liberalismo clásico, permitir a los individuos hacer lo que quieran. Un matrimonio, un polvo de una noche, una «trieja», un ligue, un prostíbulo: son todos medios igual de válidos de tener sexo, que no tiene un valor intrínseco más allá de lo que unos adultos consienten en hacer.[268] Si la revolución científica desencantó al mundo, como dijo Weber, la revolución sexual desencantó al sexo mientras lo desregularizaba.[269]

El feminismo liberal incorpora el desencanto sexual como un principio rector, insistiendo en que es bueno que el sexo se vea ahora sin un valor intrínseco en la era de la posrevolución sexual. Pero, en la práctica, las feministas liberales no suelen comportarse como si creyeran en el desencanto sexual. Casi ninguna lo hace.

El desencanto sexual suele resultar atractivo para aquellos que apoyan la legalización o descriminalización de la prostitución. Es normal oír a los defensores de esta perspectiva comparar el trabajo sexual con otras formas de trabajo y desafían a quienes los critican a que enumeren las diferencias. Este movimiento retórico es eficaz solo porque se basa en un esfuerzo colectivo por creer en el desencanto sexual. Si quieres ser un buen liberal, se supone que no debes creer que el sexo tiene algo de especial que lo hace diferente de otros actos.

Pero incluso los mejores liberales siguen sintiendo que el sexo es, en cierto sentido, distinto, incluso cuando se esfuerzan por expresar esa diferencia. A las personas les importa si su pareja tiene sexo con otra y no solo porque al hacerlo está incumpliendo una promesa. Con un rápido vistazo a cualquier foro de poliamor de internet veremos que mucha gente está esforzándose mucho por practicar la «antimonogamia ética» y, sin embargo, se sienten atormentados por los celos sexuales.

Y la gente sabe por intuición que un jefe que te pide que le hagas una mamada a cambio de un ascenso es completamente distinto a un jefe que te pide horas extra

a cambio de un ascenso. A mí me deja perpleja ver que tantas feministas liberales que aseguran con vehemencia que «el trabajo sexual es trabajo» se muestren tan hipersensibles ante cualquier sugerencia de indecencia sexual en sus lugares de trabajo. Estas mujeres reculan cuando les invita a cenar un compañero o cuando les toca un brazo o una pierna de manera fortuita, describiendo tales actos como «abuso sexual». Pero si eso es un abuso sexual, ¿cómo deberíamos llamar a lo que ocurre en un prostíbulo?

Sospecho con escepticismo que la diferente actitud hacia estos dos tipos de lugares de trabajo se reduce a una cuestión de egoísmo. No pretendo decir que las mujeres de clase media y alta no sufran el coste de la revolución sexual, pues por supuesto que sí. La cultura del sexo sin compromiso también tiene un efecto pernicioso en los elitistas campus de la Ivy League y del Russell Group y es probable que los novios de las mujeres económicamente privilegiadas estén igual de confundidos por el porno que cualquier otro hombre.

Pero existen ciertas formas de daño sexual que suponen un riesgo mucho mayor para personas que son a la vez jóvenes, mujeres y pobres. La prostitución es una de ellas. Y es revelador que, aunque es posible que las terribles consecuencias del desencanto sexual afecten a mujeres que, por lo demás, no corren el peligro de terminar en el mundo de la prostitución, la incongruencia queda al descubierto.

Por ejemplo, en los últimos años se ha visto mucha indignación en los medios como respuesta a los casos de arrendadores que ofrecen a posibles inquilinas jóvenes acuerdos de «sexo por alquiler». Publicaciones liberales como la revista *Glamour* describen esos ofrecimientos como «repugnantes» y «aterradores»,[270] mientras que *The Guardian* se lamenta de que «no se está haciendo apenas nada» por perseguir a los propietarios que publican ese tipo de anuncios.[271] El partido laborista ha prometido

actuar sobre este asunto si vuelve al gobierno introduciendo un delito específico relativo a ofrecer «sexo a cambio de alquiler»,[272] y los demócratas liberales apoyan esta propuesta de una nueva ley.[273]

Un portavoz del centro de asistencia de abusos sexuales Rape Crisis England & Wales señala que «consentir tener sexo con alguien bajo la presión o el miedo a quedarse sin casa o a cambio del derecho básico a tener un lugar donde vivir no equivale a dar el consentimiento por propia voluntad… Cualquier actividad sexual sin consentimiento es un delito sexual muy grave».[274] Y, sin embargo, esta es una organización feminista que asegura en su página web que «solo porque estés o hayas estado en la industria del sexo, no quiere decir que hayas sufrido violencia sexual».[275] Dicho de otro modo, vender sexo a cambio de dinero puede hacerse con consentimiento, pero vender sexo a cambio de un alquiler, no. Y mientras los laboristas y demócratas liberales se muestran, al parecer, horrorizados ante el fenómeno del «sexo por alquiler», estos últimos apoyan oficialmente la descriminalización de la venta de sexo por dinero,[276] y el anterior líder de los primeros, Jeremy Corbyn, ha declarado que considera que la descriminalización de la industria del sexo es la opción «más civilizada».[277]

¿Por qué debería descriminalizarse o desestigmatizarse el intercambio de sexo por dinero mientras que el intercambio de sexo por un alojamiento, no? Todos nos mostramos muy dispuestos a reconocer que el alquiler tiene un valor económico en lo que respecta, por ejemplo, a negociar contratos de niñeras. Perdonad mi tono escéptico, pero ¿podría deberse a que estamos en medio de una crisis inmobiliaria que implica que las jóvenes de clase media (hijas de políticos y periodistas) se sientan ahora angustiadas por su capacidad de pagar un alquiler? Con esa angustia más acusada en la cobertura de los medios, que con

frecuencia subraya la especial vulnerabilidad de las estudiantes ante las propuestas de «sexo por alquiler», con «sórdidos ofrecimientos en ciudades universitarias entre las que se encuentran Oxford, Bristol y Brighton», sedes de las universidades más prestigiosas del Reino Unido.[278]

Otro ejemplo de incongruencia feminista liberal es el pánico con respecto a los *incels*: hombres célibes involuntarios que se reúnen en internet para quejarse de su falta de éxito a la hora de atraer a novias. En 2018, el economista libertario Robin Handson escribió una publicación en la que mostraba simpatía por estos hombres:

> Se puede argumentar con éxito que los que tienen mucho menos acceso al sexo sufren casi lo mismo que los que tienen ingresos bajos y esperan que quizá puedan salir beneficiados si se organizan alrededor de esta identidad, constituyendo un *lobby* para la redistribución con respecto a este eje y amenazar, al menos de forma implícita, con mostrar violencia si no se satisfacen sus exigencias… El sexo se podría redistribuir directamente o bien el dinero como compensación.[279]

En los medios de comunicación se desató el caos. En *Slate* se preguntaban si Hanson era «el economista más asqueroso de Estados Unidos»[280] y Moira Donegan mostró su indignación en *Cosmopolitan*:

> Un aspecto central de la ideología *incel* es que el sexo con otra persona, específicamente el sexo de penetración con mujeres, no es un privilegio de los hombres, sino un derecho. Los *incels* hablan de sexo con «Stacys», término que emplean para referirse a las mujeres atractivas, del mismo modo que las personas más sensatas hablan de comida, agua y cobijo: una necesidad básica para sobrevivir… Las mujeres no son intercambiables, no somos mercancías.[281]

Evidentemente, estoy de acuerdo con esto. No creo que a los *incels* se les deba el acceso sexual a nadie, aunque «se redistribuya el dinero como compensación» o

no. Pero hay una diferencia de tono entre expresiones como «no os debemos sexo» y «nuestras vaginas» en comparación con otros artículos progresistas sobre el trabajo sexual, incluidos los escritos por Donegan o los publicados en *Slate* y *Cosmopolitan*. Cuando lo que está en juego es la integridad sexual de las mujeres prostituidas, aparece un pragmatismo implacable, y a las feministas liberales solo les preocupa reducir el perjuicio resultante del estigma. Pero cuando son los cuerpos de las mujeres no prostituidas los que corren el peligro de la «redistribución», de repente, nos olvidamos del desencanto sexual para sustituirlo por pura rabia. ¿Cómo se atreven los *incels* a pensar que las mujeres atractivas les van a dar siquiera la hora?

Es esta la rabia que surge por saber que, en el fondo, el sexo es distinto a otras formas de interacción social, lo cual quiere decir también que vender sexo es intrínsecamente distinto a cualquier otro acto. Vednita Carter, superviviente de la prostitución y activista antisexo contra la trata de blancas lo resume muy brevemente: «La gente me pregunta "¿cuál es el daño inherente de la prostitución?". El daño inherente es el acto sexual en sí».[282]

Síndrome del abrazo de la muerte

El «síndrome del abrazo de la muerte» es un término cuasi médico que se usa para describir la impotencia que puede ser consecuencia de un uso excesivo de pornografía. En parte, se trata de un problema físico provocado por una masturbación agresiva que conduce a una insensibilización, pero, también en parte, es un problema psicológico provocado por una sobrecarga de estímulos sexuales. Los que sufren el síndrome del abrazo de la muerte, casi todos hombres, se vuelven incapaces de tener sexo con una persona real porque sus reacciones se han ido atenuando poco a poco.

En el capítulo cinco señalé el hecho de que el porno

parece tener un efecto paradójico en los usuarios, incentivándoles a tener menos sexo con personas reales mientras que, a la vez, les expone a estímulos sexuales más intensos. Este efecto paradójico no se limita a la intimidad del dormitorio del usuario. Como la vida pública se ha hipersexualizado más que nunca, mi opinión es que hemos entrado en una era de síndrome del abrazo de la muerte. Ahora estamos expuestos de forma habitual a tantos estímulos sexuales a lo largo del día que ya no tiene tanto efecto sobre nosotros.

Cuando Wonderbra lanzó su famosa campaña publicitaria de «*Hello boys*» en la que mostraba a Eva Herzigová admirando su pronunciado escote, los carteles distraían tanto a los motoristas que, según se dice, provocaban accidentes de tráfico. Eso fue en 1994. Por el contrario, recorramos hoy cualquier calle principal británica y calculemos cuántos pechos y traseros envueltos en lencería vemos en un intervalo de diez minutos: en escaparates, laterales de autobuses, portadas de periódicos y revistas.

El centro comercial de mi barrio muestra actualmente una fotografía de dos metros de alto de una modelo en bañador lamiendo la boca abierta de otro modelo. Esto es mucho más obsceno que la foto de «*Hello boys*» de 1994, pero normalmente no me fijaría en ella, pues esas imágenes son ahora tan comunes que suponen poco más que papel de pared. En un mercado libre, sin ningún impedimento moral, la sexualización irá en una única dirección por una sencilla razón: el sexo vende y las empresas lo saben.

De vez en cuando, aparece un nuevo evento cultural que empuja los límites de la corrección con la presteza suficiente como para llamar la atención. Muy recientemente, el vídeo musical de la canción «WAP» (acrónimo de *Wet ass pussy*, 'coño húmedo') de las raperas estadounidenses Cardi B y Megan Thee Stallion, recibió los elogios de locutores liberales que

interpretaron la estética pornográfica y la letra explícita como, según un columnista de *The Guardian*, «una celebración desvergonzada de la sexualidad femenina».[283]

Pero era esta una extraña forma de celebración. Aunque supongamos que el uso repetido de la palabra «puta» en la letra se deba tomar de manera figurada, hay muchas más cosas en la canción que sugieren una actitud transaccional en cuanto al sexo. El objeto masculino de deseo descrito en la letra se analiza según dos baremos: el tamaño de su «rey cobra» y el tamaño de su saldo bancario. «Págame los estudios», suplica Megan a ese hombre imaginario, que debe «hacer que llueva» si quiere los favores sexuales de ella. «Pide un coche» durante el sexo, «escupe en su micrófono» para garantizar un contrato discográfico, «deja que te cuente cómo conseguí este anillo». La generosidad sexual descrita está por completo al servicio no del placer femenino, sino del beneficio material.

«WAP» tiene muy poco que ver con la verdadera sexualidad femenina, pero sí proporciona una visión muy reveladora del peor lado de la sexualidad masculina, específicamente un lado compulsivo y deshumanizador de la sexualidad masculina que explotan sin reparo los que buscan un beneficio. Porque, aunque no hay casi ninguna mujer que crea de verdad en la idea del desencanto sexual, aunque finjan lo contrario, sí existe una minoría de hombres que creen en ello, al menos, hasta cierto punto. Les importa la juventud y las apariencias, pero no les importa sobre quién eyaculan y, desde luego, tampoco si esa persona está disfrutando. Si se les presenta la oportunidad, estos hombres tratarán a sus parejas sexuales como orificios insensibles. Recordemos la circular del intendente general de 1886 citada al principio de este capítulo: «es necesario contar con un número suficiente de mujeres [y] cuidando que sean lo suficientemente atractivas».[284] Esa es la

perspectiva del cliente sobre este asunto.

Es esta una forma de sexualidad masculina que muchas mujeres no entienden, pues es muy distinta de la sexualidad femenina habitual. Pero cualquiera que cuestione su existencia debería echar un vistazo a los comentarios que dejan los hombres en páginas como Punternet, dedicada a reseñas de clientes sobre prostitutas. Un proyecto puesto en marcha por un grupo de feministas canadienses llamado «Los hombres invisibles» (replicado después en otros países) recopila citas de estas páginas para demostrar la poca consideración que los clientes muestran por las personas a las que compran el acceso al sexo.[285] No es una lectura muy agradable.

La pornificación cultural coloca al timón la lógica de estos hombres. Toma abiertamente una visión psicópata de la sexualidad humana y permite que se filtre en la vida pública. Trata a las personas como bienes fungibles, es decir, intercambiables y canjeables: en términos sexuales, simplemente una colección de ciertas partes del cuerpo. Una lengua que podría pertenecer a cualquiera que pueda lamer el interior de una boca que podría pertenecer a cualquiera. Es sexo reducido a su mecánica más básica.

«Gracias a OnlyFans»

Solo una cultura al servicio de la peor sexualidad masculina podría haber erotizado la foto del pene y sus equivalentes femeninas amputadas. No sé qué piensan los hombres que tenemos que hacer con las fotos de sus penes, pero sí sé que ninguna mujer se masturbaría ante una imagen en la que el resto de la persona se ha recortado, dejando solamente una tajada de carne lista para ser dispuesta sobre la mesa del anatomista. La sexualidad femenina típica no está orientada hacia este tipo de imágenes. Pero internet está lleno de ellas.

Muchas jóvenes de las redes sociales han ido poco a

poco pasando de publicar selfis, el centro de muchos debates en los medios apenas una década atrás, a publicar «*belfies*» ('selfis del culo'). En particular, Instagram y TikTok están llenos de pechos y culos de mujeres jóvenes desesperadas por atraer algo de atención masculina. Para algunas de estas mujeres, publicar imágenes sexualizadas de ellas mismas en internet puede colocarlas en el camino hacia la apertura de una cuenta en OnlyFans, una plataforma que permite a sus «creadores de contenido» (mayoritariamente mujeres) ganar dinero proporcionando a los «usuarios» (sobre todo hombres) acceder mediante suscripción al contenido publicado, en su mayor parte pornográfico. Si estás ya acostumbrado a publicar fotografías sensuales tuyas a cambio de «*likes*», publicar esas fotos para obtener dinero de verdad puede no parecer un paso especialmente trascendente.

Y los incentivos resultan atrayentes. De vez en cuando, algún tuit de un creador de contenido de OnlyFans previamente desconocido se vuelve viral y esa persona (siempre una mujer) comparte fotos de la casa que se ha podido comprar «gracias a OnlyFans». Pero, tal y como ha demostrado el bloguero Thomas Hollands en su detallado análisis del modelo de OnlyFans, esos casos de pasar de mendigo a millonario son muy infrecuentes.[286] La distribución de ingresos en OnlyFans es tremendamente desigual: el uno por ciento de los creadores de contenido ingresa el treinta y tres por ciento de todo el dinero. Mediante el coeficiente de Gini, una medida estándar de la desigualdad económica, Hollands descubre que OnlyFans es considerablemente más desigual que Sudáfrica, el país con mayor desigualdad del mundo. La diminuta minoría de creadoras de contenido a las que les va bien en esa plataforma son principalmente celebridades que ya lo eran. Quiere decir que las mujeres que publican historias de éxito «gracias a OnlyFans» en las redes sociales no son

en absoluto representativas de las creadoras normales sino, más bien, como esos escasos clientes que salen de un casino convertidos en millonarios tras haberlo apostado todo al rojo.

En realidad, es probable que la mayoría de las mujeres de OnlyFans salgan perdiendo, dada la cantidad de tiempo que deben dedicar a crear el contenido e interactuar con los usuarios. La creadora media atrae solamente a treinta suscriptores, pero corre el mismo riesgo de exposición pública y acoso que sus compañeras de más éxito. OnlyFans no es tan peligroso como la prostitución en la calle o en un prostíbulo, pues claramente se parece más a prostitución de doscientos dólares que de veinte, pero sí tiene ciertos riesgos, principalmente para una mujer con perspectiva de tener una relación duradera, que es fundamental para su felicidad a largo plazo.

Como señalé en el capítulo cuatro, la mayoría de los hombres muestran una actitud muy negativa hacia lo que consideran un historial de promiscuidad en una posible pareja con la que contraer matrimonio, aunque no necesariamente lo admitan en público. Eso quiere decir que, aunque una cuenta de OnlyFans puede proporcionar a una mujer una rápida inyección de dinero, también puede limitar el número de hombres que estén dispuestos a casarse con ella, porque OnlyFans es para el mercado del matrimonio como un historial delictivo para el mercado laboral.

Y existen otros costes asociados con el hecho de convertirse en un producto sexual. La supermodelo Emily Ratajkowski, considerada por el gran público como una de las mujeres más guapas del mundo, escribe en su autobiografía *My body* sobre la disfunción que provoca verse siempre a una misma a través de una lente comercializada. Ratajkowski insiste en mirarse en el espejo cuando tiene sexo con su marido «para poder ver que soy real».[287] Es consciente de que no resulta sano.

Pero, en la era de las aplicaciones de contactos, no son solo las supermodelos las que terminan con una sexualidad retorcida por culpa de un mercado sexual que convierte a las personas en productos. Tinder y sus rivales no son distintas a las páginas de ventas. El formato anima a sus usuarios a mirar la mercancía disponible y elegir sus opciones preferidas desde la comodidad de sus casas, con muy poco esfuerzo y ninguna intimidad.

En un artículo de 2015 sobre las aplicaciones de contactos en *Vanity Fair*, un usuario masculino describe el voraz impulso que fomentan las aplicaciones:

> «Los tíos lo vemos todo como una competición», explica con su voz profunda y tranquila. «¿Quién se ha acostado con las mejores chicas y las más guapas?» Con estas aplicaciones de contactos, dice, «siempre estás como acechando. Podrías hablar con dos o tres chicas en un bar y elegir a la mejor, o puedes elegir entre unas doscientas al día (el tamaño de lo que se muestra es mucho mayor). Quedas con dos o tres citas de Tinder a la semana y lo más probable es que te acuestes con todas, así que puedes llegar a acostarte con cien chicas en un año.

Otro entrevistado es más explícito con respecto a su instinto hacia el consumismo sexual, comparando Tinder con un servicio de comida a domicilio de internet, «pero lo que estás pidiendo es una persona».[288]

Y, sin embargo, a pensar de todas estas ventajas, Tinder provoca más infelicidad entre sus usuarios que casi cualquier otra aplicación.[289] En otra versión del síndrome del abrazo de la muerte, los usuarios denuncian que las aplicaciones de contactos consiguen convertir lo que debería ser una experiencia excitante en otra aburrida y deprimente, porque la sobreabundancia de opciones no aumenta la excitación sexual, sino que la aniquila.

No necesito decir a los lectores que la prostitución

en la calle o en los prostíbulos es peligrosa y traumática. Si estás leyendo este libro, es poco probable que necesites que te convenzan de ello. Pero creo que sí debo avisar de las consecuencias del desencanto sexual que trascienden a las más evidentes. Esto quiere decir que, a un nivel más personal, no podemos negarnos sin más a participar en la industria del sexo y, después, darnos a nosotras mismas una palmada en la espalda por un trabajo bien hecho. Ya he dejado claro que no me parece posible hacer un uso ético de la pornografía y, por supuesto, aplicaría la misma regla a la prostitución. Pero negarse a considerar a las personas como productos va más allá: exige que cuestionemos la idea desencantada de lo que debería ser el sexo.

Los muchísimos artículos con titulares como «8 consejos muy necesarios de las trabajadoras del sexo» y «5 consejos sexuales muy esclarecedores de una profesional del sexo»[290] revelan una perspectiva del sexo que ha tomado una inquietante prevalencia. Las trabajadoras del sexo pueden actuar como fuentes de consejos sexuales solamente si entendemos que el sexo es un conjunto de habilidades que se deben aprender y perfeccionar con diferentes parejas y entendemos que el buen sexo es el resultado no de la intimidad sino de la buena técnica. En este marco, el sexo se convierte en algo que uno hace a otra persona, y no con otra persona. Desaparece toda emoción, dejando que triunfe la lógica del consumidor.

Debemos resistirnos a esa lógica a toda costa. Si fingimos que el sexo no tiene un valor especial que lo diferencia de otro tipo de actos, terminamos llegando a lugares muy oscuros. Si el sexo no se valora con su propia categoría moral, tampoco se podrá hacer con el abuso ni la violación. Si aceptamos que el sexo no es más que un servicio que se puede comprar y vender libremente, nos quedaremos sin argumentos ante los *incels* que quieren «redistribuirlo» o ante los oficiales del

ejército que quieren ofrecer a sus tropas «disposiciones útiles». Si no ponemos ninguna objeción al principio de que «el sexo vende», apenas podremos quejarnos cuando nuestros espacios públicos estén saturados de hipersexualidad y nos veamos buscando posibles parejas sexuales en las aplicaciones de datos de nuestros móviles del mismo modo que buscamos cualquier otro producto de consumo. Una vez que apruebas la idea de que las personas pueden ser productos, todo se corrompe.

<<salto>>

8

EL MATRIMONIO ES BUENO

Al presentar argumentos contra la revolución sexual me he encontrado a menudo con un tipo de problema en particular que de ninguna manera es exclusivo de este tema. Yo lo llamo el problema de la distribución normal.

A la distribución normal se la conoce también como la curva de campana, porque el gráfico que crea se parece bastante a una campana. Es una distribución de probabilidad de variable continua que es simétrica en torno al promedio, lo cual quiere decir, básicamente, que la mayoría de los puntos de referencia se agrupan en torno al medio y, cuanto más lejos del promedio está un valor, menos probabilidad habrá de que ocurra. La distribución normal se encuentra en las ciencias continuamente. Los tamaños de los copos de nieve, la vida útil de las bombillas y la producción de leche de las vacas están distribuidas normalmente.[291] También los rasgos físicos humanos como la altura, el número de pie y el peso al nacer.

Los fenómenos sociales son algo más complicados pero, aun así, la distribución normal supone con frecuencia una buena aproximación a lo que vemos en las distintas poblaciones humanas. La sociosexualidad, por ejemplo (un interés en la variedad sexual), está cerca de la distribución normal. La mayoría de las personas están cerca de la media y una minoría inusual de personas se encuentran en uno u otro polo, lo que quiere decir que existen personas que no tienen interés alguno en el sexo sin compromiso y otras que están mucho más excitados de lo común. Pero es importante ver (como expuse en el capítulo dos) que las curvas de campana de hombres y de mujeres son algo diferentes, con la media de los hombres más hacia el extremo más alto del espectro de la sociosexualidad. Esto quiere decir que hay

muchos más hombres sobreexcitados que mujeres sobreexcitadas y muchas más mujeres muy poco excitadas que hombres muy poco excitados.

El problema de la distribución normal es el siguiente: cuando impones un cambio en una población, las distintas personas lo experimentarán de forma diferente. Es tremendamente difícil diseñar una política que se dirija a un grupo de personas solamente en un punto de la gráfica, sin que se altere el resto de la curva. Y en lo que respecta a algún suceso histórico importante como el de la revolución sexual, que nadie diseñó ni tan siquiera logró prever del todo, esa imprecisión es aún más marcada.

La satisfacción marital tiene una distribución (casi) normal.[292] La mayoría de las personas afirman ser bastante felices en sus matrimonios, con una minoría que declara ser muy feliz y otra minoría que afirma ser muy infeliz.

Antes resultaba excepcionalmente difícil para las muy infelices poder divorciarse. La periodista Megan McArdle describe el proceso de conseguir un divorcio en los Estados Unidos del siglo XIX:

> Se tardaba varios años, era caro y exigía la demostración de que tu cónyuge te había abandonado durante un largo periodo sin ninguna ayuda económica; (si era un hombre) no era simplemente flirtear de forma discreta, sino mantener un mal comportamiento de forma flagrante; y no era solo darte una paliza de vez en cuando si te volvías respondona, sino apalearte de forma habitual hasta casi matarte.
>
> Después de divorciarte, te convertías en una paria, salvo en las ciudades más grandes. Si eras una mujer desesperantemente deshonrada podías cambiarte de apellido, recuperar el de soltera y continuar usando el de tu marido para indicar que esperabas seguir viviendo como si estuvieses casada (es decir, en castidad) y tener alguna relación limitada con tus vecinos aunque, por

supuesto, no podías ser invitada a festividades celebradas en iglesias ni a eventos nocturnos.

Por lo general, las mujeres con seguridad económica (esto no me lo estoy inventando) se mudaban a Europa; Edith Wharton, que se mudó a París cuando se divorció, escribió historias conmovedoras sobre el rechazo que sufrían en su país las mujeres divorciadas.[293]

Si querías obtener el divorcio en esa época, se debía casi con toda seguridad a que te encontrabas en el extremo de los más infelices de la distribución normal y, así (y no creo que esto resulte controvertido), eras digna de ayuda y simpatía. Esa era, sin duda, la actitud de los reformistas sociales que iniciaron la campaña a favor de la liberalización de las leyes del divorcio durante los años posteriores a la II Guerra Mundial. Aproximadamente desde la década de 1960 en adelante y en todo el mundo occidental, de repente, era más fácil divorciarse y las personas que se habían visto legalmente atrapadas en matrimonios infernales quedaban libres de ellos, lo cual era bueno. Pero entonces, llegó el problema de la distribución normal.

Al leer los debates parlamentarios sobre lo que se convertiría en la Ley de la Reforma del Divorcio de 1969, la pieza fundamental de legislación liberalizadora en el Reino Unido, no parece que los defensores del proyecto de ley supieran qué iba a pasar. Creían que sus reformas iban a suponer un acto de bondad hacia el pequeño número de personas del extremo de los infelices de la distribución normal, pero que el resto de la curva permanecería intacto. «Este proyecto de ley no abre la puerta al divorcio fácil», anunció Lord Stow Hill, antiguo fiscal general. «Esa puerta está ahora abierta con la actual ley y sería difícil abrirla más».[294]

Pero sí se abrió más. En la década posterior a la ley, el número de divorcios se triplicó y, después, continuó creciendo, llegando a su punto más alto en la década de 1980.[295] Desde entonces, ha habido un ligero descenso

en el índice de divorcios, no por un auténtico regreso a la longevidad marital sino, más bien, porque uno no se puede divorciar si no se ha casado antes, y los índices de matrimonios están en el nivel más bajo de la historia.[296] En 1968, el ocho por ciento de los niños nacieron de padres que no estaban casados; en 2019, fueron casi la mitad.[297] En la actualidad, solo hay dos matrimonios por cada divorcio en el Reino Unido cada año.[298] La institución del matrimonio, tal y como era, está ahora más o menos muerta.

En los Estados Unidos está más muerta aún. Allí, casi la mitad de los matrimonios terminan en divorcio,[299] y existe también una nueva y significativa división de clases. Antes de la década de 1970, la gran mayoría de estadounidenses se casaba y continuaba casada cualesquiera que fueran los ingresos familiares. Ahora, de esos estadounidenses que están en el tercio superior de ingresos, el sesenta y cuatro por ciento se encuentran en un matrimonio intacto, lo cual quiere decir que solamente se han casado una vez y siguen en su primer matrimonio. Por el contrario, solo el veinticuatro por ciento de los estadounidenses del tercio más bajo de ingresos se encuentran en un matrimonio intacto.[300] El matrimonio duradero se está convirtiendo rápidamente en un lujo de las clases más altas.

Por supuesto, algunos matrimonios deberían terminar y, en esos casos, la liberalización de las leyes del divorcio ha sido una bendición. Aunque las mujeres casadas no están en mayor peligro de violencia doméstica que las no casadas (de hecho, es al contrario[301]), evidentemente es mejor cuando las mujeres maltratadas no se enfrentan a graves obstáculos legales al intentar abandonar a sus maridos. Los del extremo de los más infelices de la distribución normal sí que necesitaban divorciarse y, antes de las reformas de mediados del siglo XX, normalmente no podían.

Pero el problema de la distribución normal hacía

imposible que las reformas se centraran en estos casos extremos. La mayoría de los divorcios modernos no son consecuencia de la violencia doméstica.[302] Sobre todo, son parejas que se distancian, que dejan de quererse y que intentan empezar de nuevo. Pero en muchos de estos casos, la promesa de relaciones alternativas más felices sigue sin satisfacerse, especialmente en mujeres, que tienen más probabilidad que los hombres de permanecer solteras tras el divorcio.[303] Es más, entre una tercera parte y la mitad de las personas divorciadas en el Reino Unido declaran en los sondeos que se arrepienten de su decisión de divorciarse.[304] Existe mucho espacio entre el estado de «felicidad» y el de «infelicidad irreparable». En el pasado, esas personas permanecían casadas; ahora, por lo general, no.

Y, en una cultura con alto índice de divorcios, incluso los matrimonios duraderos corren el peligro de verse socavados. Cuando los votos matrimoniales dejan de ser realmente vinculantes, las parejas parecen confiar menos en sus relaciones. Un estudio realizado por la economista estadounidense Betsey Stevenson, por ejemplo, mostraba que en el seno del matrimonio descendía la inversión en recursos (como la educación de los hijos o la especialización en el hogar) tras las leyes de divorcio sin necesidad de imputación de culpa a la pareja. En parejas de recién casados en Estados que aprobaron este divorcio sin culpa, existía un diez por ciento menos de probabilidad de mantener a un cónyuge durante sus estudios superiores y un seis por ciento menos de probabilidad de tener un hijo juntos.[305]

Cuando el matrimonio pasó a ser temporal, la institución cambió y, con ella, muchas más cosas. Dudo mucho que alguno de los bienintencionados reformistas de la década de 1960 se pudiera imaginar un resultado así. Su intención había sido noble: ofrecer una salida a personas atrapadas en matrimonios desdichados y quitar el estigma a la entonces diminuta minoría que sufría la

desgracia de pasar por un divorcio. Pero apareció el problema de la distribución normal. Siempre había un umbral de disfunción a partir del cual un matrimonio no se podía salvar y los reformistas trataron de acercarlo apenas un poco. Pero cuando el divorcio marginal hizo que fuese más probable el siguiente, y el de después más probable aún, ese umbral bajó precipitadamente y a gran velocidad.

Es mi dinero y yo decido

Las reformas del divorcio no han sido las únicas responsables de la muerte del matrimonio, claro está. Formaron parte de un conjunto de factores y todos ellos se pueden remontar a varios cambios importantes de mediados del siglo XX. Los legisladores relajaron los límites del divorcio porque la institución del matrimonio ya empezaba a tambalearse. Sus reformas supusieron el último golpe.

El más importante de estos cambios significativos fue la invención de la píldora anticonceptiva, que supone un ejemplo especialmente claro de las consecuencias, a veces, impredecibles, de un impacto tecnológico. Mirando atrás, resulta curioso que la introducción de una nueva forma de anticoncepción llevara a un aumento, más que a un descenso, en el número de nacimientos fuera del matrimonio y, sin embargo, eso fue exactamente lo que ocurrió. Esto se debió a que la píldora acabó con el tabú del sexo prematrimonial aunque no proporcionaba, en realidad, una protección completa contra el embarazo. Todavía sigue sin hacerlo, aunque aún es el método más popular de anticoncepción prescrita en el Reino Unido y en Estados Unidos:[306] si se usa bien, la píldora anticonceptiva combinada tiene una eficacia de un noventa y uno por ciento, lo que quiere decir que unas nueve de cada cien mujeres que la toman al año se quedan embarazadas.[307] En toda una población, ese es un número muy elevado de bebés no deseados.

La descriminalización del aborto en el mundo occidental, que llegó poco después de la introducción de la píldora, supuso una opción de «apoyo» en estos casos de fracaso de los métodos anticonceptivos. En la actualidad, en Estados Unidos, casi la mitad de las mujeres que tienen abortos declaran que estaban usando anticonceptivos cuando se quedaron embarazadas,[308] y alrededor de una cuarta parte de los embarazos terminan en aborto. Para una mujer casada que puede enfrentarse a un embarazo sorpresa, la píldora es una buena opción. Pero, para las demás, no aporta realmente lo que se supone que debería aportar. Y, a pesar de ello, ha tenido la eficacia suficiente como para cambiar de manera dramática las normas sociales. La columnista Virginia Ironside reflexionaba en la etapa de la madurez sobre el efecto en las jóvenes británicas de la introducción de la píldora y la descriminalización del aborto:

> A menudo, parecía más cortés dormir con un hombre que echarlo de tu piso. Es cierto que nos habían criado para decir «no» al sexo, pero la única razón para ello estaba en que podríamos quedarnos embarazadas… Pero ahora, con la píldora, y con todos los hombres sabiendo que cuentas con la píldora, el embarazo ha dejado de ser un motivo para decirle «no» al sexo. Y los hombres se han aprovechado de esto de manera despiadada. Ahora, para ellos, «no» siempre significó «sí».[309]

A partir de la década de 1970, empezó a ser mucho menos común que las mujeres esperaran al matrimonio o al compromiso para tener sexo. Y mientras que, en teoría, la decisión de negarse al sexo antes del matrimonio seguía existiendo, en la práctica se convirtió en una opción mucho más difícil a la que aferrarse. En los Estados Unidos del siglo XXI, mujeres vírgenes inusualmente mayores declaran sentirse estigmatizadas por las demás mujeres y que son mucho menos elegibles como parejas para una relación.[310] El estigma es mayor para los hombres vírgenes pero, quizá por primera vez

en la historia, permanece también en las mujeres vírgenes.

La revolución sexual proporcionó a las mujeres la oportunidad de tomar la decisión de no esperar al matrimonio porque muchas personas creyeron que los nuevos métodos anticonceptivos implicaban que el sexo extramarital ya no tenía el riesgo de un embarazo no deseado. Por supuesto, seguía teniéndolo, pero la descriminalización del aborto apareció como solución, lo que implicó que ningún hombre tuviera que volver a temer una boda a punta de pistola. Cuando la maternidad se convirtió para las mujeres en una elección biológica, la paternidad pasó a ser una elección social para los hombres. O, como ha dicho el cómico Dave Chappelle (en broma, pero describiendo una actitud muy real): «No solo tienen [las mujeres] el derecho de elegir, no creo que tengan que consultarlo con nadie salvo con un médico… Caballero, es lo justo. Pero, señoras, siendo justas con nosotros, si deciden tener el niño, el hombre no debería pagar… Es mi dinero y yo decido».[311]

Muchos hombres modernos parecen estar de acuerdo con Chappelle. Antes de la muerte del matrimonio, solo los más canallas se negaban a reconocer y proporcionar abastecimiento material a sus hijos si tenían una relación públicamente reconocida con la madre en el momento de la concepción. Ahora, abundan los padres negligentes. En el Reino Unido, menos de dos tercios de padres no residentes, casi todos hombres, pagan toda la pensión alimenticia infantil.[312] En Estados Unidos, la cifra es menor de la mitad.[313] No solo es un récord el número de niños que no se cría con un padre en su casa, sino que muchos de esos niños ni siquiera reciben dinero de esos hombres ausentes.

A pesar de los frecuentes y valientes esfuerzos de las madres solteras, los datos demuestran claramente que, de media, a los niños sin padre en su casa no les va tan bien como a otros niños. Tal y como plantean los sociólogos

Sara McLanahan y Gary D. Sandefur:

> Los niños que se crían en un hogar solamente con un padre biológico están, de media, peor que los niños que viven en una casa con sus dos padres biológicos, independientemente de la raza o el nivel de estudios de sus padres, de si los padres están casados cuando el niño nace y de si los padres residentes se vuelven a casar.[314]

La ausencia del padre está relacionada con mayores índices de encarcelamiento en los niños,[315] mayores índices de embarazos adolescentes en las niñas,[316] y una mayor probabilidad de problemas emocionales y de comportamiento en ambos sexos.[317] Esto no se debe solo a que se niegue a los niños el soporte material que sus madres deberían darles, sino también a que las madres solteras se ven obligadas a asumir la tarea casi imposible de hacerlo todo solas: conseguir los ingresos, además de ocuparse de todos los cuidados, las relaciones sociales y la enseñanza de disciplina en sus hijos.

Luego está la, a veces, mala influencia de los padrastros, en su mayoría y en la práctica, hombres, pues en la gran mayoría de los casos es a las madres a quienes se concede la custodia principal y, por tanto, son las madres las que con más probabilidad llevan a una nueva pareja al hogar de un niño pequeño. Los psicólogos evolucionistas aluden a un fenómeno conocido como «el efecto Cenicienta»: la mayor incidencia de maltrato infantil por parte de padrastros que de padres biológicos. Este efecto está tan acusado que Steven Pinker ha descrito a los padrastros como «el mayor factor de riesgo para el maltrato infantil que se ha identificado jamás». Es entre cuarenta y cien veces más probable que un padrastro mate a un niño que un padre biológico,[318] y es también mucho más probable que los padrastros abusen sexualmente de los niños que los padres genéticos.

Los hijastros, de media, sienten que la vida en su casa es más estresante que la de otros niños. Se van de casa más jóvenes y es más probable que declaren que el

conflicto familiar fue la razón principal por la que se marcharon. Sufren, en general, un mayor índice de mortalidad, no solo por violencia por parte de los padrastros, sino también debido a un creciente índice de accidentes. Sus padrastros dedican menos recursos a sus cuidados, incluidos los nutricionales, lo cual da lugar a que tengan, de promedio, una altura inferior a la de otros chicos de la misma edad. Todo esto sucede en distintas culturas.[319]

Por supuesto, hay veces en que es mejor para los niños no vivir con sus padres genéticos o incluso no tener contacto con ellos, especialmente si esos hombres son maltratadores o peligrosamente inestables. Y, por supuesto, existen muchos padrastros y madrastras entregados que se convierten en padres extraordinariamente buenos. Aquí estamos hablando de riesgos, no de términos absolutos. La presencia de un padrastro en el hogar de un niño aumenta el riesgo de malos resultados pero, desde luego, no es garantía de ellos. Sin embargo, los resultados de muchos estudios no son prometedores y los padres se engañan a sí mismos si piensan que un divorcio o una separación parental no va a tener un impacto en sus hijos. Un caso especialmente indignante de autoengaño fue el que se publicó en 2021 en *The New York Times*, en un artículo firmado por la experta en asuntos legales Lara Bazelon y en el que contaba la experiencia de su propio divorcio:

> Hasta ahora, el divorcio se representaba como algo precario y gris. A los padres cuyo matrimonio se rompe se les obliga a sentir que han fracasado estrepitosamente. El divorcio es vergonzoso, traumático y malo para los hijos.
>
> Pero yo he aprendido que el divorcio puede ser también un acto radical de amor propio que deja a la familia en mejor situación… Yo me divorcié de mi marido no porque no le amara. Me divorcié de él porque me amaba más a mí.[320]

Si es o no un acto «radical de amor propio» para uno o para más adultos, los niños no se benefician del divorcio de padres no maltratadores. Los estudios no dejan lugar a dudas en este asunto. Y aunque un padre o una madre como Bazelon puede amortiguar el golpe a sus hijos pagándoles una terapia, unas niñeras o unos colegios privados, la mayoría de las madres solteras no pueden hacerlo.

Como suele pasar, son las mujeres pobres las que pagan el precio más alto en la era de la posrevolución sexual. Para empezar, el divorcio perjudica la economía de las madres. Como concluye Lenote Weitzman en su estudio sobre el divorcio en California: «Para la mayor parte de mujeres y niños, el divorcio significa una caída precipitosa, tanto económica como socialmente. La reducción de ingresos acarrea cambios de residencia y alojamientos inferiores, drástica disminución de fondos o inexistencia de los mismos para entretenimiento y ocio y fuertes presiones debidas a un tiempo y dinero insuficientes».[321]

Y la situación es aún peor en madres que, para empezar, nunca se casaron. Un documental de la BBC de 2019 sobre madres solteras sin hogar incluía una entrevista con el padre de uno de los niños que aparecían. Tanto el niño como la madre vivían en un albergue dirigido por el ayuntamiento, estaban muy endeudados y sobrevivían gracias a prestaciones sociales. Ella deseaba con desesperación volver con su ex y, en ocasiones, él se pasaba por el albergue para pasar un rato con su hijo, haciéndole vagas promesas de que algún día vivirían juntos como una familia. Mirando a la cámara, él explicó su versión de la situación: «Siempre está bien pasar un rato con mi hijo. Ojalá pudiera verle cuando quiero, pero creo que, a veces, hay que priorizar tu estilo de vida.[322] Una exhibición del «radical amor propio» de un hombre que parecía sentir cariño por su hijo y por su exnovia, pero que no estaba dispuesto a hacer el menor

sacrificio para ofrecerles un hogar estable. ¿Y por qué iba a hacerlo? Desde su punto de vista, ella era la que había decidido no abortar y, por tanto, ella sola era la que debía hacer frente a las consecuencias.

Lo cual quiere decir que se vuelve dependiente del Estado. Una vez más, vemos aquí un cambio social que ha aparecido a partir de un cambio material. Fue el auge económico del periodo de posguerra el que hizo posible la construcción de un gran estado de bienestar, que, después, hizo que fuese viable, aunque nunca fácil ni agradable, que las madres solteras pobres sobrevivieran sin la ayuda de los padres de sus hijos.

Mi amiga Mason Hartman compara al Estado moderno con una especie de «marido de repuesto». Si acudes a él, te dará de comer, te dará alojamiento y te protegerá de situaciones de violencia, pero no lo hará especialmente bien. Y el Estado no ofrece ningún tipo de calidez ni compañía junto a estas necesidades básicas. No quiero decir en ningún momento que este «marido de repuesto» deba desaparecer ahora porque, de ser así, dejaría a muchas madres solteras y a sus hijos en el desamparo. El complicado sistema de normas que durante siglos ha mantenido el tabú del sexo prematrimonial hace ya tiempo que ha desaparecido y no se puede reconstruir de una forma rápida. Si el estado de bienestar desapareciera, el resultado sería la miseria y el caos para la mayoría de los miembros más vulnerables de nuestra sociedad.

Pero tampoco creo que ese «marido de repuesto» sea tan bueno como el auténtico. A pesar de todos nuestros esfuerzos, las feministas no hemos encontrado aún una alternativa factible a un sistema que resulta que sí ha servido para proteger los intereses no solo de mujeres sino también, y fundamentalmente, de sus hijos.

Un bebé y alguien

Hay personas que consideran que la muerte del

matrimonio es algo bueno y muchas de esas personas son feministas. La oposición al matrimonio ha sido un tema común en muchos de los escritos de la segunda ola, con feministas entre las que estaban Andrea Dworkin, Germaine Greer y Kate Millett y que defendían su abolición. «La institución del matrimonio es el principal vehículo para la perpetuación de la opresión de las mujeres», afirmaba con insistencia la socióloga estadounidense Marlene Dixon en 1969, sintetizando la crítica feminista de su época. «Es a través del rol de la esposa como se mantiene la subyugación de las mujeres».[323]

Pero no es casualidad que la mayoría de las feministas que se oponen al matrimonio nunca tuvieran hijos. He señalado en este libro el conflicto entre las feministas liberales y las feministas radicales con respecto a asuntos como la prostitución y la pornografía, temas sobre los que existen claras e importantes diferencias entre estas dos tradiciones feministas. Sin embargo, en cuanto a la maternidad, las diferencias siempre han sido mínimas. Ninguno de los dos grupos cuenta con ninguna respuesta a la pregunta de cómo se supone que las mujeres van a reconciliar su búsqueda de libertad con una condición que necesariamente la limita.

Si valoras la libertad por encima de todo lo demás, deberás renunciar a la maternidad, pues es un estado que limita la libertad de la mujer en casi todos los aspectos posibles, no solo durante el embarazo, sino también durante el resto de su vida. Siempre tendrá obligaciones con respecto a sus hijos y ellos siempre tendrán obligaciones con respecto a ella. Es una conexión que solamente se corta en las circunstancias más extremas.

Tradicionalmente, las feministas han conseguido desafiar esta restricción de la libertad defendiendo una mayor disponibilidad de métodos anticonceptivos y del aborto, lo cual ha resultado efectivo hasta cierto punto por haber permitido que las mujeres tuvieran algo más

que decir sobre la posibilidad de tener hijos y cuándo hacerlo. ¿Pero qué pasa cuando los hijos ya han nacido? Nos encontramos aquí con un rasgo antinatalista tanto en la tradición feminista liberal como en la radical que excluye a las madres, lo cual quiere decir que, aun con índices de natalidad tradicionalmente bajos, al menos tres cuartas partes de las mujeres quedan fuera. La maternidad se trata en menos del tres por ciento de los periódicos, artículos de revistas o libros de texto que tratan la teoría de género moderna.[324] Pero es que menos de la mitad de las académicas titulares tienen hijos,[325] lo que hace que la omisión resulte algo menos sorprendente. Todo este asunto ha pasado desapercibido.

Y no es de extrañar, dado que la lógica del individualismo se derrumba en contacto con la maternidad. En el marco de la mujer embarazada hay dos personas, ninguna de ellas completamente autónomas. El bebé aún sin nacer depende de la madre para sobrevivir y la madre no puede romper su vínculo físico salvo con intervención médica que lleve consigo la muerte del bebé. Incluso después del parto, la diada madre-bebé sigue siendo una unidad, juntos tanto emocional como físicamente. Y durante muchos años después del nacimiento, el niño no podrá ser entendido como un individuo autónomo porque, sin el cuidado entregado de, al menos, un adulto, la muerte será una certeza.

El psicoanalista y pediatra Donald Winnicott ha señalado que «no existe esa cosa llamada bebé. Solo existe un bebé y alguien». La escritora Leah Libresco Sargeant amplía esta idea:

> La teoría liberal del individuo independiente como la unidad básica de la sociedad está llena de excepciones… Sería más justo decir que la dependencia es nuestro estado por defecto y que la autosuficiencia es lo anormal. Nuestras vidas empiezan y (con frecuencia) terminan en estados de casi total dependencia y buena

parte de la zona intermedia está marcada por periodos de necesidad.[326]

Algunas feministas insisten en que las mujeres deberían renunciar del todo a la maternidad. Bien conocido es el ejemplo de Shulamith Firestone, que en *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista,* publicado en 1970, argumentó que las mujeres jamás podrían liberarse del patriarcado sin una liberación de la reproducción misma y, del mismo modo, proponía que los niños deberían gestarse algún día fuera del cuerpo humano. Si las mujeres no pueden participar de la reproducción igual que los hombres, declaraba, no deberían participar en absoluto.

Esto funciona hasta cierto punto. Al menos, para el individuo, si no para la especie. Pero no es posible rechazar la dependencia del todo porque, aunque una mujer decida no tener hijos nunca, algún día se hará vieja y dependerá de otras personas como si volviera a ser una niña. La propia Shulamith Firestone, tras haberse alejado de su familia más adelante y al no haberse casado ni tenido hijos, pasó los últimos años de su vida en un estado de verdadera vulnerabilidad provocada por una enfermedad mental grave. Durante un tiempo tuvo la ayuda de una red de amigas y admiradoras feministas pero, al final, el grupo se dispersó, pues no tenían ningún vínculo de sangre ni matrimonio, y las relaciones basadas en el aprecio mutuo o el idealismo no son tan duraderas como las que implican una obligación de por vida. Firestone se quedó sin amigos, murió sola en su casa a los sesenta y siete años y su cuerpo no fue encontrado hasta varios días después. El forense llegó a la conclusión de que había muerto de hambre.[327]

Una versión alterada de la proclama de Winnicott podría aplicarse en casi todos los adultos en alguna etapa de su vida: «No existe esa cosa llamada persona. Solo existe una persona y alguien». Actuar como ese «alguien» significa ceder una parte de tu libertad, lo cual es

contrario a lo que se supone que todos queremos. Muchas feministas de la segunda ola describieron su objetivo como «liberación de las mujeres»: la mujer estaba encadenada, decían, y había que romper esas cadenas.

Y ese objetivo no carecía de mérito, pues las mujeres siguen aún por lo general relegadas al papel del «alguien», siempre cuidando, sin que nadie las cuide nunca. Pero la solución a este problema no puede ser el individualismo, porque toda esa idea se basa en una mentira. En el ciclo de la vida natural de los humanos, empezamos siendo bebés dependientes, pasamos un muy breve periodo de tiempo siendo jóvenes adultos relativamente independientes, antes de cuidar de nuestros propios hijos dependientes y, después, terminamos nuestra vida en lo que Shakespeare llamó nuestra «segunda infancia».[328] Los métodos modernos de anticoncepción nos han permitido alargar artificialmente esa etapa de jóvenes adultos, basándonos en la ilusión de que la independencia es nuestro estado permanente. Pero no es así. No es más que un momento pasajero que algunos de nosotros no llegamos a experimentar nunca. Ser «el alguien» de una persona o necesitar a «un alguien» es lo que nos toca como seres humanos. Eso quiere decir que tenemos que encontrar el modo de ser dependientes unos de otros.

La protección de un matrimonio normal

Pero la dependencia sigue planteando problemas para el feminismo, especialmente en lo relativo a la maternidad. La medida en que el feminismo liberal o el radical han ofrecido alguna ayuda hipotética a las madres, ha sido una ayuda situada fuera de la familia y en el seno del Estado completamente socializado. El Estado como marido de repuesto desempeña la labor de proporcionar cuidado institucional para los niños en forma de guarderías permanentes, lo cual es un modelo

elegantemente económico, pues en lugar de una madre dedicada a un solo hijo (un desperdicio al estar sola), el marido de repuesto dedica un trabajador para muchos niños (de una forma eficiente, al no ser solo uno). Así, las madres pueden regresar rápidamente al mundo laboral y dedicar sus ingresos a alimentar la maquinaria de las guarderías.

Ese modelo depende de la separación física de las mujeres y sus hijos, haciendo que estos dos seres sean lo más autónomos posible y lo más rápido posible. Así, la libertad de la mujer se maximiza y la dependencia mutua de la maternidad disminuye o, al menos, se oculta. Lo que este modelo no ofrece a las mujeres es una forma de poder estar físicamente con sus hijos a la vez que están física y emocionalmente apoyadas por otros adultos.

Algunas feministas han tratado de revolver este problema a través de la creación de nuevas estructuras parecidas a la familia. En *La mujer eunuco*, Germaine Greer hablaba de «familias orgánicas autorreguladas» en las que grupos de mujeres compran juntas una propiedad y viven en comunidad, con la visita ocasional de los padres y sus hijos,[329] y el papel de la madre queda con frecuencia representado por otros. Cincuenta años después que Greer, Sophie Lewis defiende en su libro *Otra subrogación es posible: el feminismo contra la familia* un «comunismo gestacional» en el que «los vínculos entre madre e hijo pueden interrumpirse con más facilidad, transferirse y multiplicarse».

El sociólogo Nicholas Christakis señala que la idea de la maternidad colectiva no era única de las radicales de la década de 1970:

> Con cierta periodicidad se ha intentado una alteración social deseada desde la antigüedad. Platón pensaba que criar a los hijos en común haría que los niños trataran a todos los hombres como sus padres y, por tanto, con más respeto. Las sociedades comunistas también han tenido relación con la crianza colectiva de los niños; la familia

> se considera como una amenaza para la ideología del Estado porque fomenta una sensación de pertenencia a una unidad familiar y la ideología totalitaria exige que la lealtad a la familia quede subordinada a la lealtad al partido o al Estado.[330]

Pero, tal y como señala Christakis, «los intentos de reestructurar o minimizar la esencia del vínculo entre progenitor e hijo muy rara vez, o nunca, han perdurado». Las razones de esto deberían ser evidentes: los humanos son animales, descendientes de individuos cuya prole sobrevivió a la edad adulta y, por tanto, la selección natural favorece a las madres atentas.

Esto quiere decir que, cuando las estructuras sociales se desmoronan, el resultado es, por lo general, que la persona que se queda literalmente con el niño en brazos es aquella cuyos instintos naturales la convierten en la más entregada hacia el niño. Shulamith Firestone reconocía esta realidad al señalar que: «Como la relación madre/hijo permanece intacta, no es de extrañar que cuando la comuna se separa, todos los «padrinos» desaparecen, así como el mismo padre genético, dejando a la madre atrapada, sin la protección siquiera de un matrimonio normal». Por supuesto, el argumento de Firestone es que ni siquiera la crianza comunal de los niños libera a las mujeres de la opresión de la maternidad y que, por lo tanto, debería rechazarse de plano. Pero la expresión «sin la protección siquiera de un matrimonio normal» está bien empleada. El reduccionista análisis feminista del matrimonio lo ve como un método que utilizan los hombres para controlar la sexualidad femenina. Y, por supuesto, es así, pero no es su única función. Existe también en el matrimonio una función protectora, pero que solo tiene sentido cuando se entiende en relación con los hijos.

El soldado infiel

Antes se definía al matrimonio como una unión

conyugal, «un misterio sagrado en el que hombre y mujer se convierten en una sola carne», según la ceremonia matrimonial de la Iglesia anglicana. Aunque, desde luego, existen excepciones (a las personas estériles se les permitía casarse, igual que a las personas que habían superado la edad reproductiva), el matrimonio se tenía que basar, aun así, según señala Robert P. George, profesor de jurisprudencia de Princeton, en torno a una pareja con «complementariedad reproductivo-sexual… [que era] especialmente apta para tener hijos y criarlos juntos y se sentirían intrínsecamente satisfechos gracias a ello».[331]

Para la mayoría de los occidentales, el matrimonio ya no significa esto. El psicólogo Eli Finkel ha trazado el desarrollo histórico del matrimonio en el mundo occidental y atribuye sus cambios a los de las condiciones económicas.[332] Antes de mediados del siglo XIX, el desafío de la supervivencia diaria, especialmente para las personas del medio rural, implicaba que la ayuda a la producción de comida, cobijo y protección contra la violencia era lo que la mayoría de las personas priorizaban en un cónyuge. Más tarde, el medio urbano y la industrialización condujeron a una mayor prosperidad y las parejas pudieron permitirse el lujo de hacer hincapié en el amor y en la compañía dentro de sus matrimonios. Después, en la próspera década de 1960, entramos en una época de lo que Finkel llama el «matrimonio autoexpresivo», en el que el descubrimiento de uno mismo, la autoestima y el crecimiento personal se convirtieron en los indicadores claves del éxito de un matrimonio.

Así como antes el matrimonio se centraba en la reproducción y en la acumulación de recursos, ahora se entiende con más frecuencia como un medio de satisfacción sexual y emocional: «tu relación con tu persona número uno»,[333] como lo ha descrito el filósofo John Corvino. Así pues, ahora es perfectamente

inteligible (y, en mi opinión, bueno y adecuado) ampliar los derechos del matrimonio a las parejas del mismo sexo, las cuales carecen necesariamente de la «complementariedad sexual-reproductiva». Como el antiguo significado del matrimonio ha quedado ahora en el olvido, negar a las parejas del mismo sexo el derecho a casarse en la actualidad es tan cruel como carente de sentido.

Pero no deberíamos cometer el error de tergiversar la función tradicional del matrimonio y, de hecho, la función histórica de la prohibición del sexo antes del matrimonio. Las feministas modernas que solo han conocido un mundo con la píldora pueden olvidarse con facilidad de que, en una época sin métodos anticonceptivos, la prohibición del sexo antes del matrimonio beneficiaba a los intereses femeninos, no a los del hombre, porque protegía al grupo de personas que cargaban (literalmente) con las consecuencias del embarazo extramarital.

Esta cuestión la entendían bien las feministas que nacieron mucho antes de la invención de la píldora y que sabían lo que implicaba un embarazo fuera del matrimonio para una mujer en una sociedad donde no había estado del bienestar. Sí, es cierto que parte del daño se ejercía a través del perjuicio reputacional, con madres solteras e hijos estigmatizados por sus familias y comunidades. Pero esta catástrofe social ocupaba un segundo lugar en la catástrofe práctica de la propia maternidad en soltería, que tenía un resultado desastroso para algunas mujeres pobres al tener que elegir entre la prostitución y la inanición o entre otras alternativas igual de terribles: un peligroso intento de aborto, el abandono del niño en un orfanato o el infanticidio. El estigma en torno a las madres solteras era causa de una enorme desgracia para sus muchas víctimas. También existía por un motivo: disuadir a las mujeres de que no cometieran un error irreparable por culpa de un hombre

indigno.

La teórica feminista Mary Harrington revela la lógica de la antigua prohibición del sexo extramarital en las canciones populares inglesas sobre el «soldado infiel» y la joven a la que seduce:

> *Cold blow and the rainy night* habla de un soldado que llega con el gorro congelado en su cabeza, suplicando a una joven que le deje entrar. Ella se deja convencer finalmente y una cosa lleva a la otra. Supuestamente, después de acostarse, ella le pregunta: «Ahora que has hecho de mí lo que has querido / Soldado, ¿te casarás conmigo?» No, responde:
>
> Entonces, ella maldijo a la noche lluviosa
> Por haberle dejado entrar – Oh
> Después, él se levantó de la cama
> Se puso el gorro en la cabeza
> Y ella había perdido su virginidad
> Y su madre oyó el escándalo – Oh
> …
>
> Otra canción, *The Greenwood Side*, cuenta la historia de una joven que se queda embarazada tras una aventura ilícita, es abandonada por su amante, da a luz sola en un bosque y oculta lo sucedido asesinando a sus gemelos. La aventura, el abandono, el parto y el infanticidio son narrados de una forma rápida y el cuerpo de la canción lo compone un diálogo fantaseado con sus bebés asesinados. La inquietante letra mezcla el horror de lo que ha hecho con la profunda pena por la mujer:
>
> Ahora, lindos niños, venid a decirme
> Oh, la rosa y el lino, oh
> ¿Qué tipo de vida tendré después de morir?
> En el margen de Greenwood, oh.[334]

Esas canciones existieron para advertir a las mujeres jóvenes de los peligros que suponían el soldado infiel y los que eran como él. Lo que hoy podría ser interpretado como «humillación de las putas» o miedo a la voluntad sexual femenina, tenía en realidad un propósito muy urgente. Ese propósito resulta ahora un poco anacrónico,

en la era de los anticonceptivos, pero solo un poco. Las aventuras ilícitas todavía siguen teniendo resultados traumáticos y trágicos porque el sexo sigue teniendo resultados igual de importantes que antes.

Muchas feministas que vivieron antes de la década de 1960 eran más conscientes de esto que nosotras ahora. Veían las asimetrías propias de la heterosexualidad y las lúgubres consecuencias para las mujeres de la «liberación sexual» y llegaban a la conclusión de que la libido masculina necesitaba contención. Por esta razón, dos de los trece capítulos de *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft están dedicados al lamento por la falta de castidad en los hombres, el sexo con mayor libido, y por tanto, en opinión de Wollstonecraft, con mayor obligación de contener sus pasiones. «Votos para las mujeres, castidad para los hombres» fue un eslogan real sufragista que hoy ha caído en el olvido.[335]

La reinvención del matrimonio

Pero ¿cómo convencer a los hombres para que ejerzan, si no la castidad, una contención sexual? En este mismo libro he señalado lo que he llamado actitud «canalla» y actitud «papá» en la sexualidad masculina, con el primero dirigido hacia el sexo sin compromiso y el segundo hacia el compromiso. Aunque existen hombres que de manera innata y decidida se centran en una u otra de estas dos actitudes, es mucho más común que los hombres adopten una postura intermedia, moviéndose entre las dos dependiendo de la edad y del contexto social.

Ahora que casi hemos llegado al final de este libro, espero haber conseguido convencerte de que la actitud canalla de la sexualidad masculina es mala para las mujeres en general. A la gran mayoría de mujeres les resulta difícil separar la emoción del sexo, lo que quiere decir que, un acto sexual con un canalla que no llama,

probablemente va a dejar en la mujer una sensación de aflicción, aunque ella trate de ocultarlo. Las mujeres no evolucionaron para tratar el sexo como algo sin importancia, e intentar fingir lo contrario no suele resultar bien.

Luego están las consecuencias físicas del sexo, que son intrínsecamente asimétricas, con el peligro y el dolor de un embarazo no deseado asumido enteramente por la mujer. Las formas modernas de anticoncepción son en su mayoría efectivas (al menos, lo suficiente como para haber transformado las relaciones sexuales con posterioridad a la década de 1960) pero siguen fallando. Y cualquiera que sea nuestra opinión sobre el estatus del feto, todas deberíamos estar de acuerdo en que un aborto no es una experiencia buena que tenga que soportar la mujer, dados los peligros médicos como el daño uterino o la sepsis, por no mencionar las consecuencias emocionales, que no son banales.

En definitiva, tratar de imitar la actitud canalla de la sexualidad masculina, como fomenta el feminismo liberal, no constituye ninguna liberación para las mujeres. Los Hugh Hefners de este mundo no se acobardan ante la idea de una mujer «liberada sexualmente». De hecho, es más bien lo contrario. Se sienten encantados de verse ante un bufé de mujeres jóvenes con las que darse el banquete, todas ellas aparentemente dispuestas a sufrir su maltrato sin quejarse. Visto de la forma más escueta, no puedo evitar estar de acuerdo con el lúgubre dictamen que hizo mi abuela cuando le hablé de la tesis de este libro: «Las mujeres hemos sido engañadas».

La labor de las feministas de mentalidad práctica, por tanto, es disuadir a los hombres de la actitud canalla. Nuestra actual cultura sexual no lo hace, pero podría hacerlo. Para cambiar la estructura de incentivos, necesitamos una tecnología que no fomente el cortoplacismo del comportamiento sexual masculino, que

proteja los intereses económicos de las madres y cree un entorno estable para criar a los niños. Y ya contamos con una tecnología así, aunque es antigua, torpe y dada al fracaso cíclico. Se llama matrimonio monógamo.

Antes de empezar a dar una impresión demasiado quijotesca, debería dejar clara una cosa: la monogamia de por vida no es nuestro estado natural. Solo en torno al quince por ciento de las sociedades que constan en los registros antropológicos han sido monógamas.[336] La monogamia tiene que ser impuesta por las leyes y las costumbres y, aun en sociedades en las que está profundamente arraigada, muchas personas la desafían. Hasta la fecha, la monogamia ha predominado solamente en dos tipos de sociedad: los grupos reducidos asolados por graves privaciones medioambientales y algunas de las civilizaciones más complejas que han existido incluida la nuestra.[337] Casi todas las demás han sido polígamas, permitiendo a los hombres de estatus superior tener múltiples esposas.

Pero aunque el modelo de matrimonio monógamo puede resultar relativamente inusual, tiene también un éxito espectacular. Cuando en una sociedad se impone la monogamia, tiende a hacerse más rica. Tiene menores índices de maltrato infantil y violencia doméstica, pues el conflicto entre las varias esposas suele generar ambos resultados. Los índices de natalidad y de criminalidad caen, lo cual fomenta el desarrollo económico, y los hombres ricos, al tener negada la oportunidad de dedicar sus recursos a buscarse más esposas, los invierten en otras cosas: propiedades, negocios, empleados y otras empresas productivas.

Al parecer, esta es la solución a lo que muchos antropólogos han llamado «el rompecabezas del matrimonio monógamo». ¿Cómo es que un sistema matrimonial que no satisface los intereses de los miembros más poderosos de la sociedad, los hombres de estatus superior, ha llegado de todos modos a quedar

institucionalizado en tantos lugares del mundo? La respuesta está en que, aunque la monogamia es menos satisfactoria para estos hombres, produce sociedades ricas y estables que consiguen sobrevivir.

Un sistema de matrimonio monógamo resulta exitoso, en parte, porque aleja a los hombres de la actitud canalla, especialmente cuando también se prohíbe el sexo antes del matrimonio. En estas circunstancias, si un hombre quiere tener sexo de una forma que sea socialmente aceptable, tendrá que convertirse en una persona digna del matrimonio, lo que implica conseguir un buen trabajo y formar un hogar adecuado para criar hijos. Dicho de otro modo, tendrá que domesticarse. La paternidad tiene, por tanto, otro efecto domesticador, incluso a un nivel bioquímico: cuando los hombres se implican en el cuidado de sus hijos pequeños, sus niveles de testosterona descienden, además de su agresividad y su libido.[338] Una sociedad compuesta por hombres domesticados es una sociedad donde hombres, mujeres y niños pueden vivir mejor.

El modelo del matrimonio monógamo es también la mejor solución descubierta para los problemas que presenta la crianza de los hijos. En el modelo tradicional existía la máxima por la que el padre era el principal responsable de ganar el dinero mientras la madre era la principal responsable de cuidar de los hijos en casa. Ese modelo permite a madres e hijos estar psicológicamente juntos y, al mismo tiempo, económicamente provistos. En una época con aparatos que ahorran esfuerzos tales como las lavadoras y las calderas, requiere menos tiempo dirigir una casa y, por tanto, resulta más viable que las madres de niños pequeños realicen trabajo remunerado fuera del hogar, como hacemos la mayoría. Pero tratar de representar de manera simultánea los roles tradicionales de padre y madre, como se ven obligadas a hacer las madres solteras, es casi imposible.

Para algunas mujeres, el trabajo remunerado fuera

del hogar es un placer y un privilegio. Para muchas más, es una responsabilidad y, a menudo, pesada. Incluso esas mujeres que disfrutan de su trabajo se ven físicamente incapaces de realizarlo durante los primeros meses de vida del bebé. Yo debería saberlo: empecé este libro al principio de mi embarazo y lo he terminado cuando mi hijo tiene seis meses de edad. El de escribir es probablemente uno de los trabajos más fáciles de combinar con la maternidad pero, aun así, ha habido varias semanas durante las cuales no he escrito una sola palabra porque estaba demasiado ocupada cuidando de mi bebé. Y aunque he contado con la ayuda de otras personas, incluido mi marido, yo era irremplazable como madre, no solo porque era la única persona que podía darle el pecho, sino también porque los niños tienen una relación con sus madres que comienza desde la concepción y esa relación no puede transferirse sin causar angustia tanto a la madre como al bebé.

Si queremos mantener intacto ese vínculo maternal, la única solución es que aparezca otra persona durante esas épocas de vulnerabilidad para realizar las tareas necesarias para proveer un hogar cálido y alimentado. Quizá deberíamos llamar esposo a esa persona. Quizá podríamos llamar a su vínculo legal y emocional matrimonio.

El matrimonio es una institución que tiene un modo de reinventarse. En 2020, una iniciativa puesta en marcha por un grupo de estudiantes estadounidenses llamado Affirmative Consent Project (‘Proyecto de Consentimiento Afirmativo’) empezó a vender un «equipo de consentimiento» en internet por 2,99 dólares. Este equipo de tamaño bolsillo contenía un condón, dos caramelos de menta y un contrato que establecía que los firmantes habían acordado tener sexo. Se animaba a las parejas a hacerse una foto sosteniendo en las manos el papel firmado. «¿Por qué no invitar a familiares y amigos a ser testigos de la firma?», preguntaban algunos

bromistas. «¿Por qué no contratar a un fotógrafo profesional? ¿Vestirse de gala? ¿Convertirlo en un evento?».[339]

De igual modo, en 2021, la periodista Julia Ioffe fue una de las muchas feministas que respondieron a la introducción de nuevas restricciones a los derechos a abortar en Texas proponiendo que a los hombres se les debería obligar a proporcionar ayuda económica a sus parejas sexuales si se quedaban embarazadas. Al parecer, con la esperanza de que los conservadores se escandalizaran ante esta propuesta extremadamente conservadora, Ioffe tuiteó: «Si eres antiabortista y quieres asegurarte de que las mujeres llevan todo embarazo a término, ¿por qué no obligar a que la persona que ha provocado el embarazo contribuya? ¿Por qué no hacer que los hombres paguen una pensión a las mujeres a las que han dejado embarazadas?».[340] ¿Y por qué no? De hecho, yo diría que es bastante posible ser proabortista y, a la vez, insistir en que los hombres deberían responsabilizarse de los hijos que han ayudado a crear. Antes teníamos una institución social establecida precisamente para ese propósito. Todavía podríamos tenerla.

En este capítulo solo puedo ofrecer un consejo y probablemente ya sepas cuál es. Así que, aquí va: cásate. Y haz lo posible por seguir casada. Especialmente, si tienes hijos y, especialmente, si esos hijos siguen siendo pequeños. Y si te ves en la situación de ser madre soltera, espera hasta que tus hijos sean mayores antes de meter un padrastro en su casa. Estas directrices resultan más difíciles de seguir ahora que antes, porque ya no vivimos en una cultura que incentive la perseverancia en el matrimonio. Pero sigue siendo posible que haya individuos que vayan en contra de la corriente y se empeñen en hacer lo más difícil y lo menos popular.

Los críticos con el matrimonio tienen razón cuando dicen que tradicionalmente se ha usado como un

vehículo para que los hombres controlen a las mujeres y tienen también razón al señalar que la mayoría de los matrimonios nos estaban a la altura de un ideal romántico. También llevaban razón al decir que el matrimonio monógamo y de por vida es, en cierto sentido, «antinatural», pues no es la norma humana. El sistema del matrimonio que ha prevalecido en Occidente hasta hace poco no era perfecto, ni tampoco fácil como para que la mayoría de las personas se ajustaran a él, pues exigía un alto nivel de tolerancia y autocontrol. En lo que los críticos se equivocan es en argumentar que existe algún sistema mejor. No lo hay.

<<salto>>

Conclusión

HAZ CASO A TU MADRE

En este libro estoy avanzando por una línea muy fina. Por un lado, estoy dando argumentos en contra de una especie de ingenuo «feminismo de libertad de elección» que no reconoce las sutiles, y no tan sutiles, estructuras de incentivos que influyen en la toma de decisiones individuales. Por otro, estoy tratando de animar a las lectoras a tomar unas decisiones en particular, siendo plenamente consciente de que vuestra voluntad está tremendamente restringida. Dicho de otro modo, os estoy diciendo que vuestras opciones están limitadas pero, aun así, las seguís teniendo. «Hay salidas», como dice el poeta Charles Bukowski, «hay una luz en algún lugar, puede que no sea mucha luz, pero vence a la oscuridad».

Así pues, yo he tratado de ofrecer resquicios de luz. Porque creo de verdad no solo que hay sitio para que los individuos se comporten de una forma distinta, sino también que estos actos individuales pueden llegar a convertirse en algo más importante. Las cosas pueden cambiar muy rápidamente cuando las personas se dan cuenta de que hay otras que, en secreto, sienten lo mismo que ellas.

Mi amiga y escritora Katherine Dee lleva tiempo prediciendo un cambio: «Creo que el péndulo de la sexualidad va a moverse mucho», escribió el año pasado. «Estamos sumergiéndonos de cabeza en algo que se ha estado cociendo a fuego lento desde 2013-2014… La cacerola está a punto de hervir». Katherine es una de esas personas con talento para notar los cambios en las tendencias culturales y ve cada vez más señales de una próxima reacción contra los excesos del discurso de la liberación sexual, especialmente de las mujeres de la

generación X que han sufrido lo peor de ella.[341]

Yo creo que Katherine tiene razón en esto. Y aunque he escrito este libro con la esperanza de que lo puedan leer hombres y mujeres de todas las edades, mi mayor deseo es que lo lean las mujeres jóvenes en particular, el grupo con el que ha fracasado estrepitosamente el feminismo liberal y que tiene más que ganar con un cambio contra sus excesos.

Así que, aunque en estas páginas hay algunos consejos que podrían ser de utilidad para cualquier lector, merece la pena repetir aquí los puntos más relevantes para estas jóvenes en particular. Se trata de los mismos consejos que le daría a mi propia hija:

- No te fíes de ninguna persona ni ideología que te presiona para que no hagas caso de tu intuición moral.
- La caballerosidad es, en realidad, algo bueno. Todos tenemos que controlar nuestros deseos sexuales, especialmente los hombres, dada su mayor fuerza física y, de media, su más alta libido.
- A veces (aunque no siempre) se puede identificar fácilmente a los hombres sexualmente agresivos. Existe un puñado de rasgos de personalidad que son comunes en ellos: impulsividad, promiscuidad, hipermasculinidad y antipatía. La combinación de estos rasgos debería ponerte en guardia.
- Hay que huir de los hombres que se excitan con la violencia, usen o no el vocabulario de las prácticas de dominación y sadomasoquismo para justificar su comportamiento. Si pueden mantener una erección mientras golpean a una mujer, no es seguro quedarse a solas con ellos.
- Los talleres sobre consentimiento son, en su mayoría, inútiles. El mejor modo de reducir la

incidencia de violaciones es reduciendo las oportunidades de que potenciales violadores puedan actuar. Esto se puede conseguir manteniendo en prisión a los violadores condenados o limitando su acceso a víctimas potenciales.

- La categoría de personas que con más probabilidad van a ser víctimas de estos hombres es la de mujeres jóvenes con edades comprendidas entre los trece y los veinticinco años. Todas las chicas y mujeres, pero particularmente las de estas edades, deberían evitar estar a solas con hombres a los que no conocen o con hombres que les dan miedo. No hay que hacer caso omiso del instinto: normalmente se dispara con alguna alerta que merece la pena ser escuchada.
- Emborráchate o drógate en privado con amigas en lugar de en público o en compañía mixta.
- No uses aplicaciones de contactos. Las amistades mutuas pueden servir para conocer el historial y castigar las malas conductas. Las aplicaciones de contactos, no.
- Abstenerse de tener sexo con un novio nuevo durante, al menos, unos meses es una buena forma de averiguar si va en serio contigo o si simplemente está buscando acostarse contigo.
- Ten sexo con un hombre solamente si crees que va a ser un buen padre para tus hijos, no porque necesariamente tengas la intención de tener hijos con él, sino porque esta constituye una buena regla de oro para decidir si merece o no tu confianza.
- El matrimonio monógamo es, de lejos, la base más estable y fiable sobre la que construir una familia.

En el primer capítulo afirmé que ninguno de mis consejos iba a ser revolucionario, y lo mantengo. Todo esto se basa en estudios contrastados, pero no debería ser así, pues se parece bastante a lo que la mayoría de las madres les dirían a sus hijas, si es que estas estuviesen dispuestas a escucharlas.

Si queremos desafiar los costes sociales de la revolución sexual de una forma efectiva, no podemos rediseñar la sociedad haciendo cálculos aproximados. Tenemos que fijarnos en las estructuras sociales que ya han demostrado su eficacia en el pasado y compararlas entre sí, en lugar de compararlas con alguna alternativa imaginada que jamás ha existido y que probablemente jamás vaya a existir. El impacto de la píldora llevó a los liberales sexuales a la presuntuosa creencia de que nuestra sociedad podía quedar libre de la opresión de las normas sexuales y que podía funcionar sin problema. Los últimos sesenta años han demostrado que esa creencia era equivocada. Tenemos que volver a levantar las barandillas sociales que se han derribado. Y, para ello, tenemos que empezar por lo más evidente: el sexo se debe tomar en serio. Los hombres y las mujeres son diferentes. Algunos deseos son malos. El consentimiento no es suficiente. La violencia no es amor. El sexo sin amor no empodera. Las personas no son productos. El matrimonio es bueno.

Y, sobre todo, haz caso a tu madre. En 2021, un vídeo en TikTok de una estadounidense llamada Abby se hizo viral. En el vídeo, Abby dice mirando a la cámara:

> Yo, como muchas otras estudiantes universitarias, estoy inmersa en la cultura del sexo sin compromiso y, a menudo, esta cultura hace que me resulte difícil saber si lo que hago es bueno o no para mí. Con mucha frecuencia, nos alejamos como mujeres de lo que de verdad merecemos. Así que, esto es lo que he estado haciendo últimamente…
>
> Muestra en la pantalla una serie de fotos de su

infancia y explica que los hombres con los que se ha acostado en el pasado le han hecho sentir, con frecuencia, como si no fuese digna, no solo de amor, sino también del respeto básico. Así que está tratando de recordarse a sí misma lo que vale como persona representando el papel de madre de su niña interior. «¿Me parece eso bien para ella?», pregunta con lágrimas en los ojos mientras señala una foto suya de más joven. «¿Le permitiría ser una segunda opción, borracha y a última hora de la noche? ¿Permitiría que esto le pasara a ella?». Niega con la cabeza, llorando: «Desde el punto de vista de una tercera persona que tiene la obligación de cuidarla, jamás dejaría que nada de esto le pasara».[342]

Abby está intentando ejercer de madre de sí misma, aunque no está del todo segura de cómo hacerlo. Y las miles de jóvenes en sus respuestas tratan de hacer lo mismo: «Estoy llorando»; «Necesitaba esto, gracias»; «Esto acaba de cambiarme la vida». Se les ha negado los consejos de sus madres, no porque sus verdaderas madres no quieran dárselos, sino por un impulso matricida que existe en el feminismo liberal que aleja a las mujeres jóvenes de la «problemática» generación anterior. Esto no solo significa que se alejen de las voces de la experiencia, sino lo que es más importante, que también se alejen de la persona que más las quiere en el mundo. El feminismo tiene que redescubrir a la madre, en todos los aspectos.

Hasta entonces, cada mujer tendrá que aprender por su cuenta a ver la mentira de la promesa de la liberación sexual, la mentira que nos dice, tal y como lo expresa Andrea Dworkin, que «follar per se es libertad *per se*». Ha sido una mentira desde el principio. Por fin ha llegado el momento de decirlo.

Notas

1. MEZZOFIORE, Gianluca, «No, that viral picture doesn't show Hugh Hefner lighting a cigarette for Marilyn Monroe», *Mashable*, 28 de septiembre de 2017, https://mashable.com/2017/09/28/marilyn-monroe-hugh-hefner-fake-picture-playboy/?europe=true

2. SHEPHERD, Jack, «Hugh Hefner dead: Playboy founder is being buried next to Marilyn Monroe», *Independent*, 28 de septiembre de 2017, www.independent.co.uk/arts-entertainment/films/news

3. GOTTLIEB, Jeff, «For sale: eternity with Marilyn Monroe», *L.A. Times*, 14 de agosto de 2009, www.latimes.com/archives/la-xpm-2009-aug-14-me-mari lyn14-story.html

4. WITTER, Brad, «Marilyn Monroe didn't actually pose for the first issue of Playboy», 8 de septiembre de 2020, www.biography.com/news/marilyn-monroe-playboy-first-issue-didnt-pose

5. SCOTT, Johnson, *Hollywood Reporter,* 4 de octubre de 2017, www.hollywood reporter.com/news/playboys-first-black-playmate-reflects-hugh-hefners-legacy-1045838

6. WITTER, «Marilyn Monroe didn't actually pose».

7. «Hugh Hefner Will be buried next to Marilyn Monroe», *Telegraph*, 29 de septiembre de 2017, www.telegraph.co.uk/films/2017/09/29/hugh-hefner-buried-next-marilyn-monroe-fans-not-happy/

8. HILLS, Megan C., «How Hugh Hefner built an entire empire without Marilyn Monroe's consent», *Marie Claire*, 29 de septiembre de 2017, www.marieclaire.co.uk/news/celebrity-news/hugh-hefner-marilyn-monroe-541688

9. DWORKIN, Andrea, *Right-Wing Women*, Perigee Books, Nueva York, 1978, 1983, p. 18.

10. GRUDZEN, Corita; Daniella Meeker, Jacqueline Torres *et al.,* «Comparison of the mental health of female adult film performers and other young women in California», *Psychiatric Services,* 62, 2011, pp. 639-645.

11. KASHNER, Sam, «Marilyn and her monsters», *Vanity Fair,* 5 de octubre de 2010, www.vanityfair.com/culture/2010/11/marilyn-monroe-201011

12. «Hugh Hefner quotes», 28 de septiembre de 2017, https://heavy.com/entertainment/2017/09/hugh-hefner-quotes-on-life-death-playboy-is-alive-dead/

13. BAHOU, Olivia, *Cosmopolitan*, 11 de junio de 2015, www.cosmopolitan.com/sex-love /news/a41845/worst-things-playmates-said-about-playboy-mansion/

14. *Ibid.*

15. WAXMAN, Sharon, 28 de septiembre de 2017, www.thewrap.com/hugh-hefner-legacy-no-feminist-hero/

16. CULLIFORD, Graeme, «Sickening pimp secret», *The Sun*, 2 de octubre de 2017, www.thesun.co.uk/news/4585472/brit-model-lured-girls-to-the-playboy-mansion-to-have-orgies-with-hugh-hefner/

17. BARNES, Brooks, «The loin in winter», *The New York Times*, 23 de octubre de 2009, www.nytimes.com/2009/10/24/business/media/24hefner.html?pagewanted=2&sq=hefner&st=cse&scp=1

18. GRAY, Emma, «The contradictory feminist legacy or Playboy's Hugh Hefner», 29 de septiembre de 2017, *Huffington Post*, www.huffingtonpost.co.uk/entry/playboy-hugh-hefner-feminist-contradiction_n_59cd07c4e4b0210dfdfc822d?ri18n=true

19. EGGERT, Nalina: «Hugh Hefner death: was the Playboy revolution good for women?», *BBC*, 28 de septiembre de 2017, www.bbc.co.uk/news/world-us-canada-41426299

20. DAY, Pascale, «Opinion», *Metro*, 28 de septiembre de 2017, https://metro.co.uk/2017/09/28/hugh-hefner-might-have-been-a-sleaze-but-playboy-helped-push-feminism-forwards-6963213/?ito=cbshare

21. La cita se ha atribuido a la novelista Margaret Irwin, al periodista Kingsley Martin o a la crítica y dramaturga Dorothy Parker. Varios integrantes del círculo vivían en «cuadrados» (plazas): Virginia y Leonard Woolf en Tavistock Square o Vanesa y Clive Bell en Gordon Square. En algunos casos hubo triángulos amorosos. (N. del. E.).

22. DENEEN, Patrick J., junio de 2015, www.firstthings.com/article/2015/06/ the-power-elite

23. *Véase* www.theguardian.com/film/2017/mar/05/emma-watson-vanity-fair-cover-feminism

24. Gracias al escritor estadounidense Aaron Sibarium por acuñar el término «desencanto sexual»: https://americancompass.org/the-commons/three-theses-about-cuties/

25. https://medium.com/@totalsratmove?p=2194a96bdbb6

26. VALENTI, Jessica, «#MeToo is about more than stopping rape», *The Guardian,* 31 de enero de 2018, www.theguardian.com/commentisfree/2018/jan/31/ me-too-we-demand-more-jessica-valenti

27. VALENTI, Jessica y Jaclyn Friedman, *Believe Me: How Trusting Women Can Change the World*, Basic Books, Nueva York.

28. https://en.wikipedia.org/wiki/List_of_universities_with_BDSM_clubs

29. https://en.wikipedia.org/wiki/Sex_Week_at_Yale

30. GRASGREEN, Allie, «Fifty shades of crimson», 5 de diciembre de 2012, www.insidehighered.com/news/2012/12/05/kink-clubs-harvards-well-established-healthy-students

31. LEWIS, C. S., *Cautivado por la alegría*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1994.

32. *Véase* www.glamour.com/story/12-friends-moments-that-will-totally-make-you-cringe-now

33. HOUSE, Laura, «Plan dinner the night before, NEVER complain and speak in a soft voice», *Daily Mail*, 7 de diciembre de 2016, www.dailymail.co.uk/femail/article-4011366/Cringeworthy-1950s-marriage-advice-teaching-housewives-look-husbands.html

34. www.cosmopolitan.com/sex-love/advice/g3765/ways-to-please-a-man/

35. www.cosmopolitan.com/uk/love-sex/sex/tips/g1508/turn-him-on-sex-tips/

36. www.cosmopolitan.com/sex-love/confessions/advice/g1788/how-to-turn-him-on/

37. THORNHILL, Randy; Craig T. Palmer, *A Natural History of Rape: Biological Bases of Sexual Coercion*, MIT Press, Chicago, 2000.

38. DREGER, Alice, *Galileo's Middle Finger: Heretics, Activists, and One Scholar's Search for Justice*, Penguin, Nueva York, p. 124.

39. *Véase* www.nypl.org/voices/print-publications/books-of-the-century

40. BROWNMILLER, Susan, *Contra nuestra voluntad: hombres, mujeres y violación*, Planeta, Barcelona, 1981.

41. FILIPOVIC, Jill, 29 de agosto de 2013, www.theguardian.com/commentisfree/2013/aug/29/rape-about-power-not-sex

42. BROWNMILLER, *Contra nuestra voluntad.*

43. FINE, Cordelia, *Cuestión de sexos*, Roca Editorial, Barcelona, 2011.

44. BROWNMILLER, *Contra nuestra voluntad*.

45. MACKINNON, John, «The orangutan in Sabah today», *Oryx*, 11, 1971, pp. 141-191, en p. 175.

46. GALDIKAS, B. M. F., *Reflejos del Edén: mis años con los orangutanes de Borneo*, Pepitas de Calabaza, La Rioja, 2013; MITANI, John C., «Mating behaviour of male orangutans in the Kutai Game Reserve, Indonesia», *Animal Behaviour* 33, 1985, pp. 392-402.

47. THORNHILL y Palmer, *A Natural History of Rape*, pp. 82-83.

48. BLAFFER HRDY, Sarah, *Mother Nature: A History of Mothers, Infants, and Natural Selection*, Pantheon, Nueva York, 1999.

49. MILLER, A. E.; J. D. MacDougall; M. A. Tarnopolsky y D. G. Sale, «Gender differences in strength and muscle fiber characteristics», *European Journal of Applied Physiology and Occupational Physiology* 66, 1993, pp. 254-262.

50. AMASAY, Tal; Constance M. Mier; Katelyn K. Foley y Tonya L. Carswell, «Gender differences in performance of equivalently loaded push-up and bench-press exercises», *Journal of Sport* 5, 2016, pp. 46-63.

51. GABRIELSEN, Paul, «Why males pack a powerful punch», 5 de febrero de 2020, https://phys.org/news/2020-02-males-powerful.html

52. LEYK, D.; W. Gorges; D. Ridder *et al.,* «Hand-grip strength of young men, women and highly trained female athletes», *European Journal of Applied Physiology* 99, 2007, pp. 415-421.

53. MEYER, Robinson, 7 de agosto de 2012, www.theatlantic.com/technology/archive/2012/08/the-golden-ratio-the-one-number-that-describes-how-mens-world-records-compare-with-womens/260758/

54. *Véase* https://en.wikipedia.org/wiki/CARIFTA_Games#Boys_Under_17

55. *Véase* www.truthorfiction.com/was-the-u-s-womens-national-team-defeated- by-teenaged-boys-in-a-2017-soccer-match/

56. *Véase* www.newstatesman.com/politics/sport/2016/07/olympics-one-question -will-hang-over-female-athletes-are-you-real-woman

57. «Dame Kelly Holmes, Paula Radcliffe and Sharron Davies to write to IOC over transgender athletes», 18 de marzo de 2019, www.bbc.co.uk/sport/47608623

58. INGLE, Sean, 3 de marzo de 2019, https://www.theguardian.com/society/2019/mar/03/sports-stars-weigh-in-on-row-over-transgender-athletes

59. SELL, Aaron; Aaron W. Lukazsweski y Michael Townsley, «Cues of upper body strength account for most of the variance in men's bodily attractiveness», *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences* 284, 2017, https://royalsocietypublishing.org/doi/10.1098/rspb.2017.1819

60. «Google's ideological echo chamber», julio de 2017, https://web.archive.org/web/20170809021151/https://diversitymemo.com/; «El conocido manifiesto machista de Google en español», agosto de 2018, https://gaceta.es/civilizacion/manifiesto-machista-google-espanol-20170808-1334/

61. LEWIS, Paul, «I see things differently», 17 de noviembre de 2017, www.theguar dian.com/technology/2017/nov/16/james-damore-google-memo-interview-autism-regrets

62. «Google's ideological echo chamber»; «El conocido manifiesto machista de Google en español».

63. *Véase* www.youtube.com/watch?v=wTHgMxQEoPI

64. TURNER, Camilla, 26 de noviembre de 2020, www.telegraph.co.uk/news/2020/11/26/exclusive-eton-college-dismisses-teacher-amid-free-speech-row/

65. FELSON, Richard B., y Patrick R. Cundiff, «Sexual assault as a crime against young people», *Archives of Sexual Behavior* 43, 2014, pp. 273-284.

66. THORNHILL y Palmer, *A Natural History of Rape*, p. 72.

67. FELSON, Richard y Richard Moran, 2 de enero de 2016, https://quillette.com/2016/01/02/to-rape-is-to-want-sex-not-power/

68. GANNON, T. A.; R. M. Collie; T. Ward y J. Thakker, «Rape: psychopathology, theory and treatment», *Clinical Psychology Review* 28, 2008, pp. 982-1008.

69. THORNHILL y Palmer, *A Natural History of Rape*, p. 134.

70. WRANGHAM, Richard y Dale Peterson, *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence*, Bloomsbury, Londres, 1997, p. 140.

71. DREGER, *Galileo's Middle Finger*, pp. 118-120.

72. BUSS, David, *La evolución del deseo: estrategias del emparejamiento humano*, Alianza Editorial, Madrid, 2021.

73. MCMILLAN, Dina, 13 de abril de 2018, https://singjupost.com/unmasking-the-abuser-dina-mcmillan-at-tedxcanberra-full-transcript/

74. THORNHILL y Palmer, *A Natural History of Rape*, p. 76.

75. BUSS, *La evolución del deseo.*

76. «Sussex Police defends “victim blaming” campaign poster», 8 de abril de 2015, www.bbc.co.uk/news/uk-england-sussex-32216176

77. *Véase* www.change.org/p/sussex-police-withdraw-your-rape-prevention- posters-which-blames-victims-of-sexual-assault

78. «Sex offender treatment scheme led to increase in reoffending», 30 de junio de 2017, www.theguardian.com/uk-news/2017/jun/30/sex-offenders-on-group-treatment-programme-more-likely-to-reoffend

79. HAIDT, Jonathan, *The Righteous Mind: Why Good People Are Divided by Politics and Religion*. Allen Lane, Londres, 2012, pp. 170-176.

80. PARKER, Richard Guy y Peter Aggleton, eds, *Culture, Society and Sexuality: A Reader*, Psychology Press, Londres, 1999, p. 171.

81. TAWNEY, R. H., *Equality*, 4ª ed., Allen & Unwin, Londres, 1931, 1952, pp. 181-182.

82. SCHMITT, David P., «Sociosexuality from Argentina to Zimbabwe: a 48-nation study of sex, culture, and strategies of human mating», *Behavioral and Brain Sciences* 28, 2005, pp. 247–275; 275-311.

83. DAWSON, S. J.; B. A. Bannerman y M. L. Lalumière, «Paraphilic interests: an examination of sex differences in a nonclinical sample», *Sexual Abuse* 28, 2016, pp. 20-45.

84. *Véase* www.bsa.natcen.ac.uk/latest-report/british-social-attitudes-30/personal-relationships/homosexuality.aspx

85. https://en.wikipedia.org/wiki/Legal_status_of_same-sex_marriage

86. SULLIVAN, Andrew, 28 de agosto de 1989, https://newrepublic.com/article/ 79054/here-comes-the-groom

87. CHESTERTON, G. K., *Por qué soy católico*, El Buey Mudo, Madrid, 2009.

88. WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona, 1997.

89. THOMPSON, Ben, «Ban this filth!», 9 de noviembre de 2012, https://web.archive. org/web/20121112141447/http://www.ft.com/cms/s/2/093c3726-24e1-11e2-86fb-00144feabdc0.html#axzz2Bv5X322utv%23axzz2Bv5X3utv

90. ROBERTSON, Geoffrey, 24 de mayo de 2008, www.thetimes.co.uk/article/the-mary-whitehouse-story-mary-quite-contrary-dgqdtrf2qxq

91. KENNY, Mary, «In defence of Mary Whitehouse», 7 de junio de 2010, www. spectator.co.uk/article/in-defence-of-mary-whitehouse

92. *Véase* www.theguardian.com/commentisfree/video/2020/sep/22/from-mary-whitehouse-to-the-proms-owen-jones-on-how-woke-became-a-dirty-word-video

93. BOFFEY, Daniel, «Revealed: how Jimmy Savile abused up to 1,000 victims on BBC premises», 18 de enero de 2014, www.theguardian.com/media/2014/jan/18/jimmy-savile-abused-1000-victims-bbc

94. *Véase* https://order-order.com/2012/10/02/piers-morgan-laughed-off- saviles-underage-sex-joke/

95. BURNS, John F. y Ravi Somaiya, 2 de noviembre de 2012, www.nytimes.com/2012/11/02/world/europe/shield-of-celebrity-protectec-savile-for- decades.html?auth = login-smartlock

96. THEROUX, Louis, «Looking back on Jimmy Savile», 1 de octubre de 2016, www.bbc.co.uk/news/magazine-37517619

97. D'ARCY Scott y Dan Bloom, «Paedophile Information Exchange: Leon Brittan "opposed banning pro-child sex campaign group"», 4 de junio de 2015, www.mirror.co.uk/news/uk-news/paedophile-information-exchange-leon-brittan-5825108

98. STANLEY, Tim, 1 de marzo de 2014, https://web.archive.org/web/2014030601 4809/http://blogs.telegraph.co.uk/news/timstanley/100261734/allen-ginsberg- camille-paglia-and-the-literary-champions-of-paedophilia/

99. *Véase* https://en.wikipedia.org/wiki/Color_Climax_Corporation

100. *Véase* www.rt.com/news/child-porn-in-open-access-at-swedish-national-library/

101. *Véase* https://en.wikipedia.org/wiki/French_petition_against_age_of_consent_laws

102. CAMPBELL, Matthew, 28 de marzo de 2021, www.thetimes.co.uk/article/french-philosopher-michel-foucault-abused-boys-in-tunisia-6t5sj7jvw

103. GRIFFIN, Louise, 13 de enero de 2021, https://metro.co.uk/2021/01/13/belle-delphine-responds-as-shes-accused-of-fetishising-rape-13894142/?ito=cbshare

104. *Véase* https://twitter.com/RepJimBanks/status/1304556525789351937

105. Para consultar las críticas, *véase* www.washingtonpost.com/opinions/2020/ 09/11/people-freaking-out-about-cuties-should-try-it-they-might-find-lot-like/; www.rollingstone.com/movies/movie-reviews/cuties-movie-review-1056197/; www.newyorker.com/culture/the-front-row/cuties-mignonnes-the-extraordinary-netflix-debut-that-became-the-target-of-a-right-wing-campaign; www.telegraph.co.uk/films/0/cuties-netflix-reviewa-provocative-powder-keg-age-terrified/

106. *Véase* www.pressgazette.co.uk/a-tale-told-too-much-the-paediatrician-vigilantes/

107. CALIFIA, Patrick, *Public Sex: The Culture of Radical Sex*, Cleis Press, San Francisco, 2000, p. 26.

108. SWEET, Matthew, *Inventing the Victorians*, Faber & Faber, Londres, 2002.

109. BACARDI, Francesca, 14 de enero de 2021, https://pagesix.com/2021 /01/14/ armie-hammers-ex-courtney-vucekovich-he-wanted-to-barbecue-and-eat-me/

110. VULPO, Mike, 26 de enero de 2021, www.eonline.com/news/1231009 /armie-hammers-ex-paige-lorenze-details-their-polyamorous-bdsm-relationship

111. PRESKEY, Natasha, 20 de marzo de 2021, www.independent.co.uk/life-style/ armie-hammer-dms-sex-interviews-b1787196.html

112. WAY, Katie, «I went on a date with Aziz Ansari», https://babe.net/2018/01/13/aziz-ansari-28355

113. HARRINGTON, Mary, «Feminism against progress», 2021, manuscrito sin publicar.

114. MCCAHILL, Elaine, «There's a tension», 29 de septiembre de 2016, www.thesun.co.uk/tvandshowbiz/1880453/the-falls-gillian-anderson-discusses-sexual-chemistry-between-her-character-and-jamie-dornans-serial-killer/

115. SCIORTINO, Karley, *Slutever: Dispatches from a Sexually Autonomous Woman in a Post-Shame World*, Grand Central, Nueva York, 2018, pp. 10-11.

116. «The revised sociosexual orientation inventory (SOI-R) short manual», www.larspenke.eu/pdfs/SOI-R%20Manual.pdf

117. SCHMITT, David P., «Sociosexuality from Argentina to Zimbabwe: a 48-nation study of sex, culture, and strategies of human mating», *Behavioral and Brain Sciences* 28, 2005, pp. 247–75; opiniones, pp. 275-311.

118. CAMPBELL, Anne, *A Mind of Her Own: The Evolutionary Psychology of Women*. Segunda edición, Oxford University Press, Oxford, 2002, 2013, p. 51.

119. BAILEY, J. V., C. Farquhar, C. Owen *et al.*, «Sexual behaviour of lesbians and bisexual women», *Sexually Transmitted Infections* 79, 2003, pp. 147-150.

120. HENDERSON, L., D. Reid, F. Hickson *et al.*, *First, Service Relationships, Sex and Health amongst Lesbian and Bisexual Women*, Sigma Research, Londres, 2001, https://researchonline.lshtm.ac.uk/id/ep rint/1402

121. *Véase* www.economist.com/britain/2020/01/09/why-lesbian-couples-are-more-likely-to-divorce-than-gay-ones

122. SULLIVAN, Andrew, *Love Undetectable: Notes on Friendship, Sex, and Survival*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1998, pp. 162-163.

123. *Ibid.*, p. 160.

124. *Partnership Patterns and HIV Prevention amongst Men who have Sex with Men (MSM)*, www.nat.org.uk/sites/default/files/publications/July-2010-Parternship-Patterns-and-HIV-Prevention.pdf

125. HICKSON, Ford *et al.*, *Testing Targets: Findings from the United Kingdom Gay Men's Sex Survey 2007*, https://researchonline.lsh tm.ac.uk/id/eprint/1386840/1/report2009f.pdf

126. MERCER, Catherine H., *et al.*, «The health and well-being of men who have sex with men (MSM) in Britain: evidence from the third National Survey of Sexual Attitudes and Lifestyles (Natsal-3)», *BMC Public Health* 16, 2016, artículo 525; doi:10.1186/s12889-016-3149-z

127. CLARK, R. D. y E. Hatfield, «Gender differences in receptivity to sexual offers», *Journal of Psychology & Human Sexuality* 2, 1989, pp. 39-55.

128. AL-SHAWAF, L., D. M. Lewis y D. M. Buss, «Sex differences in disgust: why are women more easily disgusted than men?», *Emotion Review* 10, 2018, pp. 149-160.

129. KEDZIERSKI, Diane M., *An Examination of Disgust, its Measures, and Gender Differences in the Experience of Disgust Sensitivity*. Tesis de doctorado, Nova Southeastern University, Florida, 2013, https://nsuworks.nova.edu/cps_stuetd/43

130. MORAN, Rachel, *Paid For: My Journey through Prostitution*, Gill & Macmillan, Dublín, 2013.

131. https://everydayfeminism.com/2016/07/feminist-hook-up-culture/; www.mic.com/articles/57795/your-7-point-intersectional-feminist-guide-to-hook-ups

132. O'MALLEY, Katie y Becky Burgum, «Demisexuality meaning and how it affects physical intimacy and attraction», 27 de julio de 2021, www.elle.com/uk/life-and-culture/culture/a32765/what-it-means-to-be-demisexual/

133. *Véase* www.womenshealthmag.com/relationships/a30224236/casual-sex- feelings/; www.vice.com/en/article/59mmzq/how-to-bio-hack-your-brain-to-have-sex-without-getting-emotionally-attached?utm_source=vicefbus; https://elle. in/article/how-to-have-casual-sex-without-getting-emotionally-attached-according-to-science/

134. GARCIA, Justin R. *et al.*, «Sexual hookup culture: a review», *Review of General Psychology* 16, 2012, pp. 161-176.

135. WADE, Lisa, «The rise of hookup culture on American college campuses», 25 de agosto de 2017, https://scholars.org/brief/rise-hookup-sexual-culture-american-college-campuse

136. FESSLER, Leah, «A lot of women don't enjoy hookup culture – so why do we force ourselves to participate?», 17 de mayo de 2016, https://qz.com/685852/hookup-culture/

137. FIELDER, R. L. y M. P. Carey, «Prevalence and characteristics of sexual hookups among first-semester female college students», *Journal of Sex & Marital Therapy* 36, 2010, pp. 346-359.

138. ARMSTRONG, E. A., P. England y A. C. K. Fogarty, «Accounting for women's orgasm and sexual enjoyment in college hookups and relationships», *American Sociological Review* 77, 2012, pp. 435-462.

139. HELDMAN, Caroline y Lisa Wade, «Hook-up culture: setting a new research agenda», *Sexuality Research and Social Policy* 7, 2010, pp. 323-333.

140. HERBENICK, D., V. Schick, S. A. Sanders *et al.*, «Pain experienced during vaginal and anal intercourse with other-sex partners: findings from a nationally representative probability study in the United States», *Journal of Sexual Medicine* 12, 2015, pp. 1040-1051.

141. WHITMIRE, R., «A tough time to be a girl: gender imbalance on campuses», *Chronicle of Higher Education* 54, 2008, A23.

142. HELDMAN y Wade, «Hook-up culture».

143. BUSS David y David Schmitt, «Sexual strategies theory: an evolutionary perspective on human mating», *Psychological Review* 100, 1993, pp. 204-232.

144. BUSS, David, *La evolución del deseo: estrategias del emparejamiento humano*, Alianza Editorial, Madrid, 2021.

145. ARGOV, Sherry, *Why Men Love Bitches*, Adams Media, Nueva York, p. 55.

146. BROWN, Donald E., *Human Universals*, McGraw-Hill, Nueva York, 1991.

147. STONE, Lawrence, *The Road to Divorce: England 1530-1987*, Oxford University Press, Oxford, 1995, p. 7.

148. GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995.

149. KREAGER, Derek A. y Jeremy Staff, «The sexual double standard and adolescent peer acceptance», *Social Psychology Quarterly* 72, 2009, pp. 143-164.

150. MARKS, Michael J., Tara M. Young y Yuliana Zaikman, «The sexual double standard in the real world», *Social Psychology* 50, 2019, pp. 67-79.

151. JONES, Daniel N., «The “chasing Amy” bias in past sexual experiences: men can change, women cannot», *Sexuality & Culture* 20, 2016, pp. 24-37.

152. FLYNN, Gillian, *Perdida*, Random House, Barcelona, 2013.

153. *Véase* www.reddit.com/r/relationships/comments/72115r/i25m_told_my_friends_with_benefits24f_i_dont_see/

154. *Véase* www.reddit.com/r/AmItheAsshole/comments/db03qr/aita_for_telling_my_fwb_that_i_think_she_should/

155. WEISBERG, Yanna J., Colin G. DeYoung y Jacob B. Hirsh, «Gender differences in personality across the ten aspects of the Big Five», *Frontiers in Psychology* 2, 2011, p. 178; doi:10.3389/fpsyg.2011.00178.

156. «An Uncomfortable truth», www.youtube.com/watch?v=qrUiHB 5qJJ0

157. *Generación ostentación*, directora Lauren Greenfield, Evergreen Pictures, 2018.

158. SUGIYAMA, Michelle Scalise, «Fitness costs of warfare for women», *Human Nature* 25, 2014, pp. 476-495.

159. «Linda Boreman, 53, star of “Deep Throat” became advocate against porn», 23 de abril de 2002, www.latimes.com/archives/la-xpm-2002-apr-23-me-linda23-story.html

160. GARFIELD, Simon «Blow for freedom», 28 de abril de 2002, www.theguardian.com/film/2002/apr/28/features.review

161. LOVELACE, Linda y Mike McGrady, *Garganta profunda: memorias de una actriz porno*, La Fábrica Editorial, Madrid, 2003.

162. *Véase* www.antipornography.org/racism-in-porn-industry-harsh-reality-exposed.html

163. *Véase* www.antipornography.org/my-bulimia-eating-disorder-story-how-it-harmed-me.html

164. *Véase* www.antipornography.org/my-story-of-becoming-a-methamphetamine- addict.html

165. *Véase* www.antipornography.org/female-porn-addiction-my-story-how-i-became-addict.html

166. *Véase* www.antipornography.org/working-in-porn-is-a-dead-end-trip-to-nowhere.html

167. *Véase* www.antipornography.org/is-doing-porn-empowering-for-women.html

168. *Véase* www.stylist.co.uk/people/10-unlikely-oxford-union-speakers/13301

169. MAAIKE, Ashley, «Jenna Jameson is speaking out against trafficking in porn», 5 de agosto de 2020, https://filmdaily.co/news/jenna-james on-porn-trafficking/

170. *Véase* https://filia.org.uk/resources/2020/5/16/international-call-for-credit-card-freeze-on-porn-sites

171. AUERBACH, David, «Vampire porn», 23 de octubre de 2014, https://web.archive. org/web/20141219160919/ http://www.slate.com/articles/technology/ technology/2014/10/ mindgeek_porn_monopoly_its_dominance_is_a_ cautionary_tale_for_other_industries.html

172. KRISTOF, Nicholas, «The children of Pornhub», 4 de diciembre de 2020, www.nytimes.com/2020/12/04/opinion/sunday/pornhub-rape-trafficking.html

173. KRISTOF, Nicholas, «An uplifting update on the terrible world of Pornhub», 9 de diciembre de 2020, www.nytimes.com/2020/12/09 /opinion/pornhub-news-child-abuse.html

174. PAUL, Kari, 14 de diciembre de 2020, www.theguardian.com/technology/2020/dec/14/pornhub-purge-removes-unverified-videos-in vestigation-child-abuse

175. O'CONNOR, Meg, 18 de octubre de 2019, www.vice.com/en_uk/article/evjkdw/ she-helped-expose-girls-do-porn-but-she-can-never-outrun-what-it-did-to-her

176. SKLAR, Debbie L., 12 de abril de 2021, https://timesofsandiego.com/crime/ 2021/04/02/10-more-women-join-lawsuit-against-pornhub-plaintiffs-now-total-50/

177. VALENS, Ana, «Pornhub pulls Girls Do Porn videos amid sex trafficking charges», 15 de octubre de 2019, www.dailydot.com/irl/pornhub-girls-do-porn-federal-charges/

178. *Véase* www.10news.com/news/local-news/women-sue-pornhubs-parent-company-for-hosting-girlsdoporn-com-videos

179. SKLAR, 12 de abril de 2021.

180. JACOBS, T., K. Fog-Poulsen, A. Vermandel *et al.*, «The effect of porn watching on erectile function», *European Urology Open Science* 19, anexo e1121-e1122, julio de 2020.

181. *Véase* www.mirashowers.co.uk/blog/trends/revealed-what-brits-are-really-getting-up-to-in-the-bathroom-1/

182. LOTHIAN-MCLEAN, Moya, «How do your porn habits compare with young people across Britain», 14 de marzo de 2019, www.bbc.co.uk/bbcthree/article/bb79a2ce-0de4-4965-98f0-9ebbcfcc2a60

183. Entrevista con Fiona Vera Grey, 2 de junio de 2020.

184. BORG, Charmaine y Peter J. de Jong, «Feelings of disgust and disgust-induced avoidance weaken following induced sexual arousal in women», *PLoS ONE* 7, 2012, e44111

185. IVAN, C.-E., «On disgust and moral judgments: a review», *Journal of European Psychology Students* 6, 2015, pp. 25-36.

186. COURTWRIGHT, David, 31 de mayo de 2019, https://quillette.com/2019/05/31/how-limbic-capitalism-preys-on-our-addicted-brains/

187. GWYNNE, Darryl T. y David C. F. Rentz, «Beetles on the bottle: male buprestids mistake stubbies for females (Coleoptera)», *Australian Journal of Entomology* 22, 1983, pp. 79-80.

188. FLEISCHMAN, Diana, 24 de abril de 2018, https://jacobitemag.com/2018/04/24/uncanny-vulvas/

189. FLEMING, Amy, «Is porn making young men impotent?», 11 de marzo de 2019, www.theguardian.com/lifeandstyle/2019/mar/11/young-men-porn-induced-erectile-dysfunction

190. GRIGGS, Brandon, «Terry Crews: porn addiction “messed up my life”», 24 de febrero de 2016, https://edition.cnn.com/2016/02/24/entertainment/terry-crews-porn-addition-feat/index.html

191. RAO, Venkatesh, 17 de agosto de 2017, www.ribbonfarm.com/2017/08/17/the-premium-mediocre-life-of-maya-millennial/

192. DITUM, Sarah, 26 de junio de 2020, https://unherd.com/2020/06/why-doesnt-porn-ever-get-cancelled/

193. MULVEY, Laura, «Visual pleasure and narrative cinema», *Screen* 16/3, 1975, pp. 6-18.

194. ASKHAM, Gemma, «Ann Summers now has a real life Red Room», 11 de abril de 2017, www.glamourmagazine.co.uk/article/fifty-shades-red-room-ann-summers

195. DALRYMPLE, Theodore, *Life at the Bottom: The Worldview that Makes the Underclass*, Ivan R. Dee, Chicago, 2001, pp. 75-76.

196. *Ibid.*, p. 78.

197. WISMEIJER, Andreas y Marcel van Assen, «Psychological characteristics of BDSM practitioners», *Journal of Sexual Medici*ne 10, 2013, pp. 1943-1952.

198. CARTER, Angela, *La mujer sadiana*, EDHASA, Barcelona, 1981.

199. PERROTTET, Tony, febrero de 2015, www.smithsonianmag.com/history/who-was-marquis-de-sade-180953980/?all

200. *Ibid.*

201. SAINT BRIS, Gonzague, *Marquis de Sade: l'ange de l'ombre*, Editions Télémaque, París, 2013.

202. Perrottet, 2015.

203. *Ibid.*

204. DURANTAYE, Leland de la, «Who whips whom», *London Review of Books*, 19 de febrero de 2015.

205. La autora se refiere al asesino en serie Peter Sutcliffe, que cometió sus crímenes en los años setenta y ochenta del siglo XX. (N. del E.).

206. DWORKIN, Andrea, *Pornography: Men Possessing Women*, E. P. Dutton, Nueva York, 1979, 1989, p. 79.

207. *Ibid.*, pp. 73-74

208. *Ibid.*, p. 89.

209. GAY, Roxane, *Mala feminista*, Hércules de Ediciones, S. L., La Coruña, 2021.

210. GREENWELL, Garth y R. O. Kwon, editores, *Kink: Stories*, Simon & Schuster, Nueva York, 2021.

211. ROBERTS, Yvonne, 22 de noviembre de 2020, www.theguardian.com/society/ 2020/nov/22/if-im-not-in-on-friday-i-might-be-dead-chilling-facts-about-uk-femicide

212. HARTE, Alys, «A man tried to choke me during sex without warning», 28 de noviembre de 2019, www.bbc.com/news/uk-50546184

213. WEISS, Suzannah, 21 de julio de 2020, https://www.menshealth.com/sex-women/a33382089/breath-play-erotic-asphyxiation-bdsm/

214. *Véase* https://twitter.com/GigiEngle/status/1286391789352620044

215. BICHARD, Helen, Christopher Byrne, Christopher W. N. Saville y Rudi Coetzer, «The neuropsychological outcomes of non- fatal strangulation in domestic and sexual violence: a systematic review», *Neuropsychological Rehabilitation*, 12 de enero de 2021.

216. Entrevista con Helen Bichard, 30 de julio de 2020.

217. COLUCCIA, A., M. Gabbrielli, G. Gualtieri *et al.*, «Sexual masochism disorder with asphyxiophilia: a deadly yet underrecognized dis- ease», *Case Reports in* Psychiatry, 2016, artículo 5474862, www.hindawi.com/journals/crips/2016/5474862/

218. Berg Olsen, Martine, 26 de junio de 2019, https://metro.co.uk/2019/06 /26/webcam-girl-21-died-pervert-paid-strangle-watched-online-10077321/? ito = cbshare

219. *Véase* www.endingtheviolence.us/articles.html

220. HERRING, Jonathan, «R v. Brown (1993)», Philip Handler, Henry Mares e Ian Williams (editores), *Landmark Cases in Criminal Law*, Hart, Oxford, 2017, pp. 348-349.

221. *Ibid.*, p. 350.

222. DENNETT, Kate, 23 de julio de 2020, www.dailymail.co.uk/news/article- 8552589/ Businessman-killed-lover-used-rough-sex-defence-FREED-two-years.html

223. LEESON Lucy y Danya Bazaraa, 20 de agosto de 2018, www.mirror.co.uk/news/uk-news/laura-huteson-death-killers-brutal-13109002

224. *Véase* www.pressandjournal.co.uk/fp/news/aberdeen/1448323/sex-strangler-jailed-for-killing-20-year-old-chloe-miazek/

225. Dennett, 23 de julio de 2020.

226. LATZA NADEAU, Barbie, 5 de febrero de 2014, www.thedailybeast.com/iranian-found-in-venice-lagoon-alleged-victim-of-botched-sex-game?account=thedailybeast&medium=twitter&source=socialflow

227. STEWART, Will, «Twisted torture», 27 de agosto de 2018, www.thesun.co.uk/news/7108595/suspect-paedo-dumps-teens-body-pavement-bdsm/

228. HARTLEY-PARKINSON, Richard, 18 de mayo de 2016, https://metro.co.uk/2016/05/18/psychologist-dies-after-asking-flatmate-to-strangle-her-during-sex-5889007/

229. *Véase* www.pnn.de/kultur/ueberregional/trauerspiel-alexander-und-natalia-ein/21848546.html [en alemán]

230. SANDHU, Serina, 24 de septiembre de 2015, www.independent.co.uk/news/world/americas/us-man-disembowels-woman-uttering-wrong-name-during-sex-10512965.html

231. MACKENZIE, Fiona, informe de «We Can't Consent To This», 2020; *véase* https://wecantconsenttothis.uk/press

232. URWIN, Rosamund y Esmé O'Keeffe, 26 de enero de 2020, www.thetimes.co.uk/article/social-media-make-girls-think-choking-during-sex-is-normal-0jlrgf2b0

233. Entrevista con Clare McGlynn, 29 de mayo de 2020.

234. ALDERTON, Dolly, 18 de abril de 2021, www.thetimes.co.uk/article/dear-dolly-im-a-feminist-so-why-am-i-only-attracted-to-misogynists-20cgws8z8

235. «El músico de Grime Solo 45 'ahogó a una mujer con un collar'», 16 de diciembre de 2019, www.bbc.co.uk/news/uk-england-bristol-50816008; «El artista de música Grime Solo 45 'ahogó con agua a una víctima'», 28 de noviembre de 2019, www.bbc.co.uk/news/uk-england-bristol-50591539; «El artista de música Grime Solo 45 'sostuvo una pistola ante la cabeza de una víctima de violación'», 6 de diciembre de 2019, www.bbc.co.uk/news/uk-england-bristol-50690488; «Juicio de Solo 45: el artista Grime es un 'narcisista y maltratador'», 12 de febrero de 2020, www.bbc.co.uk/news/uk-england-bristol-51478517; Geoffrey Bennett, 30 de julio de 2020, www.bristolpost.co.uk/news/bristol-news/solo-45- rape-court-case-4378719

236. HAYHURST, Claire y Emma Flanagan, 24 de febrero de 2020, www.bristolpost.co.uk/news/bristol-news/solo-45s-defence-claims-four-3881370; «Solo 45 trial: Grime artist jailed for raping four women», 30 de julio de 2020, www.bbc.co.uk/news/uk-england-bristol-53593983

237. *Véase* www.enfieldindependent.co.uk/news/18229785.police-pushed-woman- allege-raped-grime-artist-solo-45-court-told/

238. MATHERS Helen, *Josephine Butler: Patron Saint of Prostitutes*, History Press, Stroud, 2014, p. 165.

239. *Ibid.*

240. *Ibid.*, p. 129.

241. *Ibid.*, p. 165.

242. PHIPPS, Alison, *Me, Not You: The Trouble with Mainstream Feminism*, Manchester University Press, Manchester, 2020 [edición en Kindle, ubicación 1873].

243. BURTON, Antoinette M., «The white woman's burden: British feminists and the Indian woman, 1865–1915», *Women's Studies International Forum* 13, 1990, pp. 295-308.

244. LISTER, Kate, *Una curiosa historia del sexo*, Capitán Swing Libros, Madrid, 2022.

245. SESHU, Meena y Aarthi Pai, «Sex work undresses patriarchy with every trick!», *IDS Bulletin* 45, 2014, pp. 46-52.

246. BUSS, David, *Bad Men: The Hidden Roots of Sexual Deception, Harassment and Assault*, Robinson, Londres, 2021, pp. 15-16.

247. MORAN, Rachel, *Paid For: My Journey through Prostitution*, Gill & MacMillan, Cork, 2013, pp. 112-113.

248. GREENHILL, Sam, 26 de junio de 2010, www.dailymail.co.uk/sciencetech/article-1289603/Romans-killed-100-unwanted-babies-English-brothel.html

249. AMPT, F. H., L. Willenberg, P. A. Agius *et al.*, «Incidence of unintended pregnancy among female sex workers in low-income and middle-income countries: a systematic review and meta-analysis», *BMJ Open* 8, 2018, e021779; doi: 10.1136/bmjopen-2018-021779

250. MAC, Juno y Molly Smith, *Revolting Prostitutes: The Fight for Sex Workers' Rights*, Verso, Londres, 2018, p. 18.

251. BINDEL, Julie, *The Pimping of Prostitution: Abolishing the Sex Work Myth*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2017, p. 60.

252. Fox, Douglas, «Don’t criminalise our clients», 19 de noviembre de 2008, www.theguardian.com/profile/douglas-fox

253. BINDEL, *The Pimping of Prostitution*, p. 22.

254. BERNSTEIN, Elizabeth, «What's wrong with prostitution? What's right with sex work? Comparing markets in female sexual labor», *Hastings Women's Law Journal* 10, 1999, p. 91.

255. BAZELON, Emily, «Should prostitution be a crime?», *The New York Times*, 5 de mayo de 2016.

256. *Véase* https://quillette.com/2019/11/16/thorstein-veblens-theory-of-the- leisure-class-a-status-update/

257. «Prostitution – the facts», 2015, www.streetlight.uk.com/the-facts/

258. LAIR, Meredith H., *Armed with Abundance: Consumerism and Soldiering in the Vietnam War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2011, p. 207.

259. *Ibid.*

260. ENRIQUEZ, Jean, «Globalization, militarism and sex trafficking», 10 de noviembre de 2006, https://sisyphe.org/spip.php?article2475

261. Bindel, *The Pimping of Prostitution*, p. 132.

262. CUNNINGHAM, S., T. Sanders, L. Platt *et al.*, «Sex work and occupational homicide: analysis of a U.K. murder database», *Homicide Studies* 22, 2018, pp. 321-338.

263. POTTERAT, John J., Devon D. Brewer, Stephen Q. Muth *et al.*, «Mortality in a long-term open cohort of prostitute women», *American Journal of Epidemiology* 159, 2004, pp. 778-785.

264. MAGNANTI, Brooke, *The Sex Myth: Why Everything We're Told Is Wrong*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2012.

265. MAY, Tiggey, Alex Harocopos y Michael Hough, *For Love or Money: Pimps and the Management of Sex Work*, Home Office, Londres, 2000.

266. ADRIANSSENS, S. y J. Hendrickx, «What can internet data tell about safe work? Unsafe sex and contract breach as proxies of quality of work in prostitution», junta de acción COST de ProsPol, Liubliana, 2016.

267. *Ibid.*

268. «Trieja» es un acrónimo de «trío» y «pareja». Se refiere a las relaciones románticas y sexuales entre tres personas. Una forma de «poliamor». (N. del E.).

269. SIBARIUM, Aaron, 23 de septiembre de 2020, https://americancompass.org/the-commons/three-theses-about-cuties/

270. PANTONY, Ali, 24 de abril de 2017, www.glamourmagazine.co.uk/article/ sex-for-rent

271. JONES, Harvey, 2 de abril de 2018, www.theguardian.com/money/2018/apr/02/sex-for-rent-accommodation-rogue-landlords-campaign

272. LEWIS, Nigel, 10 de junio de 2021, www.landlordzone.co.uk/news/labour- seeks-mps-support-for-specific-offence-of-sex-for-rent/

273. *Véase* https://twitter.com/libdems/status/1221842805607276545 ?lang = en

274. *Ibid.*

275. «Support for survivors who are or have been involved in the sex industry», 2021, www.rasasc.org.uk/e-newsletter/outreach-with-women-in-sex-work/

276. *Véase* www.libdems.org.uk/f9_towards_safer_sex_work

277. MASON, Rowena, 4 de marzo de 2016, www.theguardian.com/politics/2016/mar/04/jeremy-corbyn-decriminalise-sex-industry-prostitution

278. COEN, Susie y Talya Varga, 1 de enero de 2021, www.dailymail.co.uk/news/ article-9105215/Preyed-sex-rent-landlords-Men-touting-rooms-exchange-sexual-favours.html

279. HANSON, Robin Hanson, 26 de abril de 2018, www.overcomingbias.com/ 2018/04/two-types-of-envy.html

280. WEISSMANN, Jordan, 28 de abril de 2018, https://slate.com/business/2018/04/economist-robin-hanson-might-be-americas-creepiest-professor.html

281. DONEGAN, Moira, «Actually we don't owe you sex, and we never will», 4 de mayo de 2018, www.cosmopolitan.com/politics/a20138446/redistribution-sex-incels/

282. CARTER, Vednita, «The pimping of prostitution», www.youtube.com/watch? v = 2Y-VmuKmsP0

283. MAHDAWI, Arwa, «The WAP uproar shows conservatives are fine with female sexuality – as long as men control it», 15 de agosto de 2020, www.theguardian.com/commentisfree/2020/aug/15/cardi-b-megan-thee-stallion-wap-conser vatives-female-sexuality

284. MATHERS, *Josephine Butler*, p. 165.

285. *Véase* https://invisible-men-canada.tumblr.com

286. HOLLANDS, Thomas, 24 de abril de 2020, https://xsrus.com/the-economics-of-onlyfans

287. RATAJKOWSKI, Emily, *My Body*, Quercus, Londres, 2021, p. 102.

288. MUMFORD, James, *Vexed: Ethics Beyond Political Tribes*, Bloomsbury Continuum, Londres, 2020, pp. 77-78.

289. *Véase* www.humanetech.com/app-ratings

290. SHAKTI, Andre, «8 very necessary sex tips from sex workers», 30 de octubre de 2015, www.cosmopolitan.com/sex-love/news/a48407/sex-tips-from-sex-workers/; «5 insightful sex tips from a professional sex worker», https://thoughtcatalog.com/melanie-berliet/2014/10/5-insightful-sex-tips-from-a-professional- sex-worker/

291. LYON, Aidan, «Why are normal distributions normal?», *British Journal for the Philosophy of Science* 65, 2014, pp. 621-649.

292. EYSENCK, H. J. y James A. Wakefield, «Psychological factors as predictors of marital satisfaction», *Advances in Behaviour Research and Therapy* 3 (1981): 151-192.

293. GALT, Jane [Megan McArdle], «A really, really, really long post about gay marriage that does not, in the end, support one side or the other«, 2 de abril de 2005, https://web.archive.org/web/20050406215537/ http://www.janegalt.net/blog/archives/005244.html

294. Hansard, debates de la Cámara de los Lores, vol. 303, col. 297, 30 de junio de 1969.

295. THOMPSON, Gavin *et al.*, *Olympic Britain: Social and Economic Change since the 1908 and 1948 London Games*, House of Commons Library, Londres, 2011.

296. GIORDANO, Chiara, «UK heterosexual marriage rate falls to lowest on record», 14 de abril de 2020, www.independent.co.uk/news/uk/home-news/marriage-rate-uk-latest-figures-lowest-record-ons-a9464706.html

297. Nacimientos en Inglaterra y Gales: cuadros resumen, Oficina Nacional de Estadísticas, fecha de publicación: 22 de julio de 2020.

298. THOMPSON *et al.*, *Olympic Britain*.

299. HURLEY, Dan, 19 de abril de 2005, www.nytimes.com/2005/04/19/health/ divorce-rate-its-not-as-high-as-you-think.html

300. BRADFORD WILCOX, W. y Wendy Wang, 25 de septiembre de 2017, https://ifstu dies.org/blog/the-marriage-divide-how-and-why-working-class-families-are-more-fragile-today

301. SORENSON, Susan B. y Devan Spear, «New data on intimate partner violence and intimate relationships: implications for gun laws and federal data collection», *Preventive Medicine* 107 (2018): 103-108.

302. AMATO, Paul Amato y Alan Booth, *A Generation at Risk: Growing Up in an Era of Family Upheaval*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1997, p. 220.

303. SPAN, Paula, «The gray gender gap: older women are likelier to go it alone», 11 de octubre de 2016, www.nytimes.com/2016/10/11/health/marital- status-elderly-health.html; Kyrsty Hazell, 31 de enero de 2012, www.huffingtonpost.co.uk/2012/01/31/divorced-men-are-twice-as-likely-to-remarry_n_1243472.html

304. FRONTERA, Sonia, 4 de agosto de 2021, www.divorcemag.com/blog/if-you- divorce-now-will-you-regret-your-divorce-later

305. STEVENSON, Betsey, «The impact of divorce laws on marriage-specific capital», *Journal of Labor Economics* 25, 2007, pp. 75-94.

306. DAVIS, Nicola y Niamh McIntyre, 7 de marzo de 2019, www.theguardian.com/uk-news/2019/mar/07/revealed-pill-still-most-popular-prescribed-contraceptive-in-england; Kimberly Daniels y Joyce C. Abma, «Current contraception status among women aged 15-49», diciembre de 2018, www.cdc.gov/nchs/pro ducts/databriefs/db327.html

307. «How effective is contraception at preventing pregnancy?», 17 de abril de 2020, www.nhs.uk/conditions/contraception/how-effective-contraception/

308. *Véase* www.guttmacher.org/news-release/2018/about-half-us-abortion-patients-report-using-contraception-month-they-became

309. IRONSIDE, Virginia, 18 de enero de 2011, www.dailymail.co.uk/home/you/article- 1346813/The-flip-1960s-sexual-revolution-We-paid-price-free-love.html

310. KOMLENAC, Nikola, Manuel Pittl, Susanne Perkhofer *et al.*, «Links between virginity beliefs, negative feelings after virginity loss and sexual performance anxiety in a sample of German-speaking heterosexual-identified women and men», *Journal of Sex & Marital Therapy* 48, 2022, pp. 1-18.

311. *Véase* www.youtube.com/watch?v=MoudH-RPnEE

312. Hansard, debates de la Cámara de los Lores, vol. 561, col. 229, 15 de abril de 2013.

313. GRALL, Timothy, «Custodial mothers and fathers and their child support: 2015», enero de 2020, www.census.gov/content/dam/Census/library/publications/2020/demo/p60-262.pdf

314. MCLANAHAN, Sara y Gary D. Sandefur, *Growing Up with a Single Parent: What Hurts, What Helps*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 1994, p. 1.

315. HARPER, Cynthia C. y Sara S. McLanahan, «Father absence and youth incarceration», *Journal of Research on Adolescence* 14, 2004, pp. 369-397.

316. MCLANAHAN y Sandefur, *Growing Up with a Single Parent*.

317. ZILL, Nicholas y Charlotte A. Schoenborn, *Developmental, Learning, and Emotional Problems: Health of Our Nation's Children, United States, 1988*, National Center for Health Statistics, Hyattsville, Maryland, 1990, p. 9.

318. PINKER, Steven, *Cómo funciona la mente*, Ediciones Destino, Barcelona, 2004.

319. DALY, Martin y Margo Wilson, «The 'Cinderella effect' is no fairy tale», *Trends in Cognitive Sciences* 9, 2005, pp. 507-508.

320. BAZELON, Lara, «Divorce can be an act of radical self-love», 30 de septiembre de 2021, www.nytimes.com/2021/09/30/opinion/divor ce-children.html

321. JESKE, Diane y Richard Fumerton, eds, *Readings in Political Philosophy: Theory and Applications*, Broadview Press, Peterborough, Ont., 2011, p. 649.

322. *The Hostel for Homeless Young Mums*, episodio 1, BBC Three, 7 de junio de 2019.

323. CROW, Barbara A., *Radical Feminism: A Documentary Reader*, New York University Press, Nueva York, 2000, p. 76.

324. WESTERVELT, Amy, 26 de mayo de 2018, www.theguardian.com/commentisfree/2018/may/26/is-motherhood-the-unfinished-work-of-feminism

325. MASON, Mary Ann, «In the ivory tower, men only», 17 de junio de 2013, https://slate.com/human-interest/2013/06/female-academics-pay-a-heavy-baby-penalty.html

326. LIBRESCO SARGEANT, Leah, 7 de diciembre de 2020, www.plough.com/en/ topics/justice/culture-of-life/dependence

327. FALUDI, Susan, 8 de abril de 2013, www.newyorker.com/magazine/2013/04/15/death-of-a-revolutionary

328. *Como gustéis*, segundo acto, escena siete.

329. GREER, Germaine, *La mujer eunuco*, Editorial Kairós, Barcelona, 2004.

330. CHRISTAKIS, Nicholas A., *Blueprint: The Evolutionary Origins of a Good Society*. Little, Brown, Nueva York, 2019, p. 74.

331. LEE, Patrick, Robert P. George y Gerard V. Bradley, «Marriage and procreation», 28 de marzo de 2011, www.thepublicdiscourse.com/2011/03/2638/.

332. FINKEL, Eli J., *The All-or-Nothing Marriage: How the Best Marriages Work*, Dutton, Nueva York, 2017.

333. CORVINO, John y Maggie Gallagher, *Debating Same-Sex Marriage*, Oxford University Press, Nueva York, 2012.

334. HARRINGTON, Mary, 21 de octubre de 2020, https://unherd.com/2020/10/ feminists-shouldnt-have-sex-before-marriage/

335. BACHIOCHI, Erika, *The Rights of Women: Reclaiming a Lost Vision*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 2021, p. 16.

336. WHITE, D. R., L. Betzig, M. B. Mulder *et al.*, «Rethinking polygyny: co-wives, codes, and cultural systems» (and comments and reply), *Current Anthropology* 29, 1988, pp. 529-72; www.jstor.org/stable/2743506

337. HENRICH, Joseph, Robert Boyd y Peter J. Richerson, «The puzzle of monogamous marriage», *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences* 367, 2012, pp. 657-669.

338. GETTLER, Lee, Thomas McDade, Alan Feranil y Christopher Kuzawa, «Longitudinal evidence that fatherhood decreases testosterone in human males», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 108, 2011, pp. 16194-16199.

339. SAVIN, Jennifer, «Would you sign a sexual consent form?», 13 de marzo de 2020, www.cosmopolitan.com/uk/love-sex/sex/a31042298/sexual-consent-forms/

340. *Véase* https://twitter.com/juliaioffe/status/1446113958650253313

341. *Véase* https://defaultfriend.substack.com/p/72-the-coming-wave-of-sex- negativity/comments

342. www.tiktok.com/@boopyshmurda/video/7005669146797100294?_d=secCgwIARCbDRjEFSACKAESPgo8A3%2F3%2BVqr99yp38CjHMwIHZRovbGpN%2F1Ofceit60%2FbrIkip5j1wjtLbaWkNvIMMYfq7cfVOfZYKXnj8OFGgA%3D&checksum=efde3365a11e4446425e803bb2365a4bc7da8adc77b611ca58eea8c386503010&language=en&preview_pb=0&sec_user_id=MS4wLjABAAAAF6zaqMYfQnKJ0VNVgzQZ_iQZLpCAwXeTp-B4vxjUUhmGv-0l5ymJtF7GB2x7PqDr&share_app_id=1233&share_item_id=7005669146797100294&share_link_id=F9BB5F9F-0B51-4FC9-8E3A-465856C0AF34&source=h5_m&timestamp=1639260264&tt_from=copy&u_code=djbm55jfm1c18g&user_id=6980252324338697221&utm_campaign=client_share&utm_medium=ios&utm_source=copy&_r=1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Título original: *The case against the sexual revolution*, editado por acuerdo con Polity Press Ltd, Cambridge.
© Louise Perry, 2022
© De la traducción: Jesús de la Torre Olid, 2023
© La Esfera de los Libros, S.L., 2023
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023
ISBN: 978-84-1384-561-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.